

MARTIN AMIS

Perro callejero



Lectulandia

Xan Meo es un hombre de múltiples talentos y algunos secretos. Actor, músico, escritor, y también hijo de un célebre delincuente. Una noche llega a casa, saluda a su mujer y se marcha al pub. Es verano, Xan se sienta a tomar su copa en la terraza y, al poco rato de estar allí, dos hombres le parten la cabeza a cachiporrazos. Se salvará tras una difícil convalecencia, pero será otro. Y tal como le anuncia Pearl, su áspera y combativa primera mujer, deberá acostumbrarse a su nuevo ser, y también deberán acostumbrarse todos los que le rodean. Sobre todo Russia, su actual mujer, y sus dos hijas, y también los dos hijos que tuvo con Pearl, porque el civilizado y encantador Xan dejará de ser el marido soñado y se convertirá en un antimarido, en un antipadre, en un hombre más violento, movido por impulsos primarios y con una sexualidad muy, muy perturbadora.

Pero hay otros personajes cuyas vidas se cruzan, o inciden en la de Xan Meo. Está Clint Smoke, periodista estrella del *Morning Lark*, un periódico amarillista volcado en la pornografía y las noticias sensacionalistas, y también Henry England, que es nada menos que el rey de Inglaterra, y padre de la Princesita, a la que alguien ha fotografiado desnuda en su bañera. Y también está el misterioso Joseph Andrews, como una araña en el centro de una vasta red, de un imperio.

Novela aterradora y divertida, popurrí de géneros y de recursos, que van desde la parodia esperpéntica de casi todo hasta la inteligente y nada cómica indagación sobre la sexualidad y la pornografía, la guerra de los sexos y el deslizamiento del poder de los hombres a las mujeres. Y en el centro de todo: Edipo, la paternidad, los padres como posibles corruptores devoradores de sus hijos, el difícil pasaje a la madurez.

Lectulandia

Martin Amis

Perro callejero

ePub r1.0

Titivillus 28.04.15

Título original: *Yellow Dog*
Martin Amis, 2003
Traducción: Javier Calzada

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA



epublibre.org

Para Isabel

Primera parte

CAPÍTULO PRIMERO

1. HOMBRE RENACENTISTA

En el que resulta que voy al Hollywood, pero acabo en el hospital; que llegas el primero, pero eres el último; que él es alto, pero ella es baja; que te pones de pie, pero te derriban; que somos ricos, pero somos pobres; que unos encuentran la paz, pero otros, en cambio...

Xan Meo se encaminó al Hollywood. Pero a los pocos minutos, con toda urgencia y entre la baraúnda coral de los ayes de dolor transformados en ululatos eléctricos, a Xan Meo lo evacuaron de allí en dirección al hospital. Un caso típico de violencia masculina.

—Tengo que salir —le había dicho a Russia, su esposa americana.

—Ooh —respondió ella, pronunciándolo como dicen «¿dónde?» los franceses.

—No tardaré. Las bañaré. Y les leeré algún cuento también. Y prepararé la cena. Después llenaré el lavavajillas. Y a ti te daré luego un buen masaje en la espalda. ¿Vale?

—¿Puedo ir yo? —preguntó Russia.

—Es algo que tengo que hacer solo.

—¿Algo que tienes que hacer solo con tu amiguita?

Xan sabía que no se trataba de una acusación seria. Pero asumió una expresión de maltratado cansancio (un enfurruñamiento de la frente) y dijo, no por primera vez y convencido de estar diciendo la verdad:

—No tengo secretos para ti, querida.

—Hum... —replicó ella, al tiempo que le ofrecía la mejilla.

—¿No recuerdas qué fecha es hoy?

—Oh. Sí, claro.

Estaban los dos de pie en el pasillo de alto techo, abrazados. El marido, entonces, hizo un movimiento con el brazo que provocó el tintineo de las llaves en su bolsillo. Su intención, no consciente del todo, era expresar que estaba impaciente por irse. Xan no lo reconocería jamás públicamente, pero a las mujeres les encanta, por naturaleza, prolongar la rutina de las despedidas. Es el reverso de la afición que tienen a hacer esperar a la gente. Los hombres no deberían reprochárselo. Hacerlos esperar es una modesta reparación a cambio de los cinco millones de años que ellos llevan en el poder... Luego Xan dejó escapar un suspiro al oír un crujido en la escalera por encima de su cabeza: bajaba por ella una extraña figura compuesta: normal hasta la

cintura, pero, de ahí para arriba, dotada de dos cabezas y cuatro extremidades superiores: era Sophie, la pequeña de Meo, sostenida estrechamente en brazos por Imaculada, la niñera brasileña. Tras ellas, a una distancia a la vez pensativa y autosuficiente a sus cuatro años, bajaba también Billie, su hija mayor.

Russia tomó en brazos al bebé y le dijo:

—¿Te gustaría un rico yogur para merendar?

—No —dijo Sophie.

—¿Quieres que te bañe con todos esos juguetes tuyos que flotan?

—No —dijo Sophie, y bostezó dejando al descubierto sus dos primeros dientes de leche, semejantes a dos granos de arroz.

—Anda, Billie... Dile a papá lo de los monos.

—Había demasiados monos saltando en la camita. Uno se cayó y se rompió la cabecita. Lo llevaron al médico, que dijo enseguidita: *Que los monos no salten, que duerma la niñita.*

Xan Meo elogió cumplidamente a su hija mayor.

—Papá te leerá luego un libro cuando vuelva —le dijo Russia.

—Ya le estuve leyendo ayer —dijo Xan. Había abierto ya la puerta—. Me obligó a leer cinco veces el mismo libro.

—¿Qué libro?

—¿Qué libro? ¡Uf! Uno que habla de unos polluelos estúpidos que creen que el cielo se les va a caer encima... Cocky Locky... Goosey Lucy... ¡Qué sé yo! Y a todos se los lleva la raposa. ¿No es así, Billie?

—Como las ranitas —dijo la niña aludiendo a otro cuento—. Murió toda la familia. La mamá. El papá. La niñera. Y todos los *higuitos*.

—Tengo que irme. —Besó en la cabeza a Sophie (un levísimo olor sospechoso), y ella respondió deslizando un dedo húmedo por su mejilla para llevárselo seguidamente a la boca. Luego se agachó para besar a Billie.

—Es el aniversario de papá —le explicó Russia. Y finalmente le preguntó a él—: ¿Dónde piensas ir a emborracharte?

—A esa especie de bar del canal. ¿Cómo se llama...? El Hollywood.

—Adiós, papá —dijo Billie.

Al salir de casa se volvió un instante para echarle una mirada: era su forma habitual de evaluarse, de saber dónde estaba situado, de ver cuál era su *posición*. No era su estilo de hacer las cosas (luego volveremos a su estilo), pero hubiera podido expresarlo así:

Si lo que te gustan son los materiales de calidad, fíjate en el tacto de la tapicería de este sillón tan extravagantemente cómodo (pruébalo cuanto quieras; no te dé reparo). De hecho, si estás interesado en fincas o en la buena vida en general, aprovecha la oportunidad para darte una vuelta por la casa. Si, en cambio, lo tuyo es

la tecnología alemana, ven a ver mi garaje: está aquí al lado. *Y suma y sigue. Pero no se trataba de dinero.* Si sientes admiración por la belleza femenina extremada, disfruta viendo a mi mujer: su boca, sus ojos, sus aerodinámicos pómulos (y la luz de su gran inteligencia; porque, sí..., estaba muy orgulloso de la inteligencia de su mujer). Pero si tu corazón se derrite con la viveza ardiente de unos niños extraordinariamente listos, sanos y bien educados, sin duda envidiarás a nuestras... *Y suma y sigue. Y hubiera podido proseguir.* Pero fíjate en que yo soy el marido modelo: un padre que comparte todas las responsabilidades de la familia con su cónyuge, un amante tierno y cumplidor, un hombre que se gana bien la vida, un compañero divertido, un «manitas» versátil y sin manías, un cocinero creativo y preciso, un masajista bien dotado que, además (y a pesar de una gama de posibilidades que bien puede describirse como «amplia»), no tontea nunca... Lo cierto es que sabía perfectamente en qué consistía ser un mal marido, una pesadilla de marido; que había tratado de serlo la primera vez y que aquello fue un crimen.

Xan Meo tomó por St George's Avenue y llegó a la calle principal (esto ocurría en Londres, cerca del Zoo). Al hacerlo, pasó ante la planta baja con jardín, al otro lado de la calle, que ahora rara vez usaba. Se preguntó si habría aún algún secreto allí. Una vieja carta, tal vez; una vieja fotografía; vestigios de mujeres desvanecidas... Xan se detuvo allí. Si giraba hacia la derecha, se dirigía al parque de Primrose Hill..., señalado por las rodadas de cochecitos infantiles, y la colina misma, semejante a un cochecito infantil, majestuosa, victoriano-eduardiana, con su forma de capota curvada hacia arriba en un gesto de suave indignación. Ese camino lo llevaría al Hollywood dando un largo rodeo. Si, en cambio, giraba hacia la izquierda, llegaría allí antes y podría quedarse más tiempo. Tenía, pues, que elegir entre el parque y la City. Y eligió la City. Giró a la izquierda y tomó hacia Camden Town.

Atardecía y estaban a finales de octubre. Cuatro años atrás, ese mismo día, su sentencia condicional de divorcio había cobrado carácter definitivo, y él había dejado también de fumar y de beber (se acabaron la hierba y la coca; los proxenetes americanos, según había descubierto recientemente, llamaban «niña» a la coca y «niño» a la heroína). Para Meo se había convertido en costumbre celebrar esa fecha bebiendo dos cócteles y fumándose cuatro cigarrillos durante media hora de dolidas reminiscencias. Ahora era feliz: un estado de delicado equilibrio cuya precariedad percibes en el cosquilleo de sus estresantes pulsiones. Y se estaba recuperando a buen ritmo de su primer matrimonio. Aunque sabía que jamás podría superar el hecho de haberse divorciado.

La pista de patinaje de Britannia Junction; Parkway y Camden Lock y Camden High Street, la docena de bastidores negros de luces de tráfico, los establecimientos de desguace... Algunas cosas tendrían que haber sido retiradas de en medio: aquel montón —no, aquella pila— de mierda de perro; aquel alud de vomitona; aquel borracho tumbado en la acera con el rostro semejante al trasero de un babuino; el viejo timador que había sido clara e increíblemente apalizado en el curso de las cinco

o seis últimas horas... y cuyos ojos, que asomaban entre marcas de nudillos y de patadas, por increíble que pareciera, no albergaban dolor ni buscaban alivio...

Xan Meo miraba a las mujeres o, más concretamente, a las chicas, a las chicas jóvenes. El tipo de chica que, en su versión más típica, lucía plataformas de veintitantos centímetros y pantalones acampanados; aquel cuyo talle dejaba al descubierto una franja color hueso de ropa interior y un ombligo traumatizado por *bijouterie*; llevaba las llaves del coche en uno de los bolsillos traseros de los pantalones, y las del piso en el otro, abultando sobre sus nalgas, un *piercing* en la nariz, y otro, en forma de ancla, en la barbilla; y el cerumen de sus oídos parecía haberse extendido por sus cabellos como a través de algún conducto interior. Pero, dejando aparte todo eso..., ¿qué? La finalidad secreta de la moda en la calle, la payasada —de la que la moda es su forma anarcoboemia—, es frustrar el deseo concupiscente de tus mayores. Bueno..., ha funcionado, pensó Meo. No me interesas. Pensó también en las putillas de veinticinco años atrás, con sus medias, ligueros, escotes, perfumes... Las chicas estaban rompiendo con todo eso ahora. (Y tal vez la cosa iba más lejos, y estaban indicando el retroceso de la belleza física en interés del igualitarismo.) Meo no diría que desaprobaba todo cuanto veía, aunque lo encontraba ajeno. Y cuando veía a dos jovencitas besándose vigorosamente —una indescriptible confusión de aritos en los labios y clavos en las lenguas—, se sentía a sí mismo asintiendo. Fíjate en el beso entre jóvenes y deja que cale en tu corazón; si tu corazón lo rechaza y se aparta de él, entonces... es la edad, es que se te ha pasado el tiempo... ¡y que te jodan!

Al unirse a la larga cola para comprar cigarrillos formada en la estación de servicio, Meo recordó su penúltima infidelidad (la última, por supuesto, había sido con Russia). En la habitación de un hotel en Manchester, se había dedicado a desnudar metódicamente a una asistente de rodaje de veintidós años. «Déjame que te ayude con esta ropa tan calurosa», le dijo. Lo cual era una fórmula habitual en él. Pero bastante precisa también: el salvaslip húmedo, los leotardos de lana, las botas de goma. Estaba sentado en el sillón cuando la muchacha enderezó su cuerpo delante de él. Allí estaba su cuerpo, con los familiares círculos y semicírculos y sus divinas simetrías, pero incluyendo algo que él nunca había visto antes. Tenía delante un pubis casi completamente afeitado. «¿Y eso?», preguntó él. «Me ayuda a tener un orgasmo», respondió la muchacha... Bueno, a él no le ayudó a tener un orgasmo. Notaba algo más duro donde se suponía que todo tenía que ser blando: le parecía estar dándose... contra un lingote de acero. Y le quedó luego un hermoso y revelador verdugón (con el nombre y el número de teléfono de la chica en él) para llevárselo a casa... para que se lo viera una mujer que, de todos modos, y con razón, era psicopáticamente celosa (como él). En resumen, que la ayudante de continuidad no había sido tal. Que había marcado una discontinuidad, una radical discontinuidad. ¿Hacía falta mayor claridad? *Que los monos no salten, que duerme la niña*. Llevaba ya cuatro años y medio durmiendo con Russia. Aún duraba la pasión, pero él sabía

que disminuiría, y estaba preparado para ello. A su manera, Xan Meo estaba en camino de comprobar que, al cabo de algún tiempo, el matrimonio es una relación fraternal, marcada por ocasionales, y más bien lamentables, episodios de incesto.

Caía ya el crepúsculo, pero el cielo seguía aún majestuosamente brillante y las estelas de los aviones más lejanos semejaban incandescentes espermatozoides enviados para fecundar el universo... En la calle, Meo dejó de mirar a las chicas, y éstas, naturalmente, siguieron sin mirarle. Había llegado ya a la edad (tenía cuarenta y siete años) en la que las jóvenes miran a través de ti, más allá de ti: miran a través de tu espectro, lo que tal vez sea una desgracia muy trillada, pero claramente es un hito en tu despedida, en tu viaje al reino de los muertos. Susurras «adiós» una y otra vez...: que *Dios* esté contigo. (Porque yo ya no lo estaré. No puedo protegerte.) Aunque esto no era del todo cierto en el caso de Meo, ya que era un hombre conspicuo, y él lo sabía, y le gustaba, en resumidas cuentas. Ocupaba un gran espacio físico: alto, ancho de espaldas, recio; sus cabellos castaños oscuros ya no eran espesos y ondulados, pero aún cubrían una buena parte de su cabeza (la crema que les prestaba volumen extra y servía de fijador se llamaba Urban Therapeutic), y sus ojos tenían más patas de gallo de las que uno quiere ver en ellos. Bien es verdad que su rostro tenía... un brillo de talento, sí..., pero... ¿qué clase de talento? En su aspecto más zalamero, el que más voluntades le captaba, el rostro de Meo era el de un hombre capaz de adelantarse hasta un micrófono para ofrecer una interpretación lo bastante rijosa de «Papá se va de picos pardos». Su aire era aceptable: plausible para el propósito al que se alude.

Y, todavía más, era famoso y, por consiguiente, había en él algo engañoso e hinchado, cierta desmesura. Habría que decir que era *discretamente* famoso, como lo son muchos ahora: porque ahora hay muchos famosos (incluso Meo podía recordar una época en la que casi nadie era famoso). La fama se había democratizado tanto, que la oscuridad se sentía ahora como una privación y hasta como un castigo. Y las personas que no eran famosas se comportaban como si lo fueran. Hasta el punto de que, en ciertas atmósferas mentales, era posible creer que la isla en la que uno vivía contenía sesenta millones de superestrellas... Meo era, en realidad, un actor; un actor que se había ganado una súbita reputación gracias a haberse diversificado cautamente en otros campos. Y el mundo tiene un nombre para esas personas que pueden hacer más de una cosa al mismo tiempo: a esos héroes multitarea los llama hombres renacentistas. El discreto brillo de una discreta fama iluminaba, pues, a Xan Meo. Cada cinco minutos alguien le sonreía a su paso..., porque pensaba que era alguien famoso. Y él devolvía esas sonrisas.

Prosiguió el paseo hacia el Hollywood... y nosotros seguiremos con el paseo de Meo, porque será su último paseo durante algún tiempo. Asomó la cabeza por la puerta de la librería de High Street y vio, complacido, que su primer libro (una colección de narraciones cortas titulada *Lucozade*) aún seguía en el mostrador con la indicación de «Nuestros recomendados». Después, tomando por la derecha a

Delancey Street, pasó por delante del café donde el Hombre Renacentista tocaba la guitarra rítmica un miércoles sí y otro no junto con cuatro viejos *hippies* que se llamaban a sí mismos los Original Hard Edge. Atajó a la izquierda por Mornington Terrace, bastante más pobre y mucho más tranquila: podía oír sus propias pisadas a pesar del viento que azotaba los árboles bajo los que pasaba y del estrépito metálico que llegaba de los vehículos que circulaban más abajo, tras el muro situado a su derecha. El tiempo se podía describir amablemente como borrascoso. Una brutal y desenfrenada turbulencia, en realidad, un «rodeo» de viento, con la tierra tratando de desmontar a cuantos cabalgaban en ella. Y en la calle, muebles de jardín, cubos de basura rodando, bicicletas y cada vez más portezuelas de coche abiertas señalando el impetuoso camino del viento. Xan era demasiado mayor para modas, cortes y estilos, pero ahora sus pantalones flameaban y, alternativamente, se ceñían por completo a las piernas por efecto del viento.

Más adelante vio a una mujer cuyo tipo le recordó, o hizo que sus sentidos evocaran, el de su primera esposa; su primera esposa como era diez años atrás. Bien es verdad que Pearl nunca habría tenido un cigarrillo en los labios y un periódico doblado bajo el brazo, y sus ropas no hubieran sido tan exiguas, tan ceñidas, tan reveladoras de las formas femeninas; pero sí se la recordaban su actitud agresiva o como mínimo abiertamente desafiante, los brazos despreocupadamente cruzados, la elevación de su barbilla que expresaba que todas las excusas habían sido consideradas y rechazadas de plano... Se hallaba de pie, esperando, en la sombra de un edificio pardo, de mediana altura. Detrás de ella remoloneaba un niño pequeño, ocupado en hurgar con un palo en el interior de una bolsa de plástico negro. Cuando Meo se volvió para cruzar por encima de las vías, la oyó decir:

—*¡Harrison! ¡Mueve de una vez tu condenado culo!*

Sí, muy lamentable, sin duda; pero ya con la tranquilidad de que la mujer no podía verlo porque se había vuelto de espaldas, Meo no reprimió un gesto de risa. Era un hombre moderno; un liberal, un feminista (un gimnócrata, incluso: «Demos una oportunidad a las chicas», solía decir. «Ya sé que eso es pedir la luna. Pero *nosotros* no servimos. Demos una oportunidad a las chicas») pero, aun así, algunas cosas le parecían divertidas. Después de todo, la mujer había expresado con claridad lo que quería; no podía decirse que tuviera pelos en la lengua. Pero no..., Pearl lo habría dicho de otra forma...

Ahora Meo veía ya el edificio al que se dirigía, con sus multicolores luces de Navidad, su poste de barbero dando vueltas sobre sí misma... En ocasiones, un avión que aterriza puede sonar como una nota de advertencia: uno lo hizo así ahora..., como una nota de órgano que presagiara su desgracia.

Se detuvo a reconsiderar aquel sentimiento. Y olfateó la esencial impropiedad de aquel aire, con su condenado tufo, como si hubieran aspirado de él todas las deducciones. Un mundo amarillo de fe y de temor, y de mezquino ingenio. Y en el que todos volamos a ciegas. Luego siguió adelante.

Xan Meo se encaminó al Hollywood.

—Buenas noches.

—¿Está usted bien? —dijo el *barman*, como si dudara de la salud mental de alguien que aún diera las buenas noches.

—Sí, hombre —dijo Meo tranquilamente—. ¿Y tú? —Así estaban las cosas: era un hombre corpulento, estaba tranquilo, se sentía bien—. ¿Dónde anda todo el mundo?

—Fútbol. Selección inglesa. Aparecerán por aquí todos en masa a eso de las ocho.

Meo, que no pensaba estar para entonces, dijo:

—Tienes que poner una de esas pantallas de plasma. Para que puedan verlo aquí.

—No queremos que lo vean aquí. Pueden seguirlo en las del Gusano y Manzana. O en el Cabeza de Turco. Y que rompan *é*sas cuando el partido se pierda.

El menú de cócteles aparecía escrito con tiza en una pizarra por encima de un exhibidor de botellas y sifones dispuestos a imitación del centro de Los Ángeles, en cuyas calles aparecían colocados, sin ninguna preocupación por la escala, maniqués de algunas estrellas escogidas.

—Tomaré un... —Había un cóctel llamado Blowjob. Y otro que aparecía con la denominación de Boobjob. «Como esas compañías que se llaman FCUK y TUNC», pensó Meo. Se encogió de hombros. No tenía la más mínima intención de ponerse a considerar ahora la obscenificación de la vida cotidiana. Así que dijo—: Tomaré un Shithead. No, un *Dickhead*. Aunque..., no. Mejor pon *dos Dickheads*^[1].

Llevando un vaso en cada mano, Xan salió a la terraza pavimentada que daba al canal, donde, en los últimos meses, sentado en un banco de cara al oeste, habitualmente con Russia a su lado, había consumido muchos pensativos Club Soda y muchos filosóficos Virgin Mary. ¡Cuánto más solemnes, cuánto más augustas y regias iban a ser sus reflexiones acerca de Pearl, ahora que estaba solo con sus cigarrillos y sus *Dickheads*...! La primera escrutadora mirada de Meo a las inmóviles y verdes aguas del canal lo confrontó a un pato muerto, con la cabeza hundida y las patas al aire como las patillas de unas gafas. Muerto en el agua, miserablemente muerto. Imaginó que podía percibir su husmo destacando sobre el rancio olor a botica del canal. Como Lucky Ducky o Drakey Lakey después de que se los zampó Foxy Loxy.

Xan creía estar solo en su terraza. Pero entonces asomó por una de las salidas laterales del Hollywood un joven atildado, con un teléfono móvil pegado a la oreja; dio la impresión de encaminarse apresuradamente a la calle, hasta que se paró en seco y pareció tantear el camino hacia un lado para apoyarse en la valla del canal un poco más allá. Se dio cuenta del gesto de Xan frunciendo levemente el ceño y después dijo con claridad:

—Entonces todo lo que dijimos, todas las promesas que intercambiamos, no significan nada ahora. Por culpa de Garth. Y los dos sabemos que se trata sólo de un capricho... Tú dices que me quieres, pero me parece que tenemos ideas diferentes de lo que significa realmente el amor. Para mí, el amor es algo sagrado, casi indefinible. Y ahora tú me estás diciendo que todo eso, todo eso...

Se alejó, y su voz se perdió enseguida en el murmullo de la ciudad. Sí, y aquello era una parte de la obscenificación a que se refería antes: la pérdida del *pudeur*.

Como el pato muerto, el horizonte del primer matrimonio de Xan, aquel proyecto de universo..., muerto también. Su divorcio había sido tan despiadado, que hasta los propios abogados se habían sentido aterrados. Fue como si los dos se hubieran envuelto, juntos, en alambre de púas, desnudos, cara a cara, y se hubieran arrojado a la vez por un barranco. En esas condiciones, cada gesto era un desgarrón, cada patada, unas garras que se clavaban en el otro: no podía haber ninguna moralidad en ello. Y así, cuando Pearl lo hizo detener por tercera vez, y él apareció en la puerta de servicio de su piso para oír cómo le leían los cargos, Xan se dio cuenta de que había llegado al final de un viaje. Que había alcanzado el polo opuesto del amor: una condición mucho más intensa aún que el mero odio. Porque deseas con todas tus fuerzas que la persona que amabas muera; deseas que su avión se estrelle..., y no te importa que haya otros a bordo..., que mueran cuatrocientos pobres diablos más, cuatrocientos desgraciados más...

Pero habían sobrevivido; vivían, ¿no? Xan calculaba que él y Pearl habían salido bastante igual de bien librados los dos. Y, por fantástico que pareciera, habían salido del episodio más ricos de lo que entraron. Fueron los chicos, los dos hijos, los que perdieron. Y fue por ellos por quienes Xan Meo brindó ahora.

—Lo siento —dijo en voz alta—. Lo siento. Lo siento.

Como en compensación del ave acuática muerta en el verde canal, un gorrión, una alada criatura del aire, dio un salto, fue a posarse en el banco a su lado y, con estremecedora docilidad, empezó a abanicarse a sí mismo dejando que sus alas se agitaran susurrantes a quince centímetros de distancia.

El viento había cesado..., huido a otra parte. Por el oeste se había instalado una puesta de sol de colores chillones, casi pornográfica. Semejaba una titánica operación antiincendios, con etéreas máquinas, grúas, escaleras, el chorro y la espuma de las mangueras y las bocas de agua, y los genios de los bomberos aplicados a su enorme trabajo de control del fuego, de control del infierno.

—¿Es tu ligue? —preguntó una voz.

Meo agradeció que cesara su soledad. Miró a su derecha: el gorrión seguía aleteando en el brazo del banco, peligrosamente cerca de su segundo Dickhead. Alzó la cabeza: el que le preguntaba era un individuo sonriente, de figura casi cúbica y expresión algo bobalicona, que se hallaba a tres metros de él entre las sombras del crepúsculo.

—Sí..., bueno..., es lo más que he podido conseguir en estos tiempos —

respondió.

El hombre dio un paso adelante, con las manos apoyadas en la cintura y los pulgares levantados a ambos lados del ombligo. Lo conocía, pensó Meo. Mejor.

—¿Eres él...?

Previendo que enseguida iba a tener que estrechar una mano, Xan se puso en pie. El gorrión no se movió.

—Sí. Soy él...

—Bueno. Yo soy Mal.

—... Hola, Mal —dijo Xan.

—¿Por qué hiciste eso, tío?

En aquel instante se puso de manifiesto que Mal, no obstante su aire de humorístico pesar, era un hombre violento.

Pero, lo que todavía es más sorprendente, se vio claramente que Xan también era un hombre violento. Es decir, que aquel obligado cambio de fuerzas no lo pillaba completamente desprevenido. La violencia, triunfalmente descabellada e irreal, es un viejo error de apreciación..., excepto para el violento. Una vez cometido ese error, los dos hombres sabían que de ahí en adelante todo era endocrino. Simple cuestión de sus secreciones glandulares.

—¿Por qué hice *qué*? —dijo Meo, y dio un paso adelante. Aún esperaba evitarlo, pero no iba a dejarse ganar por la mano.

—Ooh.

También el otro lo pronunció a la francesa, como un *où*, como hacía ya rato lo había hecho Russia delante de Meo.

—Ya había *oído* que tienes bastante mala leche.

—Pues, entonces, ya sabes lo que te espera —replicó Meo tan fríamente como pudo (aunque notaba un sabor ácido en su boca)— si piensas tenértelas tías conmigo.

—¡Mira que ocurrírsete *mencionarlo*! Y quiero decir que me lo mencionaste a mí, ¡nada más y nada menos que a mí...!

—¿A quién he mencionado?

Mal tomó aire, lo miró con los ojos desencajados y murmuró audiblemente:

—Te acordarás de ésta, muchacho... *J-o-s-e-p-h A-n-d-r-e-w-s*.

—¿Joseph Andrews?

—No vuelvas a decirlo. No lo digas. Lo has vuelto a mencionar. Lo has repetido..., tal como lo escribiste, con todas las letras.

Por primera vez, Meo pensó que algo *más* iba mal. Los cálculos que estaba haciendo interiormente podrían resumirse así: los quince centímetros que le saco de altura compensan los trece kilos que pesa más que yo, y en lo demás (edad de uno y otro) la diferencia real es cero. Así que sería un cuerpo a cuerpo. Y el tipo parecía despreocupado y torpe para enzarzarse en un cuerpo a cuerpo. No podía ser tan bueno: no había más que fijarse en su traje, en sus zapatos, en sus cabellos.

—Lamentarás esto, muchacho.

Pero hay otro actor en nuestra escena. Pues resulta que voy al Hollywood, pero acabo en el hospital. Un hombre (porque se trata de un hombre, es un hombre, siempre hay un hombre: un pecador, un ser que caga, come, respira...) que ahora se acerca rápidamente a él por detrás. Mal es violento, y Xan es violento, pero en el rostro y el aura de este tercer protagonista se aprecia la falta de todo cuanto los seres humanos han llegado a convenir: todos los tratados, concordatos, acuerdos. Es un hombre pálido y vulgarmente calvo. Sus cejas y pestañas parecen haber sido extirpadas o incluso quemadas a soplete de su rostro. Y el vaho que sale de su boca en este anochecer no demasiado riguroso es como el chorro pulverizado de un aspersor, alcanza hasta la distancia de un brazo.

Xan no oyó pasos; lo único que alcanzó a oír fue el susurro apagado del relleno de la pesada porra. Y enseguida el empujón de dos dedos que se clavaban en su hombro. No tenía que haber ocurrido así. Los otros esperaban que se volviera, pero no se volvió: inició el movimiento de giro, pero se desvió y se agachó para escabullirse. Por eso el golpe, que pretendía meramente partirle el pómulo o la mandíbula, fue recibido en pleno cráneo, esa espaciosa caja (en este caso aún frondosa) que sirve de seguro estuche a tantas nobles y delicadas facultades.

Se desplomó, se dobló por las rodillas, completamente vencido: rendidas ante su enemigo su doncellez, su alma de niño. La acción física hizo rodar el vaso de su Dickhead, que cayó al suelo. Oyó su chasquido, el chasquido de sus rodillas seguido por el chasquido del vidrio rajado. El mundo dejó de girar, y enseguida comenzó a dar vueltas de nuevo..., pero de otra forma. Sólo entonces, después de un latido, el gorrión se levantó con el batir de sus alas: aquel pequeño fisgón había presenciado todo.

¡El cielo se desploma!

Después, las palabras «¡Toma! ¡Toma!», y un segundo y lacerante golpe.

El cielo cae, y yo no puedo decir si...

Rígido ahora, como la estatua de un tirano derrocado, se desplomó de lado en el húmedo pavimento, y allí quedó inmóvil.

2. HAL NUEVE

El rey no estaba en su tesorería, contando su tesoro. Estaba en un estudio en la Place des Vosges, enterándose de muy malas noticias. El chambelán que ocupaba el sillón de enfrente se llamaba Brendan Urquhart-Gordon. Entre ambos, en la mesita auxiliar de cristal, unas pinzas y una fotografía con la imagen boca abajo. La habitación, en sí misma, parecía una foto: durante varios minutos ninguno de los dos hombres se movió ni habló.

Hacía falta alguna vibración para animar la escena. Y ésta se produjo: la nota de un diapasón, cuando osciló una de las mil facetas de la gran araña de cristal, que en un instante se reagruparon en el interior de aquella tonelada de vidrio.

—¡En qué mundo tan horrible vivimos, Bugger! Lo digo de veras: ¡es un mundo espantoso, terrible...! —exclamó Enrique IX.

—Ciertamente lo es, señor. ¿Me permitís que os ofrezca una copa de brandy, señor?

El rey asintió. Urquhart-Gordon agitó la campanilla. Más vibraciones: una estridente escandalera. En el distante umbral de la puerta apareció el criado, Amor. Urquhart-Gordon no tenía nada en contra de Amor, pero le daba apuro llamarlo por su nombre. ¿Quién querría tener un criado llamado Amor?

—Dos copas grandes de Remy *réserve*, si tiene la bondad, Amor —pidió.

El Defensor de la Fe —era cabeza de la Iglesia de Inglaterra (episcopaliana) y la Iglesia de Escocia (presbiteriana)— prosiguió:

—¿Sabes, Bugger? Esto hace que se tambaleen mis creencias personales. ¿No afecta a las tuyas?

—Mis creencias personales siempre han sido muy poco sólidas, señor.

Confesión improbable, tal vez, viniendo de un hombre tan serio y responsable. Calvo, moreno, de piel sonrosada, con sesera judía (al decir de algunos) por parte de madre.

—Las sacude en lo más íntimo. Las personas así son realmente el *límite*. No..., peor aún. Supongo que todo esto forma parte de alguna horrible conspiración, ¿no?

—Es posible, señor.

—¿Cómo puede...? ¿Cómo ha podido hacerse que semejantes criaturas tengan un papel en el *plen* de Dios?

En aquel instante volvió Amor y, mientras se acercaba, tal vez hasta una docena de relojes comenzaron uno tras otro a dar la hora. Hombre instintivamente práctico, Urquhart-Gordon se dijo que se tendría que haber trabajado más en la modernización de la manera que tenía el rey de pronunciar las *aes* breves. En momentos de crisis, sobre todo, sus *aes* sonaban casi *es*, como era la moda de antes de la guerra. Las rosadas mejillas de Brendan se tiñeron un poco más de rojo al recordar la primera visita de Enrique, como príncipe de Gales, a una residencia sindical para ancianos en Newbiggin-by-the-Sea, cuando el príncipe se sentó al piano y cantó «*Mi viejo es un basurero*»: «¡Mi viejo es un basurero, lleva una gorra de basurero, lleva unos viejos pantalones de soldado, y vive en un piso propiedad del ayuntamiento!» El cuarto poder, los *mass-media*, no había tardado en destacar que la verdad era muy diferente: que el padre de Enrique era Ricardo IV, y vivía en el palacio de Buckingham.

Apartando sin convicción su rostro de los vapores emanados de las copas de brandy, Amor venía hacia ellos, pero aún le quedaba un buen trecho que recorrer. Pasaban ya las seis y cinco cuando dejó la estancia.

—Discúlpame, Bugger. Tengo la mente en blanco. ¿Dices que te la entregaron...?

—La fotografía fue entregada a mano en mis habitaciones en St James. En un sobre blanco corriente. —Urquhart-Gordon sacó ahora el sobre de su maletín. Tendió la carpetilla transparente a Enrique IX, quien le dedicó una mirada algo más perpleja de lo habitual en él: SR. BRENDAN URQUHART-GORDON, ESQUIRE; y, en el ángulo superior derecho, Privado y Confidencial—. Sin nota de acompañamiento. La caligrafía, y ese «Esquire» redundante, sugieren cierta zafiedad o la autoría de un extranjero; a menos que se trate de un intento deliberado de hacernos creer eso. Probablemente los servicios de seguridad podrán decirnos más.

Urquhart-Gordon estudió el ceño fruncido del rey. Normalmente, Enrique IX llevaba sus espesos cabellos rubios peinados hacia un lado por encima de la frente. Pero ahora, en su regio desaliño, su tupé se había colapsado y convertido en un confuso flequillo, que daba a su mirada una expresión todavía más perpleja e inflamada. Enrique IX lo miró inquisitivamente, y, en respuesta a su muda pregunta, Urquhart-Gordon se encogió de hombros y dijo:

—Estamos a la espera de una nueva comunicación.

—¿Chantaje?

—Bueno... Yo diría extorsión. Lo que parece razonablemente claro es que no se trata de una jugada de los medios de comunicación, en el sentido habitual. Si así fuera, ahora estaríamos mirando esta fotografía en las páginas de alguna revista alemana.

—¡Bugger!

—Lo siento, señor. O en Internet.

Con gesto nada cuidadoso, Enrique IX alargó la mano para levantar la foto de la mesa. El pulso le temblaba.

—Utilizad las pinzas, señor, si lo tenéis a bien. Dadle la vuelta con las pinzas, señor.

El rey lo hizo así.

No había visto desnuda a su hija desde hacía tal vez tres o cuatro años, y ante todo y por encima de todo se sentía angustiado, amargamente conmovido por lo mucho que había ya en ella de mujer..., en aquella chiquilla hija suya que aún jugaba con sus muñecas. Y esto, junto con la expresión soñadora e inocente de su rostro, hizo que el padre se cubriera los ojos con la manga.

—¡Oh, Bugger...!

—¡Oh, Hotty!

Urquhart-Gordon observó la foto. Una jovencita de quince años dentro de lo que era, evidentemente, una bañera blanca, con los brazos en los costados y las piernas dobladas en ángulo en poco más de quince centímetros de agua: la princesa Victoria, tal como vino al mundo, completamente desnuda y dejando entrever su feminidad. Las destacadas líneas de su bronceado —pues parecía lucir, además, un espectral bikini— eran una sugerencia de verano. Urquhart-Gordon había indagado ya en los itinerarios que constaban: aparentemente, la princesa no había hecho otra cosa que

tomarse unas vacaciones. Pero ya había vuelto al internado, llevaba seis semanas en él y estaban casi en noviembre. ¿Por qué habían esperado hasta ahora? Por otra parte, había algo en la expresión de la princesa que lo preocupaba, que lo inquietaba todavía más: el hecho de que las pupilas de la princesa parecieran mirar hacia arriba... (Digamos, de paso, que el apodo que le daba el rey no tenía en absoluto la connotación peyorativa de «sodomita», sino que derivaba simplemente de sus iniciales: BUG, de Brendan Urquhart-Gordon; en tanto que el de Hotty, que él dirigía familiarmente al rey, no quería decir «calentorro», sino que se refería al hecho de que Enrique IX hubiera representado en su juventud el papel de Hotspur en una producción escolar de *La primera parte del rey Enrique IV*, de Shakespeare.)

—¿Piensas —preguntó el rey lastimeramente— que la princesa y... una amiga... pueden haber estado jugando con una cámara y que...?

—No, señor. Y me temo que es sumamente improbable que ésa sea la explicación.

El rey pestañeó. Siempre había que explicarle las cosas con todo detalle.

—Tiene que haber más fotografías de la princesa. En otras... poses.

—¡Bugger!

—Perdón, señor. Ha sido un comentario desafortunado. Pero la cuestión es ésta: fijaos en la cara de la princesa, señor. Es el rostro de alguien que *piensa que está solo*. Hemos de consolarnos con el hecho de que la princesa fue y es totalmente ajena a esta intrusión sin precedentes. Inocente por completo de ella.

—Sí, inocente de ella. Inocente de ella.

—¿Tengo vuestro permiso, señor, para poner tras el asunto a John Oughtred?

—Lo tienes. Pero a nadie más, por supuesto.

Enrique IX se puso en pie, y otro tanto hizo, por consiguiente, Urquhart-Gordon. Echaron a andar juntos, tan elegante el uno, tan flaco el otro. Cuando llegaron por fin al amplio alféizar del ventanal central, los dos hombres miraron a través de la trama y la urdimbre de su encaje. Focos, grúas, castilletes, escalas retráctiles...: los bomberos del cuarto poder. Era la víspera del segundo aniversario del accidente de la reina. Se esperaba que el rey hiciera una declaración por la mañana antes de volar de regreso a Inglaterra y después a la cabecera del lecho de su esposa. Porque la reina no estaba en el jardín, comiendo pan con miel. Estaba conectada a unas máquinas en el Royal de Inverness.

—Bien, señor. Como el lema de la familia.

El lema de la familia, impreso en el espíritu de Enrique IX por su padre, Ricardo IV, y su abuelo, Juan II, no tenía carácter oficial. En latín tal vez pudiera ser *Prosequare*. Lo que, en lengua vernácula, podía traducirse como «Adelante con ello».

—¿Qué me toca mañana? ¿Los enfermos de sida o los de cáncer?

—Ni unos ni otros, señor. Los leprosos.

—¿Los leprosos...? Oh, sí, claro.

—Podría posponerse, señor. Para empezar, no entiendo cómo pudo fijarse para

mañana, dada la significación de la fecha. —Y añadió tentadoramente—: Con vuestro permiso, señor, yo aprovecharía para tomar el avión real en... un par de horas.

—No, ya que estoy aquí, prefiero seguir con el programa y hacer esa visita a los leprosos. Adelante con ello.

Urquhart-Gordon conocía el verdadero propósito de aquella visita a París de Enrique IX. Se vio obligado a ocultar su asombro de que, a pesar de la naturaleza de la actual *crisis*, el rey quisiera evidentemente seguir adelante con ello (a pesar de la tremenda inoportunidad y el gravísimo riesgo). Ahora enarcó las cejas mientras se planteaba una serie de fascinadas deducciones.

—Y, después de los leprosos..., ¿qué más?

—Deberíais estar volando hacia mediodía, señor. Hay una ceremonia en Mansion House a las dos: recoger el premio que os concede la ANAALC.

De nuevo Enrique IX pestañeó.

—La Asociación Nacional de Ayuda a los Afectados por Lesiones Cerebrales, señor. Y después tenéis que ir al norte —dijo, y añadió innecesariamente—: a ver a la reina.

—Sí, ¡pobre mujer!

—Tengo ya localizado a Oughtred, señor, y me pondré en contacto con él esta noche en St James. No podemos permitirnos una actitud pasiva en este asunto —dijo mientras sacudía la cabeza, y añadió—: Tenemos que encontrar alguna pista.

—Oh, Bugger...

Urquhart-Gordon sintió el impulso de alargar la mano y retirar de la frente de Enrique IX los cabellos que la ocultaban. Pero al rey lo horrorizaría el hecho de que otro hombre lo tocara.

—Lo siento muchísimo, Hotty. De verdad que lo siento.

Minutos después, el rey fue a tomar un baño y Brendan se sentó en la sala. Se quitó sus gafas de concha y descubrió sus ojos castaños, vigilantes e hinchados. Brendan tenía un secreto: era republicano. Lo que hacía allí, lo que llevaba haciendo a lo largo de un cuarto de siglo, era por amor, todo por amor. Amor al rey y, después, amor a la princesa.

Cuando Victoria tenía cuatro años... La familia real inglesa estaba de vacaciones en Italia (en algún *castello* o *palazzo*), y la trajeron para que diera las buenas noches a los presentes... en bata, pijama y zapatillas con borlas, con los cabellos aún húmedos del baño. Se acercó a la mesita de juego y, con su gracioso caminar de puntillas, besó a sus padres y después intercambió particulares adioses con otros dos miembros del grupo, Chippy y Boy. Sentado algo más allá, Brendan alzó la vista del libro que estaba leyendo, con la halagüeña perspectiva de que la niña se le acercara también, pues se dio cuenta de que ella lo incluía igualmente, sin decir nada, en el recorrido final de sus ojos. Pero Victoria, entonces, tomó la mano de su niñera y se volvió con la cabeza inclinada. Al verlo, Brendan, para su propia sorpresa, estuvo casi a punto de gritar de decepción, de dolorida derrota..., porque... ¿cómo puede uno sentir tanto

cuando se siente tan pequeño...? Toda su sangre alborotada... Brendan, pues, era consciente de que sentía por la princesa un cariño tal vez inusual... ¿Mera pasión estética? Cuando la miraba a la cara, siempre le parecía estar observándola a través de sus gruesas gafas de lectura..., la forma como sus rasgos se grababan en él como el cuño de una moneda. Pero esto no explicaría sus sentimientos en aquel salón de baile italiano cuando Victoria se fue a la cama sin darle las buenas noches; no, por ejemplo, las ganas de llorar que sintió y que tuvo que reprimir con dificultad. «Buenas noches, Brendan», le había dicho la noche siguiente; y él, entonces, se había sentido espléndidamente compensado. Era amor, sí, pero... ¿qué clase de amor? Ella tenía quince años ahora, y él cuarenta y cinco. Seguía esperando que se le pasara. Pero no se le pasaba.

Brendan volvió a mirar la foto de la princesa. Fue una mirada breve y recelosa. Estaba preocupado por ella, y también por sí mismo..., por la información acerca de sí mismo que su actitud pudiera revelar. Por supuesto que lo importante era servirla, servirla siempre... Brendan revisó el contenido de su maletín, preparándose para viajar a Orly, para viajar en el vuelo del rey al aeropuerto de Londres y para su cena de trabajo con John Oughtred.

Daban las ocho en la Place des Vosges. Abajo, en la cocina de estilo alpestre del edificio, los miembros del grupo de seguridad se miraban unos a otros con el ceño fruncido por encima de sus cafés instantáneos y los naipes de extraños símbolos, espadas y monedas procedentes de otro universo. Arriba, Amor, con una servilleta blanca colgada de su antebrazo, disponía la mesa en un extremo del salón alejado de la puerta. La estaba preparando para dos. Recién salido de su baño, el rey difundía fragancias a su paso de un mueble a otro. Todo cuanto tocaba uno en aquella estancia era o muy duro o muy mullido: incalculablemente duro, incalculablemente mullido.

La casa, por supuesto, pertenecía al gran amigo de Enrique IX, el marqués de Mirabeau. La amistad entre ambos era bien conocida, pero no lo era tanto el hecho de que el marqués fuera también el propietario de otro apartamento en la misma Place des Vosges...

Sonaron ahora las campanadas de los relojes, primero en sucesión, luego al unísono.

—Si tiene la bondad, Amor... —dijo el rey.

Apoyado contra la pared del alfombrado rellano había un *chiffonier* del tamaño de una chimenea medieval. El mueble comenzó ahora a girar, a desplazarse hacia un lado sobre su rumoroso eje. Y, por el hueco abierto, entró El Zizhen^[2], bisnieta de concubinas.

Amor la recibió con un saludo.

Cuando las campanadas de los relojes volvieron a sonar, El comenzó a desnudarse. La llevaría algún tiempo hacerlo. El rey, desnudo ya, estaba echado inmóvil en la *chaise-longue*, como un bebé a punto de que le cambien los pañales. A medida que se iba quitando su ropa, El lo acariciaba con ellas y, a continuación, con lo que su ropa había contenido hasta entonces. El lo tocaba, y el rey tocaba a El. El era dura. El era suave. El lo tocaba, y él tocaba a El.

Y se oyó un sonido agudo, una vibración, proveniente de la araña de cristal.

3. CLINT SMOKER

«El duque de Clarence interpretó el papel del príncipe ChowMein anoche, *escribe CLINT SMOKER*», escribió Clint Smoker. «Sí, el príncipe Alf salió anoche a cenar con su intermitente ligue, Lyn Noel, en un restaurante chino. Pero lo *dulce* se transformó en *agrio* cuando los fotógrafos tuvieron el descaro de irrumpir en su reservado. Buscando un poco de intimidad, la pareja huyó con los reporteros pisándoles los talones... ¡Les faltaban los postres! ¿Qué ocurrió una vez de regreso en Ken Pal?^[3] ¿Se la tiró Alf? ¿La estrechó entre sus brazos como una ostra y le dio una buena ración de polla lacada? ¿O decidió, una vez más, deshacerse de Lyn (después de haber repetido)? Las almejas llegan a cansar..., así que... ¿qué tal una patada en el culo, amor, para sazonar tu camino?»

—¿Qué es esto? —preguntó Margery al pasar.

—Un pie de foto —dijo Clint, despiadadamente, inclinándose a un lado para que ella pudiera ver.

La pantalla de Clint Smoker mostraba a un desgredado y gesticulante príncipe Alfred y a una llorosa y aterrorizada Lyn Noel, que trataban de abrirse paso a través de una muchedumbre de fotógrafos de prensa y policías en el bullicioso tráfico del Soho.

—La lluvia no le está haciendo ningún bien a sus cabellos —dijo Margery, que ocupó ahora su lugar en el puesto de trabajo contiguo al de Clint. Sesentona de rostro rubicundo, Margery se hacía pasar por una esbelta modelo llamada Donna Strange. Y fingía asimismo no llevar ninguna ropa encima.

—Sí —asintió Clint—, tiene todo el aspecto de un gato remojado.

Era la descripción de un moderno *uggy*, a la que respondía también el propio Clint con su apariencia de adefesio (así se había oído llamar): la cabeza afeitada al rape (descubriendo, de paso, los muchos verdugones y taras que tenía su cráneo), un doble *piercing* en las aletas de la nariz en forma de esposas (cuya cadena de unión colgaba sobre el labio superior y quedaba al alcance de las exploraciones que pudiera

realizar sobre ella la enorme placa de Petri que era la lengua de Smoker), y un tatuaje asombrosamente realista, casi en trampantojo, de una vieja sogá alrededor de su cuello (bien es cierto que parcialmente tapada por el michelín seboso formado allí mismo bajo su pellejo). Y, sin embargo, aquel hombre, con un ordenador portátil delante de él, era en verdad un excelente periodista. Los zapatos de Clint también merecían ser descritos: dos catamaranes convenientemente amarrados mediante una maraña de cordones y enganches.

—Querida Donna: soy una joven heredera de diecinueve años, talle esbelto, trasero bien formado y tetas tan grandes como tu culo —escribió Clint Smoker.

—Ahora no del todo —estaba diciendo Margery a uno de sus teléfonos—. Zapatos de tacón alto, un brazaletes en el tobillo, y eso es todo. Y la correa por la que estoy atada, claro.

—Lo que más me chifle —escribió Clint, y pulsó luego la tecla de retroceso para cambiar la *e* por una *a*— es ponerme la falda más mini que puedo encontrar e ir, sin bragas, a ver zapaterías. Aguardo a que el dependiente se siente en la banqueta delante de mí. ¡Y tendrías que ver cómo...!

En aquel punto se paró y preguntó con aquella voz suya que era incapaz de controlar:

—¡Eh, Marge! ¿Sabes si...?

—*Donna* —le corrigió Marge, apretando contra su pecho el micrófono del aparato.

—En las zapaterías de señoras *tienen* tíos despachando, ¿verdad?

Marge asintió con un gesto, al tiempo que decía:

—¿De veras, querida? Bueno..., todas nos sentimos un poco locuelas a primera hora de la tarde. Es cosa de los biorritmos.

—... se les cae la baba —escribió Clint— cuando tiro de mi...

Supermaniam Singh asomó la cabeza por la puerta y dijo en el dialecto inglés del estuario:

—Jefe. Está aquí.

Para cuando Clint entró ruidosamente en la sala de reuniones, el director, Desmond Heaf, estaba con el cuerpo inclinado sobre la portada del *Morning Lark*^[4] de la víspera y diciendo en tono apesadumbrado:

—Fijaos bien... Hola, Clint; encantado de verte, hijo. Fijaos en ella. Eso es una deformidad, eso es lo que es. O una obsesión por la cirugía estética: el síndrome de Munchausen. Son personas muy desgraciadas, y lo traslucen. Mirad sus ojos. Lo he dicho una y mil veces. Mantened los pechos dentro de unos límites razonables: una talla ciento cinco debería servir como término de referencia. Lo digo y lo repito: la popularidad de las mujeres de esa talla puede bajar durante un tiempo, pero siempre vuelve a subir. Y por eso acabamos sacando esto.

—Y lo que es más importante, jefe —observó Clint—, hacen que resulte demasiado embarazoso comprar el periódico. Apuesto a que estamos perdiendo soplapollas.

Incluso antes de que el primer número hubiera salido a las calles, era práctica universal en el *Morning Lark* referirse a sus lectores como «soplapollas». Lo cual no se aplicaba sólo a algunas secciones específicas (como «Cartas de los Soplapollas», «Nuestros Soplapollas Preguntan» y otras por el estilo), sino a frases comunes en cualquier negocio periodístico, como «el soplapollas es lo primero», «todo lo que interesa al soplapollas» o «¿crees que esto les importa realmente a nuestros soplapollas?». El personal del periódico hacía tiempo que había dejado de sonreír cuando alguien empleaba semejante denominación.

—Bien dicho, Clint —dijo Heaf.

—No estamos *perdiendo* soplapollas —dijo Supermaniam—. Tal vez se note algún problemilla en la *tasa de aumento*, pero de hecho no estamos *perdiendo* soplapollas.

—Eso son pretextos para desviar la atención —clamó Clint—. Estamos perdiendo soplapollas *potenciales*.

—Haré que Mackelyne revise las cifras —dijo Heaf—. En cualquier caso, ¿quién parece empeñado en que saquemos a esas vacas marinas en el periódico, en todo caso?

Nadie habló. Porque el *Lark* estaba gestionado conforme a criterios de cooperativa. La selección de docenas de mujeres casi desnudas que aparecían a diario en sus páginas era fruto de una improvisación animada y generalizada. Ni que decir tiene que el consejo editorial estaba integrado sólo por hombres. Las únicas mujeres que podían encontrarse en las oficinas del *Lark* eran sus beldades tutelares y las jubiladas que las encarnaban en las líneas calientes.

—No lo sé, jefe —dijo Jeff Strite, que era el único rival serio de Clint Smoker como reportero estrella del periódico—. Al cabo de un rato de estar mirándolas, entras en una especie de trance. Y te inclinas, ya sabes, por sacarlas, sin pensártelo demasiado, en realidad.

Clint dijo juiciosamente, en voz alta:

—Algunos tipos creen que jamás se puede tener demasiado de algo cuando la cosa es buena. Así que siempre hay motivos sensatos para sacar a chicas con las tetas muy grandes. Debemos atraer al soplapollas más fetichista, pero sin perder por ello al normal y corriente. La solución es simple: no sacar a vacas marinas en la portada.

—¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—En todo caso..., ¿quiénes somos nosotros para quejarnos? —dijo Heaf. Normalmente el director tenía el aire de un maestro de escuela de una pequeña población..., y en concreto de un maestro agobiado por preocupaciones logísticas hasta el punto de descuidar su aspecto personal (tan raído, tan flaco). Pero ahora

revivió y pidió con voz animada—: Anda, Gregory, sé buen chico y tráenos algunas bebidas, por favor.

Acababa de entrar Mackelyne, que había tomado asiento. Lo escucharon con atención mientras les hablaba de las últimas cifras de venta, de los multimillonarios accesos a las páginas web de pornografía dura y del hecho de que las nuevas líneas calientes habían provocado el colapso de la red telefónica local, así como de la necesidad de mantener el actual formato de 192 páginas del diario. Luego pasaron a las cifras de beneficios... En el *Lark* éstos se dividían entre todos, aunque con notables diferencias en los porcentajes. Pero hasta el joven Gregory, que era poco más que un botones, tenía ya planes para comprarse un caballo de carreras.

—Y ahora... —dijo Heaf al cabo de un rato—, ¿qué tenemos para mañana, Clint?

Siempre se llegaba a este momento (y, para entonces, las botellas vacías de champán se alineaban en la mesa del director, y el aire iluminado por la puesta de sol tenía un aspecto polvoriento y gaseoso, como si todos se hubieran sumado a un estornudo cooperativo): el momento en que los hombres del *Morning Lark* intentaban sentirse periodistas. A la redacción del *Lark* no llegaban muchas noticias, y ningún cataclismo mundial tenía aún importancia suficiente para desplazar de la primera página a la beldad de turno. Incluso la amplia sección de deportes contaba con poco más que una serie de resultados; el resto consistía en chicas que entraban y salían de la órbita de famosos clubs de fútbol, en chicas que decían haber pasado una noche con algún futbolista famoso, en antiguas e imprudentes fotografías de modelos que estaban casadas o vivían con futbolistas famosos, etcétera, más unos cuantos cabos sueltos acerca de golfistas adúlteros, jockeys satiromaniacos y boxeadores con tendencias a la violación. Las noticias de actualidad de otro género se reseñaban, usualmente, en la mitad inferior de las páginas dos y cuatro.

Fue Jeff Strite quien habló:

—Está el caso del soplapollas de Walthamstow —citó—. Y *no* me estoy refiriendo precisamente a un lector nuestro de Walthamstow. Es una historia interesante. Y enlaza con nuestra campaña contra los pedófilos. Tienen allí una piscina pública, ¿verdad? ¿Con una tribuna? Bueno..., pues él está allí solo, mirando las evoluciones de un grupo escolar de niños de nueve años. Justo entonces aparece una simpática viejecita, la señora Mop. El fulano echa a correr, cae por las escaleras y se parte la crisma. ¿Por qué motivo? Pues porque tenía los pantalones bajados a la altura de los *tobillos*.

—¿Porque se estaba haciendo una...?

—Exactamente. Y da para un buen titular: «Su perversión le costó cara».

—Excelente —dijo Desmond Heaf—. Y ya veo que hemos decidido seguir adelante con la sección dedicada a las mujeres de los soplapollas.

De vuelta ante su ordenador portátil, Clint reanudó su trabajo sobre la heredera

aficionada a visitar zapaterías luciendo minifalda. El artículo que escribía fingía ser una carta dirigida al consultorio sentimental del diario, del que se encargaba la Tía Cachonda, cuya doble página diaria escribían casi íntegramente los miembros de la redacción. Se componía de largos relatos, de carácter exclusiva y gráficamente sexual, seguidos por tres o cuatro palabras de ánimo o ridiculizando al autor, supuestamente salidas de la pluma de Donna Strange. Los lectores *escribían* al *Lark*, y muy de ciento al viento sus cartas encontraban hospitalidad en las columnas de su consultorio sentimental. Pero esas cartas ponían de manifiesto el eterno problema de la prosa erótica. No se trataba de que fueran insuficientemente obscenas, sino que eran, más bien, insuficientemente universales: eran, de hecho, irremediamente solitarias. Y jamás provenían de mujeres... Después, con el corazón pesaroso, Smoker dedicó sus energías a la nueva fotosección a que había aludido Desmond Heaf. Definitivamente iba a llamarse «Chorbas de Soplapollas».

—¿Por qué te empeñas en llevar esas malditas esposas en la napia? —preguntó Margery, que ya estaba recogiendo sus cosas para irse. La mujer tenía sesenta años; él, treinta: era un dato que, de repente, adquiriría importancia.

—Me recuerdan que tengo nariz.

—¡Pues felicidades! Pero... ¿por qué quieres que te recuerden que tienes nariz? —«Especialmente *esa* nariz», se sintió tentada a añadir: la nariz de Clint era una notable excrescencia carnosa, pero en la que apenas se advertía el cartílago—. ¿Y para qué te sirve la *soga*?

—Te haré una confidencia, Marge —dijo Clint, con voz más suave de lo habitual en él—. Es mi *identidad*. Y ahora cierra el pico.

Aún estaba quejándose vivamente para sí de las preguntas de su compañera de trabajo cuando, cinco minutos después, sonó su teléfono móvil: el ruido de una porra golpeando la puerta de una celda.

—¿Clint? Soy And.

And era Andrew New, una de las sempiternas figuras del universo de Smoker, alguien con quien había forjado el más firme de los lazos. And era el camello de Clint. Y la llamada era algo fuera de lo normal. And rara vez telefoneaba a Clint. Era Clint quien llamaba a And.

—¡And, muchacho! ¿Joder, qué es ese escándalo? ¡No me digas que tu mujer se ha cabreado otra vez!

—¡Jobar! Escucha esto: «¡Harrison! ¿Quieres meter de una vez en la bañera tu maldito culo?» Es una pelotera terrible. «¡And! ¡And! ¡Ven a darle un azote!» ¡Dáselo tú! Yo ya lo hice la última vez. Lo siento, colega... Enseguida se calmarán las cosas. La situación no es tan mala como aparenta... Bueno, Clint, colega. Me parece que tengo una información interesante que vender.

—Bueno..., y a mí que no estás llamando al lugar más adecuado.

—Sí, ya sé... Pero tú debes de tener buenos contactos.

—Estoy pasablemente bien relacionado, sí —afirmó Clint con mayor presunción

que verdad. (Las personas a las que intentaban sentar cerca de su mesa en los restaurantes solían pedir que las cambiaran de sitio. Y eso era cuando aún tenía la costumbre de salir a cenar con otros)—. Pero sigue. ¿De qué se trata?

—Ya sabrás lo de ese tipo al que casi se cargan la pasada noche. Xan Meo. Ese actor que toca el banjo, o no sé qué jodido instrumento. ¿Cómo lo han llamado los periódicos?

—El Hombre Renacentista.

—Bueno, pues... yo estaba *allí*, compañero. ¡Vi cómo lo hacían! Junto al canal. Yo estaba abajo, en el sendero, cerca del sitio donde escondo la hierba. Y él se había sentado fuera a beber, y entonces lo atacaron dos fulanos. No se contentaron con darle un golpe. No. Le atizaron dos. Yo me dije: lo han jodido bien. Pero luego le pegaron otro.

Clint ya había leído, en el baño, la información del *Evening Standard* acerca de la agresión. Ahora su interés fue sólo moderado.

—Me pareció..., ya sabes..., un ajuste de cuentas —siguió And—. Como si se hubiera chivado y se vengaran de él. Mencionaron un nombre; dijeron que se la había jugado a un tal *Joseph Andrews*...

—Bueno, muchacho..., a mí eso no me sirve. A menos que haya faldas y tetas al aire... ¿Piensas ir a la bofia con ello?

—¿Qué ganaría yo con eso? No me parece que vayan a darme una recompensa o algo así. No. Voy a tratar de vendérselo a algún periódico.

—Oh..., no hagas eso, colega —le aconsejó Clint—. No se trata de una gran exclusiva. Y podrías verte implicado... Déjame que dé algunas voces y me entere. Te telefonaré. ¿Cómo dijiste que se llamaba ese tío..., el que ordenó que se cargaran al chivato?

—«¡Harrison! ¡And! ¡And!» —se oyó decir. Y And añadió—: ¡Joder! ¡Ahora voy! Joseph Andrews.

Clint Smoker trabajaba en un edificio enfermo, ruinoso. Deberían haber puesto en él un termómetro asomando por una ventana del primer piso, como la enseña de un barbero..., pero no dando vueltas sobre sí misma, sino tiritando. Por la década de 1970 había servido ambiciosamente como escuela de perfeccionamiento para mujeres jóvenes que aspiraban a promocionarse en el campo de las relaciones públicas. Eran tantas las estudiantes que sufrían trastornos digestivos, que todo el sistema de desagüe del edificio acusaba la acción destructora de los jugos gástricos, lo cual, a su vez, provocaba la aparición creciente de abombamientos y grietas en los conductos de ventilación. El aire estaba turbio por emanaciones, esporas, alergias. En el *Lark* todo el mundo estaba siempre estornudando, moquiteando, tosiendo, bostezando, sintiendo náuseas. Eran conscientes de que se sentían enfermos, pero no sabían que se sentían así porque trabajaban en un edificio enfermo: pensaban que el motivo de su

enfermedad era la actividad que desarrollaban allí durante toda su jornada... Aquel día el edificio desprendía un resplandor oliváceo: había caído una fina lluvia, y su fachada parecía perlada de sudor.

Se abrió paso para salir de allí con un cigarrillo en la boca. Es un hombre corpulento: no hay más que ver cómo se abren de golpe las puertas automáticas para dejarlo pasar, como asustadas. Hombre macizo, pálido, cuya carne presentaba la apariencia correosa de la pasta fría, Clint hacía gala también de la irracional fuerza de sus pesados huesos. Seguía triunfando en las ásperas peleas que mantenía en los arcones de las carreteras, en las áreas de servicio y los aparcamientos de los restaurantes, con sus contorsiones y sus traspiés, con sus patadas fallidas y sus puñetazos en el aire. Las reyertas de Clint siempre eran a propósito del Código de la Circulación: heréticas, por opuestas a las interpretaciones canónicas. Porque Clint era siempre el maniqueo.

—¿Puede prestarme una moneda, señor? —le pidió el hombre que llevaba un rótulo que decía SIN TECHO. Era una pregunta cargada de ironía, pues conocía a Clint y sabía que éste nunca daba limosna.

—Sí, gracias. Lo estás haciendo muy bien. Sigue así: mantén caliente la acera.

Si alguien hubiera visto el jeep de Clint por el espejo retrovisor de su propio coche, habría creído que un Airbus estaba aterrizando tras él. Clint necesitaba un coche grande, porque se pasaba como mínimo cuatro horas diarias en él lleno de rabia en los viajes de ida y de vuelta entre Foulness^[5], cerca del Southend, donde tenía una casita adosada, y el diario.

Smoker vivía solo ahora. Jamás le había resultado fácil iniciar, y no digamos ya mantener, una relación satisfactoria con una mujer. Su penúltima amiga había puesto fin a la relación porque, aparte de otros defectos, en su opinión, Clint era «una mierda en la cama». Su sucesora, cuando le llegó el turno de romper la relación, lo expresó de forma muy parecida, aunque con menos palabras (y letras): Clint, según ella, era «un pichacorta». Eso había ocurrido un año atrás. Clint Smoker: un pichacorta. Aquello no contribuyó a reforzar su autoestima sexual. A partir de entonces recurrió a las chicas de alterne, con citas en diversos hoteles de Londres, pero incluso estos contactos distaban mucho de transcurrir sin problemas. La verdad era que, en lo que se refería al amor, a la vieja historia de siempre (y él mismo hubiera dicho que había que encararlo francamente), Clint Smoker tenía un pequeño problema.

La casita adosada de Foulness. Era una situación ridícula. Tenía dinero suficiente para cambiar de casa. Pero aquel año de privación de una presencia femenina había reducido su vivienda a un estado de insoportable suciedad. Era asombroso que aún mantuviera limpia su propia persona. (De hecho, el baño era la única dependencia de la casa que aún no estaba indescriptiblemente sucia.) No era capaz de quitar tanta mugre. Y tampoco podía venderla en aquel estado. Hubiera debido atrancar las puertas y ventanas con tablas y abandonarla. La mugre ejercía una influencia, una parálisis, una *nostalgie*... Y, aparte de eso, la casa estaba saturada también de

pornografía en todas sus formas.

Clint se encaramó al asiento del conductor de su Avenger negro. Pesaba ahora cuatro toneladas, y alcanzaba una velocidad punta de doscientos cincuenta kilómetros/hora.

Poco tiempo atrás, Clint había recibido una nota de una mujer joven. No iba dirigida a él, sino a la Tía Cachonda del *Lark*. Y empezaba así: «Querida donna: sinceramente... ¿qué es todo ese jaleo a propósito de los orgasmos? Yo no he tenido ninguno, y no lo necesito.» Clint respondió personalmente a la firmante «k», de Kentish Town, diciéndole que encontraba sus puntos de vista «de lo más alentadores». Ella le había respondido: diálogo. Ah, e-amor, e-eros, sentimentalismo facilón; e-soy joven y estoy muy buena y e-soy joven y estoy muy bueno; ah, e-ligue en Internet... Lo que usualmente había en una relación así (y Clint lo sabía) era pura vanidad y quimera, algo inexistente, incorpóreo: una burla carente de realidad. Pero en esta ocasión algo le dijo que la tal «k» era una mujer con fundamento.

La suela de los zapatos deportivos de Smoker pisó el acelerador. El Avenger llevaba sólo unas semanas fuera de la tienda del concesionario, pero ya se parecía al dormitorio de la adosada de Foulness. Olía a coche nuevo y a hombre viejo. Clint estaba gritándole ahora al camión al que quería adelantar. Esperaba sinceramente que la serpenteante fila de escolares que atravesaba el paso cebra unos metros más adelante no estuviera ya allí cuando él lo cruzara como una exhalación.

Poco más tarde, Sintecho John regresó a casa, con su rótulo de SIN TECHO. Solía dejarlo apoyado contra el armario mientras dormía. Y lo dejó ahora apoyado contra la mesa mientras la madre de Sintecho John le preparaba el desayuno.

—Te encanta ese cartel, ¿verdad? —le preguntó su madre.

—Es que está muy bien hecho. La mayoría de los que los llevan lo escriben con bolígrafo en un trozo de cartulina. Y es deprimente, de veras. Ni siquiera se lo llevan a casa consigo. Lo tiran, y a la mañana siguiente hacen otro nuevo. Yo no podría hacer eso. Mi rótulo es como una bocanada de aire fresco.

Y era cierto. El rótulo de SIN TECHO de Sintecho John era un rótulo aburguesado. En la madera clara había pintado un sol amarillo, una luna blanca y estrellas plateadas; luego, debajo, la palabra *sintecho*, en mayúsculas y con comillas: «SINTECHO».

—Me gustaría que no lo llevaras, ya sabes —dijo la madre.

—Es sólo un trabajo de verano, mamá.

—Ese letrero...

—¿Qué pasa con mi letrero?

—Todo el mundo te ve llegar por la calle silbando, con tu rótulo de SIN TECHO y la llave de la puerta de casa. Te sientas aquí a tomar el té sin soltarlo. Me hace sentir como si esta casa no fuera un hogar.

—Yo haré que te sientas en casa en un minuto. No seas tonta, mamá. ¡Pues claro que es un hogar! El letrero es sólo mi herramienta de trabajo. Y por eso soy una estrella fuera de aquí: un fuera de serie. Gané un *dineral* la semana pasada.

—Y oí que te llamaban «Sintecho» en el pub.

Se le ocurrió una idea. La estimación en que tenía su cartel, ya muy alta, subió un nuevo escalón:

—Mira las comillas, mamá. Pregonan que no soy «realmente» un sin techo.

La madre de Sintecho John estaba adoptando una expresión de apesadumbrada súplica. Le dio una palmadita en la cabeza y le dijo:

—No te quedarás si llueve, ¿verdad, cariño?

—No, mamá. Volveré a casa.

Y lo haría. Enarbolando bien alto su letrero bajo la lluvia.

14 FEBRERO (9.05 A. M., HORA UNIVERSAL)
101 HEAVY

En el aeropuerto de Heathrow cargaron el cadáver en la bodega del vuelo 101 de CigAir, con destino a Houston, Texas, Estados Unidos. El fallecido se llamaba Royce Traynor. El 11 de febrero el veterano magnate del petróleo paseaba por una calle en Kensington cuando una teja de pizarra del tamaño de una página de periódico se desplomó sobre él como una guadaña. Murió en la ambulancia, en los brazos de Reynolds, su esposa durante cuarenta y tres años. Reynolds iba sentada ahora en un lugar bastante más atractivo del avión, el asiento 2B. Bebía, llorosa, su segundo Buck's Fizz y aguardaba el momento en que el comandante del aparato apagara el letrero de no fumar.

De los 399 pasajeros y tripulantes de aquel vuelo de diez horas de duración, Royce Traynor era el único que no sentiría ninguna molestia durante el viaje.

CAPÍTULO SEGUNDO

1. EL TRASLADO A TRAUMATOLOGÍA

La pequeña Billie Meo pasaba por Urgencias con tal fascinación que el suelo de linóleo a cuadros se tensaba para sentir el peso de sus pasos. Sus zapatillas deportivas eran de suela plana, pero en alguna parte de ella se advertía la sensación de caminar de puntillas: en sus pantorrillas, tal vez. Russia Meo, cuando llevaba de la mano a su hija, percibía la mínima levitación de una ansiedad inquisitiva cada vez que, a su alrededor, se agachaban rostros que semejaban pertenecer a distorsionadas estatuas, se alzaban, se inclinaban, se volvían. Y los ruidos..., y el olor.

Eran ya las nueve cuando Russia telefoneó a la policía e inició su ronda de llamadas a los hospitales. Y casi las diez cuando se enteró de que su marido había sido ingresado en el Hospital de St Mary con un traumatismo craneal cerrado que, en principio, se consideraba leve..., en oposición a grave. Para entonces, Billie ya se había contagiado de la agitación de su madre, y a Russia le pareció que no tenía más elección que la de acceder a que la niña la acompañara. (El bebé, Sophie, llevaba ya horas pacíficamente dormida, con la naricilla vuelta hacia arriba.) Russia se había animado a sacar el coche, aunque ya se sentía como un conductor que cruza un tramo de hielo negro: sin ninguna adherencia a la carretera y muchas futuras curvas que negociar para llegar a su realidad siguiente. Pero eso sería adelantarse, porque la tarde se había convertido en un túnel y ahora sólo había un futuro posible: el del hospital. Era consciente de que su cuerpo estaba siendo sedado internamente, de que el tiempo se había retardado en su defensa. Al igual que Billie, se encontraba en un estado de curiosidad alucinógena. Aparcó el coche al otro lado de la calle, bajo el edificio donde había dado a luz a sus dos hijas, y entró luego en la zona de recepción, donde familias enteras y familiares sueltos aguardaban sentados en taciturna vigilia, con algunos grupos erguidos y tensos y otros despatarrados en actitud de abandono como pasajeros de un vuelo retrasado doce horas.

Se dice «hospitalizado», pensó, no *en el* hospital, ni *en un* hospital. De la misma manera que uno está *encausado*, *encarcelado* o *acuartelado*. ¿Qué tenían en común las correspondientes instituciones? Algo que ver con el cumplimiento de un destino... Billie sólo había estado hospitalizada en dos ocasiones: la primera, al nacer y, más recientemente, cuando resultó que había ingerido medio frasco de paracetamol líquido. También aquello había ocurrido de noche. De hecho, Billie estaba llegando a la conclusión de que la visita al hospital era algo que ocurría automáticamente si lograbas permanecer despierta hasta muy tarde.

En esta ocasión las encaminaron a Traumatología.

—Un traumatismo craneal —les explicó el médico que estaba de guardia en Cuidados Intensivos— entraña una secuencia de hechos. Hablamos de tres lesiones. La primera se produce en los primeros segundos; la segunda, en la primera hora; y la tercera, en los primeros días, o semanas, o meses. Su marido, Alex, ha superado la primera lesión. Mi tarea más inmediata es impedir que se produzcan la segunda y la tercera lesiones. Por lo visto, estuvo inconsciente durante dos o tres minutos.

—Yo creía que más de un minuto...

—Tres minutos no es el fin del mundo. Aunque en la ambulancia no pudo recordar su apellido ni su número de teléfono, estuvo lúcido mientras lo trasladaban. Su tensión arterial fue normal. Así que el cerebro no se vio privado de oxígeno..., lo que habría provocado la segunda lesión. Por otra parte, mostraba una respiración fuerte y regular. Cuando la respiración es irregular o débil en presencia de una ventilación adecuada, el pronóstico es, invariablemente, grave.

Algunos médicos desconfían del poder que ejercen. Otros se sienten capaces de deslumbrar gracias a él. El doctor Gandhi (satánicamente apuesto, en opinión de Russia, pero que ya comenzaba a encorvarse tras haber alcanzado la mediana edad) era, casualmente, un médico del segundo tipo. Se sentía gratificado, animado incluso, al ver cómo la gente escuchaba con atención y mirada implorantes lo que les decía. Tenían razón en hacerlo, y era natural que lo temieran y lo amaran: era su intérprete de la mortalidad. Algo que él dispensaba o que negaba... Billie estaba en la sala de juegos contigua. Russia podía oírla desde allí. También la niña parecía respirar con profundas espiraciones y después retenerlas; jadeaba y suspiraba mientras unía y desmontaba los Sticklebricks^[6] de plástico.

—Alex estuvo razonablemente lúcido en la ambulancia. Para cuando lo examiné, hablaba de forma incoherente. Aquello no me desanimó. Disfrutaba de una movilidad obediente, y sus ojos respondían con normalidad a la luz. En el espacio de una hora, su baremo en la escala de Glasgow pasó de nueve a catorce, a sólo un punto del máximo. Los rayos X revelaron que no existía ninguna fractura. Y, lo que aún es mejor, el tac mostró una contusión, pero sólo un derrame mínimo..., que hubiera podido ser la tercera lesión. Le administré un diurético por precaución. Esto deshidrata y, así, *encoge* el cerebro —dijo el doctor Gandhi alargando la mano y cerrándola—. Está en Cuidados Intensivos ahora. Duerme y respira con normalidad, y controlamos todas sus constantes.

—¿Y eso bastará?

—... Señora, el cerebro de su marido ha sufrido una aceleración. El tejido blando ha impactado contra su estuche: el cráneo. En la zona frontal inferior del cerebro hay protuberancias óseas... ¿Para qué son? Nadie lo sabe. Se diría que para *castigar* la cabeza herida. Cuando el cerebro sufre una aceleración así, se desgarran y rompen al chocar con este *rascador*. Puede haber células nerviosas dañadas o, al menos,

aturdidas temporalmente. El cerebro, según creemos, intenta restaurar la falta de esas células empleando otras de repuesto en un proceso de reorganización espontánea. Pero esto puede requerir tiempo. Y hay multitud de posibles efectos colaterales. Dolor de cabeza, fatiga, dificultad de concentración, falta de equilibrio, amnesia, labilidad emocional. ¿Labilidad? Tendencia a la inestabilidad. Dígame, señora Meo, ¿cuál de estas cuatro características describe mejor el temperamento de su marido: sereno, apacible, irritable, difícil?

—Oh, apacible.

—Pues tiene que esperar, en las próximas semanas, una tendencia a la dificultad. ¿Querrían usted y... Billie ver un instante a su marido? Le han administrado un relajante muscular ahora. Le sugiero que no lo despierten. Hace una hora mi compañero trató de explorar sus pupilas con un rayo de luz. ¡A Alex no le hizo ninguna gracia!

Cuidados intensivos daba la impresión de hallarse en un submarino o en el interior de una vieja nave espacial; oscuros compartimentos donde zumbaban y latían importantes artilugios: electrocardiógrafos, jadeantes ventiladores...; el agitarse de la vida y la muerte en sus figuras y sombras. Una sonriente enfermera descorrió la cortina. Y pasaron sin hacer ruido.

Cuando vio a su padre, Billie le dedicó su característica expresión de cariño, pero esta vez había una nota dolorida en su voz. Sintiendo un nudo en la garganta, Russia se apresuró a agacharse y levantó a la niña en brazos.

Lo tenían acostado en un ángulo más agudo de lo que se esperaba. El grueso collarín blanco que llevaba y la forma como estaban remetidas las sábanas alrededor de su cuello hacían imposible evitar la impresión de verlo emerger lentamente de las profundidades de una taza de váter, y luego estaban los cables conectados a su cuero cabelludo.

—¿Por qué no despierta?

—Está *dormido* —le susurró su madre—. Se ha hecho daño y está dormido.

De repente sus ojos se abrieron y los fijó en ella. Sintió como una sacudida hacia atrás: ¿qué era aquella mirada? ¿Acusación? Pero al instante siguiente su mirada se desenfocó, y sus párpados se cerraron despacio, obedeciendo al torpor inducido por el medicamento.

—Tírale un beso para que se mejore —dijo Russia.

Al volver a pasar por Recepción, con aquel leve pasito suyo que parecía de puntillas a pesar de no llevar tacones, Billie levantó la vista hacia su madre y dijo con una satisfacción difícil de sondear:

—Papá está diferente.

—Cuenta hacia atrás desde cien, bajando de siete en siete.

—Cien... Noventa y tres. Ochenta y seis. Setenta y nueve. Setenta y dos. Sesenta

y cinco. Etcétera.

—Muy bien. ¿Qué tienen en común un pájaro y un aeroplano?

—Alas. Pero los pájaros no se estrellan.

—¿Recuerda usted el nombre del primer ministro?

Xan lo mencionó.

—¿Cómo se llama la princesa heredera?

Xan citó su nombre.

—Voy a pedirle que memorice tres palabras. ¿Querrá hacerlo? Son: perro, rosa, realidad... Dígame ahora. ¿Cuáles eran?

—Rosa. Gato. Realidad.

Su estado lo hacía sentirse como en el siglo XXI: una etapa de la que uno quiere despertar..., dejarla atrás y espabilar de una vez. Ahora estaba viviendo un sueño dentro de un sueño. Y los dos eran pesadillas.

Aquella mañana, en presencia de Russia, habían trasladado a Xan de la unidad de Cuidados Intensivos a la sala de Traumatología Craneal. Se había ganado unos elogios (que le parecían insultantemente excesivos) por haber caminado lentamente siguiendo una línea más o menos recta, por haber subido un tramo de escalera sin más ayuda que la del pasamanos, por haberse peinado torpemente y lavado los dientes, y por haber conseguido meterse por sí mismo en la cama. Dar cuenta de un palito de pescado rebozado, empleando para ello tenedor y cuchillo, le valió nuevas felicitaciones. Era, en suma, un sueño, y no podía despertar de él. Pero sí *podía* irse a dormir, y lo hacía, y entonces dejaba de soñar.

A primera hora de la tarde todo resultaba un poco más claro. Eran catorce pacientes en la sala, y a todos ellos les habían partido la crisma en algún momento. Sus mentes habían retrocedido, en tanto que sus cuerpos luchaban por recuperar su edad. Las tareas más fastidiosas de mantenimiento del propio cuerpo, las que normalmente hacían que uno se entumeciera de inanición, eran jaleadas ahora como *habilidades*. Por ejemplo, la evacuación. Una visita al váter sin ayuda podía valerte una salva de aplausos por parte del personal y de todos los pacientes que eran capaces de aplaudir. (Incluso Sophie, a sus diez meses, sabía hacerlo: produciendo un ruidito menudo y casi imperceptible, sí, pero que rara vez dejaba de hacer.) Y luego había asimismo felicitaciones por logros mucho más importantes que el de ir solo al váter..., como el de que *no* se te escapara cuando *no* estabas *en* el váter. Dos camas más allá estaba acostado un hombre de setenta años al que ahora estaban enseñando a tragar. Y había otros, en diferentes puntos de la sala a los que se llegaba por diferentes caminos, que marchaban penosamente con sus chándals a la sala donde se hallaban los juguetes de madera o la piscina de fisioterapia. Y hasta dos o tres como él, los reyes sin corona de Traumatología Craneal, que eran virtuosos del cepillo de dientes y el peine, adeptos a los cordones de los zapatos y las hebillas de los cinturones, personas de gustos selectos: hombres renacentistas.

—¿Sabe usted lo que es el NEO?

—Meo. Neo. No.

—*Near Earth Object*: Objeto Próximo a la Tierra. ¿No ha visto el periódico? Hace que casi te dé miedo mirar la primera página, la verdad sea dicha. Llegará el día de San Valentín. Pero no se preocupe. Pasará muy cerca, pero no nos dará.

El día de San Valentín, pensó. No sería precisamente un buen día para aquella mujer en particular. Unos labios gruesos de rojo anaranjado sobre su tez pálida y sedosa, los revueltos cabellos de un matiz anaranjado también... Y, sin embargo, tenía «algo»...

—¿Podría escribirme una frase? Cualquier frase.

Tendió a Xan un lápiz y un bloc de notas. Su interlocutora era una mujer de unos cuarenta años, psicóloga clínica, llamada Tilda Quant. Estaba razonablemente contenta ahora, en parte porque había dejado de intentar engatusar a un anciano para que escribiera la palabra *él*, y también porque de su nuevo paciente se hablaba en los periódicos, tenía relación con el mundo del espectáculo y era un individuo de cierta posición social. No era que Tilda se rindiera a la tradicional reverencia por la fama; se trataba de algo más subliminal e interactivo. Por el hecho de compartir la publicidad de su paciente, su exposición a la curiosidad general, ella sentía realzada un poco su propia importancia. Xan, por su parte, atribuía asimismo una gran significación al hecho de que Tilda Quant fuera una mujer, aunque por razones que aún no veía claras. Ella le dijo:

—«Jovencito emponzoñado de whisky qué figurota exhibe.» Veamos.

—Es un ejercicio —respondió Xan mientras escribía—. Una frase que se supone que contiene todas las letras del alfabeto.

—Sí, ya veo que usted es un buen mecanógrafo. ¿Y si le digo qwerty? Ya sabe... qwerty uiop.

—Oh, sí. Aunque pienso que la he escrito mal. La frase, quiero decir. No veo ninguna *v* en ella. Jamás me acordaba de escribirla. Ni siquiera antes.

—... ¿Dice usted que no recuerda... palabras como... *violencia*?

—Sí, sí. Es sólo que no quiero recordar la violencia de los últimos meses. Todo el proceso fue increíblemente violento. Le diré cómo me sentía. Pensaba: si pudiera encontrar a algunas personas muy mayores y sentarme cerca, tal vez no ocurriría nada malo por espacio de diez segundos. Entonces no me sentiría tan increíblemente frágil.

La mujer lo observaba con una nueva fascinación. Le preguntó:

—¿De qué está usted hablando?

—De mi divorcio.

—Ah —exclamó ella, y tomó unas notas—. Yo llamaría a esto su primer chapoteo en una disfunción cognitiva. Una respuesta inadecuada a una pregunta que estaba claramente relacionada con la *agresión*.

—¿La agresión? No, no recuerdo la agresión.

—¿Recuerda aquellas tres palabras que le pedí que memorizara?

—... Gato. Un color, amarillo o azul. Ah, y realidad.

Fuera el sol se hallaba a una hora por encima del horizonte y pasaba de iluminar una cosa a otra, y de ésta a otra. Xan observaba cómo se movían las sombras: lo hacían, le parecía, a la misma velocidad que se movía la manecilla del minuterero del reloj que había en la pared del despacho de la hermana, tras la mampara de vidrio. Fue un gran descubrimiento para él: que las sombras se movían a la velocidad del tiempo. Xan seguía pensando en su hermana muerta, Leda: hacía quince años que no la había visto, y, cuando fue a verla al hospital, ya no volvería a despertarse.

Llegó su esposa, acompañada de Billie, de la pequeña Sophie y de Imaculada.

Cuando las niñas se hubieron ido, Russia pidió que colocaran los biombos alrededor de su cama, y se tendió en ella vestida sólo con su braguita. La forma como lo hizo le trajo a la mente a Xan la frase «gobierno de mujeres»^[7]... Respondió palpablemente a su calor, a su abrazo. Fue una sensación tranquilizadora, distante, pero pronto se sumó al dolor punzante de su cabeza y se perdió, entonces, en su agotamiento, su náusea y la sensación penosa de su herida. Le habría gustado dejarse llevar por una masa de agua en movimiento. Le habría gustado que las olas hicieran el amor por él.

Russia se había vuelto a poner su ropa y estaba a punto de marcharse. Xan parecía dormido, pero, cuando ella descorrió la cortina de plástico, él se incorporó en la cama y le señaló con insistencia al joven que se hallaba tendido en la cama contigua (y que no pareció agradecer la atención que le demostraba) diciendo:

—Ese chico de ahí... ¡es un cagón formidable! ¿Verdad que sí, hijo? No es..., bueno, no es nada del otro mundo al comer y al hablar... De momento. Pero a su forma de cagar no se le pueden poner peros. ¡Joder, cómo caga!

Xan se daba cuenta de que nadie esperaba seriamente que recordara su agresión. Cuando le preguntaban acerca de ella (el médico, la psicóloga clínica, las personas vestidas de paisano que lo interrogaban y enseguida quedaban satisfechas), les decía que no recordaba nada entre el momento en que entró en el Hollywood y cuando lo llevaron al hospital. Así se lo dijo a su mujer. Pero no era verdad. Lo recordaba muy bien. Y lo recordaba tal como le habían prometido que lo recordaría: lamentándolo.

A quien me haga daño, pensaba (durante todo el día), le haré daño. Le haré más daño, con mayor dureza. Si alguien me hace daño, haré daño, haré daño.

2. CARGARSE A BERYL

Mal Bale, que medía un metro ochenta y cinco a lo largo y otro tanto de

circunferencia (tenía más o menos las dimensiones de una cabina de aseo público), marcó cuidadosamente un número en su teléfono móvil (que no era mayor que una caja de cerillas, y lo obligaba a pulsar las teclas con la uña de su dedo meñique). Dijo a su patrón:

—Deberíamos ser dos aquí. ¿Hacer de guardaespaldas de ese cabrón? Vienes de los lavabos de caballeros y te lo encuentras magreando en grupo a una camarera..., él solito... No, hombre... Sólo te he llamado para quejarme. En realidad no se porta tan mal esta noche, por su lesión: yo diría que lo frena un poco. Y el periodista está con él ahora, y se ha calmado un poco... ¿Sí? Gracias, hombre. Te lo agradezco.

Mal se refería, en primer lugar, a Auto de Choque Ainsley Car, el delantero del equipo de fútbol de Gales lesionado. Car, que fue uno de los jugadores con más talento de su generación, estaba ahora hundido hasta el cuello en las horas más bajas de su carrera, y eso a pesar de tener tan sólo veinticinco años. Hacía tres que había representado a su país (y tres meses desde la última vez que su club lo había alineado). El periodista en cuestión era Clint Smoker, del *Morning Lark*.

El noventa y nueve coma nueve por ciento del trabajo de un guardaespaldas profesional consiste en una única actividad: fruncir el ceño. Lo frunces por esto, lo frunces por lo otro. Lo frunces de esta manera, y también de esta otra. Tiene que parecer que estás alerta, y por eso estás frunciendo el ceño todo el rato. Algunas mañanas te despiertas pensando: «¡Joder! ¿Quién me sacudió anoche?» Como si tuvieras magullado el entrecejo. Sin embargo, nadie te pegó. Es de tanto fruncirlo... Pero con Car era diferente. Normalmente, un guardaespaldas protege a su cliente del mundo exterior. En el caso de Ainsley, tenías que proteger al mundo exterior de tu cliente. Mal Bale, que había sido contratado por el representante de Car, se hallaba en la barra del Cocked Pinkie, frotándose los ojos como un niño. De momento no le harían fruncir el ceño. De momento le harían bostezar..., como preludeo de una acción más concreta. Es curioso, pensó Mal. A Ainsley se le puede controlar con facilidad hasta que llega su cambio de personalidad a eso de las seis. Entonces, basta que se meta por el gznate media clara para que se transforme en otro hombre. Sus ojos lo delatan.

Ainsley y el tal Clint se habían sentado en un reservado, a hablar de negocios. El cuarto cóctel de Ainsley parecía un Knickerbocker Glory..., con una sombrillita infantil sobresaliendo de la copa. Tenías que respetarlo como jugador, reconoció Mal para sus adentros. Y Mal, en sus primeros tiempos (que eran, en realidad, otra época), había sido un leal hinchista de su West Ham nativo: la bandejita de cerdo agridulce en el tren nocturno a Sunderland, las frenéticas y jadeantes carreras por King's Road, las monótonas comparecencias ante el tribunal en Cursitor Street... Hasta que después, cierto sábado, cayó sobre él la desilusión en Upton Park. Era la media parte, y dos mascotas evolucionaban en la esquina donde estaba su grupo de hinchas; eran dos figuras rechonchas, casi esféricas, que representaban, respectivamente, un cerdo y un cordero. De pronto el cerdo le da un golpe al cordero y éste se lo devuelve. Era

cómico al principio, con los dos pegándose el uno al otro y cayendo al suelo. Parecía formar parte del espectáculo, pero no era así. El cordero había caído de espaldas y agitaba los brazos como un escarabajo enloquecido. Y el cerdo le pegaba con el banderín del córner..., y se oían los gritos de los hinchas, y había sangre en el vellón del disfraz... Hasta aquel momento, Mal se había considerado divertidamente mentalizado para la gresca que seguiría al encuentro; pero enseguida se dio cuenta de que todo aquello había acabado. *Acabado*. Era algo que tenía mucho que ver con la violencia y las categorías. No podía expresarlo con palabras, pero no volvería a pelearse por pura diversión. Había sido padre por primera vez hacía poco: es posible que eso tuviera también algo que ver. Se enteró más tarde de que el cordero llevaba tiempo tirándose a la chica del cerdo, por lo que —y ésa fue la opinión definitiva de Mal—, obviamente, tuvo su merecido.

Miró su reloj: las siete y cuarto. Darius, su relevo, se presentaría a las diez.

—En los dos últimos años, Ainsley Car y el *Morning Lark* han gozado de una relación especial —decía Clint Smoker—. ¿No es un hecho?

Ainsley no lo negó. Durante sus años en la cumbre se había sincerado con una serie de diarios de gran circulación acerca de sus juergas y sus programas de desintoxicación, sus accidentes de coche debidos a la embriaguez, los hoteluchos que frecuentaba y las jóvenes aspirantes a estrella que se tiraba. Pero eso ocurría en los tiempos en que, con una simple finta de su hombro y un regate con su bota, Ainsley podía herir a toda una nación al mismo tiempo que exaltaba a la suya. Pero ya no estaba en su mano hacerlo. Ahora hasta sus actos condenables eran nimiedades.

—En la vida de todo atleta —estaba diciendo Smoker en voz alta y aparentemente objetiva— llega un punto en que tiene que darse cuenta de sus limitaciones y considerar la seguridad financiera de su familia. Tú has llegado a ese punto..., o eso es lo que nos parece en el *Lark*.

No..., ya no podía seguir haciéndolo; no en el campo, al menos. En su anterior condición, Ainsley era un futbolista por todos los poros; incluso cuando aparecía de esmoquin, en alguna ceremonia de entrega de premios..., si se daba la vuelta, uno hubiera esperado ver su nombre y su número cosidos en su espalda. Pelirrojo, ojos pequeños, la boca abierta... En el dialecto del clan, era escurridizo (es decir, de baja estatura) y combativo (es decir, marrullero), pero poseía indudablemente un cerebro futbolístico. No tenía un espíritu cultivado o educado..., pero su pie derecho lo estaba con creces. Luego al muchacho todo le salió mal. Aún conservaba su agresividad, pero había perdido todos sus reflejos. Ahora, habitualmente, Ainsley era retirado en camilla del terreno de juego antes de que el balón hubiera salido del círculo central: lesionado al intentar lesionar a un contrario (o a un compañero del propio equipo, o al árbitro). La entrevista en profundidad más reciente que le había hecho el *Lark* hablaba del «momento de locura» que se había apoderado de él en un encuentro

benéfico, cuando, apenas comenzaban a apagarse las vibraciones del silbato inicial, Ainsley cargó violentamente contra Sir Bobby Miles, el ex extremo del equipo de Inglaterra (que a la sazón contaba sesenta y seis años de edad): fractura de pierna para cada uno.

—Me quedan *años*, hombre —dijo Ainsley amenazadoramente—. ¿Sabes dónde tengo lo que me permite aguantar el ritmo? —Y se dio dos golpecitos en la sien—. Aquí. Esto sigue funcionándome. Aún lo tengo en condiciones.

—Seamos realistas, Ains... Ya no volverás a vestir la camiseta de Gales. Te queda un año en primera división, y te lo pasarás en el banquillo. No te renovarán. Tendrás que bajar de categoría. Y en un par de temporadas te estarán haciendo trizas en tercera división.

—Yo no tengo madera de suplente, hombre. Y no pienso jugar para un cochino equipo de tercera. ¿Sabes quién se interesa por mí? ¡La Juventus, nada menos!

—¿La Juventus? Debe de ser por tus recetas de pasta, Ains. Escucha... Eras, repito *eras*, el jugador más prometedor que he tenido el privilegio de ver en acción. Cuando tenías el balón en los pies y pisabas el área... ¡Joder! Eras increíble. Pero todo eso ha pasado a la historia, y es lo que hace que te sientas frustrado. Por eso estás siempre en el hospital antes de llegar a la media parte. Tienes que confiar en que el *Lark* mira por tus intereses.

—La gente —replicó Ainsley con amarga gratitud— siempre querrá a Ainsley Car. Aprecian a su Auto de Choque, amigo. Eso es así. Sigue siendo así.

Parecida a un hongo obviamente no comestible, la lengua de Clint se desbordaba fuera de su boca y trataba de lamer las esposas que colgaban de su nariz. Finalmente, dijo:

—Estás acabado, Ains. Has llegado al final. Estás en las últimas. Tienes esa fastidiosa lesión cerebral que se llama autodestrucción. Estás gordo, amigo. Y sudas demasiado. Fíjate en tu pecho. Lo tienes como en un concurso de camisetas mojadas. Y la alianza que llevas en el dedo, cada semana que pasa te aprieta más. Lo que me lleva a mi siguiente punto...

En este momento, como su sadismo respondiera más plenamente al masoquismo que advertía en Car, hizo una seña al camarero y le dijo:

—¡Raymond! Tráele otra copa al Tetas.

Smoker hizo una pausa. Aquella noche experimentaba un optimismo poco habitual en él..., perjudicial, tal vez, para sus habilidades diplomáticas. En el bolsillo interior de su holgado traje negro tenía bien guardado un tentador e-mail de «k», su corresponsal en Internet. Respondiendo a una pregunta de Clint: «¿Qué papel piensas que desempeña el sexo en una relación sana?», «k» había escrito: «1 pkño. ¿Nos hemos vuelto to2 completamente locos? Mantengamos el sentido de las proxciones, X D... Debería ser sólo la última cosa de la noche, el preludio natural del sueño. Nada de esas terribles *sesiones*. Yo encuentro que normalmente ayuda meterse entre pecho y espalda unas cuantas copas... ¿Y tú?» Al leer esto, Smoker se había dado

tardíamente cuenta de que sus relaciones más duraderas y satisfactorias las había tenido siempre con dipsómanas. O, por decirlo de otra manera, que le gustaba practicar el sexo con mujeres bebidas. Parecían existir tres razones para ello. Una: que todas se comportan estúpidamente. Dos: que a veces pierden el conocimiento (y entonces sí que puedes disfrutar realmente con ellas). Tres: que de ordinario no recuerdan si das un gatillazo. Todo eso te quita presión. Puro sentido común.

—En el *Lark* pensamos que en ti queda todavía una gran historia. El reto que se nos presenta ahora es, a nuestro entender, sacar el máximo partido de esa historia. Hemos estado estudiando diferentes maneras de darla a conocer de forma que suscite el interés de todos y quieran escucharla. Y esto es lo que queremos que te plantees: cargarte a Beryl.

—¿Cargarme a Beryl?

—Cargarte a Beryl. Y tirarte a Donna.

Beryl era la novia de Ainsley desde la infancia. Se habían casado cuando los dos tenían dieciséis años, y Ainsley la había dejado dos semanas después, al día siguiente de su fichaje récord. Recientemente, en una ceremonia patrocinada en gran parte por el *Morning Lark*, la pareja había vuelto a casarse: una boda pensada para confirmar y consolidar la victoria de Ainsley en su batalla contra el alcohol. Capital para el simbolismo de aquello era el hecho de que Beryl, que no destacaba por ninguna otra cosa, era una mujer singularmente menuda. El propio Ainsley era el jugador más bajo de los equipos de primera división de la liga..., pero le sacaba un palmo de estatura. Desde el punto de vista periodístico, se pensaba que una esposa menuda apuntalaba los instintos protectores de Ainsley y su sentido de la responsabilidad, a diferencia de las esculturales rubias a las que siempre estaba persiguiendo, o con las que siempre andaba peleándose, en los garitos y bares clandestinos.

—Escucha mi plan —amplió Clint Smoker—. Tienes que arreglártelas para que Beryl vaya a verte a tu habitación del hotel en Londres a una determinada hora. El mismo día, antes, en un encuentro concertado por nosotros, eliges a la modelo del *Lark* que prefieras..., pongamos, por ejemplo, a Donna Strange..., y te la llevas a tu habitación, de manera que estés follándola cuando entre tu mujer. Donna se larga y tú le atizas a Beryl.

—¿Por qué le atizo a Beryl? ¿Por qué no es ella la que me atiza?

—Pues porque ella no levanta un palmo del suelo. No. Vamos... Ella tendría que pegarte un bastonazo. —Smoker inclinó la cabeza hacia un lado y dijo imitando una voz femenina—: «¡Estabas haciendo el amor con esa modelo! ¡Me has traicionado con otra chica!» Todo esto y más por el estilo, quiero decir. ¿Cuánta mierda así vas a ser capaz de aguantar? Así que te cargas a Beryl.

La boca de Ainsley se abrió todavía más, ahondando así el pliegue entre su nariz y su frente.

—Te garantizo que *todos* los periódicos se ocuparán de esa noticia. Y nosotros daremos las tetas y el culo de Donna en las páginas una a cinco, y los ojos morados

de Beryl de las páginas cinco a la diez, más una emocionante separata de ocho páginas del acusado en cuestión: el propio Ainsley Car.

—¿Cuánto?

Smoker dijo una cantidad; una cifra impresionante.

—*¡Que todos los pasajeros vayan a la parte de detrás del avión!* —gritó súbitamente Ainsley—. *¡Retrocedan! ¡Que ninguno se acerque! El jodido ántrax..., ¡este tipo tiene hepatitis G y una granada metida en el culo!* ¡OH, DIOS MÍO! ¡ES LA TORRE! ¡ES EL BIG BEN, ES EL OLD TOM,^[8] ES EL PALACIO DE BUCKINGHAM! ¡NO! ¡LO IMPOSIBLE! ¡OH, DIOS MÍO..., VAMOS TODOS A...!

Para entonces, varios camareros se acercaban corriendo a través del comedor, que se había quedado en silencio, y allí estaba Mal Bale, con las manos apoyadas en los hombros de Car, presionándolo para mantenerlo en su asiento, mirando a su alrededor y frunciendo el ceño.

Ya no hay *tipos duros*, pensaba Mal (esto se había convertido recientemente en un tema urgente a raíz del asunto con Xan Meo) cuando iba de camino hacia el bar dos horas más tarde, ahora están todos *chiflados*. Chiflados drogas. No hay más que fijarse en Snort. En el fulano ese, Snort.

Cuando llegó al bar y se incorporó al círculo de los bebedores, Mal se volvió. Darius había sido puntual. En aquel momento, iba por su primer zumo de arándanos, Smoker daba cuenta de su tercer litro de agua mineral (temía por su permiso de conducir) y Ainsley estaba en su noveno cóctel. Con sus más de dos metros de estatura, Darius, adventista del Séptimo Día, parecía estar teniendo algún éxito en atiborrar a Ainsley de panecillos.

Pero allí estaba Snort. Sin ninguna botella a su lado. Tras el asunto de Xan Meo, Mal le había dado a Snort lo convenido (cuatrocientas libras en metálico) y le había dicho:

—Jamás volveré a emplearte, amigo. ¿Estamos?

Snort se había limitado a bajar la mirada. Y Mal había añadido:

—Sigues bebiendo, ¿no? Supongo que pensaste: «Fastidiaré el asunto, pero cobraré el dinero y me largaré.» Deberías tener un poco de eso que llaman *orgullo*, muchacho... Tendrías que tragarte una píldora de *orgullo*.

Pero ahora ya veis: ni una sola botella a su lado. Sólo drogas chiflados. Haciendo teatro, además. Snort presume de ser un veterano de las SAS, pero todos los que andan metidos en esto dicen que lo son.

A Mal se le había unido ahora el periodista aquel del *Lark*, Smoker, quien estaba mirándolo con curiosidad, como calculando el precio de su traje.

Smoker pretendía hablar en voz baja, pero su voz no tenía condiciones para ese registro.

—¿Eres del oficio, moreno? —preguntó.

La primera cosa que Mal tenía que averiguar era si estaban jugando con él. Apenas sabía de la existencia del *Morning Lark* (y le habría escandalizado su contenido), pero conocía bastante bien a Clint a través de la relación con Ainsley Car y desde la época en que Mal estuvo representando durante seis meses a unas famosas modelos de *topless* y concedió entrevistas a diversos periódicos, entre ellos al *Lark*. No parecía peligroso, así que Mal transigió y dijo:

—No sé nada del oficio. Trabajo como guardaespaldas, amigo.

—Pero tú, en tus tiempos, hiciste un poco de esto. Deja que el *Lark* se ocupe ahora de sacarlo adelante.

—Sí, bueno... Es verdad que hice algunas cosillas. ¿Me invitas a una jarra de Star? Podría haber progresado en el oficio. Pero no tenía el temperamento necesario.

Clint entornó calmosamente los ojos, y dijo:

—Sin embargo, has tenido tratos con peces gordos. Escribiste en letras de molde que habías trabajado para algunos de ellos.

—Sí. Bueno..., conocí a unos cuantos en mi época. Ah, gracias.

—Veamos si este nombre significa algo para ti.

—Adelante, pues —asintió Mal bruscamente, al tiempo que echaba hacia atrás la cabeza e intentaba remojar su gaznate con unos cuantos sorbos de su primera bebida de la noche.

—Joseph Andrews.

Mal resopló emitiendo un surtidor de espuma, y hundió enseguida la cara en su vaso de vidrio.

—¡Ten cuidado! —exclamó Clint, que se sacudió la cerveza de la frente y le dio una palmada a Mal en la espalda con la mano manchada de espuma—. Sí... ¿Te enteraste de lo que le hicieron a ese tipo, Xan Meo? Un amigo mío lo presencié. Dijeron que lo hacían para saldar una cuenta que tenía con Joseph Andrews. A estas horas debe de andar vendiendo la historia a los periódicos.

Ya salió a relucir, pensó Mal. Ya se ha destapado el asunto.

Hacia medianoche, Ainsley Car pidió sus muletas.

Ya en la calle, Mal siguió con la mirada los esfuerzos del maltrecho delantero para avanzar por la pasarela, seguido por Darius. Más allá de ellos discurría el Támesis, con todas las luces de su historia. En lo alto, los húmedos tachones de las estrellas, las titilantes estrellas, aferradas al espacio-tiempo.

—Está borracho —dijo Clint desde detrás.

—No, ahora comenzará a recuperar energías. Necesita dar un paseo con las muletas. —Hacia las once, en efecto, Ainsley había entrado en un ciclo más lento, como una lavadora. En cualquier momento estaría de vuelta para trastabillar, caminar torpemente y temblar de arriba abajo. Mal consultó su reloj y dijo—: Ahora vendrá la comedia del submarino...

Y se oyó, en efecto, cómo Ainsley, mientras subía la pendiente, gritaba con voz grave y ferozmente tensa: «*Todos los hombres del puente cinco pasen inmediatamente al puente cuatro. Todos los hombres del puente cuatro pasen enseguida al puente tres. Todos los hombres del...*»

El coche de alquiler se acercó discretamente. Mal vio con pesar que el curso de Ainsley lo llevaría a pasar por delante del pobre infeliz que estaba sentado bajo una farola, con una perra en su regazo, o a pisarlo... Y aquel infeliz sin hogar no estaba en la situación del Sintecho John, que contaba con un lugar agradable al que ir: era un auténtico artista de aparcamiento y portal de tienda, un rebuscador de basura agazapado para desafiar su tercer invierno sin refugio. La perra tenía sangre de spaniel y el pelaje suave de un terrier. Él la acariciaba y le hablaba en voz baja y se entendía, en cualquier caso, con ella. Parecían más unidos que una pareja humana; la impresión que daban era de participar cada uno intensamente en el ser del otro. Era casi como si el perro fuera la fuerza del hombre, y la humanidad de éste surgiera, erecta, del animal que caminaba a cuatro patas.

Así que Auto de Choque se queda quieto apoyado en sus muletas y le pregunta:

—¿Quieres cincuenta libras?

—... Pues claro que las quiero.

Saca un fajo prendido con un clip, y separa el billete.

—... Muchísimas gracias.

—Vale. Y ahora tengo que pedirte un favor, amigo. ¿Me prestas cincuenta libras?

—Preferiría no hacerlo, si te he de ser sincero.

—¿*Sincero*? ¿Sabes lo que me dijo mi padre?

—¿Qué?

—¡Nada! El tío se largó cuando yo tenía un año. Pero mi madre... Mi madre decía que la caridad comienza por la propia familia. Y tú no eres de mi familia. Así que *jódete* —dijo Ainsley. Su voz vibraba..., toda su cabeza vibraba—. ¿Dónde tienes tu *orgullo de hombre*...?

—No todos hemos nacido con un talento como el tuyo. Tú eres un dios, eso es lo que eres.

Ainsley se volvió ahora inexorablemente a Clint Smoker:

—Y yo estaba allí firme, amigo. Muy firme. ¡El himno nacional! ¡Y el maldito rey allí mismo, justo encima del túnel de vestuarios, con lágrimas en los ojos! ¡Con la agilidad de una pantera, dejo a Hugalú sentado de culo, driblo a Straganza y le pongo el balón en bandeja a Martin Arris! ¡Las Torres Gemelas revientan! ¡De admiración, muchacho, de admiración!

—Eso nunca te lo quitarán, Ains —reconoció Mal.

La perra levantó la cara y miró al futbolista con castaños ojos de afecto.

—¡Ven aquí! —la llamó—. Aguanta, hijo. Anda y que te zurzan, Ainsley Car. ¡*Atrás todo el mundo!* ¡*Esto no es un perro!* ¡*Es una bomba de rabia!* ¡QUE LOS PASAJEROS DE LOS ASIENTOS CINCO A DIEZ SE DIRIJAN INMEDIATAMENTE AL SEGUNDO

Luego, como dos atletas genuinamente entregados a una carrera por parejas, Ainsley inició su desesperado salto a la noche, con Darius siguiéndolo, primero caminando, luego a paso vivo y, finalmente, a la carrera.

Clint se quedó allí, lo mismo que Mal. Mal se preguntaba de qué humor encontraría a Shinsala al regresar a su piso. Cuando cerrara de golpe la portezuela del coche, mientras escuchara el chirrido de la cerradura, ¿sentiría en su pecho la *disculpa* del miedo? No un miedo físico, por supuesto, pero miedo al fin y al cabo. ¿Era un estado de ánimo el miedo?

—Podrías calcularlo matemáticamente —dijo Clint—. Dividiendo su semana por su cociente intelectual. O algo así.

—Hombre, Clint... —dijo Mal, poniendo fin a sus pensamientos.

Smoker le ofreció una efusiva mirada de contrición. En los últimos treinta minutos se había operado un cambio de poder entre los dos hombres. En sus tratos previos con Mal, Clint había tendido a considerarlo un afable imbécil obligado a ganarse la vida con sus puños. Pero la ira masculina, el ardor masculino tan fácilmente traducible en violencia masculina, le había hecho reconsiderar aquella primera impresión. Clint se veía a sí mismo corpulento y fuerte, y allí estaban, además, para demostrarlo, tantas peleas suyas en las que siempre vencía. Pero la violencia de Mal era eficiente, profesional y, por encima de todo, justa; algo que Clint nunca podría rebatir. En aquel momento, el temor de Clint le parecía afecto..., afecto por Mal Bale.

—Clint, amigo... ¿Eres un hijo de puta?

—No, Mal. No soy un hijo de puta.

—Bueno... ¿Y qué pasa si me fallas?

—Bien... Obviamente aquí no ocurrirá el proverbial «se irá todo a la mierda». Es obvio.

—Si necesitas saber cuánto, telefona a tu chico, Andy, hacia final de la semana. ¿De acuerdo?

—Sí, colega. Te deseo lo mejor, Mal. Que salga todo bien. Y cuídate, amigo.

Clint Smoker estaba riendo cuando se encaramó al puente de mando de su Avenger negro. Adrenalina: es un gran remedio. Y, al pisar el acelerador (en unos minutos todos sus pensamientos subsiguientes estarían dedicados por entero a las preocupaciones del motor), Clint comenzó a componer mentalmente un e-mail que empezaba:

«¿Ke tenéis que decir ahora del viejo kastaño kanoso...? ¿Importa el tamaño? ¿O el tenerlos bien puestos?»

3. EN EL TREN REAL

El rey no estaba en su tesorería, contando su dinero..., y la reina no estaba en el jardín, comiendo pan con miel...

Enrique viajaba en dirección al sur en el tren real. Aquel tren tenía un vagón oficina, un vagón para reuniones, un vagón sala de estar, un vagón dormitorio, un vagón comedor, un vagón cocina, un vagón de personal de servicio, un vagón de seguridad y un vagón de vigilancia. El soberano se encontraba en el vagón oficina, escribiendo su carta diaria a la princesa. Como casi todos los interiores que había conocido en su vida, aquélla era una estancia de líneas cambiantes: no habían dejado en ella nada en paz. Cada plano estaba lleno de estorbos ornamentales; las paredes estaban cargadas de cuadros y fotografías enmarcadas; las superficies planas infestadas de curiosidades y *bibelots*; y cada panel del techo insistía en resaltar su paisaje de nubes, su querubín, su *madonna*, su desnudo. Privado de la libertad de las dimensiones amplias, el tren venía a resumir la condición de la realeza: siempre estaba encima de ti y nunca te dejaba ser como eras.

Se producían frecuentes retrasos, largos y muy molestos, pero el tren real era, técnicamente, un tren sin paradas. En aquel momento sólo el rey sabía que iba a detenerse en un apartadero de Royston, cerca de Cambridge, para que se entrevistara con Brendan Urquhart-Gordon, quien decía ser portador de noticias buenas y malas.

«Mi querida hija», había comenzado la carta... Ahora siguió: «La visita a los leprosos fue más bien deprimente. Y, después, la pesadilla del vuelo de vuelta. Tuvimos turbulencias sobre el Canal, como siempre: muy bruscas en esta ocasión. Al aterrizar, fui derecho a ese centro de traumatología craneoencefálica, que resultó una especie de tortura medieval; te pasas horas escuchando a gente que apenas puede hablar y que te cuenta los maravillosos progresos que está haciendo. Luego, a primera hora de la tarde, marché al norte, en el tren.»

Hizo una pausa. Ir al norte había sido como un viaje a la depresión orgánica, un viaje a la noche y al invierno. Al principio eran sólo las obesas calderas de las centrales eléctricas, que añadían sus humaredas a la inmensidad gris. Más tarde el cielo se tornó de un negro borroso, con costurones brillantes. De vez en cuando incluso aparecería el sol, como el casco de un minero bajando por una chimenea. A las tres y quince encontraron la noche. Y, finalmente, el Kyle de Tongue ciñó su dogal de peñascos en dirección al Mar del Norte.

«No ha habido, por desgracia, ningún cambio en el estado de mamá», siguió escribiendo Enrique, con su elaborada caligrafía hecha todavía más trémula por el traqueteo de las ruedas. «Debo decir que ahora me resultan temibles estas visitas. Lo más descorazonador es que el rostro de mamá sigue sin experimentar ningún cambio, tan sereno y hermoso como siempre.» Se interrumpió con un estremecimiento. «El peluquero sigue atendiéndola una vez al día; le hacen la manicura una vez por semana y, por supuesto, se ocupan de “darle la vuelta” con frecuencia en la cama. Si no fuera por el fantasmal zumbido del respirador, uno esperaría que abriera los ojos en cualquier momento y dijera con su antigua jovialidad: “¡Oh, papá, no te sientes

ahí! ¿Dónde está mi tetera?” Como he dicho a menudo, aunque *haya habido* casos de personas que han salido de un coma profundo tras haber permanecido en él periodos que han durado varios años, debemos continuar fortaleciéndonos para lo peor. El “equipo”, querida, puede quedar reducido de tres a dos, pero seguimos siendo un equipo, tú y yo, hija mía. Tú y yo. Nosotros dos.

»La presencia de los medios de comunicación...» Hizo una pausa. Y continuó: «... reduce y a la vez confunde los sufrimientos de uno. Por supuesto que me siento conmovido, por supuesto que me turba. Pero... ¿debo mostrar mis heridas a la cámara? ¡Y eso aun cuando se muestran de lo más respetuosos! “¡No temáis derramar una lágrima, majestad!” Le entran a uno ganas de vomitar. Cada vez siento más visceralmente que los medios son en esencia unos violadores que envenenan todo cuanto tocan.»

Hizo una pausa. ¿Cómo lo había expresado Bugger? «Debería advertírsele a la princesa», había dicho Urquhart-Gordon, «que tal vez se haya dado una filtración de su privacidad.» No, pensó Enrique: aún es demasiado pronto para eso. Y siguió escribiendo:

«Me parece que deberíamos tener una conversación sobre el tema y sobre la seguridad en general. Yo estaré ahí el sábado (5) y podremos tener una agradable charla en algún hotel que nos parezca conveniente.»

Venía luego un fantástico despliegue de diminutivos y palabras de afecto.

Después Enrique tocó el timbre reclamando la presencia de Amor.

En Royston el tren empezó a reducir velocidad. Enfrente, envuelto en una niebla fina y casi invisible, estaba el apartadero donde aguardaba ahora el providente Urquhart-Gordon con un solitario detective. Y un poco más allá un automóvil negro con su chófer. El tren se movía aún cuando Brendan se encaramó a él.

—Dame primero las malas noticias. Las buenas tal vez se deriven de ellas —dijo Enrique IX.

—La mala noticia, señor, es que la fotografía no es, en realidad, una fotografía —respondió Brendan, que compuso enseguida las finas líneas de su rostro animoso e inteligente—. Es un fotograma.

Se había retirado unos segundos para que Enrique se hiciera cargo de lo que aquello significaba. Y, en efecto, la cabeza del rey estuvo oscilando sobre su base como medio minuto antes de murmurar:

—De una película...

—Sí, señor. De una película.

Brendan escuchó el suspiro de Enrique: largo e inquisidor, con un gemido ahogado al final.

—De una DigiCam 5000 DVD, para ser exactos, señor.

—¿Sabes, Bugger? Espero que ese *cometa*, o lo que sea, nos reduzca a todos a

añicos.

—No nos hará añicos, señor. Si nos da, nos quemará a todos.

—Mejor aún. Fuego del infierno. No es menos de lo que nos merecemos.

Ahora Brendan observó a su monarca. Parecía una buena respuesta: en una vida tan encorsetada, tan predeterminada, tan cerrada a cal y canto..., se hubiera dicho que no había espacio para ninguna variación individual. Pero Enrique era una anomalía real coronada. A diferencia de su padre, Ricardo IV, de su hermano, el duque de Clarence, y de tantos otros varones de su linaje, Enrique no había pilotado reactores ni helicópteros, no había mandado rompehielos o dragaminas, adiestrado soldados, dormido en las literas de un submarino, simulado tácticas de evasión de aviones de caza o descendido en paracaídas sobre laderas montañosas. Tampoco compartía el entusiasmo de los suyos por la horticultura, la música, la caza, las bromas y las creencias religiosas orientales. Enrique se las había arreglado para pasar con una simple licenciatura de Geografía en Oxford, a la que siguió su inmersión en la vida de sociedad. Aun antes de acceder al trono, por supuesto, su agenda estaba ya plagada de «funciones», de las que después continuó esquivando y rehuyendo tantas como podía. Pero incluso un mínimo de ellas era ya un montón. Brendan pensaba que la mitad del secreto de la existencia regia radicaba en el hecho de que era increíblemente aburrida. Para contrapesar eso, te convertías en un hombre de acción; buscabas el peligro, el esfuerzo, los estados intensos. Y te ocupabas en cosas arcanas con obsesión enfermiza..., buscando cualquier cosa con que llenar tu espíritu. Pero Enrique no tenía nada de todo ello para defenderse. Simplemente, lo soportaba..., soportaba aquel aburrimiento como una dosis diaria de quimioterapia.

A diferencia de su predecesor del mismo nombre, aquel brillante príncipe del Renacimiento que se interesó por la astronomía, la teología, las matemáticas, la ciencia militar, la navegación, la oratoria, las lenguas antiguas y modernas, la cartografía y la poesía, a Enrique IX le interesaba ver la televisión..., o permanecer pasivamente delante del aparato encendido. Dos años atrás, Brendan hubiera dicho que el rey —cincuenta y un años entonces— estaba envejecido de puro aburrimiento. Pero, por alguna razón, su indolencia preternatural le granjeaba el afecto de las masas y a pesar de todo (de sus meteduras de pata, de su insensibilidad, de su insondable ignorancia) había sido siempre muy popular. Les gustaban su ceño fruncido, sus guiños, su tupé de color rubio arena. En la actualidad, su índice de popularidad había bajado un poco de su habitual setenta y cinco por ciento. Al público no le hacía gracia ver a su rey recorriendo pasillos de hospital y manteniendo conversaciones endiabladamente forzadas con enturbantados líderes de distintos grupos sociales. Querían ver cómo se ponía a dormir enseguida en las carreras.

—Fui a su dormitorio —dijo vagamente Enrique—. Aún sigue siendo un zoo de juguetes de peluche. ¡Es todavía tan *niña*, Bugger...!

Brendan alargó la mano y abrió la cerradura de su maletín de acero.

—Hemos conseguido avanzar algo con relación al punto en que estábamos, señor.

Creemos haber identificado el lugar.

—¿El lugar?

—Vedlo vos mismo, señor.

De nuevo la fotografía, con el cuerpo de la princesa eliminado de ella con película correctora blanca. Aun reconociendo la conveniencia de aquella eliminación, la nivea blancura de aquel hueco en la foto le hizo sentir a Enrique un instante de ceguera. ¿Adónde habría ido a parar? Ocultada con trazos blancos como una momia, como un espíritu...

—Pensaba que tendríamos que empezar por recorrer todos los baños de todas las residencias regias..., buscando esa bañera, ese espejo, ese lavabo, alineados exactamente así. Pero los expertos han reducido brillantemente la búsqueda. Mirad, señor. A la izquierda de la princesa hay una pastilla de jabón en su jabonera.

Brendan hizo una pausa, dándole tiempo a Enrique para preguntar:

—¿Me estás diciendo que es el único baño real con una pastilla de jabón en él?

—No, señor. —Brendan rebuscó en su maletín y al instante sacó de él lo que parecía ser un póster o una serigrafía de tamaño cincuenta por cincuenta, brillante hasta el extremo de parecer casi líquida y *completamente* blanca.

—¿Y qué es esto, si puedo saberlo?

—La pastilla de jabón, señor. O, más bien, un detalle de ella: la estampación de su cara superior.

Enrique observó la cremosa superficie.

—Está bastante desgastada, señor, pero se ven los entrantes. Una flor. Tres pétalos unidos. La flor de lis. Es la marca que la casa real emplea en Cap d'Antibes. La princesa estuvo allí con vuestra majestad durante sus vacaciones en agosto. Y deduzco que fue entonces cuando fue sorprendida su privacidad.

—Es una curiosa manera de describir lo que yo considero un grave delito, Bugger... Pero, bueno... ¿Y ahora qué?

Brendan jamás había visto algo así: el rey asumiendo un aire auténticamente regio. Respondió, en consecuencia:

—Con vuestro permiso, majestad..., Oughtred y yo volaremos a Niza mañana.

—Traicionada... ¡Oh, pobre niña!

Los dos hombres escucharon cómo el tren se estremecía lentamente y volvía a arrancar... Brendan reflexionó. Naturalmente, la princesa Victoria ya había sido el tema de mucha controversia nacional. La primera se produjo cuando contaba apenas diecisiete días: una niñera despedida alegó que la habían echado porque la reina se negaba a seguir la práctica de alimentar al bebé cuando lo reclamaba, en vez de hacerlo a horas fijas. Seis meses después, de forma semejante, el país se vio dividido acerca de la cuestión de si la princesa estaba o no en condiciones de ser destetada. Y así sucesivamente. ¿Se le debía permitir que aprendiera a montar en bicicleta dentro de casa sin llevar casco protector? ¿Debía permitírsele ingerir comida rápida cuando iba de excursión con el colegio? ¿Debía haber lucido una minifalda *así* en la

malhadada discoteca de Dunsinane?^[9] Fue en esta etapa, tras haber cumplido la princesa once años, cuando Brendan se sobresaltó al detectar un carácter lascivo semiconsciente en su fijación nativa. No..., tal vez no lascivo, pero sí indecente, aunque de una indecencia no culpable. Cuando ella cumplió los doce años, se produjo un fuego cruzado de reflexiones sobre las discutibles virtudes a) de las compresas higiénicas, y b) del montar a caballo a la amazona..., en las que, por supuesto, jamás se mencionaba a la princesa. Pero podías intuir lo que se estaba forjando, construyendo; lo que estaba en el espíritu de la gente: que Victoria se hallaba en el límite entre la infancia y la edad núbil. Tanta preocupación, concentrada en el precioso himen de la princesa... Brendan pensaba que la relación entre los ingleses y las personas de la familia real era incestuosa y narcisista, pero esencialmente subliminal (por debajo de un umbral o *limen*). Allí todo era oscuro: un cielo sin luna ni estrellas.

—Encárgate de que reciba esto hoy, Bugger.

Enrique se puso en pie y fue a su escritorio donde, empleando un pincel de marfil y un platito de plata con agua, humedeció la goma del sobre que contenía su carta a la princesa, al que añadió el sello real con el anillo del dedo medio de su mano derecha.

Brendan recogió sus cosas. Primero la ampliación, la grotesca imagen ampliada al tamaño de un mantel de hule. Después la fotografía. Se alegró de no poder ver en ella el rostro de Victoria, con las pupilas en el ángulo superior izquierdo de sus ojos, que tanto lo turbaba. Creía saber lo que estaba haciendo la princesa en el momento en que fue tomada la foto: estaba *escuchando*.

El mapa en relieve de la flor de lis, ahora que no era más que un *detalle*: la marca del jabón. Porque..., ¿quién podría decirlo? Con una pastilla de jabón de ese tamaño, quizá pudiera lavarse toda la maldita ciudad...

Por los lados, el tren real cruzó el norte de Londres y continuó hacia el oeste.

Andy New lo vio pasar. Se hallaba en un lugar por debajo de la vía (su nuevo escondrijo para la hierba) y vio las ventanillas provistas de cortinas de los vagones, los blasones y emblemas. «¡Dinero de los contribuyentes!», pensó. Y no es que And fuera precisamente un contribuyente...

Era un camello: un vendedor de drogas y de pornografía.

Y era asimismo un anarquista, un alborotador callejero y un concienzudo asaltante de restaurantes de comida basura durante los tumultos contra la globalización. Dos años atrás, su pareja de hecho, Chelci, le había dado un hijo: el pequeño Harrison.

Tras saltar la verja, siguió camino arriba por la pendiente de detrás, respondiendo entretanto a la llamada de su hermano mayor, Nigel. Nigel había sido un cachondo en otros tiempos, pero se había vuelto del todo convencional y ahora estaba completamente muerto, como cualquier otro imbécil.

Nigel: No estarás traficando con esa mierda, ¿verdad?

And: Con vídeos y todo eso, claro. Pero no con *esa* porquería.

Nigel: Porque eso está muy mal visto. Eso es lo que pasa.

And: Definitivamente no es para mí.

Nigel: No es para nadie.

And: No me interesa en absoluto.

Nigel: Estoy preocupado por ti, And. Cuando fuimos en tren a Manchester...

Los dos hermanos habían viajado recientemente a Manchester para ver el partido de fútbol y hacerle una visita a su padre. El edificio del ayuntamiento envuelto en una especie de camiseta de malla verde, la radio de onda corta del taxista al paso por Britannia Ridgeway, Rodger-Rodge, Ox noble, Tango Three, Midland Didsbury...

Nigel: ¿Recuerdas que nos sentamos en el suelo, entre los compartimentos? De acuerdo, no había ningún otro sitio donde sentarse. Pero te miraba y me decía: «Le encanta estar aquí, en el suelo, con su lata de cerveza.»

And: ¿A qué viene esto, Nige?

Nigel: A que estoy preocupado por ti, And.

And: Bueno, pues más vale que te preocupes por tus jodidos impuestos.

Cuando, rezongando, se disponía a cruzar el puente, una voz lo llamó desde detrás.

—¡Oiga! ¡Perdone! ¡Joven!

Al volverse, And vio a un hombre de edad entre avanzada y mediana, que vestía traje oscuro de rayitas, con americana de tres botones abrochados, gafas oscuras y borsalino negro.

—Gracias, gracias. Me pregunto si tendría usted la amabilidad de orientarme...

Con alguna dificultad, sacó un sobre del bolsillo interior de su chaqueta.

—¿Cómo está usted? —preguntó sonriendo cordialmente.

—Muy bien. ¿Y usted?

—Jamás me he sentido mejor en la vida, muchas gracias. Y ahora estoy disfrutando de este tiempo espléndido que hace.

Un acento de ésos... que son más elegantes que el del rey.

—Estoy buscando Mornington *Crescent*, ya ve. No Mornington Terrace, sino Mornington *Crescent*...

Andy lo encaminó enseguida hacia allí.

—Ah... Se lo agradezco mucho.

En este punto, con una elegante rotación de la muñeca, el hombre del traje se quitó sus gafas oscuras... para revelar los ojos más extraños que And jamás había visto: brillantes de tan pálidos; de un azul antártico con halos amarillos. Por un instante, Andy se preguntó dónde habría dejado aquel tipo su perro lazarillo.

—Dígame... ¿Es usted por casualidad Andrew New?

—¿Quién quiere saberlo?

—Me llamo *Semen Figner*...

Lo pronunció con un acento diferente: eslavo. Y New vio que los ojos azules se habían oscurecido despiadadamente.

—Tu mujer es una mierda —dijo Semen Figner con voz normal—. Tu hijo es una mierda.

14 FEBRERO (10.41 A. M.): 101 HEAVY

Primer oficial Nick Chopko: Eh, eso está bastante bien...

Mecánico de vuelo Hal Ward: ¿Cómo dices?

Chopko: Nos toca los segundos, despegue por la derecha.

Comandante John Macmanaman: Bueno, bueno... El viejo Comet de De Havilland. ¿Mil novecientos cincuenta y cinco? ¿Adónde irá eso?

Ward: ¿A Croydon, tal vez? ¿Al Museo de la Aviación?

Macmanaman: Esta espera se va a prolongar hasta mi retiro.

Chopko: Sí. A mí también me *gustaría* despegar mientras aún soy joven.

Tras los setenta minutos de retraso por el estado del tiempo, el CigAir 101 había dejado su estacionamiento para sumarse a la cola que aguardaba el despegue en la salida nueve. Las normas de vuelo insistían en que se dejara un intervalo de tres minutos entre un despegue y otro. Pero aquel día, por supuesto, todas las tripulaciones transatlánticas tenían que estar en el aire a las once en punto. La torre optó, pues, por fijar un intervalo de emergencia de ciento treinta segundos. Y el comandante avisó tranquilamente a sus pasajeros que estuvieran preparados para encontrar algunas turbulencias debidas a las estelas de los aviones que habían despegado antes; pudiera haber añadido también que, con ellas, los pasajeros se sentirían más marinos que aeronautas, teniendo que afrontar mares embravecidos a doscientas millas por hora.

Torre: Uno cero uno Heavy: autorizado para despegar.

Macmanaman: Recibido.

Torre: Está feo allá arriba.

A las 10.53 el 101 Heavy bajó su morro y corrió en busca de su velocidad de despegue. Reynolds Traynor se hallaba sentada en el asiento 2B, con el cuerpo en posición vertical y el cinturón abrochado. Tenía un cigarrillo en la boca y la palanca de un encendedor esperando bajo la yema de su pulgar izquierdo, ya doblado y a punto para presionarla.

Chopko: V1... V2. Despegamos.

En el instante en que los neumáticos dejaron la pista, el comandante apagó la señal de no fumar.

Un aeroplano que se eleva recibe normalmente el impulso de un fuerte viento de morro; pero el viento de morro al que se encaró el 101 Heavy, si bien no podía ser descrito como de *tempestad*, con sus cuarenta y seis nudos de velocidad era, sin duda, de fuerte galerna o *muy duro*. El comandante se enfrentaba, así, a dos peligros inmediatos —uno grave; otro meramente muy serio— que lo eran ya con la turbulencia de estela y su «efecto embudo» o sin ella. El primer peligro estaba en que la aeronave quedara «por debajo de la BUG», o velocidad mínima de vuelo, y a merced de su propio peso (lo que al final resultaría en una breve serie de palabras gruesas grabadas en la caja negra). El segundo peligro era el del «encabritamiento del morro»; en este caso, la fuerza del viento incide sobre el avión en su parte delantera ascendente y lo hace vulnerable a «entrar en pérdida». Este encabritamiento del morro fue lo que le ocurrió al 101 Heavy. En el momento en que encendía un cigarrillo con la temblorosa brasa de la colilla de su predecesor, Reynolds inclinó el cuerpo hacia el pasillo y miró atrás. Las cortinas entre una y otra sección se habían levantado hasta la altura de las cabezas por efecto del aire. Era como mirar hacia el hueco de un ascensor, sólo que un hueco densamente poblado. Las mujeres que podía ver tenían rostros contorsionados, dentaduras desnudas, ceños incrédulos. Y los demás tenían las frentes marcadas por las arrugas infantiles y bovinas de los hombres que aguardan la muerte.

El 101 Heavy se hallaba en un plano divergente veinte grados del horizontal (aunque se sentía más bien como si estuviera a sólo veinte grados de la vertical), y con los motores a su máxima potencia, cuando se encontró con el aire agitado de la turbulencia creada por el avión que había despegado antes de él.

En aquel momento, los cierres que mantenían en su lugar el ataúd de Royce Traynor se soltaron de sus anclajes. Tras caer repetidamente más de diez metros, Royce se precipitó en un mosaico de bicicletas de montaña convenientemente encadenadas a una mampara. El féretro quedó encajado como una cuña contra el portón de carga, y allí permaneció, más o menos vertical, mientras el avión se estabilizaba y continuaba ascendiendo sin gran impulso para alcanzar su altitud de crucero.

—¿Verdad que es estupendo estar por encima de las nubes? —dijo el pasajero del asiento 2A—. Me gustaría vivir más allá del tiempo atmosférico.

—Sí —asintió Reynolds—. Pero no hoy.

—No, hoy no.

Estaba mirando sus piernas, con ojo crítico, o así le pareció a Reynolds, que estaba orgullosa de ellas. Y luego se puso a mirar sus pies.

—No debería haberse puesto tacones —dijo—. Podría perforar con ellos la rampa hinchable de emergencia..., que podríamos necesitar también como balsa. Y yo diría

que lleva usted leotardos, además...

—... Es verdad.

—Tampoco debería. Están hechos, en parte, con fibra sintética, ¿sabe? —añadió
—. Al arder se funden y se adhieren a la piel.

En el interior de la bodega de carga, el cadáver de Royce Traynor pareció cuadrarse.

Estaba listo.

CAPÍTULO TERCERO

1. LA DIVULGACIÓN DEL SABER

Para su siguiente entrevista con el médico responsable de Cuidados Intensivos, Russia Meo se había puesto la ropa más cara que tenía: un traje italiano de cachemir negro hecho a medida, guantes y bolso a juego, y zapatos de salón. Pretendía con ello enviar un mensaje muy claro al doctor Gandhi: si algo salía mal, no se libraría de una demanda. Era, también, uno de esos días en que ella decidía instintivamente dejar que destacara su figura. Y así se había puesto una blusa blanca entallada y su sujetador blanco más dinámico. Estos lujosos alardes de seda no estaban destinados al doctor Gandhi (trataban de llamar la atención de algún otro), pero tal vez los elementos del escote oliváceo servirían para manifestar una afirmación básica: la afirmación de la vida, la vida...

El doctor Gandhi había tomado buena nota del aspecto de Russia, y extraído de ella alguna estimulación erudita (concretamente, lo intrigaba sobremanera el tamaño relativo de los pezones), pero no disfrutaba de la segunda entrevista tanto como había disfrutado de la primera. La correlación de fuerzas se había modificado ya, como siempre ocurría. ¡Cuánto mejor había sido, cuánto más apreciado se había sentido cuando nadie sabía nada..., en los tiempos anteriores a la divulgación del saber! Ahora, en lugar de los sudorosos mudos de antaño, te enfrentabas erráticamente a charlatanes que tenían asimiladas a medias historias clínicas, diagnósticos, prácticas de curanderismo. El doctor Gandhi creía que en adelante iba a ser cada vez más difícil conseguir que los médicos fueran tratados con la consideración debida por serlo, con la consiguiente mengua de su satisfacción profesional. Russia Meo era, por supuesto, una mujer educada, una mujer distinguida, incluso, a la que él jamás había esperado poder deslumbrar como un Saturno. Pero hoy en día —se decía— cualquier fracasado y vago de Londres tenía algún primo o sobrino gafudo dispuesto a navegar por Internet en busca de cuanto se supiera... Así que Russia empezó a presionarlo pregunta a pregunta y, puesto que los traumatismos craneales son lo que son, con todas sus laberínticas secuelas, el doctor Gandhi no tardó en encontrarse reducido a un ronroneo de explicaciones equívocas. Sintió que se apoderaba de él una sensación de desorden, aliviada, por un instante, cuando Russia se volvió hacia la blanca hoja de la ventana; su busto tenso le permitió concluir que los pezones tendrían el tamaño correspondiente. Esto suscitó en él un pensamiento sexual, no moderado por el simultáneo recordatorio de que los pezones grandes facilitarían todo lo relacionado con la lactancia, e incluso el propio proceso físico de ésta.

Russia, por su parte, no había disfrutado en absoluto de las muchas horas pasadas

delante del ordenador, estudiando el tema de los traumatismos craneoencefálicos. Después de haber leído una frase concreta («Acérquese a su cónyuge como lo haría si se tratara de una relación completamente nueva»), incluso había salido precipitadamente de casa e ido hasta el Jeremy Bentham a comprar cigarrillos. Fumó siete mientras se imbuía del contenido de subsecciones con títulos tales como «Su Nueva Vida Doméstica» y «Su Nueva Vida Social», y otras por el estilo. ¿Qué querían decir con eso de *nueva*?, pensaba. (¿Y a qué venía eso de *su*?) Siempre damos por descontado que es mejor estar preparado que no estarlo..., pero no mucho mejor: en algunas eventualidades, estar preparado tampoco sirve de nada... Entre otras recientes adquisiciones y logros, las mujeres han conseguido importantes avances en el dominio predominantemente masculino del egocentrismo. Y, junto con la convicción de que daría lo mejor de sí misma, estaba otra: concretamente, la de que existían algunos (no, muchos) posibles resultados, ampliamente descritos en la pantalla de su ordenador, que ella no podía ni quería aguantar. No se estaba mostrando despiadada, sino meramente moderna: realizada. Pero entonces a Russia se le venía a la mente otra frase, una que la hacía odiarse a sí misma, y llorar, al tiempo que le infundía valor. La frase decía: «Sólo existe un “remedio milagroso”, y es el amor.» Y entonces se exigía a sí misma realizarse, aunque de diferente manera.

Mientras rebullía por tercera o cuarta vez esa mañana, Xan Meo se dio cuenta de la presencia de su mujer, que estaba sentada, esperando, en una silla al lado de la cama. Ella fue la primera en hablar:

—He estado leyendo acerca de ti. Bueno..., no precisamente de ti, sino de las personas en tu mismo estado. Y ahora, Xan, hay algo que quiero decirte: no te tragues el mito ese de «los dos años». Es un cuento chino que ha causado mucho dolor innecesario. Dicen que «pasados dos años» ya no te recuperarás. No *es verdad*, Xan. Puedes tardar *muchísimo* más en recuperarte. ¡Puede costarte cinco años! ¡Incluso diez! Pregunta a la gente de tu grupo de apoyo y verás que es así.

Xan necesitó más tiempo del que le hubiera gustado para darse cuenta de que quien le explicaba todo esto no era su segunda esposa, sino la primera. Porque no se lo estaba contando Russia, sino Pearl. Quien siguió diciéndole:

—Una cosa así puede hacerte agradecer lo que ya tienes, ¿sabes? Me siento agradecida por haber recibido una cantidad de dinero, en vez de una pensión por alimentos. Porque me imagino que eres consciente de que sólo una cuarta parte de los que han sufrido un traumatismo craneoencefálico están trabajando con normalidad a los tres meses de sus accidentes, ¿no?

Xan enderezó el cuerpo en la cama y se alisó con las dos manos sus escasos cabellos: suponía —y era una suposición motivada o sugerida al menos por la sonrisa de Pearl— que jamás había parecido tan calvo. En términos más generales, sus mejillas y frente parecían marcadas de excrecencias y asperezas, como si, durante su

sueño, alguien hubiera cortado y untado rebanadas de pan sobre su cara, dejándola cubierta de migajas y semillas que permanecían fijas por efecto de la mantequilla. Y le alegraba que Pearl no pudiera ver sus rodillas, porque, por su cara interior, a cada lado de la rótula aparecían visibles regueros ondulados y fluidos como gruesas lombrices.

—¿Dónde están los chicos? —preguntó—. ¿Han venido contigo?

—Están en la cafetería. Esperándome... Una de las cosas para las que te tienes que preparar, querido, es para una disminución de tu cociente intelectual. Lo prueban los estudios. No debería afectarte al actuar, pero no te irá demasiado bien para escribir, ¿verdad? Y no sé qué decirte a propósito de seguir tocando la guitarra rítmica. Aunque... ¿sabes qué es lo que me preocupa realmente?

Xan aguardó.

—Lo que me preocupa de veras es cómo afectará esto a tu relación con Russia. Cuando os sentéis a la mesa el uno frente al otro, no sabrás nunca en qué estará pensando. Y eso fue siempre muy importante para ti en el pasado: su mente. Es lo que solías decir. No importaría tanto si aún siguieras conmigo. Entiéndeme... No digo que te haría mucho caso ahora en tu estado. Pero podríamos pasarnos el rato contemplando los dos la pared. En cambio, con *ella*...

En un rincón, junto a la puerta, varios jóvenes convalecientes de traumatismo craneal estaban delante del televisor, contemplando la única actividad humana que tiene como meta provocar traumatismos semejantes: el combate de dos tipos en un ring cuadrangular, vestidos con brillantes calzoncillos y con protectores de dientes.

—Estás muy callado, Xan. Espero que se trate sólo del esfuerzo por intentar juntar unas pocas palabras sencillas...

—Oh, no... Puedo hablar perfectamente.

—Sí, ya sé que puedes. Pero no te preocupes por las palabras más largas..., ya sabes, las que tienen dos o más sílabas: poco a poco lo conseguirás.

Para hacerle justicia a Pearl (y Xan, aun sin palabras, ya le había hecho íntimamente esta concesión), debería decirse que, en cuanto se enteró por la prensa del ataque del que había sido víctima, telefoneó al hospital y gritó a varias personas exigiendo, como madre de los hijos de Xan, que le facilitaran un diagnóstico completo y detallado de su estado, que le comunicaron, y del que ella dio cuenta enseguida a sus hijos con la esperanza de que se restablecería. Tal vez no era la ex esposa modélica que uno elegiría para sí. Pero era una buena madre.

—Lo peor es que..., es que... dicen... Lo peor es lo que dicen que puede pasarle a tu vida sexual.

La mujer —como observó otra mujer hace doscientos años ya—... la mujer busca la belleza sólo para sí. El hombre es indiferente a los matices; y las únicas cosas a las que otra mujer responderá con gratitud son señales obvias de pobreza o mal gusto. Pearl no se vestía sólo para sí: se vestía para todos, incluida ella. Hoy llevaba puesta una cazadora de cuero negro brillante y estridente al roce, un jersey de cachemir

blanco y una falda rosa estampada con flores llamativamente corta (más botines de bruja, también negros, hasta la altura del tobillo, y calcetines con volantitos blancos). Y había una cosa más. Otro detalle más en su atuendo.

Xan había conocido a Pearl, intermitentemente, desde la infancia, y el mundo perdido de su matrimonio (tal como había dado en imaginarlo) era regresivo o animalístico, o incluso prehistórico: una tierra de saurios. Había cosas que todavía no se atrevía a contarle a Russia, y seguramente nunca lo haría. Por ejemplo, el hecho de que, después de doce años de vivir juntos (años marcados por silencios que podían llegar a durar un mes, separaciones a prueba, vacaciones por separado, frecuentes peleas que llegaban a los puñetazos y constante adulterio), la vida erótica de ambos mejoraba sin cesar..., si es que vale aquí la palabra *mejorar*. Al final, todo lo demás se había convertido en un horror sin fondo: habían llegado a un estado (como les dijo uno de sus consejeros) de «paranoia conyugal». Los dos chicos estaban ya cansados de pedir de rodillas a sus padres que se separaran. Pero no fue hasta bien entrada la segunda y más seria huelga de hambre de Michael y David (que se prolongó ochenta y cuatro horas), cuando Xan y Pearl reaccionaron y llamaron a sus abogados. Durante todo este periodo, sin embargo, su vida erótica mejoró sin cesar o, por decirlo de otra manera, ocupó más y más parte de su tiempo.

—Pueden pasar dos cosas con tu vida sexual —siguió diciéndole Pearl—: o que no te interese, que es lo que suele ocurrir con más frecuencia, o bien que no te interese ninguna otra cosa. ¿Cómo crees que va a ser?

Xan aguardó.

—Hagamos un pequeño experimento. ¿Listo?

Xan sabía lo que iba a venir, y sabía adónde miraría. Para decirlo claramente: Pearl O'Daniel era una mujer alta y delgada (y llevaba sus cabellos de color caoba cortos y en punta); era estrecha de caderas, pero tenía unos muslos generosos que se separaban por encima y por el lado exterior de las rodillas; con lo que su centro de gravedad quedaba en el espacio entre sus piernas: en aquel espacio en forma de Y mayúscula (o, más bien, en la ausencia triangular que ofrecía...). Ahora bien, una de las cosas que podían decirse del carácter de Pearl era que siempre iba demasiado lejos. Sus mayores admiradores admitirían esto de inmediato: iba siempre demasiado lejos. Incluso en compañía de aquellos que siempre lo hacen, Pearl se excedía y se pasaba cien pueblos. Y ahora, en el hospital de St Mary, Pearl se pasó otra vez. Liberó los muslos, que tenía cruzados, y cruzó en cambio los tobillos para revelarle a Xan el espacio en cuestión. Y Xan, que se hallaba irremediamente vencido en la cama, tuvo que contemplarlo. Su ex esposa, empero, no había incurrido en el analfabetismo sexual de no llevar ninguna prenda debajo: llevaba algo, sí, y no cualquier cosa. Algo que a Xan le resultaba familiar, elástica, de color blanco nacarado, tachonado de estrellas. La mañana en que se había dictado su sentencia provisional de divorcio, Xan se había llevado aquella liga a la boca, mientras Pearl lo observaba con mirada de aprobación.

—¿Cuál de las dos es? —le preguntó Pearl—. Responde sin vacilar.

—No sé cuál de las dos es. No tengo ni idea.

—Bien *hecho*, Xan. Has elegido una respuesta larga: no tienes ni idea. Ah... Aquí vienen los chicos. —Se puso en pie y les hizo señas con las manos. Después, de su insondable y amplio bolso sacó un periódico y le mostró una página, tendiéndosela; había tres fotos en ella: Xan, Pearl, Russia—. A ella no le va a gustar esto —añadió.

Al aproximarse sus hijos, Xan hizo otro esfuerzo para poner derecho su cuerpo y apoyar bien la espalda en los barrotes de la cabecera. Otra vez se atusó, con temblorosas manos, las temblorosas guedejas de sus cabellos. La cama, todo aquel tenderete, lo hacía sentirse como en un muestrario de vejez y de decadencia, de colores cenicientos... Michael y David se situaron a uno y otro lado de él. Miraban a su padre no con solemnidad, alarma o decepción, sino aceptando su estado. Y aquello fue para él un consuelo.

David, el pequeño, le dio un beso en la mejilla y le dijo:

—Lo siento, papá.

Michael, el mayor, le besó en la mejilla y le dijo:

—¿Quiénes fueron los *cabrones* que te hicieron esto, papá?

—¡Michael! —dijo Pearl.

—Bueno, ya se sabe —dijo Xan, que lo recordaba bastante bien—. Uno no se acuerda después.

De hecho, podía recordar el impacto, aunque no los momentos que habían conducido a él. Tilda Quant le había dicho que en el cerebro había un centro del temor: un denso nudo de neuronas profundamente enclavado en ambos hemisferios y asociado normalmente con el sentido del *olfato*. En él está la torre de control de los horrores y obsesiones de uno. En ocasiones, el cerebro podía suprimir los recuerdos más dolorosos (y, según ella, los científicos militares estaban tratando de copiar el efecto de su acción con una píldora mágica que acabara con toda aprensión). Ahora, pues, su cerebro estaba protegiéndolo de sus recuerdos. Pero él los necesitaba y estaba buscándolos continuamente. Buscaba el olor del recuerdo.

—No temáis, chicos. Pronto saldré de aquí —les dijo (con una voz y un acento que incluso a Pearl le resultó difícil reconocer)— y me ocuparé de que reciban su merecido.

Como alguien que se estuviera trasladando de una vida a otra, Russia caminaba a lo largo de un tubo de vidrio a treinta metros por debajo de la calzada que separaba las dos secciones del hospital. Estaba dejando la teoría para entrar en la práctica.

Su ansiedad, su expectación, estaban dedicadas ahora a un arranque de calumnioso odio contra Natwar Gandhi y todos los médicos en general. Como estudiosa de la historia del siglo xx, tenía conocimiento de la oposición entre la «química» y la «física», de los equipos de interrogadores de la Unión Soviética, de

los practicantes de la vivisección japoneses: cuando, en 1941, a los médicos alemanes les dejaron las manos libres para el tratamiento de los enfermos y de los supuestamente locos, la fase siguiente se conocería como la de la «eutanasia salvaje». El talento médico —el de sanar— se movía en estrecha conexión con su opuesto. Hasta el punto de que se diría que, de presentárseles la oportunidad, aquellos cariñosos médicos que te tomaban el pulso y te ponían la mano en la frente para saber si tenías fiebre, serían muy capaces de envolver cabezas infantiles en periódicos viejos y marcharse tranquilamente a sus casas con los paquetes debajo del brazo, con un perfecto espíritu gremial.

No hubiera sido nada nuevo para ellos. Pero por lo que Russia odiaba ahora al doctor Gandhi, hasta el punto de inflamársele el pecho y resoplar con fuerza por las aletas de la nariz, era porque el hombre se negaba a protegerla contra ninguno de sus temores. El pronóstico era bueno, pero, a pesar de ello, él no estaba dispuesto a excluir nada. Y, además, estaba aquella expresión que se extendía por su rostro cuando describía las consecuencias negativas: una mirada de satisfacción por su poder sobre la vida. Sí, seguro que obtenía mucho de aquello en Cuidados Intensivos. Y, mientras él hablaba, Russia no podía menos que imaginarse lo que sus sentidos habían sido entrenados para tolerar: texturas indescriptibles, esquemas fantásticos. Y, del mismo modo, cuando se marchaba, no le era posible desechar el consuelo de que aquel médico, como la mayoría de sus colegas, caería muerto una semana después de jubilarse. Vivían del poder, y cuando éste se acababa, morían.

Apretó el botón. Algo se hundió en lo más íntimo de su ser. Suspiró a la vez que el ascensor suspiraba.

—No, chicos —estaba diciendo Pearl—. Papá volverá a caminar antes de que nos demos cuenta. Y volverá también a sus antiguas costumbres. ¿No es así, Xan?

—Pues claro que sí.

—Seguro que sí. ¡Vaya...! ¡Mira quién llega! Cielos..., ¡ha engordado! ¡Hola, Russia! Estaba admirando tu foto en el periódico.

Ira explosiva e irritabilidad, malos tratos a la familia, pena y depresión, falta de introspección y conciencia, incontinencia de la vejiga y de los intestinos, ansiedad y pánico, problemas sexuales, pérdida de amor, conformidad con la pérdida de amor, abandono... Russia entró en la habitación, irguiéndose. La blusa ceñida, el sujetador dinámico, el escote oliváceo: todo ello se lo había puesto —por si acaso— en atención a Pearl.

2. EL IMBÉCIL DE ELEVADO COCIENTE INTELECTUAL

¿Qué *solía* ser divertido?, se preguntaba Clint Smoker. ¿Qué es divertido ahora? ¿Qué hay divertido *todavía*?

Una sala de reuniones en voz baja en el edificio enfermo. Al otro lado de la cerrada ventana, una paloma tuberculosa que aleteaba y se retorció en silencio. El director se hallaba sentado en su escritorio, con la cara escondida en las palmas de las manos.

Porque el *Morning Lark* estaba en crisis. Había vuelto Desmond Heaf (quien tenía la costumbre de desaparecer, de desvanecerse entrando y saliendo de los asuntos), después de un vuelo de veinticuatro horas de duración desde el Pacífico sur, para reunirse con sus hombres.

Acababa de decirles:

—Simplemente, no entiendo cómo se ha podido llegar a semejante extremo... ¿En qué estabais *pensando*? —Luego, echando un vistazo cauteloso y evasivo a la doble página desplegada en la mesa delante de él, exclamó—: ¡Por los clavos de Cristo! Lo que quiero decir es que esto no se da en la *naturaleza*...

—Cuando vi las primeras fotos —dijo Clint—, pensé que eran de un reportaje de denuncia acerca del refugio para perros de Battersea.

—Sí —asintió Jeff Strite—, o un artículo sensacionalista a propósito de los manicomios rumanos.

—¿Cuáles son los daños reales hasta ahora?

—Todo el asunto está adquiriendo un tono muy personal —dijo Mackelyne—. Hay mucha irritación entre el público.

—¿Los estamos perdiendo, Supermaniam?

—A juzgar por mi gente, están muriendo de ataques al corazón.

—¡Ésta sí que es buena! —dijo Heaf—. Estamos *matando* a nuestros propios soplapollas.

—Va a ocurrir como el Jueves Negro —dijo Supermaniam.

El miércoles que precedió a aquel Jueves Negro, el *Lark* había publicado un comentario humorístico acerca del *Libro Guinness de los Récords* y la nueva categoría celebrando el mayor y más largo miembro viril de la historia. Y en la misma página (con bastante picardía) se incluía la reproducción de una regla de treinta centímetros y (medio en broma) se desafiaba a sus lectores a hacer una comparación envidiosa. Como adicional broma obvia —o así lo veían en el *Lark*—, la numeración de la regla de treinta centímetros había sido modificada en la ilustración para que pareciera una regla de quince centímetros. Poco después de amanecer comenzó la cosa: se hablaba ya de los suicidas del Jueves Negro.

—Bill..., tú montaste estas páginas... ¿Cómo te las arreglaste físicamente para hacerlo? —preguntó Heaf.

—Cuando llegó el primer grupo de fotos —dijo Bill Woyno—, di por supuesto que se estaban cachondeando. Cuando llegó el siguiente, debí de pensar...: «Bueno, así es..., ése es el aspecto que tienen.»

—Reconozcámoslo, muchachos —dijo Clint—, hemos metido la pata hasta el fondo con ésta. Pero hay una salida, jefe. ¿Me permites hacer un análisis marxista de la situación?

—¡Faltaría más, Clint! —dijo Heaf poniendo cara de profundo respeto.

—Está bien. El periodismo serio y de calidad se dirige a la clase dirigente y a los intelectuales. La prensa sensacionalista de alta gama apunta a los ricos y a la burguesía. La popular y barata, al proletariado. En cuanto al *Lark*, nuestro soplapollas tipo es el *parado*.

—Explica eso, Clint.

—Bien... ¿Quién puede hacer que se te levante cuando estás apuntado al paro? Hemos insultado a todos nuestros soplapollas..., los hemos hecho víctimas de un insulto..., un insulto merecido, pero insulto al fin y al cabo. Estamos diciendo, estamos *probando*, que las chicas de nuestros lectores, si las tienen, son auténticos monstruos^[10].

Cuatro días antes, el *Morning Lark* había presentado, con notable pompa, su nueva sección: «Chorbas de Soplapollas». Y las amenazas de muerte habían comenzado a llegar esa mañana.

—«Tus tobillos se sentirán a sus anchas» —citó incrédulamente Heaf— «cuando tu polla se dé un festín con otra tía buenísima, suministrada por alguno de nuestros calentorros...» —Se retrepó en su asiento—. ¡Virgen Santísima! Mirad eso: ese *troll* en el ángulo superior izquierdo...

—Estoy recibiendo e-mails de tipos que grapan juntas las páginas para no verlas accidentalmente...

—Pues deberías ver los que *no* recibes. Hasta el menos crítico de ellos te quita años de vida.

—Ya puedes ir preparado, que aun así...

—No hay mucho donde escoger. Y ya se nos está agotando el tiempo.

—Tres coma siete millones de soplapollas —dijo Heaf sopesando el asunto—, y esto es lo mejor que se les ocurre... Bien... ¿Qué vamos a hacer?

—Muy sencillo —dijo Jeff Strite—. Suprimir la sección. Sin comentarios.

—No. Mirad... —dijo Clint—, eso es *otro* insulto. Y no es lo que quieren —siguió, al tiempo que les señalaba los cuatro montones de protestas impresas—. Tampoco se lo creerían. No nos están diciendo que suprimamos la sección. Nos están pidiendo que les digamos que las cosas no son así.

—¿Y tenemos alguna salida, Clint?

—Sí, jefe. Podemos darle la vuelta. En pocos días, descartamos a las esposas y comenzamos a remplazarlas por modelos.

—¿Qué? ¿Nuestras propias chicas? Un poco obvio, ¿no?

—Bueno..., no se trata de poner fotos de las *Donnas Strange* de este mundo, naturalmente. Hablo de emplear a las que son más del montón. Y, si aparece de vez en cuando algún rostro famoso... Hay que reconocer que su respuesta es bastante

lógica, ¿no? Les hemos dado una patada en el culo. Les hemos insultado. Ahora toca halagarlos un poco.

En su esfuerzo por ser el alma ideológica del *Lark*, Clint Smoker se mostraba siempre vigilantemente radical. A veces daba la impresión de que era el único en el periódico que sabía bien cómo era su lector típico. Ahora prosiguió:

—Se hundirá, de acuerdo. Podríais llenar esa sección con estrellas de cine y poner una banda que diga: *soñad, imbéciles*, e igualmente seguiría hundiéndose. La segunda cosa que necesitamos es mejorar la decoración. Nada de seguir en esta cochina carbonera. Mirad esa foto del centro, hacia la derecha.

Heaf giró la cabeza noventa grados a la izquierda y después volvió a llevarla lentamente hacia el centro antes de apartar la vista de la página.

—Serviría para ilustrar un artículo acerca de la trata de blancas o el chabolismo en los barrios bajos —siguió Clint—. Todas ellas servirían. No. Tenemos que publicar chicas razonablemente atractivas, en apartamentos de tres habitaciones. O mejor aún: si las ponemos sobre un fondo de entradas a casas señoriales, os aseguro que nuestros soplapollas no se quejarán.

Hubo un silencio que duró medio minuto.

—Gracias por tus palabras, Clint —dijo Heaf—. Que sea así. Otras cuestiones... Veamos... Todos los demás periódicos hablan del NEO, ese asteroide o lo que sea. Estoy convencido de que nuestro instinto era certero cuando decidimos ignorar por completo el tema. Pero, con todos estos terremotos que nos están sacudiendo..., ¿no estamos distrayendo injustamente a nuestro soplapollas de los temas de actualidad? Pienso que, por lo menos, deberíamos *mencionar* alguna vez las principales guerras y epidemias y hambrunas..., y todo eso. Ya sé que nuestro enfoque es esencialmente doméstico, pero, tal como anda el mundo, me inclino a pensar que deberíamos ser algo menos estrictos con nuestras noticias del extranjero.

—De acuerdo, jefe —asintió Strite—. Yo podría hacerlo pasando otro mes en Bangkok.

Todos rieron, sin que la risa disipara la tensión.

¿Qué es divertido?, pensó Clint. Amable lector. Lector, me casé con él. *T. S. Eliot: Guía del Lector. Hypocrite lecteur! Mon semblable, mon frère!*

kerido clint: lo k dics sobre tu niñez m ha tocado la fibra. Yo nunca senti k era 1 d la band@. Algunos d nosotros parecmos habr sido elegi2. Somos d alguna manera, spciales & yo no s si ja+ encontrare a alguien para pasar con el el resto de mis dias, xk tndria k ser «spcial» también.

Clint había leído recientemente un artículo en una revista que planteaba la emergencia de un nuevo tipo humano: el imbécil de elevado cociente intelectual. Espabilados, carentes de sentimientos y de toda empatía, los imbéciles de alto cociente intelectual, según la autora (una novelista), eran supercontemporáneos en su

aceptación de todo cambio tecnológico y cultural: una aceptación, empero, tan falta de rechazo como de sonrisas. De manera que a Clint lo alivió, en cierta manera, encontrarse ahora rechazando y sonriendo, sonriendo y rechazando el estilo autoritario de su nueva corresponsal. En la línea de mensajes de texto, y así sucesivamente, había visto el inglés normativo mucho más desfigurado, pero jamás hasta ese extremo. Nunca, nunca al servicio de la mutua exploración y cortejo..., ni con tan excelente gramática. Porque Clint sabía de gramática. El señor y la señora Smoker eran maestros. Y antiguos *hippies* también. Viejos —y ahora ya muertos— *hippies* los dos. Dos *hippies* muertos... ¡Señor! ¿Qué había ocurrido?

Aun así, Clint no era partidario de la crítica. ¿Clint? ¿Crítico en cuestión de chicas? Privado durante tanto tiempo de cualquier influencia femenina, sentía..., bueno, como si aquellas palabras de su corresponsal fueran un salvavidas para el hombre. Como un salvavidas.

Era consciente de que la distancia entre él y el mundo de las mujeres se estaba agrandando. Cada noche, al entrar en la metrópolis borgesiana de la pornografía electrónica —con sus infinitudes y sus inmortalidades—, Clint no hacía otra cosa que viajar hacia las mujeres. Pero a la vez se estaba alejando de ellas. Y la distancia se iba haciendo cada vez mayor.

¿Qué ocurría? ¿Qué estaba emanando de él, qué estaba despidiendo? Él no era —se decía— menos atractivo (y a estas alturas sí bastante más rico) que el fulano al que podías ver en cualquier parte con su confiada acompañante, siempre dispuesta a darle un besito en la oreja, o acariciarle el vello de la barbilla o mirarse en los cristales de sus gafas oscuras con una pícaro sonrisa pidiendo perdón.

Tenía que ser agradable, pensaba Clint, telefonearle cuando vas caminando por la calle, para que todo el mundo se entere. «Hola, amor, soy yo. Estoy en la calle. ¿Qué hay para cenar?» Una velada romántica. Mesa para dos. Ponle un comprimido de Narcopam en el café: que le baje la presión.

Tenía que ser agradable. Pero nunca lo había sido para él. Incluso cuando las cosas se encadenaban favorablemente, Clint siempre sentía el peso, la sensación de hundimiento, una especie de bajón del mercurio dentro de su pecho. Porque sabía muy bien lo que ellas estaban esperando...: aguardaban su oportunidad. En la cama, por supuesto, la eterna batalla era *para conseguir que sintieran*: para transformarlas con tu fortaleza. Y eso es lo que decían los libros que todas las mujeres trataban de conseguir para hallarse a un paso de estar en paz consigo mismas: la metamorfosis de verse preñadas por el macho más fuerte asequible. Por eso estaban siempre a la espera, calculando, comparando..., siempre listas para menospreciar...

Esto era, en cualquier caso, lo que Clint se decía continuamente a sí mismo (desentiéndete de ellas; son todas iguales, y cosas así...). Pero su inconsciente tenía otros barruntos. Y él, a veces, hacía caso a su inconsciente. Los domingos después de almorzar, cuando se quedaba en la cama jugueteando con la lengua con las esposas en miniatura que colgaban de su nariz, en el miserable pozo que era su casa adosada de

Foulness, le oía decir a veces: «No sé, socio. Va a resultar penoso. No sé, socio. Acabará todo en un mar de lágrimas.» Ella era como un salvavidas para el hombre:

mi hombre del momnto (& digo precisamnt dl momnto) s el tipo «macho», ya sabs; todo el sabado en el gimnasio, futbol el domingo x la mañn@ y tnis x la tard, ¡aburrido! m gusta un tipo k bba cervza frente a la tele..., conmigo en sus rodillas, en la kma, cuando stamos practicando el sxo, gim para k yo también lo haga. le digo: no soy de las k stan siempre a tu disposición para todo, no m vngas con eso. supongo k piensa k gritar = abandonarse, pero yo no kiero abandonarme, ¿tú ya sabes, clint, k la gent emplea el sxo para envanecrse d sí misma?

Aunque el pedazo de papel que tenía en la mano era meramente una copia impresa de un e-mail, Clint se lo llevaba a sus esposadas narices como esperando notar un indicio de su fragancia. Y lo había leído..., bueno, tres o cuatro docenas de veces. «Con ésta no voy a echarlo todo a rodar —se decía—, de ninguna manera.»

el problema es k yo nunca he sido capaz d romper con 1 hombre, d enojar a 1 hombre, no m atrevería, ¿ofender a 1 hombre? así ke tengo k contntarm con disgustarlo un poco (y ya m cuesta mucho) hasta k haga sus maletas y s vaya... ¿como? oh..., tu ya sabes, clint: pekeñas cosas. olvidar elogiarlo tan a mnudo como solía hacerlo. negarm a limpiar el pis que dja en el asiento del váter. lo digo tal como lo pienso. pro lo que estoy diciendo en realidad es: entiend la indirecta, compañero, ¡x la puerta de atras! clint..., estoy cansad@ de esto, déjam ser clar@: odio al «hombre nuevo», tan «atento» en el dormitorio: «¿acabaste ya? ¿te gusto a ti también?» ¡sí! ¡7° cielo! ¡en las nubes! ¿xk las personas no puedn ser ellas mism@s, clint? dmasiado instinto de rbaño, dmasiad@ falsedad, dmasiado prejuicio.

ps. 3 hurras por «chorb@s de soplapollos». 1 autntico tonico para 1 sexo + amable: ¡gracias a D!, ¡a1 hay espranza para todos nosotros!

«Tus mensajes son como una bocanada de aire fresco», pensó Clint mientras meditaba su respuesta. «Ahora has visto ya bastante a menudo mi fea cara en el *Lark*. Mi aspecto no es nada esnob..., ¡no puedo permitírmelo! Pero me gustaría poder poner un rostro a tus sabias palabras. Y tal vez un nombre también...» ¡Y ella aún no le había dicho si pensaba o no que el tamaño era importante...!

Sólo le preocupaba una cosa. Los estudios de mercado mostraban una y otra vez que el *Morning Lark* no tenía mujeres entre sus lectores. Así que quedaba pendiente una pregunta: ¿qué tipo de mujer podía ser una lectora del *Lark*?

Al llegar a este punto hizo una pausa en su escritorio. Clint estaba a punto de empezar a escribir un trabajo. Pero en este momento hizo una pausa.

—... ¿Oiga? ¿Me oye? ¿Está And en casa?

—¿Quién le llama?

—Esto... Pete.

—No, no está —dijo una voz mucho menos firme de la que estaba acostumbrado a oír—. Harrison, cariño, ten cuidado... Lo han dado por desaparecido. No, no hagas eso, querido..., pórtate bien. Lo han dado por desaparecido.

Clint dijo que le sabía mal molestar. Pensó: Jesús..., no le digas nada de Joseph Andrews. Y luego: Asómate por allí y dale ánimos. Pero después: No. Déjalo estar. O el proverbial: En otro momento.

—Ah, Clint —le dijo Heaf—. No es nada serio, pero nos acaba de estallar en la cara otra cosa.

—¿De qué se trata, jefe?

—«Su perversión le costó cara.»

—¡Ah! El soplapollas de Walthamstow.

—El mismo. Pero ya es suficiente con una crisis diaria, ¿eh? Un par de cosas más, Clint. Hay una palabra en tu columna de novedades de vídeo que me ha llamado la atención. Veamos...

Extendió la página en la mesa de Clint. En el encabezado se leía «Las novedades de vídeo de Blinkie Bob». Y en un ángulo aparecía una foto que parecía extraída de un archivo policial. No de Clint, sino obra de algún proceso de creación de imágenes: un rostro grotescamente estrábico, ladeado, con la lengua colgando y con las manos hacia arriba, mostrándolas velludas.

—¿Dónde está...? —dijo Heaf—. ¡Ah, aquí!: «... y tened a mano el rollo de papel higiénico para cuando la estrella invitada, Dork^[11] Bogarde, bombee su chorro amoroso en las anhelantes tetas de nuestra mismísima Donna Strange.» ¿Puedo preguntar qué es eso de un *chorro amoroso*?

—Semen, jefe.

—¡Oh..., oh! Creí que, en el estilo de la casa, lo llamábamos «jugo viril». Pero, bueno..., esta bien, entonces. ¿Sabes...? A veces me repugna lo que hacemos aquí... De veras. ¿Cómo te van las cosas con Ainsley Car?

—Bien..., el plan está en marcha. Ahora hemos de aguardar a que reaparezca, por razones de visibilidad, claro. Pero parece que va bien, ¿no?, con las nuevas acusaciones.

Clint recordó que Heaf no era aficionado al fútbol. Así que prosiguió:

—Quieren trincarlo ahora por amañar partidos. Lo han acusado de aceptar medio millón de un hombre de negocios malayo a cambio de entregar un partido a los Rangers la temporada pasada. Nuestros soplapollas lo aborrecen por eso: es un sacrilegio, jefe. Tal vez podremos conseguir que agreda a Beryl durante el juicio.

—Hazlo como te parezca mejor, Clint. ¿Y decías que te estabas ocupando

también de nuestro seguimiento de la familia real?

—Estoy en ello, jefe.

—Es una perita en dulce, ¿no, Clint? Siempre habíamos dado por sentado que la familia real era algo irrelevante para nosotros..., un anacronismo. Y que la pobre reina Pam era un personaje más bien intimidante. Pero ahora lleva ya dos años fuera de la circulación, y con la princesa a punto de alcanzar su sazón, se está produciendo una tremenda oleada de simpatía, como se refleja en las cifras de Mackelyne, en todo el espectro de nuestros soplapollas.

—Sí, bueno..., lo que ocurre es que ahora el hecho de que la princesa Vicky necesite sujetador les recuerda que Enrique aún está a pan y agua. Piensan que ya va siendo hora de que se ponga a follar de nuevo.

—¿Tú crees?

—Lee lo que escribo el sábado. Un trabajo muy meditado.

—¿Titulado...?

—«¿Es normal el rey?»

3. EXCALIBUR

Estaba en una situación ridícula.

El día de su nacimiento, los cañones de la Armada Real proclamaron estruendosamente su alegría en todo el mundo. «Hacemos retumbar nuestros sentimientos», como dijo Churchill en la Cámara de los Comunes (cuando aún estaba vivo en la memoria el recuerdo de la Segunda Guerra Mundial) «por la madre y al padre y, en especial, por el recién nacido príncipe, que llega a este mundo de conflictos y escándalos.» Y aún no tenía unas pocas horas cuando ya protagonizaba titulares de prensa en todas las lenguas y alfabetos. En la escuela descubrió que el rostro de su padre estaba en las monedas con que pagaba sus chuches y en los sellos que empleaba para enviar a casa sus cartas. Antes de su visita, ya con doce años, a Papua-Nueva Guinea, los tamtanes de la isla estuvieron sonando durante toda la noche. Aún era un adolescente cuando representó a su país en los funerales de Charles de Gaulle, en los que se sentó entre la señora Gandhi y Richard Nixon. Siguió luego su mayoría de edad, su boda, el atentado terrorista... y la coronación: el juramento, la unción, la investidura, la entronización, el homenaje...

Todos sus dramas personales fueron dramas nacionales. La suya era una situación ridícula. Era el rey de Inglaterra.

Enrique IX se alojaba en la Greater House, su palacio de planta redonda, de trescientas habitaciones imposibles de calentar, en el Hertfordshire. Había cenado à

deux con su hermano menor, el príncipe Alfred, duque de Clarence, en el reservado de un restaurante de tres estrellas del Strand.

—El barman de aquí, Félix, es un tipo realmente maravilloso —le estaba diciendo—. Prepara una bebida espléndida llamada Escorpión... Y ahora dime, muchacho... ¿Piensas *casarte* con esa «Lyn» tuya?

—Ya sabes, viejo... No veo cómo pueda casarme con *nadie*.

—Pero... ¿por qué no, so bobo?

—Pues porque soy un viejo verde repugnante. Todos lo somos. Excepto tú, claro.

—... ¿Dónde están esos Escorpiones?

El recuerdo de aquellas palabras quedó dentro de él. Y cuando luego se sentó a solas en casa, delante de la chimenea bajo un revoltijo de alfombras y perros, aguardando la llamada de Bugger, Enrique pensó que todo aquello era cierto. ¿Por qué? Pues porque el príncipe Alfred, a sus cuarenta y nueve años, era aún un sátiro hiperactivo: lo había sido desde sus trece años (cuando violó a su primera doncella). Su padre, Ricardo IV, había satisfecho sus apetitos épicos antes de contraer matrimonio tardíamente, y su abuelo, Juan II, era un calavera notorio. Pero... ¿y Enrique IX?

Por la época en que alcanzó sus veinte años, el entonces príncipe de Gales no mostraba más interés por los escarceos sexuales que por el polo o el paracaidismo. Tenía una intensa vida social marcada por las borracheras, y amistad con muchas mujeres. ¿Qué era, pues, lo que le había hecho reducir o ignorar las incontables salidas de tono, que iban desde lo apenas apreciable a lo melodramático, que tendían a caracterizar su estilo como príncipe? Parecía no haber nada más complicado que el temor o el esfuerzo. Un preocupado Ricardo IV, instigado por la reina consorte, había arreglado las cosas para que el príncipe fuera visitado regularmente por una dama de la corte, una joven viuda llamada Edith Beresford-Hale. Edith sorprendió a Enrique una noche en el Kyle de Tongue. El príncipe se había refugiado allí después de una tormentosa noche con los cuarenta o cincuenta oficiales de artillería que se habían presentado para acabar con su retiro. Ni que decir tiene que el propio Enrique nada tuvo que ver con aquello. Pero se comportó animosamente con Edith Beresford-Hale. Ella se debatió con él encima durante un par de minutos; siguió luego un olorcillo que recordaba el de un vestuario masculino después de un partido, y Edith hizo un chiste al respecto.

Después de aquello, el príncipe hizo algo que ni el rey ni la reina pretendían: se enamoró de Edith... o, en todo caso, se limitó a Edith. Aunque la prensa y el público daban por sentado que se acostaba como mínimo con una o dos de las jóvenes beldades con las que se le veía con frecuencia, Enrique fue un hombre fiel durante los siguientes cinco años, en los que visitaba a Edith tres veces al mes. Ella tenía por entonces treinta y un años, una figura agradable y buen carácter. Y, al igual que su madre, tenía debilidad por las faldas de *tweed* a cuadros y los zapatos resistentes.

Fue entonces cuando Enrique, que ya iba camino de la treintena, comenzó a

sentirse atraído por una amiga más joven: la honorable Pamela North. Le regaló a Edith una casa y un crucero alrededor del mundo, le asignó una pensión y empezó a cortejar a Pamela. En el día siguiente a las bodas reales (que, como ya dijera Bagelot, era la edición más brillante de un acontecimiento universal), Enrique escribió a su hermano, el príncipe Alfred: «Todo fue como una seda, lo que es un alivio. ¿Viste cuando la besé en el balcón y la multitud enloqueció por completo? Bueno..., pues así son un poco las cosas en el dormitorio. Sentí sobre mis hombros las expectativas de todo el país, aunque de una manera más bien agradable. Fue como si me animaran. Y todo fue como una seda. Ya sabes lo que quiero decir: ¡fue la mar de bien!» Y ¿cómo podría haber sido de otra forma esa noche, con su sangre vibrante de emoción y desbordando el amor de su pueblo?

Acababa el príncipe de cumplir veintisiete años, cuando Ricardo IV saltó hecho pedazos en un barco de pesca frente a la costa occidental de Irlanda. A bordo viajaba también un primo del rey, que había sido el último virrey de la India (y su primer gobernador general), por lo que fueron muchos los que se atribuyeron el magnicidio: musulmanes, sijs, hindúes, y así sucesivamente, aparte de los sospechosos más obvios y próximos... Aquel periodo, sin embargo, con su emoción magnificada (multiplicada por cincuenta millones), presencié el apogeo erótico de Enrique. Inglaterra celebró su coronación con un espíritu de desafiante coraje y euforia, y la poderosa oleada en favor de la autoridad de Enrique IX llegó hasta el lecho real, con sus postes dorados, sus cuatro orbes que llevaban coronas ducales, su dosel de satén color púrpura bordado de lises, jarreteras y rastrillos, volantes de telas doradas. Durante su segunda luna de miel a bordo del yate real, mientras la pareja se sentaba a la mesa a los acordes de una serenata romántica interpretada por una banda de *marines* reales, Enrique sonreía severamente a Pamela cuando se acercaba el momento de retirarse al camarote. Desde el punto de vista sexual, la realeza lo había conducido hasta la treintena sin problemas (durante un tiempo uno de sus muchos apodos fue el de Excalibur). Pero para entonces ya estaban tratando de conseguir un heredero...

Tras el nacimiento de la princesa Victoria, la vida amorosa de Enrique dejó de depender del calendario y del ciclo lunar: ahora sólo consultaba su agenda de audiencias. Semejante reparto de funciones se convirtió, para él, en un hábito. Un mal hábito, por supuesto. El amor era por nombramiento regio, como casi todo lo demás. Y el macho, hasta el macho real en su más brillante edición, no podía con eso. No podía controlar, por ejemplo, la expectación..., transformarla en una cita esperada. Y, para colmo, Pamela, al hacerse mayor, se parecía cada vez más a un hombre.

Cierta tarde, a las tres y cinco, la reina consorte le preguntó con áspera extrañeza:

—¿Qué es lo que está *ocurriendo*, Hotty? Oh, vamos..., ¡es desesperante...! —Y eso fue todo. Ni un solo segundo de su vida consciente había tenido nada en común con la de cualquier otro, pero la vulnerabilidad de Enrique, por lo menos, era universal; bajó, pues, de la montaña decidido a jugar sus cartas entre sus compañeros

los hombres. ¿Qué *era* lo que estaba ocurriendo? Buena pregunta. A partir de entonces, cada vez que el rey veía en su agenda: «3 pm: Pammy», sentía como una fuerza que oprimía su pecho como un arnés, y que no cedía hasta que la cita en el dormitorio había sido superada de alguna manera. Buscaba en su memoria algún recuerdo precursor de aquella aprensión, porque sabía que tenía que existir alguno. Y sí. Lo encontraba en las horas que precedían a otra entrevista anterior, también programada: cuando iba al despacho de su jefe de estudios para recibir una reprimenda.

Pero la epifanía negativa —el momento más perro de su vida— lo estaba aguardando en el Kyle of Tongue.

Brendan Urquhart-Gordon escuchó. Cesó el sonido del timbre y se oyeron ruidos de esfuerzo; y después —como expresión de sentimientos levemente heridos— llegó un lloriqueo de protesta canina.

—Sal de aquí, Pepper. ¡Beena! ¿Eres tú, Bugger? El maldito, el maldito teléfono ha quedado atrapado debajo de Beena y General Monck. Y ahora está lleno de pelos por todas partes y... mojado con no sé qué repugnante líquido. ¡General! ¡Sal inmediatamente...! ¿Desde dónde llamas, Bugger?

—En este momento me están llevando en dirección noreste desde el Cap al aeropuerto de Niza, señor. Bastante de prisa.

A su derecha, más allá de los aparcamientos de supermercados, hoteles y gasolineras, se veía el tranquilo oleaje del Mediterráneo; a su izquierda, más que verlos, se intuían los colores de las villas, con sus luces, balancines y aspersores. Y junto a él se sentaba el compacto, elegante y ya envejecido Oughtred.

—¿Y bien, Bugger?

—Tenemos la escena del delito, señor. Y de ello se deducen muchas cosas. Tenemos también indicios sólidos de que el motivo o la intención no sería...

—No me vengas con tus conclusiones, Bugger. Y deja de sentirte tan ufano de ti mismo. Todo esto me pone *malo*, y no le veo ninguna *gracia*.

Brendan se reprochó no haber sido capaz de disimular la satisfacción que le habían producido sus éxitos detectivescos. Pidió excusas al punto:

—Ha sido muy poco considerado por mi parte, señor. Os pido disculpas.

—Perdonado. Y ahora sigue con ello, Bugger. ¿Me traería una botella de *buen* vino tinto, Amor? Y también algo para picar...

—Hemos llegado ya a la pista, señor. ¿Podéis oír el avión...? Tenemos que cortar.

—¿Hola? ¿Hola?

—Señor..., es preciso que lo sepáis. El motivo, la intención, probablemente no es pecuniaria. Ni un chantaje de los medios de comunicación. Ya hablaremos.

Después de cortar la comunicación y sacudir el teléfono, Enrique volvió a deslizarlo bajo General Monck; y, cuando volvió Amor, le pidió una baraja de naipes.

Imaginen: reyes y reinas... ¿Y qué somos nosotros? ¿Dieces, doses?

Soltero por su parte, Brendan Urquhart-Gordon era un amigo anormalmente observador. Y, en todo caso, Enrique no le planteaba ningún reto para sus poderes de imaginación. Era un libro abierto, un hombre fácil de interpretar.

En un día de «Pammy» —es decir, un día marcado con «otra condenada cita a las tres», como Brendan le había oído decir—, Enrique se pasaría toda la mañana sin dar golpe (incapaz de ordenar sus pensamientos), y a eso de las doce y media empezaría a pedir a gritos que le trajeran brandy. A las tres menos cinco en punto abandonaría el despacho y se iría, para no regresar hasta las cuatro menos cuarto... Si las cosas habían ido razonablemente bien, Enrique, entonces, asumiría un aire de víctima, aunque con marcado estoicismo (era interesante que no mostrara ningún rédito de alivio). Pero, si habían ido mal, el rostro cenecio del rey era la viva imagen de la muerte.

Y así, una tarde, en la biblioteca de la Greater House, Brendan se hallaba consultando un informe elaborado por la Asociación Médica Británica, y dijo casualmente:

—Un paso de gigante para la humanidad, ¿no os parece, señor? El Potentium ese. La varita mágica de la medicina acabará de un plumazo con tanta inseguridad masculina... Ya no habrá más guerras.

—... ¿De qué estás hablando, Bugger?

—Del Potentium, señor. Un medicamento que remedia la impotencia masculina. Probado, patentado y ahora ya de libre administración. Se toma en función de las necesidades, señor. Una sola píldora y al punto se endereza la picha. ¡Se acabaron para siempre las guerras!

Enrique se quedó mirando al vacío durante sus buenos cinco minutos, parpadeando lentamente y con los ojos como una lechuza. Finalmente, se volvió y dijo:

—No, no... Uno no puede funcionar a base de glándulas de *mono*...

Y ahí se acabaría la cosa. Porque... ¿quién era Brendan para criticarlo? Solía decirle con frecuencia que se sentía perfectamente con sus propias inhibiciones. Pero tal vez fuera sólo propaganda personal, y en todo caso no había manera de probar lo contrario. El hecho cierto es que la cama en la que pasaba tanto tiempo tratando de no pensar en ello tenía un ocupante, y que ese ocupante era un macho pasivo. No, jamás hubo otro hombre tan pusilánime como él. Puesto a elegir entre castidad y la realización de su apodo escolar, Bugger^[12] elegía la castidad. Y todo aquello databa de hacía mucho tiempo: de cuando tenía ocho años.

—Después de cuatro horas en el *château*, señor, me estaba diciendo a mí mismo:

«¡Vaya! Esto está helado.» Habíamos examinado los veintisiete cuartos de baño. Por bañeras blancas, no quedaba. Tampoco por falta de pastillas de jabón. Pero las alineaciones, los colores del fondo, no cuadraban... Entonces me acordé de la Casita Amarilla, señor.

—¿Sí, Bugger?

—Adonde la princesa... iba a menudo a bañarse y cambiarse después del tenis, antes de ir a la piscina. Y fue allí donde se produjo la intrusión, señor. Habían cortado parte de una tabilla de la sección superior del hueco de ventilación, de cara a la bañera. En la repisa de encima del calentador encontramos una cámara, una Vortex DigiCam 5000. Naturalmente, habían retirado de ella el videodisco. Oughtred, que todavía sigue allí, informa que no existen huellas en la cámara y, como era de prever, que los números de registro y demás han sido limados.

—¿Y qué tenemos que esperar ahora, Bugger? No comprendo qué...

Los dos hombres se encontraban en un vehículo de seguridad en el exterior de Mansion House, donde aguardaban la presencia de Enrique para asistir al banquete de aniversario de la Asociación de Arquitectos Británicos (y donde él pronunciaría más tarde «unas pocas palabras» para recomendarles que velaran por la calidad de sus obras y todo eso). Por un momento el rey pareció ceder a la opresión del entorno: una unidad móvil en la que se amontonaban monitores, transmisores, auriculares. Justo enfrente de su barbilla tenía colgando un micrófono a punto, que parecía un condón de piel sujeto a una varilla. En la mesa había también un tarro de Bovril, encima de cuya tapa se mantenía en equilibrio una cucharilla sucia.

—Hay más cosas, señor. Pero lo que tenemos nos permite ya hacer algunas deducciones. Como la improbabilidad de una motivación pecuniaria. Al principio pensé..., bueno..., la DigiCam 5 vale unas tres mil libras... Consiguieron introducirla en aquel lugar; pero, entonces, ¿por qué no se la llevaron? Esto exonera fácilmente a los miembros del personal de servicio en la casa, como me di cuenta cuando estaba a punto de acorralarlos a todos a preguntas.

—No te sigo.

—Los sirvientes no pueden haber tenido noticia de esa cámara porque, o habrían informado de su descubrimiento, o la habrían robado. Hace apenas una hora, Oughtred me confirmó esta idea de manera un tanto espectacular. La DigiCam 5 es un modelo de lo más portátil, pero no precisamente esta cámara en concreto: esta cámara, señor, tiene incrustaciones en oro...

Enrique eructó disimuladamente detrás de su mano.

—¡Qué mal le sienta todo esto a mi hígado! Tengo la tripa hecha un desastre. Tendré que pronunciar mi discurso sin ponerme de pie. ¿Qué se desprende de todo esto, Bugger?

—Nos dice que se trata de gente ya rica, y que anda detrás de alguna otra cosa. No precisamente de dinero.

—¿Y qué otra cosa tengo yo, si no es dinero? Soy un monarca constitucional y,

por definición, carezco de poder. Gloria mucha, pero no poder.

—¿Es poder la gloria? —preguntó Urquhart-Gordon. Y añadió para sí, con excitación—: «¿Será un poder negativo?»

A la mañana siguiente, mientras se servía una taza de té con limón (normalmente tomaba para desayunar una buena taza de té inglés, de su marca habitual, más algunos fiambres y pastas), Enrique IX recibió un comunicado de su chambelán:

Para vuestra información, señor. Copiado consultando el libro de visitantes del *château*. Ruego excuséis la ausencia de formalismos. Presentes durante la estancia de la princesa (por orden cronológico de su llegada):

Enrique R; Bill y Joan Sussex; Brendan Urquhart-Gordon; príncipe Alfred y Chicago Jones; Chippy y Catherine Edenderry; sultán y sultana de Perak; Boy y Emma Robville; Juliet Ormonde; Lady Arabella Mont; John y Nicola Kimbolton; Joy Wilson; príncipe Mohammad Faed (y esposas); Hank Davies; el emir de Qatar (y esposas); El Zizhen. Nota: en determinado momento hubo en el *château* 47 menores, incluidos 15 adolescentes.

Ah, El, El, El Zizhen... Justo un año después del accidente de la reina, Enrique se encontró cenando a solas con Edith Beresford-Hale. Aunque fácilmente explicable (y graciosamente excusado), el forzado, tembloroso y jadeante fiasco que siguió bastó para convencer al rey de que aquello se había acabado. Edith era aún viuda, o viuda una vez más, y se habían operado otros cambios en ella. Por ejemplo, que contaba ya sesenta y tres años. Pero Enrique no era nada indulgente, y estaba preparado para huir de la escena de puntillas y con las zapatillas en la mano. «Es la *última* vez», se dijo apresuradamente a sí mismo. «¿Qué ocurre contigo, Hotty?», le había preguntado la reina en una ocasión semejante al tiempo que le daba a Excalibur un par de fuertes agarrones, antes de apartarlo de sí con impaciencia. «Oh, vamos..., ¡es desesperante!» Bueno, sí... ¿Qué ocurría con él?

Y entonces llegó El...

—¿Puedo contarte un secreto? —le preguntó en su inglés sin acento, uniéndose a él cuando había salido a fumar un cigarro a un balcón de la embajada de China en París. Enrique se volvió (y advirtió la repentina ausencia de su escolta, el capitán Mate). Su universo era una galería de extraños, y allí estaba otra que lo era por partida doble: la encantadora trenza morena, la asimetría parcial de sus ojos sin párpados (uno feliz, el otro triste), los fuertes dientes clavados sin miramientos en sus presas... Enrique inclinó su rubia cabeza en un ángulo paternal... Para ser claros: durante los pasados doce meses habían tenido acceso a él con regularidad beldades de todo el mundo histórico (mujeres perpetuamente acosadas por llorosos

multimillonarios). Muchas sabias lenguas habían restregado —hasta prácticamente secarla— la oreja regia. Y el rey podía haberse resistido, pero siempre se inclinó gustosamente hacia ellas, esperando una respuesta que jamás llegó... El Zizhen, en cambio, caminaba de puntillas. Y se produjo el contacto. Pareció como si una mariposa se hubiera instalado en su tímpano... No, pongamos *dos* mariposas, apareándose. Y al punto su corazón colateral (tan aletargado, tan holgazán, tan decididamente hipocondríaco) se expandió como un toallero telescópico.

Subliminalmente, en sus ensoñaciones, Enrique estaba preocupado. La coincidencia sexual: él, en el *château*, con la otredad de El entre sus brazos; y más allá del césped, la princesa sorprendida en la Casita Amarilla.

Primer oficial Nick Chopko: Si está diseñado para hacerlo, lo hará. ¡Joder..., estoy cansado! ¿Qué hay de eso, comandante?

Mecánico de vuelo Hal Ward: Guy me decía que estaba muy cansado del viaje a Honolulu. Que era como si estuviera borracho. No exactamente borracho, sino destrozado por completo.

Comandante John Macmanaman: Estaba leyendo en *AUN* que los dos pilotos de una línea doméstica se quedaron dormidos a los dos minutos de haber despegado. Ahora, con una cabina sellada, confío que no iréis a...

Chopko: Las azafatas estuvieron gritando y aporreando la puerta. Estaban ya prácticamente en el espacio cuando finalmente despertaron.

Macmanaman: Espero que no sea allí donde deseáis estar hoy... ¿Sabéis cómo llamaban los aztecas a los cometas? «Estrellas que fuman.» Por la cola, supongo. Ya echarás una cabezada, Nick. Pero ahora tendréis que excusarme un segundo. Voy a saludar a un pasajero.

—¿Te ha resultado molesto el despegue? —preguntó.

—Ah, confío en ti, John —dijo Reynolds.

Vestido con su uniforme, y con la gorra en la mano, se inclinó para darle un beso. El hombre del 2A miró con curiosidad al comandante, pero siguió con la cabeza torcida, mirando hacia atrás por la ventanilla para controlar la posición del ala.

—Bienvenida al mundo de los viudos. ¿Qué tal te va, Rennie?

—Bien... No, me siento muy bien. Notas un vacío, y el final fue horrible, pero no nos engañemos. Conocías a Royce.

En la bodega, el cadáver de Royce Traynor (lleno de cera y formaldehído) aguardaba enseñando los dientes.

CAPÍTULO CUARTO

1. ESO QUE LLAMAN MUNDO

—«El llamado “Hombre del Renacimiento”, Xan Meo, atacado y hospitalizado a finales de octubre» —leyó Russia— «pudo haber sido víctima de su propio pasado, que está enturbiado por el crimen y la violencia.»

Era su primer día en casa, y Xan Meo escuchaba.

—«Su padre, Mick Meo, era un próspero gángster del East End, que cumplió numerosas condenas de cárcel por atraco a mano armada, robo, fraude, evasión de impuestos, extorsión con amenazas y desórdenes públicos.

»“En 1978, cuando ya andaba por la sesentena, Mick Meo fue sentenciado a nueve años de prisión por intento de asesinato, y murió en la cárcel. La víctima fue su propio yerno, Damon Susan, el marido de su hija Leda. Antiguo convicto también, Susan quedó confinado a una silla de ruedas después del incidente. Jamás se recobró de sus heridas, descritas en aquel entonces como ‘inusualmente espantosas’, y vive ahora en un hospital de West Sussex.

—Tú ya sabes esto. No dice nada nuevo.

Russia inhaló aire. Parecía absorber color para su rostro...

—«La primera mujer de Xan Meo, Pearl O’Daniel, figurinista de teatro», oh, sí, seguro, «provenía de un medio similar. Su padre y tres de sus hermanos han estado en prisión por delitos violentos, y ella misma ha sido condenada en dos ocasiones por tenencia de cocaína.

»“Manteniendo la tradición familiar de agredir a familiares próximos, el propio Meo atrajo la atención de la policía tras un incidente con Angus O’Daniel, el hermano mayor de su ex esposa, quien declinó presentar cargos. Y, en su juventud, Meo se vio condenado por una serie de pequeños delitos, incluido el de lesiones materiales.»

—¿Qué diferencia hay entre materiales y graves?

—Esto..., el alcance de las lesiones. Graves es peor. Materiales son sin importancia.

—«Aunque no hay nada que sugiera, de momento, que el reciente asalto contra Meo tenga alguna conexión directa con su pasado, ya se sabe que la violencia tiende a volver sobre sí misma, duplicada. La violencia engendra violencia. Por lucrativa que pueda haber sido la actividad de Meo trazando retratos de personajes de los barrios bajos en la pantalla y en sus escritos, tal vez esté encontrando ahora que debe pagar por su pasado.»

—No se trata de un «pasado». Es una providencia. Una procedencia, quiero decir.

—«El matrimonio de Meo con O’Daniel fue disuelto hace cinco años, en razón, entre otros motivos, de malos tratos físicos. A los pocos meses, Meo volvió a casarse. Su segunda esposa es...» bla, bla, bla...

—No, sigue. ¿Quién es mi segunda esposa? Recuérdamelo.

—«... La doctora Russia Tannenbaum, que da clases en el King’s College de Londres, y es autora de un conocido estudio universitario sobre los hijos de tiranos.» Notable.

—¿Qué te parece notable?

—Que no haya errores de bulto.

Russia empujó hacia él, a través del sofá, el voluminoso y releído periódico. Xan vio que el artículo estaba ilustrado para reforzar el tema: la foto de Pearl procedía de un grupo de fotografías que ella había hecho circular durante uno de los más lamentables episodios de su divorcio: con la mejilla izquierda lastimada y el ojo cerrado y amoratado encima del pómulo (en la misma desesperada pelea, Xan había salido con la nariz rota). En cuanto a la foto de Russia, se la habían tomado por sorpresa en alguna calle, y daba la impresión de estar evitando que se la hicieran. Xan estaba representado por un fotograma extraído de una película para la televisión titulada *99 puntadas*, en la que interpretaba el papel de Matón McTavish: tenía una botella rota en una mano y un martillo de carpintero en la otra.

—Bueno..., no puedes decir que no estabas... —dijo Xan—. No puedes decir que no estabas avisada.

Ella le miraba. Su rostro ahora parecía llevar una máscara, un revestimiento por efecto de la sustracción hospitalaria del vigor y la luminosidad. Era asimismo, de nuevo, extrañamente leonino: el de un ser que, en la expresión satisfecha de su boca, mostraba hallarse muy arriba en la cadena trófica: una cara que no temía a ningún depredador.

—Iré a verlos otra vez. Al periódico. Hablaré con Rory —dijo—, y le daré mi versión.

Entró Billie, sin la escolta de la niñera. En el último par de meses había conquistado el derecho de dar vueltas por toda la casa sin ir acompañada..., con gran provecho para su vida interior. Era cada vez más frecuente sorprender en sus ojos una fresca mirada de asombro: de nuevas adquisiciones, nuevas incorporaciones a su cerebro en proceso de formación.

—Trae un libro, querida —le dijo Russia—, y papá lo leerá.

—Fíjate en el tamaño de este periodicucho —dijo Xan al tiempo que lo dejaba deslizarse de su regazo al suelo—. Y me han puesto en la página ochenta y seis... Es bueno, en estos tiempos, que hablen de ti los periódicos. Si estás al principio, en las páginas de noticias, te han pillado. Pero, si no, la cosa va bien. Porque no habrá maldita la forma de que lo encuentren.

De una cosa estaba segura Russia: él nunca había hecho eso antes..., maldecir delante de Billie.

—Quiero éste —dijo la niña.

Y Xan volvió su atención a una familia de elefantes elegantemente vestidos, que aguardaban la comida en un comedor palaciego.

—Yo soy éste —dijo Billie—. Y mamá este otro. Y aquél es Baba. Y Lada ese otro.

Xan le indicó la cabecera de la mesa, donde se hallaba sentado el padre.

—¿Y quién es ése?

—... Nadie.

Ése era nadie. Un elefante vestido con un traje azul, simplemente.

Negación del déficit, deuda energética, fatiga de la dirección: sabían el tipo de cosas con que podían encontrarse. Y las abordaban con sensatez.

El descanso sabático de Russia por maternidad estaba llegando a su fin (y tenía en perspectiva una visita a Alemania para dar una conferencia); también era inminente e imposible de posponer el viaje a Brasil de Imaculada; pero Xan, en su estado, no podía ir a ninguna parte: eso también parecía obvio. Pasaría el tiempo jugando y holgazaneando con las niñas, y se ocuparía de la casa..., en la medida en que le apeteciera hacerlo.

Ambos proyectos resultaron ser excesivos para él.

Muy pronto se vio que no se le podía confiar nada. La espaciosa cocina, donde Xan pasaba la mayor parte de su, de pronto, ilimitado tiempo libre (porque le dio por reafirmar sus habilidades culinarias), se convirtió en un laboratorio donde se amontonaban alocadamente sartenes de hierro fundido, cazos ennegrecidos y cacerolas abrasadas: donde el cubo de la basura estaría disputando su puesto a uno de los cucharones caídos, mientras el microondas trepidaba y se tranquilizaba. Las cosas se escurrían a través de sus dedos: se derramaban líquidos, se rompían. Se abrasaba con la tostadora, se llenaba del polvo que salía del molinillo de café. Incluso el frigorífico se reveló como su declarado enemigo.

Iba dejando por toda la casa huellas de sí mismo, como mensajes enviados de un animal a otro. Un calcetín, un chaleco, un par de calzoncillos en las escaleras, en la sala de estar..., pero también sus desperdicios, sus emanaciones. Cuando Russia se acercaba a la bañera, siempre veía en ella dos palmos de agua sucia con una capa superficial verduzca, y, flotando a medias, toallitas, trozos de pañuelos de celulosa, apelmazados con mucosidades y cerumen. Así como pequeños acúmulos de caspa y recortes de uñas, de piel seca. Pero lo más característico, por supuesto, era que no había forma de persuadirlo de que hiciera correr el agua en el váter; y así, cuando abrías la puerta de la casa, tenías la sensación de entrar en un gallinero del Dorset rural, o en el zoo, o en un lavabo de caballeros del Tercer Mundo. Y ahora, por la noche, sus sobacos despedían olor a coño.

Estaban sentados a la mesa, con las tazas y cacharros del té, y los periódicos. Si le

hubieran pedido a Russia que describiera aquella atmósfera, la habría calificado de seudonormal. Entonces él dijo:

—A las chicas les gusta la ensalada.

—¿Qué?

—A las chicas les gusta la ensalada. Hay una diferencia real entre los sexos. A las chicas les gusta la ensalada.

—Tú tomas ensalada...

—Sí, pero a mí *no me gusta* la ensalada. A ningún hombre le gusta la ensalada. A las chicas les gusta la ensalada. Y puedo demostrarlo.

Ella aguardó.

—¿Cómo?

—Las chicas comen ensalada *cuando están colocadas*. A un hombre le apetecería una barrita de chocolate o su *snack* de galletas; no una porquería con tomate. Una chica come ensalada por la *mañana*. Directamente del frigorífico. Sólo una chica haría eso. Las chicas son así. ¡Dios! ¿Es el teléfono que suena?

—No, es el frigorífico.

—¿El frigorífico?

—Es nuevo. ¿No lo has notado? Hace ruido si dejas la puerta abierta. Te has dejado la puerta abierta.

—¡Cállate, joder! —le gritó al aparato—. ¿Es que acaso soy el primer hombre de la tierra que tiene que decirle a su frigorífico que pare?

Volvió de nuevo el ruido: un chirrido molesto.

—¡Eh, tú! ¡Deja ya de joder!

—En lugar de decirle que se pare, ¿por qué no vas y lo cierras?

—Ciérralo *tú*. Y la boca, de paso.

—No me hables así.

—¿Por qué no? ¿Tienes la regla o algo así? De acuerdo, no me enfadaré. Estás con el disco rojo. Tienes a los pintores.

Éste era el tenor de sus conversaciones.

—Por favor, procura comportarte como Dios manda —le decía Russia.

Al momento siguiente, la cabeza y los hombros de él se hundían y replicaba:

—Eso es exactamente lo que estoy tratando de hacer... Lo estoy *intentando*. No puedes imaginar lo difícil que resulta intentarlo. Tú no lo entiendes. Pero puedo decírtelo. Es un auténtico *coñazo*.

Sonó el timbre de la puerta. Russia cerró de golpe el refrigerador de camino para bajar las escaleras.

Mi habitación, pensaba Xan... Fuera hace frío, pero mi habitación está caliente, pero mi frigorífico está frío...

Cuando Russia volvió, vio que su marido estaba haciendo dos cosas a la vez. Semejante ocupación multitarea era rara ahora en él. Hacer una cosa ya le resultaba bastante difícil. Aun así, se había sentado en el sofá, y dormía y lloraba al mismo

tiempo.

Las niñas, entretanto, intercambiaban sus opiniones.

Al principio, las dos parecían asombradas, pero estaban encantadas de verlo. El primer día, Billie, que salió a recibirlo a la entrada, le había dedicado una sonrisa tan grande al verlo, que temió que se le fuera a desencajar la cara: las comisuras de su boca desaparecían casi en sus cabellos. No vio a Sophie hasta la mañana siguiente; su carita fue la primera que vio en cuanto abrió los ojos. Pero mientras que Billie, en la misma situación, se hubiera metido entre sus padres como el trazo horizontal de una H mayúscula (H de hogar, tal vez, pero sugiriendo también la idea de una frustrante cuña entre ambos), Sophie se colocó al lado de su madre (a la que estuvo todo el rato dándole ruidosamente la lata, una vez más y sin descanso). Sophie sonreía también. Y cuando Xan volvió a abrir los ojos veinte minutos después, aún seguía sonriendo, y él se dio cuenta de que era la misma sonrisa, que había mantenido mientras dormía. Una sonrisa, la de Sophie, que no tenía el insostenible énfasis de la de Billie. Era leal, agradecida y, sobre todo, con cierto sentimiento de propiedad: le había escrito en su ausencia, y ahora estaba en casa. Él tendió la mano y sintió su brazo. El calor que aquel hecho había creado le llegaba, devuelto, a través de las venitas azules de su muñeca.

Billie cambiaba lentamente. Consentía en que la levantaran del suelo y la abrazaran, pero a los dos segundos se debatía tratando de liberarse con desconcertante vigor. Más adelante, cuando él se agachaba para recibirla, ella se hacía un ovillo y luego lo miraba a través de los dedos entrelazados. Y cuando Xan conseguía que se estuviera quieta junto a él con un libro («Vamos, lee; se está haciendo de noche»), y se inclinaba luego a darle un beso en la raya de sus cabellos, ella se echaba para atrás, se frotaba la cabeza y decía: «¡Oh, *papá*...!», como si papá no fuera nada más que un nombre que él se daba. Se acercaba a él sigilosamente y le preguntaba, con un murmullo cohibido, si le había traído algún regalo; luego, cuando se ofrecía a bañarla, ella declinaba el ofrecimiento, pero decía que podía quedarse a mirar cómo se bañaba. Había empezado a tratarlo —y él a verlo así— como a un amigo de la familia un tanto enigmático. Billie era de esa raza de niñas pequeñas que, en ciertos aspectos, parecen muchachas de veinticinco años de edad, salidas (y con notable ventaja) de su segundo divorcio. Con esa misma cara, de mujer que lo sabe todo de la vida, lo miraba ahora. Como si él fuera el séptimo u octavo de su lista: el pretendiente dudoso y pesado al que, en contra de su buen criterio, sin duda, había optado por no rechazar definitivamente.

Sophie, cambió de repente. Sophie se transformó en un instante.

Fue al tercer día de haber vuelto a casa. Ciertos problemas de logística habían obligado a Russia a dejarlo solo en la casa con la pequeña, una situación que nunca más se repetiría. Se suponía que Sophie estaba acostada y durmiendo en el piso de

abajo (eran ya casi las siete), y él no había pensado gran cosa en ella cuando la oyó gritar en su cuarto. A aquellas alturas, la pequeña había cumplido ya casi un año, así que su llanto tenía una nota de confianza, casi pragmática, como de quien conoce bien el percal. Él lo había oído en anteriores ocasiones, evidenciando una confusión y un desespere mayores. ¿Por qué les costaba tanto a los niños pasar del sueño a la vigilia? ¿Qué era lo que los separaba del despertar y hacía tan difícil el tránsito? Se diría que en el sueño perdían su control del amor y de la vida y que, a veces, cuando se despertaban, no podían sacudirse aquella sensación soñada de caída libre.

Entró en la habitación, la sacó de la cuna y la llevó a la luz. Ella le vio la cara... y fue como si saltaran de pronto todos los perros de Londres. Un grito es un instrumento romo; pero éste fue más semejante a un silbido: penetrante, punzantemente dirigido y enfocado a él... La pequeña comenzó a retorcerse, para acabar calmándose y poniéndose rígida. Después, paso a paso, siguió el proceso a la inversa, llenando sus pulmones de aire con breves boqueadas de asombro: quizá esperando que, obedeciendo a la intensidad de su deseo, su padre se transformara ahora en Russia o en Imaculada. Con todo, al advertir que eso no sucedía, se instaló finalmente en el límite extremo de la desesperación, y a partir de allí ésta fue haciéndose cada vez mayor.

Vino luego un intervalo crucial en el jardín, bajo el manzano. Xan se las había arreglado para llevarla a cuestras al piso de abajo, medio sentada en la barandilla de la escalera y manteniéndola sujeta bajo sus brazos. Así llegaron a la cocina, donde él trató de calmarla con todos los trucos que se le ocurrieron, aunque ninguno funcionó. La llevó, pues, a la puerta de atrás de la casa y la sacó al jardín: dio la impresión de que el aire fresco y el resplandor azulado del crepúsculo tenían el efecto de serenarla, y al cabo de un rato incluso fue capaz de mirarlo a la cara. Sus ojos... Contemplanlos era como flotar en una balsa o en el curso lento de un río. Unas aguas en las que competían diferentes corrientes y sutiles variaciones de temperatura: una de tales corrientes de fondo parecía ser de confianza, y Xan trató de nadar hacia ella, aunque la perdió pronto, dispersada en otras corrientes. Finalmente, optó por renunciar a sus suplicantes murmullos y limitarse a tenerla a su lado mientras él gruñía y se estremecía. Era como en los últimos días de Pearl: con los gemelos abrazados a su pecho, y ahora bajo el cuchillo, en un dolor inseparable. Como una hora más tarde regresó Russia de buscar a Billie. Y diez minutos después Sophie estaba completamente dormida, abrazada lastimera y resignadamente a su patito de peluche.

En adelante Xan se miraría a menudo en los ojos de Sophie, tratando de encontrar en ellos aquel mismo latido de confianza. Pero no conseguía encontrarlo. Y la niña ahora se echaba a llorar en el mismo momento en que él entraba en la habitación. En la cena, cuando la pequeña estaba con ellos, con el asiento como un par de calzones medievales atornillados a la mesa, Xan se veía obligado a comer sólo con una mano, manteniendo la otra sobre la cara como en una especie de congelado saludo para que la pequeña no se la viera.

Pero... ¿y Russia?

Te acordarás de ésta, muchacho... Bien, sí..., lo recordaba. Lo has vuelto a mencionar. Lo has repetido... A mencionar... ¿a quién...?

Se acordaba de los cócteles, los Dickheads, del pato muerto y con las patas arriba en el verduoso canal. De la puesta de sol, como una operación de extinción de incendios. Del gorrión fisgón. (*¿Es tu ligue?*) *¿Por qué hiciste eso, tío? Lo has vuelto a mencionar. Lo has repetido... Mencionar... ¿a quién?*

Xan había leído en los libros, en la literatura sobre los traumatismos craneoencefálicos, que una experiencia necesita tiempo para transformarse en recuerdo. No mucho tiempo..., tal vez sólo un segundo o dos. Pero el golpe se lo habían asestado con tanta rapidez y dureza... A aquel nombre significativo no le había dado tiempo de transformarse en recuerdo. Y quizá (así lo sugerían los libros, por lo menos) aquella pausa en su memoria fuera un reflejo cerebral..., un reflejo de autoprotección. Como si el cerebro no quisiera recordar el golpe.

Pero él necesitaba recordarlo. En su rememoración epiléptica, con los convulsos movimientos de su pluma que corrían en todas direcciones, reproducía sus pasos de aquella tarde de octubre, diciéndose a sí mismo *vamos, vamos* con una cadencia del East End (a la manera como son jaleados habitualmente en el East End los luchadores por parte de quienes presencian un combate). En ocasiones, el paralelismo podía ir tan lejos como para hacerle percibir el olor del aliento del asaltante, de sus hormonas, ceñido como un pañuelo alrededor de su cuello. Pero no iba más allá. Era como una investigación en los mismísimos inicios del universo, en aquel fragmento de tiempo infinitesimal donde reinaba la oscura violencia de sus condiciones iniciales. Porque uno no podía remontarse jamás al Big Bang..., por más que se empeñara.

Y así, inclinado sobre su escritorio, trabajaba en su diario, como le habían aconsejado que hiciera. Anótalo *todo*, le habían dicho. Y él lo anotaba todo.

Desperté a las diez. Me levanté a las once. Agua fría en la cara. Luego bajé por la escalera (perdí el equilibrio dos veces). La pequeña, que estaba allí, se echó a llorar. Tomé cereales. Hice el té, y me quemé la mano. Tomé asiento ante el escritorio. Escribí esto.

Se había sentido con ánimo y buena disposición para luchar cuando bajó. Y su cuerpo recordaba esa sensación: pero ahora se sentía tullido, un tullido absolutamente incapaz de luchar.

El exterior era para la gente sana, por eso no salía. Hasta sus visitas al buzón del correo, que se hallaba al final del jardín de delante de la casa (a una distancia de apenas cinco metros) lo ponían al borde de una inmensidad caótica. Esto lo hacía parpadear.

Fuera estaba eso que llaman mundo.

—¿Le importa si empleo una grabadora? La última vez, si no recuerdo mal, no tuvo usted inconveniente. Rory me dijo que usted quería dejar algo muy claro.

—Sí..., pero, bueno, ya llegaremos a ello. Lo que quiero decir es que deseo hacer llegar un mensaje.

—Muy bien... ¿Cuándo comprendió usted que su padre...?

—¿Que mi padre era un mal bicho? Cuando yo era pequeño, mi madre solía decirme que estaba enrolado en el ejército. Si tenía que estar fuera durante un año, mamá me decía que estaba en Vietnam. Y cuando yo objetaba que nosotros no teníamos tropas en Vietnam, me decía: «Bueno..., pues tu padre está allí. Es todo lo que sé.»

»Claro que entonces comenzaban a llegarnos todas esas cartas con sobres de papel oscuro, procedentes de Broadmoor y Strangeways^[13], hasta que finalmente se presentaba él, pálido como un pulpo. Todo ello alimentaba mis dudas. Pero por entonces, comprenda..., los delincuentes encontraron un nuevo juguete: la publicidad. Y todos se pusieron a hacer lo que estoy haciendo yo ahora. Conceder entrevistas.

Xan ya había contado anteriormente buena parte de todo esto: en entrevistas. Y las frases, y hasta párrafos enteros, los había expresado ya. Pero ahora había alguna cosa que parecía entorpecer su discurso.

—¿Los delincuentes? Eso no tiene mucho sentido.

—No, no lo tiene. Pero todos les pagaban por ello. Pensaban que era una nueva y magnífica forma de enrollarse..., ya sabe..., de congraciarse con la poli. Pero esto puede tomarse por ambas partes. No vas a incordiar a un tipo que está pasando un tiempo a la sombra. Así que yo leía noticias sobre él, y después me iba de la lengua a propósito de cómo podían atraparlo por esto o por aquello, con lo que tenía que largarse por algún otro tiempo. ¿Dónde está ahora, mamá? ¿En Mozambique? En cualquier caso, no vas a enchironar a tu propio padre, ¿eh? O tu infancia.

—¿Se mezcló usted con todo esto al hacerse mayor?

—Yo era el ojito derecho de mi madre, y ella tampoco era trigo limpio, pero estaba absolutamente en contra de la violencia. En cambio, yo era un luchador, recuerde. No me pregunte por qué, pero me encantaba una buena pelea. A veces iba a pubs de fuera; la clase de sitios donde la moqueta del suelo se te pega a los zapatos hasta casi sacártelos de los pies. Entrás, pides una caña de cerveza bien grande, te bebes el contenido de un solo trago y después colocas el vaso boca abajo en la barra. Lo cual es como decir: «Quiero tenérmelas con cualquier tipo de aquí.» Siempre salía alguien que me mandaba tres meses al hospital, justo antes de que a papá lo enviaran a la cárcel. Aquello sacaba de quicio a mamá. Y con mi hermana, además, hecha ya una perdida... Pasé directamente del reformatorio a un internado en Littlehampton,

en la costa sureste, que parecía un jodido cuartel; básicamente era una academia para pijos marginados. Un par de años de ese régimen y, después, literatura y arte dramático en Sussex. Cambié. Era un *hippie*. Pero aún era capaz de luchar. Y un *hippie* capaz de luchar tenía futuro.

—En la universidad fue usted un donjuán...

—Cualquiera podía ser un donjuán para ellas... en aquel entonces. Eran tiempos en que las chicas se iban a la cama contigo aunque no lo desearan en realidad. La presión del grupo, eso es lo que era... Y, si yo estaba por encima del término medio, era porque podía ofrecerles... pacifismo, desde una..., bien, desde una posición de fuerza. Yo andaba lleno de collares y pañuelos floreados, pero cuando aparecía por allí algún grandullón chiflado pisando más fuerte de la cuenta, yo le espetaba: «Huelo a sebo.» O me acercaba a un grupo de *skinheads* para decirles que eran una panda de jodidos fascistas. Si eres capaz de luchar, no tienes ninguna necesidad de luchar. Ni de acobardarte. Y a las chicas, digan lo que digan, eso les gusta. Ah, mira, muchacho... Me cansa hablar. Lo siento: aún no estoy muy fino.

—Si usted quiere, podemos... ¿Seguro? Una última pregunta, entonces. ¿Podría decirme algo acerca de su padre y de su tentativa de asesinato?

—De acuerdo. El marido de mi hermana Leda, Dios haya acogido su alma, le pegó una soberana paliza. Y papá le ajustó las cuentas. Le dio una buena tunda; dijo que gustosamente pagaría diez años por ello, y éstos fueron los que le echaron. Y, para acabar, voy a decirle otra cosa. El tipo que me envió tres meses al hospital fue él, Mick Meo. ¿Por qué? Yo había salido al patio, y allí estaba él, luchando a muerte con algún otro gilipollas loco. Forcejeé con él, y me sacudió. Tres meses. A la semana siguiente atizó a mi cuñado, que ya nunca volvió a caminar, y se fue a cumplir sus nueve años. Luego escapó, le pegó una somanta al alcaide de Gartree y lo mandaron a una celda de seguridad a que le revisaran los tornillos...

»No..., aguarde, aguarde... Comprenda..., yo rompí con el mundo de la delincuencia, pero esas cosas las lleva uno dentro. Uno sigue siendo un tipo despreciable para la policía. En América, los polis son los héroes de la clase trabajadora. Aquí son los perros de la clase trabajadora. Aquí los consideramos esquirols, traidores... Aceptan un chelín de los ricos para cuidarles los trastos en la guerra de la propiedad. Se habla de honor entre los ladrones. ¡Chorradas! Pero sí existen reglas... Pues bien..., quien me cascó en octubre..., o hizo que me cascaran..., tengo la sensación de que creía que yo había acudido a la poli a contar historias. Pero eso es algo que yo no haría nunca. Cuando la poli me... interrogó a propósito de la agresión, yo respondí que no recordaba nada. Y ya pueden seguir viniendo a preguntármelo, porque les diré que no recuerdo nada. No es verdad, pero es eso lo que les diré. Ya pueden meterme hierros candentes por el culo, que no diré otra cosa. ¿Comprende? Soy el tipo más amable del mundo... Ya sabe usted. En el coche, por ejemplo, siempre estoy con... «Pasa tú, querida...», «No, usted primero, por favor» y todo eso... Pero si alguien... Bueno, escupo en los ojos de quien me

hizo o encargó que me hicieran eso. Y le digo: ¿Tienes algo contra mí? Oye, ven a decírmelo a la cara... Sí, da la cara, ¡maldito seas!

Incluso dormido, su rostro se desfiguraba y contraía.

Pero había también otros murmullos, como los que salían de detrás de las puertas entreabiertas que rodeaban a los enfermos, los imprevisibles y los violentos.

Pearl, cuando hablaba por teléfono con su marido, se mostraba despiadadamente sincera.

—¿Querrías hablar con alguno de los chicos? En un minuto le diré a alguien que venga. Pero, primero, Xan, tengo que preguntarte por tu media naranja. Quiero decir, por..., ¿cómo es eso?..., por «la parte de tu relación que no ha sufrido el traumatismo craneoencefálico». Estará de luto, Xan, por la persona que fuiste en otro tiempo. Es muy natural. Aquí dice que los dos tenéis que «despediros» del «antiguo» Xan Meo..., el que era capaz de trabajar y ganarse la vida. ¡Se ha ido, Xan! Y ahora escucha: no temas llorar. Aquí dice que deberías hablar de los buenos tiempos. Mirar viejas fotos y llorar a moco tendido.

Xan no se había ido. Tenía que pensar que no se había ido. La realidad era como un débil sueño matinal. Te haces consciente de la escasa realidad que demuestra el sueño, y, en el curso de una revolución de terciopelo, te levantas; te levantas e intentas tomar el control de la narración falta de sentido..., para guiarla hacia el placer, o alejarla del temor. El sueño era débil, pero también lo estaba el soñador, hasta el punto de que podría llegar otra ola y sumergirlo.

—Hmm —dijo Billie—, agua rica.

Empleó las dos manos para dejar el vaso vacío en la mesa de la cocina, y enseguida salió de la habitación.

—¿Agua rica? —repitió Xan—. Bueno..., supongo que a un hombre condenado a muerte el agua puede parecerle deliciosa. Y también el aire. Quizá valga para ambas cosas.

Con el periódico en su regazo, Russia lo observaba. Los dos sabían que ahora la conversación enfurecía a Xan. Lo habían comentado, por supuesto. Y mantenido una discusión sobre el tema.

—No puedo creer que hayas dicho eso. Lo has hecho a propósito, ¿verdad? Ha sonado como el gruñido de un animal.

—Es el dialecto de la tribu. Lo entenderán.

—¿Quién lo entenderá?

—La interesada. ¿Suelto muchos tacos?

—¿En general o cuando te entrevistan...? No. Aparte de repetir «pequeños bastardos fascistas», «loco gilipollas» y cosas así... No.

—¿Y qué tal es...? ¿Qué tal es mi inglés?

—¿Tu inglés? —Se encogió de hombros y dijo—: Puede pasar.

—Pensaba que podría seguir siendo fluido. El tipo debió de refregármelo. ¿Té? —añadió—. El té es una mierda. Quiero café. Tú te has tomado ya dos tazas de café de Colombia y yo estoy aún bebiendo esta porquería. ¿Qué hay para comer?

—Pescado.

—El pescado es una mierda. Quiero carne.

—No puedes tomar carne. Y no puedes tomar café. Todavía no.

—¿Y qué puedo esperar, entonces? Esta noche, antes de cenar, beberé un par de vasos de sucedáneo de cerveza. Y si la cerveza es ya una mierda..., explícame tú qué podrá ser un sucedáneo de cerveza. Ni siquiera una mierda. Una mierda de mierda. ¿Y después? Una fuente de mierda. Y agua rica.

Russia se puso en pie. Él la siguió hasta la encimera, diciendo:

—Debería mantener cerrada la boca, ¿no es eso? Porque, si a una mujer no le caes bien, tampoco va a caerle bien nada de lo que digas. Ya pueden ser palabras dignas de Hamlet..., que a ella no le van gustar en absoluto.

—¿Sabes lo que pienso? No es que te hayas transformado en un animal. Estoy pensando que lo has sido siempre.

—Ah, ¡muy bonito!, eso es. Me machacan la jodida cabeza, y ahora nadie me quiere. Las niñas no me quieren. Tú tampoco.

—Lo estás haciendo otra vez. Te estás pegando demasiado a mí.

—No es verdad.

—¡Diantre! La verdad es que me estás sacando de quicio. Apártate. Y... ¿sabes una cosa?

—¿Qué?

—Llevas bajada la cremallera de la bragueta.

Sí, es verdad, es verdad... Lo peor de todo era lo que ocurría en el piso de arriba: en el dormitorio del matrimonio.

2. SU VOLUMINOSIDAD

La primera frase casi lo hizo caer de espaldas:

kerido clint: ¿ers como los otrs hombrs?

Pero en aquel momento estaba metido dentro de su húmedo saco de dormir en su adosada de Foulness.

(t lo prgunto xk te prguntas si tiene importancia el tamaño.) bueno..., si no ers como los otros hombres, no tpreocupes. mi actual «otro», orlando, tiene una gran polla, d la ke sta inmoderadamnt orgulloso, pro t lo asguro, clint, tú no necsitas para nada la maldita gran 21.

—Una maldita gran... ¿veintiuno? —se preguntó—. Oh, no..., ¡es «herramienta»!^[14] Ese 1 es una l.

¡son monstruos@s! ¡l@s odio! ¡y ke efcto tan dsgraciado tienen sobre el ego! el piensa ke tienes ke ponert d rodillas, pro no es el tamaño lo ke importa, clint; lo ke importa es el amor. m preguntas también x mi nombre, m da reparo decirtlo. ¡m parece intimar tnto de pronto! el primr acto de entrega, si te parece... quieres sabr mi nombre..., bueno, pues ahí va... m llamo k8. ya lo he dicho, k8; k8... y tu quiers sabr como soy, ade+... 1º, mi tipo... 1 antiguo prendient mío tuvo la considración d dcirme ke mis «ttas eran 1a birria» y otro aventuró su opinión d ke mi trasro era + birria a1.

Es decir, que a ella también le habían dado muchos plos —palos, maldita sea— observó Clint. ¡Pobre chiquilla!

(¡hst@ ahor@ ningún jovn s ha mostrado tan poco galnte kmo para observar ke mi koño es una birria!); de hecho estoy muy orgullosa d cómo sha dsrollado mi qerpo con los años; no tngo la siluet@ d modlo para rekortr, ni 1 megabusto formidbl d reina dl sxo: soy slo una mdianía sincra. tngo 25 años y stoy sanisim@.

La perfecta diferencia de edades, pensó Clint.

n qanto a mi kra, tngo ojos verdes (¡pero no de envidia!), la mlna rubio aren@; los hmbrs suelen dcir ke tengo 1 carácter sumiso y complacient, al viejo stilo; esencialmnt femenino; mido 1 67, y s ke tú ers + alto ke yo, clint, ke es todo lo ke dbría im×tarm en materia d statura, puesto ke s trata de 1 axioma n rlación con el atractivo.

Y estás en lo cierto. No andas desencaminada. Tienes razón, pensó Clint. ¿Quién sabe por qué? A las chicas les gustan los altos: debe de ser por alguna ley de Darwin...

hac poco trbje como modelo para 1a empresa de vnta por ktalgo. trbje como

locutora y presentadora en un bingo, el Mirage, en King's X, y tienes ke tnr buena presencia para ke t djen hacerlo: incluso sali n las pgs de tu priodico n agsto, ¡a1ke no como piensas! ya t contaré, aguarda y vrás. ¡he de salir ahora! k8.

No en la sección «Chorbas de Soplapollas», gracias a Dios, pensó Clint. Y en aquel momento sonó el timbre de su puerta.

Este hecho, que en la mayoría de las casas carece de importancia, representaba invariablemente en el 24 de The Grove, Foulness, las más terribles emergencias. Hubo un tiempo en el que él se habría limitado a correr escaleras arriba, colocar un espejo de bolsillo entre la pared exterior y el tubo de desagüe, para ver sin ser visto, mediante él y a través del ventanuco del baño, el escalón de entrada de la casa, y tratar al recién llegado según sus méritos. Pero estos tratos libres y fáciles con el mundo exterior pertenecían a tiempos más felices. Ahora Clint se movió subrepticamente por la casa y fue a encerrarse en el cuarto de baño, donde adoptó una posición fetal entre las baldosas mojadas. El timbre siguió con su sucesión de timbrazos largos y cortos, mientras él se retorció al oírlos como un ratón de laboratorio. Después vino el silencio, cada vez más denso..., hasta que finalmente el silencio fue a su vez silenciado por un sonido que lo habría hecho bajar corriendo del piso de arriba en mitad de la batalla de Passchendaele^[15]: la alarma de coche del Avenger.

Enfundado en su albornoz sin ceñir, y con los calzoncillos teñidos de un gris semejante a tinta de periódico, Smoker se aventuró a desafiar la mañana.

—Hey, ¡mi coche...!

Era uno de esos días en los que el medio oceánico da la impresión de haber tenido fugas e invadido las capas inferiores del aire, originando masas de chorreantes brumas y retazos de nubes bajas que se diría que uno puede tocar y notar sólidas. Allí estaba el Avenger, al fondo de la zona menos visible del jardín, emitiendo lastimeros bocinazos, y a sotavento se hallaba asimismo un tipo corpulento, con el cuerpo apoyado en él, aguardando.

—Este coche es mío...

La voluminosa figura se dejó ver con mayor claridad.

—Ah. Eh..., vale ya —dijo Clint, mostrando las palmas de las manos—. Vamos, amigo. No..., no irás a..., espero que no irás a prescindir de las formalidades. Yo siempre he sido un buen chaval, compañero. Un tipo callado. Jamás...

Mal Bale alzó su rechoncho índice y se lo llevó al labio superior. A Clint lo agradó advertir que su actitud no era, en conjunto, amenazadora: que no era todo pasión justiciera, como lo había sido aquella otra vez en el Támesis, en el exterior del Cocked Pinkie. La actitud de Mal era meramente de pocos amigos, incomodada... Clint reflexionó un instante. Él era un periodista. Llevaba el periodismo en las venas. Días antes, en el despacho, había escrito el nombre prohibido en un motor de búsqueda en Internet, lo que no hacía nunca. Por un instante se había sentido como el

físico de ciencia ficción que teme haber podido cancelar el universo pulsando simplemente una tecla.

—No se trata de eso —dijo Mal.

—Entonces..., ¿por qué has venido a verme, compañero?

—Estoy aquí en calidad de representante —dijo Mal—, de la agencia de acompañantes Ébano.

¡Joder! ¡No volvamos otra vez a las señoritas de compañía! Con algunas personas nunca puedes... Una sucia maniobra por parte de mi ex novia, pensó Clint. Aunque..., bueno..., tal vez él se había pasado un poco con aquello de Su Voluminosidad.

La chica, Rehab, lo había humillado a fondo y, por eso, se había merecido a conciencia la lección que Clint le había dado. Fue y lo dejó tirado en una de las «cenas regias» del *Lark* (eventos celebrados una vez al mes en las habitaciones privadas de algún prestigioso restaurante de Soho). Heaf estaba allí, por supuesto, con su pareja, la señora Heaf; Mackelyne había acudido con la señora Mackelyne, Strite con una muñeca o bombón, y Supermaniam con una de sus divinidades subcontinentales de múltiples brazos...

Aleccionada, y pagada, para pasar por novia de Clint, Rehab explicó a los demás reunidos que era una señorita de compañía aleccionada y pagada para hacerles creer que era la novia de Clint.

—Damas y caballeros —había dicho Clint—, permítanme que les presente a una persona que se ha convertido en alguien muy especial para mí. Damas y caballeros... Ésta es Rehab.

—Encantado —dijo Heaf—. Siéntese aquí, querida.

Querida, pensó Clint. No podías llamarlas cariño o corazón, pero lo de querida estaba perfectamente bien.

—Y ahora cuénteme, querida... ¿Cuándo tiempo hace que se conocen usted y Clint?

Rehab consultó su reloj de pulsera y dijo:

—Una hora y quince minutos.

Y así salió todo.

Dejando aparte cualquier otra consideración, aquello fue un flagrante incumplimiento de contrato. Previamente habían convenido un presupuesto: tanto por cada recuerdo afectuoso compartido, tanto por cada vez que tomara la mano de Clint entre las suyas; esto por cada beso lanzado con la punta de los dedos, esto otro por cruzarse tiernamente las miradas, y tanto, finalmente, por pasarle ella a él una cucharadita de su *crème brûlée*.

Después, en su opcional pero no presupuestado regreso al hotel, Clint, empleando todo su encanto personal y la promesa, como mínimo, de una fracción significativa de

su factura neta, indujo a Rehab a quitarse la ropa y pasar al baño para meterse en la bañera... Hecho lo cual, cerró la habitación por fuera y se largó del hotel con todas las cosas de Rehab bajo el brazo. Y en eso paró todo. No había existido en este caso la menor sugerencia de los tironcitos de pelo y los pellizquitos en los pezones que tan costosamente habían fastidiado su anterior cita con Scheherezade, de Acompañantes De Luxe. Y todo lo que Rehab tuvo que hacer fue bajar chillando quince pisos por la escalera de incendios, hasta que alguien la vio al pasar por la calle y avisó al portero del hotel.

Además de haber dormido solo durante un par de noches antes, Clint se había preparado para aquella cita con Rehab tomando tres pastillas de Potentium y cinco de Su Voluminosidad. Esto último era otro medicamento de venta por Internet que Clint había comenzado a emplear hacía poco. Estaba pensado, según el prospecto, para aumentar el volumen de las eyaculaciones de uno «a proporciones porno». Y lo hacía. Podías tener dudas acerca de la calidad (el color, la textura, el olor y demás características) de las eyaculaciones, pero de la cantidad no podías quejarte.

Y ahí estuvo el error de Clint... y el motivo de que Rehab se sintiera agraviada. Primero, las copas en el bar, mientras Clint estaba todo el rato pendiente de la servilleta de papel en que iba anotando una por una todas las partidas, para mostrárselas luego. Después, el empuje del ascensor bajo los pies, el pesado momento de meter la llave en la cerradura, la moqueta azul. Las cortinas florales... Con estos precios, el cliente se merece un buen trato..., pero Rehab le había estado estafando aquí y allá. Por eso, cuando llegó el momento, Clint calculó que tenía que comportarse como un Dork Bogarde con la Donna Strange de Rehab. Él había estado apuntando a sus pechos (y no a la parte inferior de su abdomen, como habían negociado), y no había tenido la intención de correrse en su garganta, su cuello y su pelo.

Siguió la escandalera de Rehab pidiendo a gritos por teléfono un secador y más sobrecitos de champú. Llegaron con media hora de retraso a la cena, y ya en el taxi él le mostró la idea que tenía de ella. Era una profesional, ¿no? ¿Dónde estaba su orgullo? Una chica como ella, acostumbrada a tratar con locos, perversos e incapaces, ¿y arma un alboroto por un muchacho que resulta tener dentro de sí lo que debe tener un hombre? Se lo repitió una y otra vez: «¿Dónde está tu orgullo?» Y esto quizá explicara también que, en el momento de sentarse a la mesa, Rehab, recientemente herida, estuviera de morros.

¿Por qué tenía que haberse comportado como una chiquilla?, pensó Clint (y fue la segunda vez que en los últimos días se descubrió a sí mismo pensando en críos). Ni siquiera había eyaculado en su cara..., que en aquel instante tenía ella rígidamente vuelta. Durante cincuenta y cinco minutos, dejando aparte aquella breve interrupción, Clint no había pensado en otra cosa que en aquella especie de sujetador que había extendido como un engrudo sobre los pechos persas de Rehab (antes de que perdiera por completo el control de su potente manguera), mientras el Avenger volvía a toda

velocidad de regreso a Foulness.

Era precisamente en el Avenger donde estaban sentados ellos dos ahora, Clint y Mal. El motor zumbaba (como una máquina de coser) por efecto del calor y el silencio de la radio. Y Clint, vestido ahora pesarosamente con unos «chinos» y un polo, había sacado a relucir un termo lleno de café. Los dos hombres fumaban con ahínco, tal vez porque el interior del Avenger olía poderosamente a pies humanos. Clint no era capaz de entender el porqué: sus zapatones, provistos de refuerzos y bandas antideslizantes, estaban forrados por dentro con un fieltro de fibra antihumedad y plantillas resistentes al ozono y tratadas para mejorar la eliminación del sudor, con lo que en la adosada no había ningún olor a pies humanos que él hubiera podido detectar. Cuando Mal le propuso que entraran los dos en la casa, Clint le dijo que vivía con su novia, Kate, que era enfermizamente celosa y lo asesinaría si llegaba a enterarse de aquella aventura suya.

—Pero si tienes en casa una mujer así, ¿cómo es que sales con otra pagando por ello?

—Sí, bueno...

—Y ésta no es la primera vez que has tenido problemas por eso, ¿eh, amigo? No comprendo a la gente como tú. Tu novia... ¿Acaso la tratas a golpes?

—Ni hablar. Jamás hago eso —protestó Clint, pero mantenía la cabeza gacha.

—Bien, ahora vas a tener que portarte bien.

Por segunda vez en dieciocho horas, Clint encontró ante sí una factura perfectamente desglosada. Sólo que esta vez no consistía en imaginados favores de costosas caricias...

—¿Mil libras por la ropa...? —exclamó, echando la cabeza hacia atrás—. ¡Pero si la dejé en una maceta en el pasillo! Estaba en perfecto estado.

—No importa la ropa. Tienes que pagar por el disgusto y la humillación, muchacho. Y deberías dar gracias por estar tratando conmigo y no con alguno de los dos hermanos de la chica, Izzat y Wathan.

—Está bien, compañero... Trato hecho. Y mira..., sin rencores, ¿vale? Y, por cierto, amigo Mal, hay una cosa que deseo que sepas..., que en cuanto a lo otro...

Clint dejó la frase sin concluir y los dos guardaron silencio. Finalmente, Mal dijo:

—Sí, eso... Eso no..., eso no me va.

El Avenger estaba tan alto sobre el suelo, que Mal prefirió saltar de él por el portón trasero. Clint, que había ido dentro en busca del cheque, se asombró de la gran amplitud natural del trasero de Mal, que parecía surgirle a media altura de los muslos para prolongarse sin solución de continuidad hasta la tercera o cuarta vértebra de su espalda. En aquel *gluteus maximus* se basaban todas las operaciones de Mal; todas y cada una de sus decisiones debían referirse a él. ¿Y Clint? A pesar de su talla y su recia estructura ósea, no había más que un vacío y un pliegue o faldón vergonzante en

la culera de sus «chinos» (aunque el carecer casi de nalgas no era óbice para tenerlas llenas de granos y marcas). Cuando se las miraba en el espejo, tenía la impresión de que pertenecían a un hombre mucho más bajito que él, que las mantuviera exageradamente prietas.

—¿Qué le ha ocurrido al coche, camarada?

—Oh..., en Basildon me salí de la A13 y tomé por las Curvas. Un perro pastor se me echó encima. Di un volantazo, pero...

—¿Un perro pastor? No fue un perro: fue una oveja. Mira.

—Era parecido a una oveja. Con lanas blancas y rizadas.

—Ah, como un caniche... Pero... ¿qué podría estar haciendo un caniche en las Curvas?

—No lo sé. Pero no era una oveja. Se trataba sólo de un perro.

—Es decir..., que preferirías atropellar a un perro antes que a una oveja.

—No sé si lo *preferiría*... —Pero sí: Clint se dio cuenta de que subliminalmente consideraba que un perro era inferior a una oveja. Lo cual no tenía mucho sentido. De manera análoga (tal vez) advirtió que no estaba seguro de si tal o cual mujer le resultaba atractiva o no tan atractiva. Era capaz de apreciar la diferencia entre la foto a doble página de una modelo y la de alguna de las chorbas de los soplapollas, pero no tanto, en su opinión, de distinguir grados entre la una y la otra.

—¿Y eso? ¿Porque crees que la oveja es el mejor amigo del hombre? —prosiguió Mal—. Las ovejas tienen perros pastores. Pero no existen ovejas que cuiden de los perros, ¿o sí? ¿Acaso tienes alguna aquí que te traiga las zapatillas? ¿O que vigile la puerta trasera de tu casa? Has de tener cuidado, Clint.

Clint dirigió un gesto de despedida hacia la espaciosa popa alemana de Mal.

—No sé, compañero —dijo para sí—. Lo cierto es que no sé...

Lejos, hacia el mar, la bruma había alzado una ola aislada, que se precipitaba rota en fragmentos, de izquierda a derecha, como un reguero de pólvora al que se hubiera prendido fuego.

Pero esa oveja, pensó Clint..., apostaría a que esa oveja...

El animal estaba plantado en el arcén, al borde de la carretera, como un viejo personaje rural, temeroso (hasta entonces) del peligro que representaban los coches. Impasible en su empapado y blanco vellón.

Pero, de pronto, la oveja se había precipitado hacia él al pasar. ¡Zas!

—Por desgracia, el soplapollas de Walthamstow —decía Desmond Heaf— acaba de salir del coma y hemos recibido una cartita bastante seria de Tulkinghorn, Summerson y Nice..., nada menos. En tu informe, Jeff, decías que estaba devorando con los ojos a un grupo de niños que se bañaban en la piscina pública. Bien..., según esto, desde la tribuna en cuestión es imposible ver la piscina. Da a unas pistas de squash que no utilizaba nadie entonces. Supongo que no lo comprobaste.

—¿Comprobar? —dijo Strite—. ¡Pues claro que no lo comprobé! La noticia me llegó del muchacho que tenemos en la comisaría de policía, jefe. ¿Desde cuándo comprobamos las informaciones?

—A Tulkington, Summerson y Nice les ha ofendido también nuestro tono. —Heaf levantó el recorte para mostrárselo a todos y luego leyó un fragmento—. «Así que si pasas caminando por el 19 de Floral Crescent y te sobra un ladrillo, o una lata de gasolina, ya sabes adónde tirarlos.» Una incitación a la violencia contra la familia de un hombre inocente que se encuentra en Cuidados Intensivos...

—¿Inocente? ¡Estaba haciéndose una paja en público! —protestó Strite, indignado—. ¿Qué hay de inocente en eso?

—Aquí dice que se estaba dando un masaje en la cadera, que le dolía, cuando entró en escena la señora Mop. La pobre tiene setenta y ocho años y está medio ciega.

—Entonces..., ¿por qué echó a correr, con los pantalones alrededor de los tobillos? Si me disculpas, jefe, voy a hablar otra vez con mi informador.

Clint puso cara de circunstancias cuando Strite salió de la sala de reuniones. También él estaba deseando marcharse de allí para ir a la sección de números atrasados. Al llegar ante su ordenador, con su café con leche y su brioche en la mano, Clint había encontrado un nuevo mensaje de Kate: «bueno, eres un pelma. ¡no he cometido ningún error! salí en la famosa página de tu periódico en la fecha tal...» (La indicaba, citando mes y año.) «estaba en el requadro de enfrente del de la «tí@cachond@». verás qál de ellas es la mía: las tres principales corresponden a brett, ferdinand y sue. échales un vistazo, y ya me dirás si no estoy la mar de bien.» Ah, sí: la *página de respuestas*, pensó Clint, despiadadamente. Porque había pocas cosas de las que Clint se fiara más que de una buena página de respuestas. Ahora sí iba a poder ver los rasgos de la mujer a la que, cada vez más, sentía unido su destino. Comentó dirigiéndose a Heaf:

—No es por criticar a Jeff, jefe, pero siempre pensé que estábamos haciendo demasiado hincapié en el tema de ese pervertido.

—Aclara eso, Clint.

En aquel instante volvió a entrar Jeff Strite. Parecía vengado, redimido.

Clint se encogió de hombros y dijo:

—Es un soplapollas.

—¿Quién es un soplapollas?

—El soplapollas de Walthamstow.

—¿Quieres decir que es un *lector*?

—No, jefe. Quiero decir que es un soplapollas.

—Y lo es, en realidad —dijo Strite—. Mi informador dijo que le habían requisado algunos «materiales eróticos». Los tienen almacenados en algún lugar del sótano, y debe de estar buscándolos.

—¿Veis como tengo razón? Eso es —dijo Clint cruzando los brazos—. A menos que lo que tuviera encima de sus rodillas fuera material específico para pedófilos,

claro.

—No te sigo bien, Clint —confesó Heaf.

—No es un pedófilo. Es, simplemente, un soplapollas. Y los soplapollas son las personas para las que se publica el *Lark*. Los soplapollas son nuestro público.

El jefe miraba de soslayo. La mayoría de las brillantes y radicales opiniones de Clint tardaban días en calar en él.

—¿Y por eso deberíamos prestarle apoyo ahora? No, no, Clint... Pienso que les estás haciendo a nuestros..., a nuestros soplapollas reales, una clara injusticia. Hay razones serias para sospechar que ese tipo era un pedófilo. Estás olvidando la gran oleada de respuestas de nuestros soplapollas a nuestra campaña de «Acabemos con los perversos».

—Tú insistes en eso, jefe. Pero, como a menudo ha señalado Mackelyne, la respuesta a «Acabemos con los perversos» pasó virtualmente inadvertida... Tendríamos que haber ido contra la señora Mop.

—Por haberlo dejado en coma.

—Y por fastidiarle su paja. Es a la ventana de *esa mujer* a la que deberíamos aconsejar que tiraran ladrillos.

Por un instante, el rostro de Desmond Heaf expresó un mal presentimiento y su frente se perló de pronto de menudas gotitas de sudor. Tras diez segundos empleados en recobrar la serenidad, siguió:

—Comunicado real... Me parece que está bastante bien concebido. De una forma más bien emotiva, la forzada castidad del rey está despertando la profunda preocupación de nuestros... Ah, Clint, me gustaría conocer tu punto de vista a propósito de la línea que deberíamos adoptar al referirnos a la tragedia de Cold Blow Lane. ¿Qué va a hacer el rey ahora? Por cierto, Supermaniam..., pienso que rebasaste los límites del buen gusto en ese artículo tuyo... «Chingarla mientras esté caliente». Pienso que el editorial de Clint del día siguiente era mucho más juicioso y adecuado... ¿Cómo era...? «Hora de desenchufar a Pam.»

Clint estaba con los brazos en jarras de pie en el anárquico cuarto de archivadores de números atrasados. Más de novecientos ejemplares del *Lark* se amontonaban en inestables rimeros, con tendencia a desmoronarse, y los brazos de Clint se habían manchado de tinta hasta los codos para cuando logró reunir los treinta ejemplares de aquel importante mes de junio.

Como los demás tabloides exponentes de la prensa amarilla, el *Morning Lark* publicaba un recuadro de respuestas en la página contigua a su consultorio. El consultorio del *Lark* no se parecía al de los otros periódicos, con su típica integración de tópicos como «Mi pareja se corre enseguida» o el increíble: «Llegué a casa y encontré a mi marido en la cama con mi padre», y todo eso. El consultorio del *Lark* no consistía en la exposición de problemas, sino más bien estaba dedicado a ofrecer

singulares regalos a los lectores: era la página dedicada a pornografía, gran parte de la cual estaba escrita por el propio Clint Smoker. Por otra parte, los pasatiempos propuestos consistían en una docena de fotos convenientemente ampliadas con globos o «bocadillos» para expresar lo que decían o pensaban, dramatizando así las dudas de jóvenes de buen ver vestidos/as en su mayoría con ropa interior.

Puesto que necesitaba un poco de calma y equilibrio, Clint echó mano de su teléfono móvil y llamó a Ainsley Car.

—De acuerdo —dijo el atribulado delantero, después de insistirle—. Me cargo a Donna, y después me tiro a Beryl.

—Al revés, muchacho.

—Me tiro a Beryl, y después me cargo a Donna.

—¡Joder! Te tiras a Donna, y después te cargas a Beryl... Aunque, recuerda..., no tiene que ser precisamente Donna.

—¿Qué me dices de Amfea...?

Clint recordaba a Anthea: una rubita sonriente que quizá tendría dieciséis años. Muy popular posando con su madre en secuencias comparadas.

—No, muchacho... Anthea se quedó preñada y lo ha dejado correr todo... Y su madre está hecha una abuela a los treinta y dos.

—Bueno, pues... Donna servirá. Me cargaré a Donna.

—Te tirarás a Donna —le corrigió Clint.

Ah, sí... Allí estaban: Brett, Ferdinand y Sue. Y, por un instante, Clint apartó la vista... Cuando entrabas por primera vez en una agencia de contactos y te recibía la *madame* que coordinaba el negocio, ésta te entregaba el «folleto» y te dejaba a solas con él: aquello te hacía sentir poderoso. En aquel grueso álbum, cada sonrisa, cada escote, cada majestuosa pechuga representaba distintos futuros que, sin embargo, y según variables escalas de pagos, prometían todos un mismo resultado. Ahora, al contemplar a Kate, Clint adoptaría un punto de vista más humilde. Aquello se parecía más a una cita a ciegas entre jóvenes, cuando te acercabas a mirar a hurtadillas desde una esquina y, después, o seguías adelante o huías... Clint observó la foto por el rabillo del ojo, bizqueando... Su mirada bajó de pronto a posarse en ella. Y, después, con deliberada energía, echó atrás la cabeza para apoyarla en la pared, refunfuñando, riendo, suspirando. No era una reina del *glamour*, ni siquiera del baile, sino una chica encantadoramente sencilla, una chica corriente, como el póster de una persona desaparecida. Y... ¿podía imaginársela? ¿Podía imaginársela él? Verlos a ambos, asidos de las manos: «Hey, desearía que conocieran a una amiga mía muy especial. Damas y caballeros, les presento a...»

Clint regresó a su mesa de trabajo, donde desplegó una lámpara de codo y una lente de aumento. Se trataba de un cuadro de lo más convincente: la historia de un difícil triángulo, como tantos otros, pero de alcance universal. En las fotos iniciales se veía a Sue en casa con su compañero y amante Brett. Luego a Sue barriendo el suelo de la cocina entre lágrimas, mientras un Brett en camiseta la observaba con los puños

apretados: en la siguiente, aparecía Brett viendo un partido de fútbol en la televisión, con un par de calzoncillos con la Union Jack encima de la cabeza, mientras Sue planchaba la ropa; seguía Brett, que agarraba unos tacos y una bolsa de deporte y le decía a Sue que salía a dar una vuelta con el coche hasta el pub para jugar unas partidas. Entraba Ferdinand. Y enseguida pensabas..., sabías: ése es Shelley: poeta y soñador, con los cabellos sueltos, sus flores y su galantería; con sus ojos brillantes como estrellas... Sue aparecía desnuda dos veces. En la primera foto, Ferdinand, mostrando los dientes, la penetraba por detrás..., pero el cuerpo de ella estaba eclipsado casi completamente por el «bocadillo» de sus pensamientos: «Jo, ¡ojalá Brett hubiera oído hablar de los juegos eróticos preliminares...!» En la segunda, yacía sobre la espalda y con las piernas separadas, pero su modestia quedaba preservada por los rizos sueltos de Ferdinand, a la vez que por otro «bocadillo» en el que ella decía. «Mmm... Brett piensa que esto es sólo cosa de *gays*, pero a mí me parece maravilloso.» La fotografía final mostraba a Sue sentada sola en su cama de madera clara, con un codo apoyado en la rodilla y la cara en la palma de la mano, con la mirada levantada hacia el techo: «Sé que Brett tiene sus defectos, pero Ferdinand parece demasiado bueno para ser auténtico. ¿Cómo voy a elegir entre ambos?»

Una pobre imagen de sí, pensó Clint; eso es lo que es. Pero, tras pensarlo mejor, decidió echar una ojeada a los «Consejos de la Experiencia», con los que concluían todos los casos. Donna Strange aconsejaba a Sue que olvidara a Ferdinand y siguiera con Brett.

Una sonrisilla apenada en su rostro. Por supuesto que estaba simplemente actuando. Pero, con aquella limpia mirada en sus ojos, con un mohín filosófico en su labio inferior..., no te la podías imaginar apenándose, socavando tu confianza en ti mismo, empequeñeciéndote... «No te preocupes. Das la talla, querido... Estás la mar de bien. Sí, lo conseguiremos.»

3. COLD BLOW LANE

—Necesitaremos al ejército para esto, señor.

—¿El ejército? No digas tonterías, Bugger.

—Sólo una leve y tranquilizadora presencia, señor. Es una situación de lo más... ingrata. Disculpad el pesimismo, señor, pero ni siquiera puedo imaginar una salida positiva.

—Ni yo. Pero no me pidas que lo reconsidere. No puedo negarle nada a Loulou..., como bien sabe ella. Y ahí está el problema. Después de todo, es mi prima, y no se ha metido en esta operación a propósito. Tendremos que seguir con ello.

—Señor... No me parece que sea un buen momento discutir ahora las ramificaciones de la entente chino-rusa.

—La ramificación número uno sería que yo tendría que renunciar a El Zizhen, supongo. Y si fallan las dos, ¿piensas que tendría su apoyo?

—Os recuerdo, majestad, que nada afecta tanto al humor del pueblo como lo que le cuesta llenar el depósito de gasolina de sus automóviles.

—Lo sé, Bugger, gracias. Ah...

Entró Amor. Los rayos del sol, ya en declive, que se estaba poniendo a sus espaldas encendieron los impresionantes soplillos de sus orejas. Saludó con una inclinación artrítica, y preguntó:

—¿Estáis dispuesto, señor?

—Ahora mismo voy, Amor. Iré detrás. ¿Qué tenemos hoy, Bugger? ¿Brucelosis? No... ¿Fiebre Q?

—Encefalomiелitis equina venezolana, señor.

—¡Jo! ¿Y eso qué significa en cristiano?

—Inflamación vírica del cerebro y la médula espinal, señor.

Enrique IX se levantó y miró a su alrededor.

—No tenemos un *boudoir* por aquí, ¿verdad? Vamos, Bugger, espero que no seas roñoso. Haz venir a Blaise o a Henri; encárgales que hagan un rápido reconocimiento, y luego gástate algún dinero en hacer lo que digan. Y que traigan algunos muebles decentes de la *suite* francesa. —Paseó la mirada por la estancia, observándola a través de unos ojos empañados por su desagrado—. Este lugar era bastante bueno para mi abuelo. Pero no es suficientemente bueno para mí. Y, por cierto, Bugger...

—¿Sí, señor?

—Dudo en decírtelo porque eso hará que te pongas a ahorrar peniques... Sólo emplearé este lugar *una vez*. ¿Comprendes lo que quiero decir, Bugger?

—Me parece una medida prudente, señor.

—Sería una catástrofe.

—Una absoluta catástrofe.

—Pero no pienso comportarme como un cerdo y no despedirme adecuadamente de ella. Sí, adecuadamente, Bugger. Eso quiere decir que dejaré las cosas claras desde el mismo instante en que entre por esa puerta. Y, si pasa sólo diez segundos en la habitación, será razón de más para hacérselo agradable... No hay muchos hombres que tengan que subordinar sus corazones al precio de la gasolina. Yo soy uno de ellos. Y, francamente, resulta *excesivo*.

—Yo lo consideraría uno más de vuestros muchos sacrificios, señor.

—El no nos creará problemas. Ella no nos dará ningún problema —dijo Enrique IX.

El chambelán expresó su acuerdo de principio. Brendan, por supuesto, había examinado cuidadosamente a El Zizhen meses atrás: hija del que fuera durante muchos años embajador de China en París, amante durante nueve años de un jefe de Estado escandinavo, probablemente estaba necesitada de unos dinerillos para asegurar su retiro. Y Brendan estaba convencido de que los obtendría.

—Siento cargarte con todo esto, Bugger. No es tu trabajo, pero haces que me sienta seguro.

Brendan se quedó solo en el olvidado cenador. No era su trabajo, pero... ¿cuál era su trabajo? Manejar el escándalo, controlar el escándalo. Los escándalos eran mareas periódicas de alturas y masas variables. En aquel lío con Loulou —Louisa, duquesa de Ormonde—, las aguas no crecerían mucho ni amenazarían con desplomarse, pero sus interioridades podrían verse agitadas con sorprendente malicia. Precisamente en aquellas circunstancias, si se hiciera pública la relación del rey con El Zizhen, el tema ocultaría el sol..., y no pararía, no pararía hasta convertirse en una ola capaz de arrasarse pueblos enteros. Y en cuanto a la oleada que podría estar surgiendo a favor de la princesa, podría tener el efecto de un millar de Krakatoas...

Reclinado en el sofá de rayas, Brendan se sentía ahora reconfortado por una sensación de lujo que no guardaba relación con su entorno inmediato. Aquel coquetón y, por supuesto, gélido nido de amor de Juan II le recordaba el tren real antes de que Enrique dedicara millones a su restauración. El confort había sido vaciado de él por obra del silencio..., como notó cuando una gigantesca cortadora de césped, de dimensiones parecidas a las de un camión, atronó el aire bufando como una ballena a su paso antes de que el ruido se perdiera en el silencio de la distancia. Un silencio que, realzado por el festivo canto de un pájaro, le había permitido oír su propio corazón y sentir la tibieza de sus latidos.

Cuando Victoria tenía cuatro años..., se fue un día a la cama sin darle las buenas noches, y Brendan lo había sentido como si la sangre se le helara dentro. Cuando Victoria tenía catorce años... Fue en la última etapa de su viaje por California; se habían acabado las diversiones y lo que la aguardaba ahora era el aburrimiento, un aburrimiento regio..., un aburrimiento incondicionado y pleno. Hacia la mitad de la última tarde se dio cuenta de que la princesa ya no estaba allí: que se había ausentado dejando un doble, un simulacro, una fotografía suya de tamaño natural, para permitir que su espíritu se acurrucara en algún lugar a escondidas mientras ella repartía sonrisas a los extraños..., prodigaba sonrisas a los extraños..., como si tener catorce años no fuera ya suficiente trabajo, pensó Brendan... Más tarde, cuando disculpándose con una inclinación de cabeza Brendan le pedía que eligiera entre tal o cuál detalle de protocolo al aproximarse la siguiente inauguración o investidura, como a quién saludaría o a quién dedicaría un simple gesto con la cabeza..., la princesa dejaba que su lengua se deslizara hasta la comisura de la boca y levantaba ambas manos hacia él con los pulgares e índices formando dos v. Una w: *Whatever*: «Lo que digas.» Y él había vuelto a sentirlo, íntegramente, con toda la sangre agolpada dentro de él. Las chicas de trece, de catorce, de quince años muestran a veces una expresión de pánico, como si sus ojos estuvieran atrapados en el cambiante rostro: «¿Hacia dónde voy?» Desde niña, la presencia de la princesa había conllevado siempre agitación, un temblor de electricidad..., pero no había ninguna consternación en ella. De momento parecía una fogosa y emocionante criatura del bosque sacada de

unos dibujos animados. En cualquier caso, no había ninguna duda a propósito de su destino, que era la feminidad.

Brendan quería protegerla, pero de momento se veía condenado a la pasividad: no podía hacer nada. «Bien..., los escándalos regios..., mejor de uno en uno», pensó. Con gusto hubiera salido a dar una caminata de treinta kilómetros. Pero, en lugar de eso, sacó su ordenador portátil del maletín y se puso a reunir información acerca del motín ocurrido en la prisión de Cold Blow Lane.

A principios de mes, la duquesa de Ormonde había viajado al sur, cruzando el Támesis, hasta Millwall, para cortar allí la cinta inaugural de un nuevo centro comercial y unas instalaciones deportivas en el proverbial y obstinadamente deprimido feudo de la Isla de los Perros. Después de la ceremonia, una furgoneta llena de personal de seguridad de la duquesa se subió inopinadamente a la acera a toda velocidad y embistió accidentalmente a un motorista, un tal Jimmy O’Nione, a quien, en aquel momento, le dejó sólo medio segundo de vida. La Isla de los Perros era lo que era, y, así, la crisis que siguió no pudo verse más que intensificada cuando salió a la luz la carrera criminal del tal O’Nione: repetidas veces encarcelado y con un fascinante récord de delitos, quien aquel mismo día (a juzgar por el botín y las herramientas que llevaba en una bolsa) iba, evidentemente, de un delito a otro. Dos días después de que el centro comercial y las instalaciones deportivas resultaran saqueadas e incendiadas, la oficina de la duquesa anunció su propósito de erigir una placa de mármol en Cold Blow Lane en memoria de O’Nione, que la propia duquesa descubriría («En recuerdo del apreciado miembro de la comunidad James Patrick O’Nione, fallecido trágicamente en este mismo lugar»). Entre tanto, la prisión de Cold Blow había vivido ya un motín: los reclusos, borrachos en su mayoría, se habían instalado en el tejado de la capilla que dominaba el monumento funerario de O’Nione

El motín de Cold Blow (según leía Brendan ahora) no tenía nada que ver con Jimmy O’Nione..., aunque el difunto, inevitablemente, había pasado un par de años entre sus muros... El motivo desencadenante habían sido las cavilaciones del preso Dean Bull, quien, durante una visita de su novia adolescente, Diana, expresó dudas acerca de la constancia de los sentimientos de la muchacha. «Cuando un joven delincuente se prepara para cumplir una prolongada sentencia», escribía un veterano en la página web de Cold Blow, inmediatamente creada, «uno espera que las relaciones sentimentales sufran cierta tensión.» Por eso Dean temía que Diana, en su siguiente visita, le diría que no se veía con ánimos para esperarle veintitrés años. Estaba en lo cierto. Y eso lo decidió. Brendan gruñó al leer aquello, suspiró y siguió leyendo.

Precedido por su silla metálica, Dean atravesó la separación de plexiglás y agredió el rostro de Diana con una de las astillas. Ahora bien: hasta el último preso de

Cold Blow, incluido el propio Dean Bull, aceptaba plenamente que una acción así le valdría una condena suplementaria y la pérdida de toda esperanza de reducción. Dean, que entonces tenía veintiún años, obtendría la libertad a mitad de su cincuentena..., lo que ya era una sentencia considerable. Pero lo que más le dolió fue la paliza que le dieron los guardias. Porque Dean, como se comentó, una vez cometida la agresión, se había comportado con notable contención: dejando caer enseguida su arma (después de murmurar «Ya verás como el viernes la gente deja de mirarte en el pub»), levantó las manos en señal de rendición..., antes de que las porras de los guardias lo molieran a golpes y lo derribaran al suelo. Algunos de los más empedernidos románticos que se deslizaban ahora por el tejado de la capilla (habían subido hasta allí un ordenador portátil y varios teléfonos móviles) aducían que Dean no había tenido ninguna otra elección, ya que el hombre estaba realmente enamorado, y... ¿y qué mejor muestra de ello podía ofrecer que doce años de su vida? Otros espíritus más sobrios se mostraban de acuerdo en decir que la cuestión no era ésa. Que lo que había ocurrido era, estrictamente hablando, una *cuestión personal* entre Diana y Dean. Pero entonces se corrió la voz desde el hospital de la severidad y la duración de la paliza que le habían dado.

Al acompañar a la duquesa al monumento de Jimmy O’Nione, Enrique IX tuvo un detalle muy amable para con su prima: «Era lo que había que resaltar», pensaba Brendan. Un asunto desagradable y una singular coincidencia contribuyeron a hacerlo más difícil aún: Enrique iba a ir a Cold Blow a la mañana siguiente de su última cita con El Zizhen.

Y precisamente ese día Brendan esperaba hacerle llegar al rey un inesperado mensaje relativo al asunto de la princesa.

Descalza y conducida por el coronel Mate, El Zizhen recorrió el pasillo de la *nursery* en la semipenumbra, para aparecer sola entre los setos en el último tramo del nidito de amor de Juan II. Allí la esperaban ya un tesoro para asegurar su futuro — dos tahalíes con ópalos de fuego— y un rey que tenía ya la mano en los labios, en un gesto de despedida.

Enrique se levantó enseguida de su asiento y escuchó: los pies de El Zizhen sobre las tablas desnudas de la galería... En cierta ocasión le había mostrado los zapatos que llevaba su bisabuela, la concubina del señor de la guerra en Shandong, donde desemboca el río Amarillo en el mar del mismo nombre: parecían las botitas de fiesta de un niño de tres años. Los pies de la mujer habían sido «reducidos» de la forma tradicional: rotos, aplastados y, después, vendados y envueltos. Esto aumentaba notablemente el valor erótico de la mujer (explicó El al horrorizado Enrique): la mujer tullida, al caminar, al estar de pie, evocaba la imagen de un «sauce moviéndose al impulso del viento». Luego, El Zizhen había tratado de imitar los levísimos, agónicos y sutiles pasos de su abuela, y los brazos del rey se habían alzado de

inmediato hacia ella. ¿Por qué? ¿Por qué quería abrazar a aquel sauce? El espectáculo lo excitó..., pero no tanto como el sonido, ahora, de los pies de El Zizhen en las tablas de madera, que registraban su forma, su leve peso, el roce de sus plantas húmedas de rocío en las hierbas del suelo, acercándose poco a poco.

Descalza, El Zizhen parecía más menuda ahora, por lo que al rey, cuando la tomó en sus brazos, le sorprendió su peso. Le susurró lo que tenía que decirle, y El le devolvió entre susurros su respuesta. Y le dijo que lo comprendía.

Fue con un sonido, con un murmullo, como lo atrajo la primera vez; y, aunque los alicientes de gusto, tacto, olfato y vista que poseía El estaban razonablemente bien servidos en el juego erótico, ¿qué decir del sentido del oído? En su opinión, el empleo de *mots gros* o de *cochonneries* verbales suponía un intento plausible, pero equivocado, en definitiva, de compensar el déficit. El contenido de aquella conversación obscena era sadomasoquismo sin zarandajas; y el rey, obviamente, no era un animal de esa especie. El Zizhen, que gemía tan musicalmente entre los cojines, desplegaba además su artilugio de *geisha*, las *rin no tama*; Enrique no lo miraba con detenimiento (parecía tratarse de una esferilla en el interior de otra esferilla suspendida en un líquido), y jamás notó ninguna obstrucción. Aunque, sin embargo, le parecía caminar, acelerar el paso o correr (dependiendo de la carga que ella le hubiera puesto dentro) a través de las aguas someras de una ciénaga tropical. Las bolas tenían otro oficio, al que El se aplicaba ruidosa e incluso ensordecedoramente..., para gran regocijo del rey... En cierta ocasión, cuando se hallaba tumbado en una hamaca de cubierta en el yate real, lo había despertado aquel sonido: un ruido de piscina, agitándose con un chapoteo que desbordaba sus labios: una tormenta dentro de una tormenta en el golfo de Vizcaya. Él había levantado la vista, para encontrarse con una multitud de poderosas gaviotas que parecían gorriones frente a la fuerza de las grandes olas.

Ahora, en la glorieta de su padre, Enrique aguardaba tendido de espaldas, desvalido, como un crío dispuesto a que lo cambiaran. Pronto, pensó, penetraría a El, y ella dejaría escapar un suspiro tan agradable... Y eso sería todo, todo: besarla y repetir su nombre susurrando, El. Que era todo cuando tenía uno que decir... El sonido de su nombre.

—No me pareció cosa mía —dijo Amor con un gesto de preocupación extendido por su cuello y su frente— molestar con eso a su majestad, señor. Y Dios sabe que no nos faltan excéntricos... Pero, por el tono, pensé que...

—Estoy seguro de que hizo usted lo correcto, Amor —dijo Brendan Urquhart-Gordon, intrigado y a la vez animado por el tono intranquilo y preocupado de Amor—. Como siempre.

—Muchas gracias, señor.

Brendan y otros funcionarios se hallaban en la Greater House, y estaban subiendo

a sus vehículos. El rey había partido ya en dirección a Cold Blow Lane con el coronel Forster y sus hombres en una caravana blindada.

—¿Chippy? —llamó Brendan—. ¿Tengo cinco minutos?

—Le espero fuera —dijo Chippy Edenderry, mirando su reloj.

Siguió a Amor a través de la puerta batiente y cambió decididamente una atmósfera por otra más oscura, más tibia, impregnada por un denso olor a sudor, a jabón y a sustanciosas cenas. Brendan lo inhaló y enseguida siguió adelante, al mundo alternativo del subsuelo... Ni que decir tiene que hubiera sido bastante peor en tiempos de Ricardo IV, cuando el servicio doméstico recibía una retribución absolutamente mínima por principio (por aquello de que la gloria era poder, y todo eso), pero la Casa de Inglaterra estaba siempre protegida por los olores y las texturas del vasallaje: siempre esperando tras la puerta batiente que conducía al subsuelo. Brendan sabía que todos los sirvientes odian a sus señores. Hasta Amor, que era leal como el que más..., hasta Amor sentiría este odio. Porque el odio olía también: tenía un olor a ratones. Brendan encontró un inesperado alivio en la contemplación de la oreja izquierda de Amor: un remolino de filamentos de hierro.

Entraron en una sala de tonos marrones, con sillas de recto respaldo alineadas junto a las paredes. Amor, ceremoniosamente, se puso sus guantes blancos, levantando los dedos y moviéndolos para calzárselos, lo que le dio a Brendan la breve pero certera impresión de que estaba a punto de ser examinado por un médico de modesta práctica, pero de habilidades crecientemente desconocidas. Arrojando por encima del hombro una mirada supersticiosa, Amor le señaló una mesita donde había un teléfono de diseño reciente y un contestador de embarazosa antigüedad y volumen.

—Está usted a merced de este artilugio, señor. Es el mensaje final, me temo.

El dedo enguantado de blanco tembló antes de apretar la tecla de Inicio, y Amor salió de la estancia.

No era posible saltarse nada o apresurar el mecanismo. Así que Brendan, sintiendo el creciente peso de la impaciencia de Chippy, no tuvo más remedio que escuchar una serie de torpes instrucciones y preguntas de diversos suministradores y vendedores pueblerinos, más tres largas y reiterativas quejas de un pariente enfermo que esperaba la ayuda de Amor para poder ser trasladado de un sanatorio a una residencia de ancianos. Pero entonces, de repente, la voz se hizo tan grave y distorsionada que Brendan supuso que tenía que ser la incapacidad final..., el último suspiro..., de la vieja máquina.

«A la atención del rey. El último día de este mes, el material sobre las juergas de la princesa es ya público y puede ser visto por cualquiera. Nota bene: Palacio debería insistir, y debería seguir insistiendo en que ese material es falso. Que ha sido obtenido por mero juego de luces y trucos digitales. Y que, por tanto, es falso, falso.»

Brendan cayó en la cuenta del petulante bocinazo de la máquina. Sacó de ella las dos bobinas gemelas, que le entregaron inocentemente su contenido, como escandalizadas del secreto que habían grabado. Luego recorrió el tibio pasillo. La

puerta batiente se abrió, le dio paso y volvió a cerrarse a su espalda.

Justo antes del mediodía, Enrique de Inglaterra emergió del helicóptero F1 de la Aviación Real y, con el cuerpo agachado, se apresuró a cruzar el rayado césped del campo de fútbol del Millwall. Llevaba un abrigo de sedosa lana de cachemir, traje oscuro de calle y corbata de seda negra en atención a la memoria de Jimmy O’Nione (la casa real había lamentado ya la muerte del finado en términos generales que evitaban cualquier compromiso; una vida tan llena de energía, cortada en raíz cuando se hallaba en plena floración..., y esto a pesar de la edad ya avanzada de O’Nione). A pie, y bajo una nutrida escolta de policías de paisano, cruzó Lovelynych Road y se sumó a los congregados en la explanada delantera del Juno Estate, donde fue recibido por el miembro del Parlamento por el distrito, los representantes del consejo municipal, varios funcionarios y burgueses temblorosos, y un pelotón de achacosos jubilados de antiguos regimientos llenos de condecoraciones, con sus raídos uniformes rojos, listos para librar su batalla final. La multitud, los periodistas, la policía, la discreta presencia de soldados con equipo de camuflaje, las torretas del centro correccional de su majestad, que dominaban el monumento a O’Nione: todo esto se hallaba algo más allá, a la vuelta de la esquina, aguardando. Pero los coches que bajaban por Cold Blow Lane daban un bocinazo de ánimo y apoyo, al que respondía un grito de los presos desde el tejado de la capilla.

Al oírlo, Enrique preguntó vagamente:

—¿Por qué no los hacen bajar?

—Están esperando a que el tiempo se encargue de hacerlo por ellos, señor —dijo el miembro del Parlamento—. El tiempo es la mejor policía del mundo. Y el mejor guardián de los presos, también. Pero estos días estamos teniendo un clima desusadamente benigno.

Tal vez el rey notara que la palabra *desusadamente* había perdido gran parte de su fuerza. En aquellos tiempos, a nadie le importaba la estación del año en que se estuviera. Por encima de sus cabezas vibraban las altas presiones de un cielo intensamente azul que se propagaban por el aire. Enrique estaba acostumbrado a las sensaciones de expansión alucinógena: a la sensación de ser la misma cosa, de tener las mismas dimensiones del Reino Unido (junto con Canadá, Australia y otras tierras más). Ahora, bien dormido, bien desayunado y sexualmente satisfecho aunque también con cierto sentimiento de privación, le parecía que el cielo era también una colonia suya y que él se hallaba en el centro de aquellas vibraciones azules.

Louisa, duquesa de Ormonde, llegó en su gran limusina negra con cierto aspecto de coche fúnebre. Lucía traje y blusa negros, y un sombrero negro con velo caído sobre los ojos, que levantó para besar al rey. Estaban los dos de pie, algo apartados, y Enrique pudo ver en la comisura de su boca un trazo de humedad, como si sus dedos enguantados lo hubieran marcado intencionadamente en su faz. Con un gesto de

súplica, le expresó su gratitud por la amabilidad que le demostraba. Y Enrique sintió por una fracción de segundo, el componente erótico de su gratitud. Los dos habían jugado a los médicos a los seis años de edad, y él se había despertado a veces pensando en ella durante sus años con Edith Beresford-Hale, y había habido una velada, no mucho después del accidente de la reina, en que, entre el segundo y el tercer plato de su cena a solas, Enrique había notado que algo vidrioso y reptiliano se había colado entre ambos. Ahora bajó la mirada a sus musculosos tobillos, a sus gruesos zapatos negros. Parecía tan bien asentada en la tierra como Pammy. Y Enrique pensó en los zapatos de la bisabuela de El Zizhen. No..., él no necesitaba ver a una mujer cimbreándose como un sauce al viento. Pero cuando veía a alguna tan firmemente asentada, incluso en la cama, con los pies en el suelo..., le entraban ganas de ponerse a caminar con ellos, como si le inspiraran un grato nerviosismo. No eran así normalmente los pies de El Zizhen: nunca lúcidos, jamás perdidos.

—Oh, bueno... —le dijo ella—. Mejor sigamos.

—Sí. *Prosequare*.

Brendan Urquhart-Gordon y Chippy Edenderry se sumaron al cortejo en el momento en que éste entraba por Cold Blow Lane. Y así estaba todo: la multitud a ambos lados de la calzada, y directamente enfrente el muro en curva de la prisión, como la popa de una nave..., con los internos encaramados en su arboladura. Con la esperanza de realzar su impacto, la participación de Enrique IX en los actos de aquel día no había sido programada ni anunciada con anterioridad, y hubo al principio una súbita nota de recelo en el rumoreo de la multitud y un breve desistimiento de los abucheos y ensordecedores silbidos de los presos..., muchos de los cuales, después de todo, dependían técnicamente del beneplácito de su majestad para ser liberados. Pero no duró. Brendan, que seguía los pasos de Enrique de Inglaterra y de Louisa, duquesa de Ormonde, mirando a derecha e izquierda, trataba de individualizar a los congregados. Y en particular a aquellos cuyos corazones parecían apenados por Jimmy O'Nione. El fallecido no tenía familia, amigos, ni socios conocidos y ni siquiera cómplices. Era la comunidad, en sí misma, la que lo lloraba y se engalanaba por él. Mirando más allá del cansado y descarnado odio de aquellos rostros, Brendan veía las calles de edificios idénticos que iban subiendo desde Cold Blow: una tienda haciendo esquina, una barbería con su enseña giratoria, un letrero montado sobre una estructura metálica y dispuesto en ángulo sobre la acera. Aquí, pensó, los remolinos de polvo, los pequeños tornados de basura, girarían en sentido contrario, respondiendo a la prisión y a su fuerza de gravedad. El aire olía a espíritus baratos: a los de los muertos en accidentes baratos: accidentes de circulación, aporreamientos, incendios de colchones.

Se detuvieron. La duquesa se adelantó y fue a situarse frente a una mesa cubierta con un paño negro, en la que había un micrófono y una corona. Diez metros más allá de aquel mismo lugar, la moto robada de O'Nione, que traspasaba el límite de velocidad cuando la embistió la furgoneta al girar, había ido a estrellarse contra el

alto bordillo —casi hasta la altura de la rodilla— a setenta por hora; velocidad ésta a la que fue lanzado su conductor, desprovisto de casco protector, contra el muro de ladrillo rojo de la prisión de Cold Blow. Precisamente en el lugar donde estaba la placa en la que la duquesa depositaría su corona, conmemorativa de la vida de Jimmy O’Nione.

—Buenos días a todos, y que Dios los bendiga —empezó Louisa, duquesa de Ormonde, acallando con su voz el frágil murmullo—. Nos hemos reunido hoy aquí para despedir a un apreciado miembro de la comunidad: Jimmy O’Nione... «Él se ha alzado sobre las sombras de nuestra noche; la envidia y la calumnia, el odio y el dolor. Y el desasosiego que los hombres llaman erróneamente goce, ya no puede tocarlo ni volver a atormentarlo jamás^[16]... No lloréis a O’Nione... Mientras arde como una estrella a través del alto velo de los cielos, el alma de O’Nione nos guía como una estrella hacia donde están los valores eternos.» Muchas gracias. Y ahora depositaré la corona. Observaremos luego un minuto de silencio.

Oh, no, pensó Enrique. No lo guardarán. Comprende: sólo tienen ruido.

En efecto, todo cuanto podía desprenderse del tejado de la capilla había sido arrojado ya al patio. Lo único que les quedaba era ruido..., y lo emplearían... Incluso antes de que empezaran los gruñidos, los presos le habían parecido ya primates, concretamente monos de Berbería, macacos sin cola, como los que había visto recelosamente en el Peñón de Gibraltar en el curso de un reciente crucero: sus saltos y brincos, su acción de ponerse en cuclillas y descubrir sus dientes, de espulgarse y rascarse... Y aquellos gruñidos de mono, poderosamente concertados, le recordaban, a su vez, un partido internacional de fútbol al que había asistido cinco años atrás: un centenar de miles de voces le habían puesto los pelos de punta y la piel de gallina al entonar con fanática unanimidad el «Dios salve al rey»; pero ¿y cuando empezó el juego y el balón llegó a pies de un jugador negro del otro equipo? El ruido de los presos ahora (como las vibraciones de un titánico bajo profundo) adquirió una connotación meramente sexual mientras la femenina condesa avanzó hacia el muro; al acercarse a la lápida de O’Nione llevaba la cabeza piadosamente ladeada, pero dio también la impresión de encogerse bajo aquel ruido, bajo su golpeteo carnal, de hundirse, hundirse bajo él. Pensativamente, Enrique se adelantó con su abrigo de cachemir y se quedó inmóvil con las manos en las caderas y los codos proyectados hacia fuera.

Brendan descubrió que tenía también los brazos a los costados, en jarras, como si se humillara ante el rey.

En el tejado de la capilla siguió ahora un instante de vacilación y parón. Y en aquel momento Enrique se vio enfrentado al hecho elemental de que los presos eran hombres, no chimpancés ni babuinos (ni las marionetas brutalmente manejadas con las que, alternativamente, le gustaba compararlos). Embutidos en sus camisetas y camisas desabrochadas, con sus esqueléticos miembros disimulados por el aire que hinchaba sus pantalones vaqueros, eran hombres, y hombres poderosos. Con una

curiosa clase de poder, pero poder al fin y al cabo: el poder suficiente para despertar la admiración del rey. Y mantenerlo atento. Viendo el borracho e infantil placer que esta atención les producía, Enrique sonrió. Sonrió sin reservas ni descuido..., y la respuesta fue un rugido salvaje. Pero enseguida recuperó la compostura y se volvió hacia la sacerdotal mirada de la duquesa, que ahora se inclinaba reverente ante el cenotafio de Jimmy O'Nione, y comenzó el minuto de silencio...

A pesar de los poco tranquilizantes descubrimientos que había hecho en la habitación que le tenía alquilada a Jimmy O'Nione (objetos robados, pasaportes y cartillas de ahorro, del fantástico escondrijo de ropa interior femenina, y del hallazgo del esqueleto de su desaparecido periquito), la patrona de Jimmy O'Nione se contaba entre la multitud que se había reunido ese día en Cold Blew..., sobre todo para ver a la duquesa (al rey ya lo había visto antes de cerca..., pero... ¡qué inesperado premio adicional era que él se hubiera presentado también...!). Y qué cantidad de groserías se volcaron en aquel minuto de silencio... Ella no había oído nada semejante en su vida. Fue como si aquellos hombres del tejado lo hubieran *ensayado* previamente. La duquesa retrocedió un poco como si no pudiera dar crédito a sus sentidos. *Chupa mi..., Lame mi..., Bebe mi..., Come mi...* ¿Y qué ocurrió cuando concluyó el minuto de silencio y pararon? ¡Un minuto de silencio!: fue la gran sorpresa. Pero, después, ella comenzó a alejarse de allí, temblándole las piernas:

¡Enseña *tu culo*, enseña *tu culo*, ENSEÑA *tu culo a los chicos...*, uf!

Bueno..., ¡hay que reconocer que le hicieron un gran recibimiento!

—Lo ves por todas partes —dijo Brendan Urquhart-Gordon—. Sistemas morales que nos resultan ajenos.

—Sí, Bugger, pero nos cargamos a uno de ellos. O así les parece. El tipo que sufrió aquel golpe.

—... Pensaba que el *pueblo* estaba hoy más a favor que en contra de vuestra majestad. Pero los presos...

—Bueno..., son presos, Bugger.

Era un rasgo muy monárquico: la incapacidad para censurar a cualquiera de sus súbditos. Tendencia a corregirlos, y con dureza, si fuera necesario, pero no a censurarlos. Sería como censurarse a sí mismo. Y, sin embargo, el rey había estado pensando confusamente, mientras corría agachado bajo las batientes palas del helicóptero F1, que el sexo era lo opuesto de la tortura (pensando, en particular, que los sonidos que emitía El Zizhen eran lo opuesto de la tortura). Ambas cosas tenían una intimidad exquisita; y las dos se basaban en el conocimiento carnal. Como los presos y sus gritos a coro, que eran sexo y también tortura. Los presos, campeones de la protesta y del griterío, tan distintos y, no obstante, tan próximos.

—¿Dices que de una *fente* diferente, Bugger?

Enrique y Urquhart-Gordon se hallaban ocupando brevemente un apartamento

privado en un club de caballeros de Pall Mall (donde el rey tenía previsto ofrecer un almuerzo). En la habitación contigua, Oughtred estaba recibiendo una grabadora de la BBC; por lo visto, sólo la BBC disponía de una grabadora lo suficientemente antigua. Llegó el segundo comunicado; Enrique sabía lo que tenía que hacer. Se había excusado ya dos veces para acercarse de puntillas hasta el cuarto de baño.

—¿Quién puede estar seguro, señor? Pero pudiera tratarse de una novedad positiva. Ah. Gracias, Oughtred. Seguiré en contacto con usted.

Los dos hombres dejaron uno de los cuartos para pasar a otro amueblado de forma parecida: un ambiente de cristal y de plata, con revestimiento de madera parda oscura y con un rictus de vejez en él, como una máscara del imperio. Bajo la cautelosa mirada de Enrique, Brendan acercó hacia sí el grueso aparato y comenzó a accionar sus mandos. Escucharon los ruegos y adioses del pariente enfermo de Amor y, después: «*A la atención del rey...*»

Brendan se dirigió al fruncido y perplejo ceño de Enrique:

—Si no se trata de algún tipo de trampa, señor, puede ser que tengamos un indeciso, si no un topo, en el entorno del intruso.

La bobina se puso a girar. Y escucharon una frase final pronunciada con voz metálica:

«*Prepárese. Prepare a la prensa. Prepare a la princesa.*»

—¡Oh, cielos! ¡Bugger, esto va en serio!

Auxiliar de vuelo Robynne Davis: ¿Hay alguien en casa?

Comandante John Macmanaman: Oh, hola, Robynne.

Davis: Aquí lo tienen. El zumo de frutas especial de Robynne.

Primer oficial Nick Chopko: Gracias.

Macmanaman: Mmm. ¿Qué le has puesto?

Davis: Mi receta secreta. Adivina.

Macmanaman: Bueno... Zumo de naranja.

Davis: Lo dices por el color, ¿no?

Chopko: Ah, y... ¿arándanos?

Davis: ¿Y qué más?

Chopko: ¿Lilt?^[17]

Davis: Casi. Ting. Ting baja en calorías.

Mecánico de vuelo Mal Ward: Sabría mejor si le pusieras un poco de ron oscuro.

Davis: Sí, es verdad.

Ward: O un chorrito de vodka.

Davis: Sí, ya sé.

Ward: O incluso un poquito de ginebra.

Davis: Sí, de acuerdo.

Ward: O también podría ser una chispa de ron blanco...

Davis: Vale, vale.

Ward: Disculpadme.

Macmanaman:... ¿Adónde va éste ahora?

Davis: A darle un poco de guerra a Conchita en la clase business.

Chopko: No se le puede censurar al muchacho.

Macmanaman: Sí se puede. ¿Cómo está el radar, Nick? ¿Ves lo que se nos viene encima? Vamos a pedir autorización para subir. A tres nueve cero. ¿Robynne? Haz que se sienten todos allá abajo. Las chicas también.

Davis: Enseguida.

Control de Tráfico Aéreo: Adelante, uno cero uno Heavy.

Chopko: Solicito permiso para subir a tres nueve cero.

CTA: Autorizado. Tres nueve cero, uno cero uno Heavy.

El avión mostró al sol su pecho de plata. Al elevarse, un viento cruzado lo empujó violentamente a estribor: una bestia de las capas altas del aire había tratado de agarrarlo, y luego lo había soltado de sus garras como si se tratara de una pastilla de

jabón. El movimiento lateral bastó para liberar el ataúd de Royce Traynor del par de bicicletas que lo tenían ligeramente atrapado. Royce cayó sobre su rostro y después fue arrastrado mediante sacudidas intermitentes hacia la abertura del palet número 3. Al acentuarse la inclinación en el ascenso, otro impulso lateral lo hizo saltar en el aire por encima del compartimento inferior. Rodó de lado y fue a dar contra una hilera de bidones que llevaban la indicación PELIGRO. MATERIAL INFLAMABLE: Clase B y Clase C-3: propulsores de dinamita y cohetes motores para los asientos de eyección de aviones de caza.

CAPÍTULO QUINTO

1. EN EL DORMITORIO PRINCIPAL

—¿Pearl? Soy yo.

Tiene que haber un punto, pensó, a partir del cual ya no puedes seguir diciéndole a tu ex esposa «Soy yo». Tenía que haber un punto en el que el yo se transformaba en algún otro. Cuando tenías que abdicar.

—¡Eh! ¿Hay algún chico a mano?

—Xan, Xan... Justamente me estaba riendo de una errata en un libro que leo —le respondió calurosamente—. Me moría de ganas de compartirla contigo, porque sabía que cuadraría bien con tu sentido del humor. ¿Lo sigues teniendo? Quiero decir sentido del humor, porque aquí dice que puedes perder eso también... El libro trata sobre los locos y la errata aparece en el capítulo titulado «Psicosis postraumática», en el apartado «Cambios en la sexualidad». ¿Estás listo?

Sus dos hijos tenían teléfonos móviles, por supuesto. Durante un tiempo, el hecho de tener teléfonos móviles parecía haberles conferido mayor seguridad. Los chicos eran como criminales controlados electrónicamente: podías localizarlos, tenerlos controlados siempre que salían. Pero cuando salían siempre eran atacados... por delincuentes que querían robarles sus teléfonos móviles. A Xan, por su parte, cada vez que salía de casa, cosa que se obligaba a hacer regularmente, lo enervaban los teléfonos móviles..., por las voces desencarnadas que surgían delante y detrás de ti, o a un lado o a otro de ti, dando pruebas con semejante iteración de la necesidad que tiene el ser humano de estar conectado, o de su propia debilidad: porque ésas eran las voces de una multitud solitaria, necesitada de juntarse con otras... Nunca ansioso por verse con Pearl, Xan trataba siempre de ponerse en contacto con sus hijos a través de los teléfonos móviles de éstos. Lo que conseguía era un pitido para que dejara un mensaje (al que rara vez recibía respuesta), precedido por cuarenta y ocho compases de odiosa música enlatada, que te incitaba a actuar como si estuvieras loco. En cuanto a las personas que hablaban entre sí y estaban realmente locas, deberían proporcionarles teléfonos móviles; así podrían pasarse el tiempo charlando consigo y nadie pensaría que estaban locas.

—«La sexualidad del varón herido en la cabeza» —leyó Pearl—, y la mayoría de los heridos en la cabeza son hombres, Xan, porque en general son más impulsivos y dados a la fuerza física... Sí: «La sexualidad del varón herido en la cabeza puede verse afectada por importancia.» ¡«Importancia» en lugar de «impotencia»! ¿No lo encuentras increíblemente divertido? ¡Y lo dice con todas las letras...! Me moría de risa al leerlo.

—Sí..., bueno...

—Están fuera los dos. Les diré que has llamado.

Xan era el padre de sus hijos, y Pearl era una buena madre. Se burlaba de su masculinidad —o así le parecía a veces— porque necesitaba saber en qué grado la tenía... y porque, si notaba que no daba la talla en ese aspecto, lo mismo podría ocurrirles a sus hijos, cosa que ella no deseaba. Pero, más concretamente, Pearl esperaba fomentar en Xan el deseo de venganza. En materia de venganza, era irreflexivamente fundamentalista. Y también lo era él, aparentemente; creía no serlo, pero lo era. Pearl entendería —y Russia no, en cambio— que la venganza era algo a lo que él tenía derecho. La querían todos sus sentidos..., la necesitaban. E incluso en sus momentos de mayor debilidad, en los momentos en que sentía el temblor de su fragilidad, estaba seguro de que se le presentaría la hora de la venganza. No podía ser de otro modo. Y sólo por el hecho de vivir, por durar en vez de morir, se estaba acercando a ese instante.

—¿Yo? —le había dicho a Russia en cierta ocasión—. Yo no mataría ni a una mosca.

Pero eso ya había dejado de ser verdad. Ahora se pasaba como mínimo una hora al día con un matamoscas y una lata de insecticida tratando de matarlas; de matar moscas, sí. A las avispas las dejaba en paz, si las niñas no estaban allí cerca; a las abejas las respetaba, y con las arañas —devoradoras de moscas— se sentía identificado, ya que eran las enemigas de sus enemigas. A las moscas les daba caza: y cuanto más gordas y peludas eran, mayor necesidad tenía de verlas muertas. Algunas parecían blindadas: como aviones de caza del siglo xx. Y cuando se frotaban las patas como lo hacían, ¿qué era? ¿Una anticipación de su ataque, o la satisfacción de la venganza que ya habían cobrado, la venganza de la fealdad? Xan sentía que aquella fealdad lo irritaba. Cuando se frotaban las patas, parecían estar afilando sus cuchillos.

Semejantes criaturas no podían ser despachadas con la fuerza bruta del matamoscas; el disgusto que le inspiraban no podía viajar por la mano y a lo largo del brazo hasta alcanzar la garganta y provocar las náuseas. «Tan potente que las verás caer», decía la leyenda del insecticida. Y él esperaba ese momento. Durante unos segundos zumbaban alrededor de su objetivo, como si la ráfaga fatal fuera algo que pudieran evitar aleteando. Pero estaba ya rodeándolas por todas partes, como la edad, como cualquier aflicción posible. Las alas se les encogían bruscamente, las tensas varillas de sus patas se rizaban como vello púbico. Eran como hombrecillos..., pero no morían como morimos nosotros. En los hospitales, incluso en las cámaras de ejecución, en las habitaciones más recónditas, los seres humanos no corren a estrellarse contra los vidrios de las ventanas o los espejos, ni caen luego al suelo zumbando rabiosamente y dando vueltas sobre sí mismos.

En cualquier caso..., ¿qué estaban haciendo allí, tan avanzada la estación del año? ¿Qué traición atmosférica las mantenía aún vivas? Eran carroña viva..., muertas ya, ya muertas.

A la casa de St George's Avenue habían acudido pocos visitantes desde la noche de la agresión. Se presentaron tres o cuatro individuos de anchas espaldas y azulada barbilla luciendo trajes brillantes que estuvieron sentados con Xan aproximadamente una hora y no pararon de preguntarle si había molestado a alguien, y si alguno tenía cuentas pendientes con él de que no tuviera noticia. Al oír sus respuestas, los amplios hombros se encogían y las barbillas azuladas temblaban con aire grave. Finalmente, dejaron de ir. Xan tenía amigos entre los actores, amigos entre los directores, amigos entre los productores; estas personas (y Xan lo comprendía en parte, porque era una de ellas) no podían hacerse a la idea de contemplar el fracaso, la desgracia o la humillación de uno de los suyos. Sus amigos escritores quizá tuvieran una actitud diferente, pero, puesto que no tenía ninguno, puede decirse que también los escritores se apartaban de él. Iban a visitarlo los músicos con quienes solía tocar la guitarra; iban y siguieron yendo durante algún tiempo. Al igual que los chicos.

El martes de la tercera semana en casa, Russia llevó a cabo un experimento. Con una resignación no del todo falta de humor, había leído en los libros que a las personas «con lesiones en la cabeza a menudo les resulta más fácil relacionarse con personas ancianas, que tampoco pueden seguir el mismo ritmo rápido que cabe esperar de las personas de la misma edad que el herido». Muy bien, se dijo. Pero ¿qué piensan de esto los viejos? Y se estuvo pensándolo sentada ante su escritorio, con la cabeza inmovilizada entre las manos; se mordió luego el labio inferior y sus pensamientos fueron a posarse en los Richardson, un matrimonio que andaba por la setentena, buenos y viejos amigos ambos. Russia había tenido una larga conversación por teléfono con Margot Richardson; y Margot se había mostrado muy amable, resaltando su inmunidad a todos los extremos de aburrimiento, escándalo y alarma. O sea que siguió adelante con su proyecto.

Los cuatro —los Meo y los Richardson— estaban en la salita de estar del piso de arriba. Poco antes se habían presentado Billie y Sophie, con sus camiones y los cabellos rizados, recién salidas del baño, y habían sido objeto de un caluroso recibimiento. Russia se ocupaba de pasar una bandeja con las bebidas (una solitaria botella de Chardonnay, más todas las cervezas sin alcohol de Xan, sus refrescos, zumos e infusiones), en tanto que su marido estaba sentado de cara a sus invitados, con una expresión especialmente leonina esa noche: la boca curvada hacia abajo en las comisuras, grandes, soñolientas, tolerantes. Margot Richardson, más conocida como Margot Dresler, profesora emérita de Historia Moderna en la Universidad de California, estaba hablando acerca de la situación mundial, con especial referencia a Cachemira.

—Corresponde a Occidente —estaba diciendo en su estilo académico— establecer una cultura de guerra fría en el subcontinente. Comenzando por la fijación de la línea divisoria. Más conversaciones sobre limitación de armas, tratados para

impedir pruebas nucleares, canales para el tratamiento de las crisis y el resto de los medios. Estuvimos cuarenta años librando una guerra así. Sabemos cómo hacerlo. Ellos, en cambio, no. Pero está, además, la cuestión de la *religión*. En el Gujarat te enteras de que un cabecilla local de poca monta se niega a decir «Hail Ram», y la siguiente noticia que te llega es que hay dos mil muertos. De un lado de la frontera está el nacionalismo hindú; del otro, el islam. Imagínense esto: una *yihad*, una guerra santa nuclear.

—Pakistán es una mierda —sentenció Xan Meo.

—... El término técnico para eso es *perseveración* —explicó Russia tras una pausa—. No te importa que lo diga, ¿verdad, cariño? Cuando tienes un accidente como el de Xan, puede ser que te quedes enganchado a algunas palabras o ideas. Parece que en nuestro caso es «mierda». —Sí, mierda, pensó, y cualquiera de sus no demasiado numerosos sinónimos—. Hay también un toque de *Witzelsucht*, o humor inadecuado. ¡Diantre, cómo le encanta a esa gente el término «inadecuado»! Pero ya se le pasará.

—¡Pero es que Pakistán es realmente una mierda! La India es la India, pero Pakistán es una verdadera mierda. Lo crearon simplemente sobre un mapa. «Pakistán» es una abreviatura. Lo mismo hubieran podido llamarlo Kapistán o Akpistán. Una mierda, sí.

Margot se apresuró a asentir:

—Xan tiene razón en cierto modo. «Pakistán» es un acrónimo. Si perdieran Cachemira, se quedarían sin la ka^[18]. Y tendría que ser... Paistán.

—En todo caso, merecería llamarse Krapistán^[19]. Pero hay algo que no entiendo a propósito de la Partición. Algo que no comprendo a propósito de Pakistán. Tomas un país y lo transformas en dos países que están destinados a enfrentarse en una guerra. Y esto ocurrió... dos años después de Hiroshima. Que está a la vuelta de la esquina. Geográficamente. No hace falta ser un... ¿cómo se llamaba ese tipo? ¿Cosanostra...?

—Nostradamus.

—Eso. Nostradamus...

Mientras Xan proseguía, Russia tenía los ojos fijos en Lewis Richardson. Como suele ocurrir con muchos maridos de mujeres distinguidas, irradiaba de él una aprobación incesante y silenciosa. Las arrugas de su rostro, mientras hablaba Margot, temblaban levemente con sentimientos de ánimo, afecto y orgullo. Aquello le recordó a Russia que Xan había demostrado en ocasiones algo semejante hacia ella: una aprobación callada, pero expresiva. Un silencioso respeto que ahora ya no manifestaba.

—Sobre el tema de la mujer —estaba diciendo Xan— han ido *para atrás*. ¿Sabes cuál es el castigo que se aplica en el norte si te violan? Violarte. ¿Sabes una cosa, querida? —siguió dirigiéndose a Russia—, los libros están equivocados. No son los viejos quienes me tranquilizan. Son los jóvenes. Como los chicos. Porque ellos

tampoco saben quiénes son.

Russia se sacudió el flequillo de la cara y dijo:

—¡Qué día he tenido hoy! Ha empezado a las cinco, cuando Sophie se despertó del todo. Luego Billie tuvo que irse a la escuela..., pero no llegó a quedarse allí ni cinco minutos. Y después me han tenido ocupada hasta las dos de la tarde. A continuación he dado tres horas de clase. Y aún no he tocado mi conferencia de Múnich. Supongo que trabajaré en ella esta noche, a menos que Sophie se despierte de nuevo.

—Ah —dijo Xan en tono autoritario—. ¡Me tocará quedarme sin follar!

En el silencio que siguió, añadió:

—¿Y cuándo llega el cometa, pues?

—Odio el espacio —dijo Russia sin alterarse.

—El cometa es un enviado del cielo —dijo Xan.

Aunque quizá venga para destruirnos.

Entre tanto, en el dormitorio de matrimonio... La noche en que volvió Xan del hospital, Russia se había visto más o menos agradablemente sorprendida cuando él, todavía con el apagado resplandor del linóleo reflejado en sus rasgos, se puso a gatas sobre ella. Russia elogió su esfuerzo, lo calmó, y se hicieron mutuas confesiones. Pensaba que aquello era de lo más... ¿natural? A la noche siguiente ocurrió otra vez, y también a la otra. Y también a la mañana siguiente, y a la otra. Una vez satisfecho, Xan se quedaba tumbado rugiendo sordamente como un motor al ralentí. Russia pensaba en ese motor. Se diría que era el de un potente vehículo al ralentí, pero manteniendo un régimen alto. Y la «palanca» seguía dando sacudidas de vez en cuando y temblando en un intento de no calarse.

—¿Qué dicen? —preguntó Billie en la cocina durante una merienda con otra niña de la escuela. Su amiga le había traído un par de chapas en las que estaba escrito: «Sólo di No».

—Dicen «Sólo di No».

—Di no ¿a qué?

—No lo explican. No ponen nada más.

Russia había empezado a decir «no». La cosa funcionaba..., pero su efecto no pasaba de media hora. Últimamente Xan había comenzado a perseguirla por toda la casa.

Cuando ella cedía, sentía a menudo, mientras Xan le movía el cuerpo para colocarla sobre la sábana bajera de la cama, que él asumía el papel de su entrenador personal; otras veces se comportaba como un buen tragón que prepara sistemáticamente la mesa para dar cuenta de una comilona... Y cuando, transcurrida una hora o algo así, parecía ya a punto de concluir, de pronto se tornaba tan estático y abstraído como un insecto-palo; y después tenía que volver a empezar como alguien

que perrunamente intentara abrirse paso a través de una puerta cerrada. Russia recordaba una frase que Xan había empleado alguna vez anecdóticamente: «La pilló por su cuenta y le dio un buen repaso.» Sí, eso era lo que le estaba dando. La única vez en todo aquel tiempo en que ella se sintió excitada fue en una ocasión cuando él hizo gala de toda su fuerza bruta, y ella pudo decir que se estaba sintiendo violada y no era culpa suya. Pero este pensamiento produjo casi instantáneamente otro contrapuesto, no política ni intelectualmente, sino razonado: algo así como «¿Y para eso saqué yo dos licenciaturas y estudié historia..., para sentirme violada en una caverna?» Al principio fingió sus orgasmos. Luego empezó a fingir jaquecas. Y ahora sus jaquecas eran reales.

—¿Por qué no vamos a un hotel esta tarde? —no paraba de preguntarle—. Aunque sólo sea para estar un par de horas...

Ella declinaba, risueña: el trabajo, las niñas... Cuando esta respuesta se revelaba incapaz de hacerle cambiar de tema, Russia recurría a salirle con cualquier cosa rara. Era una idea que se le había ocurrido: la vuelta de Xan estaba lejos de haberlo rejuvenecido. Así que le decía:

—No me parece mal una habitación de hotel, vale. Pero no me gusta que tengan espejos en los baños.

Bien es verdad que, antes de cambiar de tema, Xan objetaba:

—Pero es que no hace ninguna falta que entremos en el baño...

Russia, naturalmente, había comentado el tema con Tilda Quant, entre otros. Existía un nombre para aquello: satiriasis postraumática. Tenía algo que ver con el hipotálamo y la liberación de testosterona. Tilda le dijo que había un medicamento que podía darle (o echarle en el café): acetato de cyproterona. Su denominación comercial era Androcur.

Una tarde lo tenía de pie a su espalda mientras ella estaba sentada ante el ordenador en el escritorio, respirando encima de su hombro.

—¿Qué es eso? —le preguntó.

—Son correos electrónicos.

—Bueno..., ¿éste qué es? ¿Y éste?

—Pornografía —respondió Russia.

Sin decir nada más, se escabulló a su planta baja con jardín al otro lado de la calle..., y regresó dos horas más tarde, oliendo a piscina pública y a descarga eléctrica. Pero, aun así, se subió encima de ella más tarde, cinco segundos después de que apagarán la luz.

Y lo peor era que todo eso no era lo peor. Ya no.

Xan necesitaba irse a la cama con su mujer por dos excelentes razones: ella era su ideal y, además, la tenía a mano. Pero también estaba siempre deseando irse a la cama con todas las demás mujeres. Si hubiera podido persuadir a Russia de que dejara de

trabajar para cuidarse de las niñas y se pasara el tiempo libre en ropa interior poniéndose cremas, esto lo habría contentado. Pero Russia no estaba dispuesta a hacer semejante cosa... Cuando, titubeante, sintiéndose como en un juego de la gallina ciega, Xan se introducía a tientas en el denso dédalo de la City y llegaba a la *casbah* —al zoco— de Britannia Junction, rara vez veía a una mujer, de la edad que fuera, con quien habría rechazado meterse en la misma bañera. Y se daba cuenta de que ellas lo deseaban también, porque, con sutil lascivia, le hacían señas con sus bocas, sus pestañas, sus lenguas. Se vestían para él, incluso mortificaban sus cuerpos para él: todos los entresijos de sus cabezas no eran sino señales cuneiformes que le decían lo que podía esperar cuando llegara el momento. Pero el momento no llegaría nunca, porque él no podía estar seguro (a pesar de dedicar una detenida consideración al tema) de que aquellas mujeres, muchas de ellas jóvenes y fuertes, no le harían daño. Y, en cambio, podía estar seguro de que Russia no se lo haría.

A veces un picor (localizado, pongamos por caso, en el septum nasal) se nos hace mucho más intolerable que cualquier dolor..., tal vez porque tenemos la capacidad de eliminarlo instantáneamente con la simple sacudida de un dedo. Pero Xan no podía hacer eso. Le picaba el corazón, le picaba el alma. Y aquel picor estaba conectado con la necesidad de venganza. La venganza era el único alivio posible de su insoportable humillación. Y así, por la noche, cuando «invadía» a Russia, eso era precisamente lo que estaba haciendo: buscar un alivio para su humillación. De forma más distante, sentía como si alguna injusticia histórica cometida con él hubiera hallado por fin una reparación; como si su dios, inexplicablemente paralizado, volviera a ser de nuevo más poderoso que el dios de sus enemigos.

Clímax.

La jornada de Russia estaba adquiriendo ciertas proporciones. Tras pasarse despierta toda la noche con Sophie (lo cual, ahora, le proporcionaba cierta satisfacción: Xan permaneció de pie en la escalera durante horas, aguardándola), se levantó a las seis y media y desayunó con las niñas, momento en el cual notó los primeros calambres de su ciclo menstrual. A renglón seguido fue a la universidad, acabó, corrigió y dictó su conferencia. A las tres de la tarde volaría de Gatwick a Múnich, donde traduciría directamente al alemán su trabajo y lo presentaría en una conferencia sobre «Geli Raubal y Eva Braun». El único vuelo de regreso posible la llevaría a Manchester, con bastantes posibilidades de poder tomar el último expreso de la noche para Londres. Esperaba poder estar en casa a eso de las doce y media.

Ya avanzada la tarde de ese mismo día, a su marido lo asaltó una idea. Se dio cuenta de que se debía a sí mismo dos copas; dos copas, cuatro cigarrillos (y media hora de dolorosos recuerdos, es decir, si podía arreglárselas para recordar).

«Nunca llegué a tomarme esos Dickheads», se dijo en voz alta. «Iba a brindar con los muchachos, pero entonces...» Y éste fue un momento importante para él: un

recuerdo nuevo que lo llevó muy cerca del epicentro. Lo impulsó a intentar algo que llevaba mucho tiempo posponiendo: una recreación del 29 de octubre... Vio cómo Imaculada bañaba a las niñas. A las seis se puso su abrigo.

—Voy a salir —dijo, y abrió la puerta de la entrada. Estaba más oscuro ahora, más avanzando el invierno, con el sol como una bola baja en el cielo. «El cielo está oscureciendo», pensó Xan Meo—. ¿Dónde está el rey? ¿Dónde está el zorro?

Se acercó a la calle principal: a su derecha, jardines (el parque de Primrose Hill, en forma de capota de cochecito de niños); a su izquierda, espacios abiertos y la ciudad. Orilló, pues, la autovía y Camden Lock y tomó por la calle mayor de Camden, bajo las negras horcas de las luces de tráfico. A esa hora del día podías ver tipos bien trajeados que se dirigían a casa con el portafolios en una mano y una bolsa de plástico que había contenido su almuerzo en la otra. «¿Seré yo uno de éstos?», pensaba. Pues no eran sólo las mujeres: miraba también a los hombres, diferenciándolos, sopesándolos, graduándolos según su fuerza..., temiéndolos. Al hablar antes por teléfono con Pearl, se había sentido tan quebradizo como una bombilla cuando ésta le dijo que su hermano mayor, el enorme Angus, estaba sediento de que le diera la revancha. Y ahora, cuando veía (siempre estaban allí) aquellas figuras de hombres en la calle que revelaban una preparación para la violencia (o para su continuación *por otros medios*), él no podía encontrar una respuesta; y tendría que encontrarla, si quería vengarse... Compró cigarrillos en un BestCost. Hasta los fluorescentes parecían colaborar en el intento de producirle dolor de cabeza.

Xan se asomó por la puerta de la librería de la High Street y al punto se dio cuenta de que *Lucozade* no se encontraba ya en la mesa de Libros Recomendados. Dobló por Delancey Street y pasó por delante del café donde ya no tocaba la guitarra rítmica los segundos miércoles de mes por la noche. Luego siguió por Mornington Crescent, bajo los concurridos árboles, y de las puntas y los alambres que dominaban más abajo las vías le llegó con el viento un susurro: «¡Harrison! ¡Mueve de una vez tu condenado...!» A veces un aeroplano puede sonar como una nota de advertencia. Había cuatro en el firmamento, pero demasiado lejos para poder ser oídos... Una densa y enmarañada bruma parda se había desprendido de las farolas como la piel de un oso o un mono, pero con una extraña nota de color en ella (tal vez el resultado de alguna confusión química), semejante al caqui o al color de un esparadrapo viejo.

Allí estaba el Hollywood, y Xan entró en él.

—Hola —saludó al barman (un barman diferente)—, tomaré un... ¿Qué ha ocurrido con los Dickheads?

—Un cambio de carta.

—Está bien. Tomaré un Shithead. No: *dos* Shitheads. Por cierto..., ¿qué diferencia hay entre un Dickhead y un Shithead?

—El Bénédictine. En el Dickhead.

—Bueno..., pues echa un poco de Bénédictine en el Shithead. Porque lo que de verdad me apetece es un Dickhead. *Dos Dickheads...*

La terraza pavimentada estaba de nuevo desierta; más que desierta, abandonada. No había ningún animal muerto patas arriba en el turbio cauce, ni una puesta de sol semejante a un incendio detrás. ¿Y dónde estaría su pájaro («¿Es tu ligue?»), su gorrión londinense...? Habían pasado seis semanas y, según los libros, se suponía que ahora estaba emergiendo de una etapa de falsa conciencia..., aunque la palabra *incredulidad* —se dijo— la definía mejor que *negación*. Ahora se le suponía destinado a experimentar una profundización de su melancolía al calibrar las auténticas proporciones de su empobrecimiento. Pero Xan ya se había sentido más pobre desde el primer momento y lo que ahora temía era una degradación. ¿Qué impedía que su familia lo abandonara? ¿Acaso no veían ahora, como la veía él, la insospechada fragilidad de todas las prohibiciones? ¿Y por qué se ensañaba él con Russia, por qué la torturaba con el arma del sexo? ¿Para atarla a él, de forma que tuviera que quedarse, o sólo para echar un último polvo antes de que lo dejara? ¿O tal vez para castigarse a sí mismo, a sí mismo, y provocar su rechazo? El gruñido que se le escapó de pronto le salió demasiado fuerte, de manera que, si alguien se hubiera parado a escucharlo al pasar, podría haber pensado que Xan Meo estaba a punto de vomitar.

Pasaron unos minutos. Era consciente de que su estado actual le recordaba fisiológicamente la muerte de su hermana y la forma como ésta había afectado a sus propias ganas de vivir. En aquel entonces (y por espacio de un año, más o menos), lo asaltaba un pensamiento: Jamás seremos inmortales. Porque es la muerte de los otros la que nos mata... De pronto, notó como una alteración del aire vibrando en su nuca. Siguió un momento de temerosa tensión, y entonces se volvió... ¡Era ella, era ella (ahora estaba seguro de que era *hembra*), el gorrión figón, con sus locuaces aleteos! Y mientras el pájaro se inclinaba y agitaba, inquieto, a su alrededor, Xan dijo en voz alta:

—¿Qué ocurrió, pequeña? Tú lo viste. ¿Qué ocurrió?

A diferencia de las tristemente asimiladas palomas (para las cuales el vuelo era simplemente un último recurso), el gorrión figón seguía siendo una criatura aérea; era, y se mantenía altivamente, distinto. Antes de cesar en sus gorjeos, fijó por un instante en él la locura neutra de sus ojos. Xan sintió una corriente, o un cambio de temperatura, en su espíritu. Y entonces recordó: «Cuando recuerdes esto, lo lamentarás, muchacho. Lo has vuelto a mencionar. Lo has repetido..., tal como lo escribiste, con todas las letras.» *Con todas las letras...*

—¡Dios te bendiga! —exclamó Xan.

Era información nueva. Significaba que había mencionado a su enemigo en algo que había *escrito*. Y, así, con dedos temblorosos, anotó también eso en el cuaderno en que le habían dicho que anotara todos los detalles de su jornada: las visitas al baño, lo

que había comido, las palabras que había intercambiado con Billie, el lugar donde había dejado sus llaves.

El nombre significativo tenía que estar en *Lucozade*.

Se dedicó ahora a los Shitheads, y durante un rato se sintió muy feliz y orgulloso.

Con sus cambios de humor, sus fallos en el motor (chapurreos y tartamudeos), sus llantinas, su creciente lascivia, su afición a las palabras y acciones que sembraban semillas de pesar, la condición postraumática de Xan le trajo el recuerdo de algo: de la borrachera. Y así, tras unas cuantas copas más en el Hollywood, se le ocurrió —tal vez algo bebido ya— que en su nuevo mundo el alcohol podría aclararle las ideas. Y en un intento de explorar semejante hipótesis, se encaminó a los pubs salvajes de Camden High Street y Kentish Town Road.

—Ahora, en Londres, reina la congestión, la congestión —dijo un delgado joven irlandés apoyado contra la barra en el Cabeza de Turco—. En todas partes. Pero vuelve a casa, aléjate un kilómetro de Dublín, y no verás a un solo pecador en todo el día.

Metiendo a la fuerza el antebrazo por debajo del pecho del otro, Xan inclinó la cabeza y agachó el mentón para alcanzar su tercera jarra de cerveza London Pride. Todos somos pecadores. ¿Qué otra cosa hacemos, sino pecar? Había muchos pecadores en el Cabeza de Turco: muchos que respiraban, pensaban, soñaban... No todo el mundo puede caminar, o hablar, u oír, o ver..., pero todos bebemos y meamos. En cualquier parte hay personas que comen y que excretan. Xan pidió otra jarra de cerveza del alimentador que había detrás del mostrador de madera.

Se había sentado con un grupo de mamones alrededor de una mesa de billar. Y se sentía feliz. Las tías no lo excitaban y los tíos no le daban miedo. Había un sentimiento común en todos: el de formar una especie de hermandad. Algunos cagones se marchaban..., pero meones recién llegados ocupaban su lugar. Cada pedo pagaba una ronda. Así continuó la cosa durante largo tiempo. Luego él se despidió de los gilipollas allí reunidos y siguió adelante.

Más tarde, mientras se encontraba de pie en el trepidante lavabo de un jazz bar en Camden Road, Xan miró su reloj y se sorprendió muchísimo al ver que ya eran las dos de la madrugada. Pero aquello no debilitó la reconcentrada bizquera que lo había asaltado mientras se aflojaba los pantalones. ¿Su objetivo inmediato? Tras haber consumido una notable cantidad de agua de grifo teñida de color parduzco, el objetivo inmediato de Xan consistiría en averiguar si aún era lo bastante hombre para limpiar con su meada la mierda que había dejado en la parte de atrás del inodoro de porcelana. No fue lo bastante hombre para eso, pero es que aquella mierda era realmente algo serio: cordero al curry agrio, kebab de cerdo, pizza cajún, jalapeñas rellenas... Al salir de su retrete, pensando con algún detenimiento en cómo regresaría a casa, la suerte se le volvió de cara. Había una máquina en la pared que, mediante la

inserción de una moneda de una libra, dispensaba una generosa cantidad de colonia barata: lo que necesitaba para ahogar el hedor del pub. Tenía un montón de monedas y, vamos..., las empleó para macerarse a conciencia en la dulzona fragancia. Los cigarrillos se le habían acabado hacía rato, pero no importaba, porque había comprado una buena provisión de cigarrillos baratos.

Tras una larga búsqueda, encontró la salida y el aire fresco. Deteniéndose sólo para dejar una vomitona junto a una alcantarilla, y mascando a conciencia la punta ya deshecha del último cigarro que le quedaba, Xan se encaminó a casa con un plan claro (acababa de concebirlo bajo una farola al dar una vuelta sobre sí mismo): exigiría la escrupulosa satisfacción de sus derechos conyugales.

Y eso no fue lo peor. Lo peor tuvo que ver con Billie.

2. UNA TORMENTA EN UNA TAZA DE TÉ

—Oh, antes de irme, señor... Estuve hablando hace un rato con unos amigos de Madrid. ¿Recordáis un escándalo que hubo hace..., bueno..., hará como unos cinco años, en el que se vio implicado el rey Bartolomé?

—¿Tendrás la amabilidad de recordármelo tú, Bugger?

—Ciertamente, señor. Tuvo que ver con la existencia de una grabación de vídeo, que circuló entonces ampliamente, en la que el rey aparecía manteniendo una... sesión... con la esposa de un entrenador de polo local.

—¿Un qué local...? Oh, perdona..., creí que me lo estabas diciendo en español... ¿Y bien?

—Se dio orden de silenciar el asunto, que la prensa acató bastante bien, y la cosa se olvidó en cosa de un año.

—¿En un año? ¿Y lo dices para animarme, Bugger? Además, el primo Tolo no es un auténtico... No tiene el más mínimo estilo. Aquel asunto suyo fue sólo otro..., otro escándalo suburbano.

—Es verdad, señor..., en cierta manera.

—Victoria es la futura reina de Inglaterra, Bugger. Los ojos de todo el mundo están fijados en la princesa.

—Así es, señor.

—¡Dios Santo, Bugger...! ¿Qué voy a decir? No, no me lo digas ahora o no dormiré tranquilo. Supongo que me habrás librado de todos esos pelmas a los que tenía que ver mañana.

—Faltaría más, señor. Estáis libre hasta la una. ¿Puedo desearos que descanséis bien?

—Es un deseo demasiado amable, pero puedes. Y te deseo lo mismo, Bugger.

Enrique IX se acomodó en el asiento del váter. A los pocos segundos, irguió el cuerpo para adoptar una postura de intensa indagación, y después se dejó caer una vez más.

—Adelante —dijo—. Sí, por doloroso que sea. ¡Ten piedad de mí, ojete mío! ¡Uf!

Enrique VIII empleaba a un hombre, a un tal Sir Thomas Heneage, que, en calidad de mozo de letrina, tenía el dudoso privilegio de asistir a las evacuaciones regias (con un lienzo húmedo preparado en la mano). Pero Enrique IX estaba solo en ese trance.

—¡Uf! Ahora sí. Ya, ya.

Sus problemas intestinales se habían visto complicados últimamente por un «eczema de estrés» aparecido en el lugar más inconveniente. Al rey no le había hecho falta la consulta con su ennoblecido cirujano para saber que «la infección secundaria es, por supuesto, inevitable»: Enrique ya tenía muy claro que, en términos generales, su culo estaba muy expuesto al desastre. ¿Cómo podía mantener algo limpio si lo tenía a un dedo de la cloaca máxima? Y tampoco le podías dar un descanso porque, por cómico que parezca, jamás lo tienes ocioso y estás siempre sentado encima de él. Y lo peor era caminar: una acción que desencadenaba un frenesí de fornicación hasta las mismísimas entretelas. E irse a la cama no servía más que para fomentar el calor, y el continuo hormigueo se transformaba en un nido de avispas.

—¡No te pares, no te pares! ¿Me oyes? ¡No hay derecho! ¡Cabrón! ¡Ah, por fin...!

Con un retortijón de dolor que le hizo zumbiar los oídos, Enrique expulsó lo que tenía el tamaño de una pistola de avancarga mediana; aplicó luego un par de cientos de metros de papel higiénico, y realizó el delicado tránsito del váter al bidé. El abominable cosquilleo se había calmado ya. Por fin había sido rascado a fondo por dentro. Pasarían varios minutos antes de que volviera a desear (no demasiado constructivamente, sin duda) ser el muchachito más apetecible en una prisión de Alabama... El váter era una auténtica pieza de museo, con sus balanzas, pesas y ruedas dentadas. Parecía un planetario o un instrumento de recóndita tortura. El bidé era una artesa baja de mármol con venas varicosas, que habría estado perfectamente a tono en un viejo hospital o manicomio.

De allí pasó Enrique a la bañera para darse un buen remojito. Enrique era casi hinduista en su higiene, lo cual era poco usual para un monarca inglés: en las residencias reales inglesas el lujo jamás se extendía hasta los baños, que eran fríos, grandes y estaban repletos de lavadoras, redes de badminton y cestas de gatos. Se ocupaba por sí mismo también de muchas otras cosas, naturalmente. Por ejemplo,

entre los artículos de tocador alineados en el estante de debajo del espejo, uno no encontraría el pequeño artilugio, como unos nudillos de peltre, con el que Ricardo IV había apurado sus tubos de pasta de dientes. Enrique era enemigo de la frugalidad y derrochador por naturaleza. Hasta entonces las personas del servicio real que se jubilaban tras medio siglo de trabajo solían recibir una servilleta de té con el monograma real, una alfombrilla de baño o una entrada gratuita para visitar la sala de los Rubens en el castillo de Windsor. Pero, tras la llegada al trono de Enrique, recibían veinte cajas de champán de añada, o un precioso coche nuevo. Les dobló también los salarios a todos... y después, encogiéndose de hombros, se los redujo de nuevo a la mitad tras la revelación al público del astronómico descubierto en sus cuentas. Las gratificaciones y pluses que aún seguía dando estaban siendo financiados ahora a través de ventas secretas de las colecciones privadas de la Casa de Inglaterra: un Tiziano aquí, un Delacroix allá. Brendan Urquhart-Gordon casi pudo oír el crujido de las carretas y el rechinar de dientes de las comadres que hacían calceta alrededor de la guillotina cuando Enrique anunció, haciendo un mohín, que «las navidades no serían navidades» si su presupuesto de regalos no pasaba de las seis cifras.

Podía decirse que, cuando el rey estaba sentado en el váter, se mezclaba con su pueblo. Que se bajaba de su castillo y hacía lo que cualquiera de sus súbditos. Así pues, primero se mezcló. Y, después, se humilló para aplicarse la feroz loción de Lord Fletcher mediante un guante desechable. Mientras lo hacía, se vio asaltado por un pensamiento incontrolable: difícilmente podía pedirle a Victoria, su bondadoso ángel sanador, que lo curara con un beso, para mitigar el picor, todas y cada una de aquellas pequeñas y dolorosas ulceraciones.

Los días recientes habían pasado con implacable rapidez. Ahora tenía por delante tres horas antes de que vinieran a buscarlo: un lapso que, de pronto, parecía casi geológicamente enorme. Sentado ante su escritorio, bebiendo té chino, hizo gala de paciencia y se dedicó a hacer solitarios. Dieron las once y pasaron sin causar la más mínima impresión en su complacencia, y lo mismo ocurrió con las once y media y las doce menos cuarto..., aunque tenía que admitir que sintió un pequeño sobresalto cuando el minuterero dio una sacudida igual que si tuviera un tic y avanzó adustamente más allá del mediodía. Cincuenta y nueve minutos aún: una eternidad. A eso de las tres menos diez, Enrique estaba comenzando su vigésimo séptimo solitario. Diez minutos... no, ¡once! Miles de años todavía. La reina roja, el rey negro, el rey rojo, la reina negra. Seis minutos, cinco... A punto estuvo de protestar que aún le quedaban treinta segundos cuando sonó el golpe en la puerta y entró en la estancia Amor.

Brendan sabía guardar un secreto. El Rolls real acababa de ocupar su lugar en el cortejo, y el rey (tras un escueto «buenos días») sacó ostensiblemente de uno de sus bolsillos laterales un ejemplar de *Pasatiempos y Rompecabezas* - 24. Estaba ahora

enfascado en un complicadísimo crucigrama... A Brendan siempre lo asombraba afectuosamente la cantidad de tiempo que su patrón era capaz de dedicar —ya fuera sentado al borde de una azul piscina del Caribe o en la terraza de una estación de esquí de los Alpes— a la misma edición de *Pasatiempos y Rompecabezas*. En el curso de un largo verano pasado en Nueva Zelanda, Australia, África y Micronesia, Brendan había releído las obras completas de Henry James mientras Enrique fruncía el ceño, introducía garabatos y, frecuentemente, pegaba las hojas rotas de su ejemplar de *Pasatiempos y Rompecabezas - 19*. Esto había provocado un momento muy delicado cuando, en cierta cabaña construida en un árbol en Kenya, mientras bebían a sorbitos sus gimlets, Enrique había dicho:

—Hay un chiste estupendo en el libro que estoy leyendo... Se trata de un muchacho que va a prisión con una sentencia muy larga. Y que está un poco preocupado acerca de cómo se las arreglará para matar... el tiempo. Alguien le dice que en el carrito que pasan hay rompecabezas. Le dan un rompecabezas. La clase de juego que hacía Vicky cuando tenía..., espera, ahora te cuento... Ya sabes, de madera con una docena de piezas... El caso es que lo acaba, y se lo dice, alborozado, a su compañero de celda: «¡Ya lo tengo!» A lo que el otro le responde: «Sí, pedazo de bruto..., pero has tardado diez meses.» Y nuestro hombre replica: «¡Oh! ¡Pero si en el paquete pone “De tres a cinco años”!»

Los dos alargaron el brazo en el mismo momento para tomar sus respectivos vasos. Y, en el mismo momento, los dos bajaron la vista y vieron, en la mesa entre ambos, el ejemplar de *Pasatiempos y Rompecabezas - 19*, y, junto a él, el tomo, encuadernado en suave piel de cerdo, de *La princesa Casamassima*, de Henry James.

—¡Qué color tan extraordinario se te ha puesto, Bugger!

Y allí estaba Enrique al día siguiente, en el mirador, inclinado sobre un ejemplar de *Pasatiempos y Rompecabezas - 20*...

Ahora Brendan se fijaba en los dos cuellos, separados de él por un cristal como ejemplares de una exposición, que ocupaban el asiento delantero: uno largo y fino (el de Rhodes, el chófer más veterano), el otro corto y grueso (el del capitán Mate). Mate tenía el cuello tan curtido y picado de cicatrices de pústulas, que ni uno solo de sus poros parecía haberse librado de ellas: tenía el aspecto de la arena después de la lluvia.

—¡Oh, qué ingenioso es el tipo que ha hecho esto! —exclamó Enrique mientras ponía las cuatro letras verticales de la respuesta que formaban el ángulo interior derecho de la cuadrícula. Llevaba más de una hora dedicado a su resolución. Al cabo de otros diez minutos más, lo dejó a un lado—. No puedo seguir con esto —dijo—: es condenadamente enredado. Veamos las noticias.

Los pescuezos de Rhodes y Mate desaparecieron ahora de la vista cuando el rey, pulsando hábilmente un botón, interpuso un paño de fieltro negro. A continuación tomó el mando empotrado en el reposabrazos y lo apuntó hacia la pantalla de televisión a la vez que accionaba hábilmente la tecla de conexión..., como si

estuviera rivalizando, pensó Brendan, en una batalla de ingenios. La pantalla chisporroteó y despertó al cabo.

—En fin —dijo—. Tengo la impresión de que me he ganado un trago.

Enrique se retrepó en su asiento con su copa de brandy y la levantó con ambas manos como haría una mujer con un recipiente lleno de líquido hirviendo. Fuera, más allá de las ventanillas de cristal blindado, la mañana azul se había estropeado por completo, y la autopista que conducía hacia el sur era un monumental hervidero de metal y neumáticos empapados bajo cielos de color pardo violado... Cuando Enrique accedió al trono, casi una cuarta parte de la población creía aún que había sido elegido personalmente por Dios; bueno, aquel eczema por estrés, con independencia de dónde lo hubiera pillado, seguramente echaba por tierra el derecho divino de los reyes. Aquella dolencia lo había asaltado por primera vez en la semana que siguió al accidente de Pamela. Lord Fletcher extrajo la conclusión obvia; pero Enrique, que se retorció aún por efecto de su epifánica crisis («Oh, no, Pammy. Pero, por lo menos, esto significa... Por lo menos, quiere decir...»), tenía otra sospecha. No era tanto el accidente como la tarea, inconcebiblemente onerosa, de comunicárselo a la princesa. Enrique, que apenas soportaba ser el causante de la más trivial decepción, que sufría durante semanas si tenía que negarle un último chapuzón, una tercera piruleta o un undécimo cuento más a la hora de darle las buenas noches en su cama... Hubo un paréntesis de dos días (de embargo de noticias) mientras Victoria era enviada a un crucero por las Aleutianas. Entre tanto, a base de pinzas y cauterio, el eczema de estrés seguía poniendo al descubierto las terminaciones nerviosas de las fisuras y defectos más íntimos. Cuando se lo explicó más tarde a la princesa, en la biblioteca de la Greater House, aún se sintió más embarazado por aquella difícil confidencia. Ahora, en cambio, una vez aceptado plenamente el dolor, pasaba horas y horas paseando con ella a la orilla del río, y hablando del tema.

—¡Cielos! ¿Habéis visto eso? —exclamó súbitamente Brendan.

—Ha desaparecido.

—¡Vaya por Dios! No lo pasarán de nuevo.

—Ha desaparecido.

En la pantalla del televisor se había encuadrado un instante una escena callejera: una cola suelta de personas impacientes. Y, de repente, una de ellos desaparecía y dejaba en el mundo un hueco del que parecía brotar la muerte.

A los pocos instantes, Brendan dijo:

—Horrorismo. Eso es lo que acabamos de ver, señor: un acto de horrorismo.

Enrique le miró como induciéndolo a seguir. El Rolls real, con su convoy de furgonetas, había dejado la calle principal y entraba en la explanada en forma de concha de la Abadía.

—Angustia, ansiedad, preocupación, inquietud —dijo Brendan, que reconoció la táctica de Enrique: su afán supersticioso de posponer las cosas: no hablar de Victoria hasta que el coche detuviera su movimiento—. Os persigue una bestia salvaje a la que

ya *teméis* —prosiguió—. Una fiera que transforma el temor en terror cuando empieza la caza. Y que convierte el terror en horror cuando ésta concluye. Sentís horror cuando se abate sobre vos, cuando está realmente *allí*.

Pero ellos no estaban allí, y delante de ellos la explanada se hundía gradualmente.

—Sigue, Bugger —dijo, tenso, Enrique. Casi perdiendo pie, Brendan prosiguió:

—El terrorista que pone una bomba... Para el terrorista que pone una bomba, la muerte no es muerte. Y la vida no es vida, tampoco, sino una ilusión. Existe lo que se llama la bomba demográfica..., la bomba de la natalidad. La bomba de la natalidad, la bomba de la muerte.

Comenzaban a subir ahora.

—Es una manera de hablar, Bugger.

—... Bien, señor, sugiero que os limitéis a lo que podemos suponer razonablemente que será pronto materia de conocimiento común.

—Explica eso, por favor.

Brendan lo hizo.

—Mmm... Un lugar perfectamente adecuado. Te necesitaré, Bugger, a las cinco menos diez.

Entre el Rolls real y la doble puerta de la Abadía había ahora dos hileras de hombres que sostenían paraguas.

Querida princesa Victoria:

¿O qué tal si escribo simplemente «Victoria»? Espero que estarás hasta la coronilla de tanta interminable pompa y circunstancia en tu vida. Aquí no encontrarás nada de eso, y cordialmente te invito a que vengas a hacernos una visita cuando te plazca. ¡Sin ceremonias! Nosotros no somos partidarios de las ceremonias.

De ordinario cenamos temprano, a una hora razonable. Una cena buena y sencilla, como la que se ha venido disfrutando en Inglaterra durante siglos. Nuestra caravana tiene dos habitaciones completamente separadas. Una vez que madre se ha acostado, la independencia entre ambas está garantizada por completo.

Tendremos, pues, absoluta tranquilidad para tumbarnos en el diván y pasarnos cuantas horas queramos conociéndonos el uno al otro. Yo empezaré besándote..., despacio. Suave, tiernamente..., cariñosamente. Después, cuando tú me digas que ha llegado el momento y ni un instante antes (a petición tuya, como dicen), izaré mi...

Brendan bostezó y dejó de leer (seguían varias páginas más). Se hallaba en la sala de espera, con su maletín sobre las rodillas, revisando un lote más del correo restringido de la princesa; un correo que a ella jamás le llegaba. Para empezar, Brendan había pensado que el enemigo tal vez hubiera mostrado su firma en algún

momento anterior; ahora ya no lo creía, pero seguía perseverando simplemente por la sensación de que aquello lo conducía a alguna parte. Aunque, por supuesto, aquellas cartas de la princesa no procedían del mundo contra el que había que protegerla: eran fruto del mundo de la nostalgia onanista; un mundo de grosera sentimentalidad y sadismo impotente. Incluso en su expresión más violenta, y algunas eran, sí, sumamente violentas, daban la impresión de una inercia gimoteante, de un estancamiento humillado. Unos hombres así no viajarían a Francia con videocámaras de oro...

Tenía su reloj de pulsera medio alzado en la mesa delante de él. Estaba listo. Mientras aplastaba las cartas en su archivador (Correspondencia Restringsida), se preguntó a sí mismo por qué había dedicado tanto rato a lo que era una evidente pérdida de tiempo. Reconoció que se permitía fantasías proteccionistas, como la de interponerse entre el mundo y la princesa. ¿Era ése su trabajo ahora, una mera fantasía de protección?

Con una exhibición de dientes empastados en su rostro correoso, el capitán Mate lo hizo pasar a la Galería de Roble..., cerrada aquella tarde para uso del rey. Enrique y Victoria se hallaban sentados en un sofá Chesterfield al fondo de la sala, a unos veinte metros de distancia. Amor y sus ayudantes se ocupaban en aquellos momentos de retirar los restos de lo que parecía haber sido un sustancioso té y, mientras despejaban la escena y se acercaba a ellos, Brendan se sorprendió a sí mismo pensando en los viejos tiempos, cuando padre e hija pasaban días enteros, y hasta semanas, holgazaneando en algún sofá como aquél, mirando la televisión o, simplemente, dormitando e incitándose ocasionalmente el uno al otro a una partida del Juego de los Espías. El rey no había cambiado, pero Victoria se había hecho mayor ahora, en aquel otoño..., se la notaba más erguida y, en su opinión, más inclinada a mantener cierta distancia entre ella y su padre.

—Es un placer verte, Brendan.

—Siempre lo es para mí, señora. Espero que la princesa haya tenido su ración de pastas de té...

—Sí, me han servido un montón.

—¿Y estaban lo suficientemente apetitosas?

—Oh, sí. Riquísimas.

Siempre voy con retraso, pensó Brendan, no de un año, pero sí de media temporada.

—Perdonad que os haya interrumpido —dijo en voz alta.

—Mi hija estaba hablando acerca del islam —explicó Enrique. Ni que decir tiene que el rey era un hombre religioso, a su manera: una versión estrictamente no ecuménica del Devocionario de la Iglesia de Inglaterra—. Es como discutir con un condenado mulá.

—Oh, vaya... Estaba haciendo enfadar a papá diciéndole que los musulmanes parecen tener más compasión hacia los otros que los cristianos. Existe entre ellos un lazo real que me parece muy atractivo.

—¿Está sintiendo la princesa cierta atracción por La Meca? —preguntó Brendan en tono intrascendente.

—¡Cielos, no! Me parece que no creo en nada. Es sólo que encuentro fascinante todo.

Enrique ya no pensaba en las prisiones de Alabama. Había dado con una forma más aristocrática de rascarse: el atizador con el que se castigaba a Ricardo II (por sus delitos de «afeminamiento»). Y después Bolingbroke, el usurpador, tuvo que viajar a Tierra Santa para purgar su culpa por el fuego y la espada... En algún momento, la duquesa de Ormonde había informado a Enrique de que las quinceañeras eran quinceañeras, y que debía dar gracias de que a la princesa le hubiera dado por la religión y no por la anorexia. Al recordarlo, Enrique expresó la misma idea de un modo que en aquellos momentos resultaba un tanto desconcertante:

—Sería mejor que te sirvieras más pastas de té y te olvidaras de La Meca, querida...

Brendan volvió su rostro a la princesa, que sacudió la cabeza con una expresión de satisfacción vacuación. Y la sonrisa que ella le dedicó luego..., la forma como se extendió hacia arriba a partir de sus labios para alcanzar el marco de su nariz y fijarse en sus ojos, donde quedó prendida en los pliegues de sus párpados... Brendan era un hombre absolutamente fiel a Enrique; pero Enrique, a veces, le hacía sentir como si hubiera sacrificado su vida por una fruslería evanescente: por un platito para mantequilla, decorado con sus iniciales, en un comedor mortalmente lleno de los espíritus de sudorosos arribistas. Pero lo que sentía hacia la princesa era amor. No sabía qué clase de amor, pero sí que era lisa y llanamente amor.

—Las arenas del tiempo, señor —dijo, golpeando la esfera de su reloj con la yema del dedo.

—Sí, sí, Bugger. Lo siento: Brendan. Y qué pasa con las mujeres entonces, ¿eh, querida? Espero que te quedes un poco desconcertada, preciosa, si te sugiero que te pongas un..., un tipi negro para el resto de tus días.

Victoria adelantó el cuerpo en su asiento y se restregó las manos como si procediera a lavárselas. Luego dijo:

—Pues pensad en lo que sufren las mujeres occidentales por causa de su apariencia. La constante comparación con otras que las mantiene siempre inquietas. Esto también es una violencia que se te impone. Una estúpida vanidad que se te mete quieras o no. ¡Qué bendición sería no tener que volver a preocuparse jamás de eso! ¡Y esa gran sensación de privacidad!

—Bueno..., podemos volver a hablar de esto en otro momento. Mira, querida..., tengo que darte una noticia algo preocupante.

En cuestión de un minuto, Brendan temió que el conjunto de su existencia terrestre estuviera al borde de sufrir un colapso cardiovascular. Observaba al rey, y pensaba: ¿No te afecta eso, hombre? ¿Puedes hacer caso omiso de algo así?

Aunque jamás tan dolorosamente como en la presente ocasión, la integridad de Victoria había sido rota y violada muchas veces antes, por supuesto, y, desde niña, ella siempre había reaccionado con la misma rotunda indignación. No había nada regio en esa indignación: por el contrario, en su ceño fruncido y en su cuello tenso había una nota severamente republicana y femenina. Brendan venía preparado, más o menos inconscientemente, para una nueva versión de lo mismo. Pero... ¿y ahora? Mientras su padre, con la mirada decididamente clavada en el techo, se encogía en el sofá y soltaba el preámbulo que ambos habían acordado («Parece que los buitres han vuelto a las andadas»), Victoria no hacía más que suspirar y ponerse rígida. Pero, en cuanto Enrique llevó la conversación a los detalles («el *château*», «la Casita Amarilla»), descubrió los dientes —que todavía eran demasiado grandes para su cara—, y dejó que la cabeza le fuera cayendo por grados, como rebotando tras cada descenso. Ahora Brendan podía sentir los latidos del corazón de la princesa como si presionaran contra su tímpano. Y pronto notó el lento golpeteo de su pulso, lacerante, subsumido por el suyo propio.

—Bueno, querida..., pronto se olvidará todo —dijo Enrique, que ahora se estremecía como un hombre que tratara de hacerle señales con los pies debajo de una mesa a alguien que no parara de mover las piernas. Estaba prácticamente tumbado de espaldas en el sofá—. En fin..., tendremos que lidiar con ello —dijo al cabo—. Una tormenta en una taza de té, que hará que debemos ponernos todos manos a la obra.

Victoria está deseando desaparecer, pensó Brendan. Querría evitar los clavos y las tuercas y la metralla. Y por eso está deseando hacerlo. Está deseando desaparecer.

—Un lugar *perfectamente* adecuado —comentó el rey mientras pasaban por el arco de acceso a la Abadía, que parecía un túnel de montaña, y lo dijo como si Brendan y Victoria y el resto de los mortales estuvieran empeñados en mantener lo contrario, encastillados en un tenaz error—. No sé qué pensarás tú, Bugger, pero me parece que se lo ha tomado muy bien.

Brendan no supo qué responderle... Durante la última media hora, pasada en la Galería de Roble, el ambiente había ido ganando claridad progresivamente, como si hubieran comenzado a retirar una tras otras las sábanas que impedían la entrada de una luz cenital; y ahora los actores habían salido al exterior, donde el cielo era azul y caían de los tejados gotas brillantes como si se hubiera iniciado el deshielo. Al pie de la colina estaba la ciudad, que aguardaba palpitante, como un perro que acabara de sacudirse el agua del pelaje para secarse. Era una invitación para el ánimo..., para elevar el espíritu; pero él se daba cuenta de que todo aquello no era más que bruma y lluvia para la princesa...

Ésta se hallaba de espaldas, algo retirada con respecto a su séquito (el patio era ahora un remanso de agentes de seguridad), en una franja de césped que se extendía entre el sendero y un arriate de flores de color rosa. Observando su silueta encorvada, Brendan comprendió de nuevo lo que era tener quince años; cuando sufrías, sufrían todas tus células. La princesa llevaba unos tejanos negros y una cazadora corta de piel, y Brendan se preguntó por qué la intensidad y el dolor de la crisis alcanzaban su máxima expresión en las tensas nalgas de la joven, que parecían inseparables de su pesar.

Brendan se adelantó hacia ella. Al rodearla para verla de frente, estaba preparado para ver sus ojos anegados en lágrimas, pero los tenía serenos y azules como de costumbre. Sin embargo, al igual que en los labios, la serenidad de sus ojos era fruto de productos químicos: la química de la desolación, que se traslucía en un aliento acre.

Tal vez por eso hizo él entonces algo sin precedentes: la abrazó, diciendo:

—El rey os perdonará cualquier cosa que hayáis podido hacer, estad segura. Sin pensárselo dos veces. Y yo lo haré también. Siempre os protegeré, como yo mismo.

—¿Perdonarme? —dijo. Acentuando todas y cada una de las sílabas, pensó él mientras soltaba su mano y se retiraba.

En el Rolls real, el rey, con un diestro y ostentoso movimiento de su muñeca, activó el televisor y se retrepó en su asiento con un gruñido de satisfacción para seguir una partida de billar durante el resto del viaje.

—Oh..., un toque perfecto... Hacen que parezca tan... Veamos... ¿Tiene el ángulo bueno para la amarilla?

Al cabo de una hora, o algo así, Brendan comenzó a pensar con lógica o, al menos, con consecuencia. Si uno hacía uso de su propia imaginación, se dijo, la reacción de Victoria probablemente se podía explicar con facilidad. ¿Qué solemos hacer en los baños? Nada de lo que podamos sentirnos muy orgullosos. Tal vez alguna mera función fisiológica. Quizá emplear un tampón. O algo todavía más íntimo. ¿Acaso no le había contado una amiga que las chicas jóvenes se referían a la ducha de teléfono como al «hombre-lluvia»? ¡Y ella tenía quince años! Había que recordarlo: la extravagante desproporción de tener quince años, cuando aún estás a la espera de averiguar quién eres.

—¡*Carambola!* Y ahora irá por la azul... Oh, no..., se ha pasado... ¡Un fallo!

Lo cual comprende: una sorprendente incongruencia, que nunca debería repetirse, pero que, sin embargo, era un hecho inalterable. Recordaba la trágica amargura del aliento de la princesa. Y la rigidez de su cuerpo, y la rigidez con que había respondido su propio corazón. Con toda la sangre dentro de él; con toda ella.

—Ya hemos llegado. Bueno..., me alegra haber quitado esto de en medio, Bugger. No voy a decir que no haya estado atormentándome por dentro. Pero espero

que en un par de semanas todo pase a ser cosa del pasado.

Brendan respondió con sólo unos momentos de reflexión. Necio, necio, pensó. ¿No comprendes que su temor era precisamente la espera..., de este día, de este momento? Y siguió en voz alta:

—No estoy de acuerdo, señor. De hecho, sugiero dar la vuelta aquí mismo y regresar inmediatamente a St Bathsheba. Habría que sacar inmediatamente de la escuela a la princesa y enviarla a..., a Ewelme, por ejemplo. Si el material ilícito va a ser hecho público el día treinta y uno, sugiero que sigamos el consejo de nuestro..., de nuestro topo, e insistamos desde el primer momento en que el material es falso. Es una apuesta infernal, lo sé, pero no volveremos a tener otra oportunidad. Entre tanto, debemos elaborar una estrategia de control de daños con Downing Street. Porque, señor..., esto no será una tormenta en una taza de té.

—Tranquilízate, Bugger. ¿Acaso sabes algo que yo no sepa?

—Es sólo una deducción, pero me parece probable. La princesa no estaba sola en el baño de la Casita Amarilla.

Iba a ser una tormenta en todos los océanos de eso que llamamos «el mundo».

Y entonces pensó...: ¡Dios mío...! ¡Cuánto necesitaría ahora Victoria a su madre!

3. SUDOR DE COCHE

El Avenger familiar se hallaba a la espera bajo el rótulo luminoso de Esso. Haga una pausa y sea bienvenido. Deténgase y compre. Smoker tenía la costumbre de conducir hasta allí y quedarse sentado en el coche o enviando mensajes con su ordenador portátil. Tiene usted 124 mensajes nuevos. La gente entra y sale: es más divertido. Llenas el depósito y lo aparcas cerca de la máquina que cambia billetes. Y entras, si te apetece, a tomar una pizza o lo que sea. En las estaciones de servicio de Esso a menudo te encuentras también con grupos de personas que se ponen de acuerdo para compartir por turno sus coches. Y con mujeres que llaman por teléfonos móviles, mujeres que esperan solas bajo las luces del aparcamiento, en actitud de aguardar algo..., sin hacer otra cosa que aguardar; están así en los parques y zonas de recreo, con una correa de cuero en la mano: aguardando a que el perro haga sus necesidades. Podías bajar la ventanilla del coche y decirles: «¿No se ha presentado el coche que debía llevarte, querida? Sube al mío.» Pero los tiempos del autoestop a ciegas habían pasado. Por los teléfonos móviles, que infundían mayor seguridad. Puedes tener un breve intercambio allí mismo, en la acera. Pasar el rato. Sentir que la sensación de confinamiento se relaja un poco. Es divertido. Deben de pensar: si me monto en ese coche, paso a través del espejo y penetro en un mundo que es reflejo de ese hombre, un hombre que tiene cierto poder, con todas las perversiones y las distorsiones que ello implica. Porque ese hombre puede *transformarse*. Cada hombre

mantiene reprimido un antihombre. Y el tronado vehículo familiar, cuyos intermitentes se encienden y se apagan en el callejón suburbano, tiene su aceite y su refrigerante, su motor oscuro, bajo el reflejo de las hojas y ramas que brillan en el parabrisas.

En el periódico vespertino de Clint había una «impresión artística» de la princesa en su baño. Ya saben: como en un juicio. El artista no era bueno, y su impresión no era nada del otro jueves. Idealizada (y, por así decir, autocensurada por la colocación de sus miembros), la imagen de la princesa podía haber servido para decorar las tarjetas de felicitación enviadas por una *madame* suburbana a los miembros selectos de su clientela. Reducida a una «impresión artística» en razón de las normas de protección. Un poco tarde ahora, pensó Clint: como cerrar con candado la puerta del establo después de que el cuadrúpedo devorador de grano ha escapado. Todos los habitantes de la tierra estaban ahora mirando embobados las fotos..., en Internet..., en la prensa extranjera... y, por supuesto, en el *Morning Lark*, que esa mañana no contenía prácticamente nada más. La línea oficial, impuesta desde arriba, afirmaba que, en todo caso, el material era una falsificación: puro software, un falso film, «sin base real». Tenía que ser eso, o bien la acción de un fisgón escondido en el baño durante un mes... Pero lo que Clint no podía entender era a quién beneficiaba todo aquello. *Cui bono?* Además de al *Lark*, claro, que había visto agotarse tres ediciones... Clint jamás se había sentido atraído por chicas tan jóvenes. Pero las vírgenes tenían sus ventajas. Probablemente te hacían sentir más... Y, por otra parte, no podían decir que eras una mierda en la cama, puesto que no tenían a otro con quien compararte.

Tiene 125 mensajes nuevos... Alrededor de ciento veinte serían de temas comerciales: invitaciones para que Clint invirtiera dinero en sus genitales..., por diversos medios y para diferentes propósitos. Tres o cuatro serían flirteos de salón de Internet con indiferenciables chicas de carrera, dedicadas todas ellas aparentemente a obtener su siguiente empujón profesional o futuro enchufe. Clint se las imaginaba como una sucesión de descaradas, con los labios fruncidos en incesantes cálculos. Pero, por supuesto, podían ser cualquier cosa: las suyas eran identidades improvisadas y conjuradas a partir del éter. Se decía de la *web* que sus contenidos eran (por término medio) verdaderos en un sesenta por ciento. Aunque, ¿acaso tú, camarada, dijo para sí, puedes jurar que contribuyes a mejorar ese porcentaje...? Pero allí, entre las demás, estaba la voz que parecía penetrar en su soledad:

clint: ¿como stas, kerido? creí notar 1a nota de mlancolía en tu último e-mail, asi ke pnse ke tal vez podria animart con alg1a pequeña estimulación verbal. me has prguntado mi opinión sobre el sxo an@l y otrs qestions × el estilo. bueno..., pues stoy totalmnt a favor si eso sirv para ke el trbjo se haga con > rapidz. dije ants ke los mjors pitos son los pkeños y blan2, y soy consciente de ke el sxo anal exige + tensión, ¡así ke cada polvo anal vale como una docen y 1/2 de los otros! soy fliz

de practicar el sxo oral en todo mmnto. ¿ke si es mi stil? ya sé ke alg1as chicas son meramnt aficionad@s a la herramienta del hombre, y considero ke eso es un «pollicidio». hay ke ir hasta el final. regla: no beses a un hombre después de mamársela; es como llamrlo maricón, y respecto al cunnilingus, tmbién stá *verboten*.

¡Caray!: ¡es la mujer ideal! Hay que reducir la presión. Con esta chica, las expectativas se reducen a cero... Pero la cosa está la mar de bien así..., así es como es. Todo muy estupendo y grande. Porque el problema está en ti, muchacho. No hay nadie más que lo pueda remediar. Es cosa tuya, compañero. Sólo tuya.

Antes de encaminarse a su adosada de Foulness, Clint llenó el depósito del Avenger en los surtidores. Hablaban a voz en grito a propósito de sexo y de coches; pero fíjense en esto: fíjense en el burdel mecanizado de la gasolinera. En cada hueco, en cada punto de distribución, había un tipo empuñando un enorme pitorro: levantabas la tapa y aparecía una boca escamoteable; y entonces vertías energía dentro del depósito, mientras iban corriendo las cifras. Gruesas gotas de agua caían desigualmente desde el ondulado tejado. Pero no eran de lluvia, sino simples gotas de sudor de coche.

—Entonces..., ¿qué es lo que había en esa «bomba sucia»?

—Desperdicios médicos radiactivos, jefe, más tiña, virus del Nilo occidental, gangrena líquida y todo ello metido dentro de carne de vaca loca.

—¿Y qué nombre se da a sí mismo ese grupo?

—Esto..., la Legión de los Puros.

¿Tiene gracia esto?, se preguntó Clint. ¿Resulta divertido? ¿Lo fue alguna vez?

—¿Y se volaron a sí mismos a propósito?

—No, jefe. Fue un accidente. La bomba les estalló en el aparcamiento del aeropuerto.

—¿Y de quién son seguidores esos tipos?

—Oh, ya sabes... De un desconocido.

—De hecho, jefe, no es tan desconocido —dijo Clint—. Se sabe una cosa de él..., algo divertido. Que, al igual que Hitler, sólo tiene un testículo.

—¿Fue ése el tipo que entró en el club de striptease?

—Eso tampoco es cierto.

Heaf pareció decepcionado.

—Bueno..., la verdad es que le hemos dedicado bastante espacio a ese asunto. ¿Se acercó alguna vez a ese local de striptease...? En cualquier caso, sólo podemos seguir machacando sobre el tema de las diferencias raciales en los aeropuertos. Esto lo ha escrito Clint en el diario de hoy: «Y en los controles de seguridad, ¿qué es lo que vemos? Una abuela tontorróna a la que amenazan con el puño, mientras que una

rata de alcantarilla llamada Zui'zide al-Bomba pasa tranquilamente con su pañuelo en la cabeza y un lanzallamas al hombro. Seguido, para colmo, por sus tres mejores amigos: Sekuestro, Rapho y Trafykante.» —Heaf sacudió la página con las puntas de sus dedos—. A esto lo llamo yo un excelente editorial. Cualquiera que tenga una apariencia remotamente árabe debería ver su vida convertida en un tormento para lo que resta del siglo.

—¿Qué sucedió con «Mujeres en *burka*»? —preguntó Donna Strange, que asistía también a la reunión—. Escribí un artículo sobre eso, y jamás lo vi.

—Sí. ¿Qué ocurrió con «Mujeres en *burka*»?

—¿«Mujeres en *burka*»? Nos desentendimos del tema, jefe.

Mackelyne leyó la minuta de la reunión:

—«... tomamos la decisión de no seguir adelante, por deferencia a las convicciones personales más íntimas de nuestros soplapollas.»

—Y porque pensamos que podían ponernos una bomba sucia en el periódico.

—Mmm. ¿Y qué hay del punto de vista del rey? De la lista de peticiones, quiero decir. Porque, en realidad, no habrá llegado a manos del rey, ¿verdad?

—No. La encontraron revoloteando por el aparcamiento.

—Pero el *tono* en que estaba escrita. Absolutamente ultrajante. ¿Cómo empezaba...?

—«Saludos, Esclavo. Dios, que controla las nubes, que...»

—Sí, sí... ¡Pero eso de «esclavo»...! Quiero decir, que me resulta inconcebible. Dejando aparte el Vaticano, no existe institución en la tierra más antigua que la monarquía... Y hete aquí que se presenta un pequeño encantador de serpientes, un navajero de la *casbah*...

—Bueno..., así están las cosas, jefe. Así es como nos ven a los no creyentes. Según ellos —añadió Clint, encogiéndose de hombros—, somos una mierda.

—Pero, de eso a decir que el *rey* es una mierda... —objetó Heaf, que rara vez decía palabrotas—. Quiero decir..., si *él* es una mierda, si nuestro *rey* es una mierda..., ¿qué somos *nosotros*? Deberíamos... ¡Ah...! Pero la religión es algo bien curioso..., ya sabéis, y por eso nosotros siempre hemos evitado problemas con ella. Yo, por ejemplo, soy católico, aunque no practicante, claro. No creo que jamás nos hayamos comprometido al respecto, ¿o sí, Mack? Sabemos todo cuanto hay que saber acerca de nuestro soplapollas típico..., pero lo que crea o deje de creer sigue siendo un misterio para nosotros.

—Un misterio envuelto en un enigma, jefe.

—Los muestreos varían en esto más que en cualquier otra cuestión —siguió Mackelyne—. Sólo hay una cosa que sabemos con seguridad.

—¿Cuál?

—Pues... que no les caen simpáticas las *monjas*.

—... Bueno, me alegro de que hayamos entrado en combate por fin. Al menos, ahora se huele a pólvora —aprobó Heaf—. Y ahora veamos... ¿Podemos contar,

como mínimo, con un artículo de relleno sobre Rusia-China?

Smoker estaba sentado fumando en la habitación 2011 del Hotel Bostonian, en Meagure Street. Darius, el gigantón de dos metros adventista del Séptimo Día, estaba tumbado, descalzo, en el sofá, y leía la Biblia de Gideon: el libro del Apocalipsis, en concreto... En la habitación contigua, la 2013, Ainsley Car estaba supuestamente ocupado en el proceso de tirarse a Donna, previo a darle una paliza a Beryl.

«Las palabras», tecleaba Clint, «no pueden describir el tormento que estoy pasando», había declarado la noche antes un mareado Auto de Choque en una entrevista exclusiva para el *Morning Lark*. «No se creería usted las presiones que sufre hoy un futbolista. Yo, como todo el mundo sabe, he tenido una larga y penosa lucha con mis “demonios”. El fútbol no es cuestión de ganar. Ni tampoco de perder. Se trata de tocar la gloria. Y, sí, yo he conocido la fama. Segundo clasificado en la primera división con los Wanderers. Medalla de oro en la copa de los Ivatex Data Systems con el United. Y el premio de consolación: aquel gol con el equipo de Gales en el partido de cuartos de final en el Bernabéu.

»Y Dios sabe que también he tenido mi ración de dolor. Los meses interminables en las salas del hospital y en prisión. La trágica muerte de Sir Bobby Miles apenas diez días después de mi “reto infernal” y la catastrófica demanda civil que siguió. Mi relegamiento al banquillo en el United... Hábleme de todo..., del alcohol, de las chicas, de las peleas... He estado en todo eso. ¿Y quién ha permanecido siempre a mi lado en las duras y en las maduras, en lo bueno, en lo malo y en los momentos de efervescencia? Mi novia de infancia y mi esposa hoy: la pequeña Beryl.»

—«Porque el tiempo se acerca» —dijo entonces Darius dirigiéndose a Clint—. La de ahí dentro es Jezabel... «Y los diez cuernos que has visto y la bestia van a aborrecer a la ramera; la dejarán sola y desnuda, comerán sus carnes y la consumirán por el fuego.»

—Encantador...

—Se acerca el momento, hombre. Llega la hora. «Y he aquí que se produjo un violento terremoto; el sol se puso negro como un paño de crin, y la luna toda como sangre, y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra...»

—¡Oh..., eso...! ¡El cometa! Vuestra gente erró un poco con el anterior. ¿Correrán a lanzarse anticipadamente contra el próximo desde toda California?

—No mi gente. Mi gente ni siquiera estará aquí, hombre. Será todo vuestro. — Durante unos momentos, Darius rió en silencio—. Pensáis que América es poderosa... Gustad la ira del gran monstruo, hermano. Que vendrá por ti...

—¿Qué sentido hay en esto? Son sólo fuerzas de la naturaleza.

—No te engañes. El cometa es como yo, hombre. Puro músculo, Músculo de Dios.

La habitación —el hotel entero— era posmoderno, pero sin gracia, de un modo

vago. Era como si el mobiliario de bronce estuviera tratando de parecerse al refrigerador, a la televisión, a la caja fuerte. Entre las baratijas que Clint tenía en su mesa, había un intercomunicador de silueta anormalmente ovoide (obsequio de Desmond Heaf, el solitario padre del *Lark*). Alargó la mano para encenderlo. Y se oyeron, entonces, las voces de Ainsley, de barítono, arrastrando laboriosamente las sílabas, y la atrevida y de contralto de Donna.

... por los dos. El cruzado se llama Bena. El alsaciano es Mick. ¿Sabes por qué me gustan los perros?

Dime, cariño.

Los perros no te atacan cuando te ven caído.

Es verdad.

Los perros no te incordian. No te asaltan queriendo joderte. Los perros no vienen con tonterías.

Sí, pero se te cagan.

Bien, sí..., pero... Pero... Los perros no...

—¡Joder! Espero que, por lo menos, estén metidos en la cama...

—¿Cuánto tiempo tiene? —preguntó Darius—. Se diría que está comportándose como un capullo. ¿Y qué hace Donna Strange?

«Yo siempre me lo paso muy bien con el Gran Concurso Anual del Descote que organiza el *Lark* (pp. 19-26)», tecleó Clint. «Es una excelente oportunidad para tomar unas copas, reír y relajarse todo el mundo. Después del almuerzo y el desempate final, nos sentamos en torno a la orgullosa vencedora, Donna Strange, y sirvieron unas bebidas. Reinaba un humor excelente. ¡Y lo difícil que se nos hacía apartar los ojos del escote de Donna! ¡Ríanse del Silicon Valley! Al rato, alguien sugirió que fuéramos al bar a tomar otras copas más. En aquel momento a mí ni se me pasaba por la imaginación hacer nada fuera de lo normal. Soy un hombre felizmente casado. Y, por otra parte, la pequeña Beryl tenía que venir a reunirse conmigo a las siete.

»Después de unas copas, Donna sugirió que fuéramos al restaurante a comer algo, y tomar otras rondas. Llámenme ingenuo, pero no me pareció nada raro cuando Donna se quejó en el vestíbulo de que tenía la boca seca y me preguntó si podía darle un vaso de agua. Subimos a mi habitación, en el piso 21. No sé si me estaba tomando el pelo al decirme que sentía picor en la garganta. Pero así fue. Y a los cinco segundos después de cerrar la puerta a nuestras espaldas, Donna Strage estaba con una formidable carraspera...»

Sorteé a su número dos y me metí en el área. El guardameta se acercó a derribarme, pero yo me escapé y le lancé una vaselina... ¡Empate a dos! La multitud enloquece. En el minuto ochenta y siete, Gibbsey me sirve un pase largo por la izquierda...

—El tiempo apremia.

—Sí, bueno... Donna ya sabe la hora que es.

Durante el siguiente cuarto de hora, Clint escribió a toda velocidad.

«Al final», siguió, «levantó la vista, sonriendo, de mis huevos, que estaban empapados de su saliva. No necesité más invitación cuando se ofreció a desnudarse. Y con la excitación del momento olvidé completamente que...»

—Menos cinco —advirtió Darius.

... con un testarazo, justo antes de la media parte. Después, apenas reanudado el juego...

¿Dónde estamos ahora, Auto de Choque? ¿Con los Kestrel Juniors?

¿Los Kestrel Juniors? No, querida, esto fue con los alevines. Muy poco después de...

Mira, cariño..., será mejor que empecemos.

Oh, bueno... No es que esté preocupado.

¿Perdón?

Digo que no es que esté preocupado. Porque Beryl esté a punto de llegar. Pero no deja de ser un poco embarazoso para un hombre que su esposa lo vea con el culo al aire. No te ofendas.

No me ofendo, querido, pero ya sabemos a qué hemos venido, ¿verdad? Mira... Quítate el... Si tengo que... Desnúdate...

—¡Pero si Ainsley todavía no se ha desnudado! —exclamó Darius.

—Ya lo hará. ¿No me has preguntado qué hace Donna Strange? Pues ponerlo a punto. Lo conseguirá.

Ahora la podían oír, a través del intercomunicador, cuya lucecita roja no cesaba de emitir destellos, y a través de la pared insonorizada: Donna le estaba levantando... la moral.

Ainsley Car había convencido a Clint de que Beryl era una mujer de puntualidad patológica..., especialmente en sus tratos con cosas como la Estación Central de Londres, los espacios públicos y Ainsley Car, cuando intentaba enmendarse... Clint se acercó a la puerta y la abrió un poco. El espejito que tenía en la mano le dio una visión fugaz del pasillo vacío. Asomó luego la cabeza, semejante a la joroba afeitada de un camello. El Bostonian había sido remozado recientemente para trasplantarlo al siglo XXI, pero seguía siendo un hotel anticuado, anárquico, proclive a los incendios; el pasillo se desenrollaba hacia el infinito, como en una visión provocada por el opio. Clint esperó. A las 7.58 la diminuta imagen de Beryl Car comenzó a distinguirse en la lejanía. Seguía tan pequeña y tan torturada por el miedo como siempre. Curiosamente, se acercaba cada vez más, pero no parecía crecer. ¡Qué mierda de mujer!, pensó Clint... Su escasa estatura semejaba un ejercicio de humildad; y sus andares, asimismo, no eran más que una serie de arranques y vacilaciones, sacudidos por invisibles papirotazos de burla o reproche.

Clint retrocedió, muy serio, al interior de la habitación 2011.

—Aguarda —susurró a su compañero—. Primero el llanto. Y, después, ¡zas!, ¡zas!

Con las cabezas gachas y las bocas marcadas por sonrisas de expectación, los dos

hombres escucharon lo que habían oído muchas veces antes. Pero sólo en sus televisores: el estremecedor y autocomplaciente cántico natalicio de Donna Strange trasladado con operístico dramatismo a la cama.

Clint dejó pasar un minuto más. Luego se incorporó y abrió la puerta. Su mirada recorrió el pasillo a derecha y a izquierda.

—¡Mala puta! —exclamó.

Cuando Clint entró en la sala de reuniones, al día siguiente, los presentes le dedicaron una ovación. No era un aplauso triunfal: más bien la expresión de una grave y pensada solidaridad, así como de la sensación de que, aunque era mucho lo ya conseguido, quedaban muchas consecuencias que considerar y de que, aunque el resultado fuera incierto, el intento en sí hablaba por sí solo, y con voz bien alta, de la intrepidez y el espíritu profesional de su protagonista.

—Bueno, muchachos, gracias por vuestro apoyo moral. Y muchas gracias, jefe. Lo valoro mucho. Jamás pensé que fuera a ser fácil lo de anoche, pero yo estaba... «Cargarse a Beryl» era *mi* proyecto, y no iba a permitir que se fuera al traste. No había peligro de eso.

Era costumbre de Desmond Heaf retirarse entre bambalinas un par de días cuando el periódico montaba uno de sus *coups de théâtre*. Ahora tenía el aire de un aturdido cabo emergiendo de una trinchera:

—¿Te importaría explicárnoslo, Clint?

—Sí, claro. Beryl nos la jugó. Sí, señor. Por lo visto, al acercarse a la puerta oyó desde fuera los lloros de Donna, y se largó. Siguió hasta el otro extremo del pasillo y se difuminó en su polvoriento extremo. Había que adoptar el plan B. Saqué a Auto de Choque de debajo de Donna y lo arrastré a la habitación contigua. Una vez allí, le dije: «¿Ya sabes lo que tienes que hacer, muchacho? Has de volver ahí y atizarle a Donna.»

—Casi me pongo a dar saltos cuando lo leí —dijo Heaf. La edición matinal del periódico crujía aún débilmente en su mano—: POR QUÉ LE ATICÉ A DONNA, POR AINSLEY CAR. EXCLUSIVA MUNDIAL. Auto de Choque pierde la cabeza tras una orgía sexual en un hotel. «¿Por qué le aticé a Donna?»

—«¿Atizarle a Donna?», me pregunta Auto de Choque —siguió Clint—. «¿Por qué debo atizarle a Donna?», y le respondo: «Tú no tienes que atizarle a Donna. Lo que has de hacer es fingir que le atizas. Cuando yo te lo diga, te pones a hacer ruido y a romper muebles; nosotros nos encargaremos del resto.» «¿Y esto para qué?», pregunta, y le digo: «Si lo que necesitas es un motivo, piensa que ha echado a pique tu matrimonio.» Ni que decir tiene que yo ya estaba reescribiendo mentalmente mi artículo. Por ejemplo: «Cuando me di cuenta de que aquellas tres horas de locura podían significar la pérdida de mi pequeña Beryl, mi ira se volvió, como es lógico, contra la maldita furcia que me había llevado por el mal camino.» Etcétera. Y

entonces llamé a Marge Fitzmaurice.

Los colegas de Clint escuchaban sus palabras con inquieta solemnidad, mientras sus rostros se ponían cada vez más cenicientos. Hasta Supermaniam se asemejaba cada vez más a Voltaire.

—Le dije a Marge que se trajera consigo su neceser de maquillaje y que viniera enseguida a la habitación del Bostonian... Fue un placer verla trabajar. Si pasas la página, jefe..., ¿ves esas magulladuras en la cara interior del muslo? ¿Y en el pecho? Después le hicimos el ojo morado y el labio partido. Le dije a Auto de Choque que pusiera manos a la obra. Que le daría un minuto y llamaría a seguridad. Bueno..., oí un golpe o dos, no muy fuertes, y volví a mirar: Ainsley estaba en el suelo, y Donna, en bragas, le golpeaba la cabeza con un cenicero de cristal. Me explicó que Ainsley le había atizado un directo con la derecha, y ella se había vuelto. Después, todo lo demás fue pura logística.

—¿Había estado bebiendo Ainsley?

—¿Bebiendo? No recuerda nada de lo que le ocurrió desde las doce del mediodía en adelante. Y mirad una cosa: no le atizó a Donna, realmente, y tampoco se la folló. Estuvieron hablando de sus perros y de los Kestrel Juniors. Donna se abrió de piernas para él, y todo eso, en atención a Beryl; pero la cosa fue estrictamente porno suave.

—Bueno, jamás pensé otra cosa —dijo Heaf—. Te felicito, Clint. Has manejado una situación difícil con mucha delicadeza. Y todo ha salido estupendamente, ¿verdad, Jeff?

—Mañana —dijo Strite— publicaremos la historia de Donna.

—¿Cuál es su versión?

—Bueno..., expresa su profundo respeto por los intensos sentimientos de Ainsley hacia Beryl. Nada en el mundo la inducirá a presentar cargos contra él. Dice que los malos tratos de la pelea son insignificantes en comparación con el tratamiento de cinco estrellas que le dio antes. Ya sabéis: ¿habéis visto el tamaño de su polla?

Hay un consejo para eso. No te preocupes. Pero hay también una palabra que define los sentimientos de los demás de un modo perfecto. Desprecio.

Los hombres en el vestuario mirarán con envidia. Se quedarán boquiabiertos de envidia.

Puedes consultar a todos los psiquiatras, a todos los charlatanes y psicólogos o como quieras llamarlos... Es algo que va calando dentro de ti. Que va calando dentro de ti.

Una le dijo que era una mierda en la cama. Otra le dijo que era una mierda follando. Al principio no lo entendió y respondió de la misma manera: las invitaba a volver y a probar de nuevo cuando hubieran perdido un par de toneladas y se hubieran operado el culo. Pero después comenzó a despuntar la comprensión. «¡Oh, qué pequeña la tienes, Clint!», y eso que, para entonces, él ya se había aplicado una

mano de Potentium... De guasa, ¿no? Pero más tarde, esa misma noche, le pagaba con la misma moneda: «Joder», le decía a la mujer cuando se quitaba el sujetador, «si tienes un crío, tendrás que emborracharlo para que se acerque a ese pecho tan pequeño.» Al cabo de un minuto de juegos amorosos, ella le pedía: «¡Ay! ¡Quítate el anillo, por favor!» Y Clint le contestaba: «¿El anillo? ¿Qué anillo? ¡Es mi reloj!» Pero la comprensión empezaba a calar en él. *Vamos, ríete*, estaba ya murmurando mientras se soltaba el cinturón. *Ríete todo lo que quieras*. Pero ellas no se reían. Le decían: «Lo lamento, amor, pero no consigo sentirte dentro.» O: «No puedo sentirte, Clint. Lo intento, pero no estás ahí.» ¡No estaba allí! Esos insectos microscópicos llamados ladillas por lo menos muerden. Pero... ¿y Clint? Ni mordía ni se le notaba. Simplemente, no estaba allí. ¿Dónde estaba, si no estaba allí?

Los hombres del vestuario masculino se quedarían boquiabiertos de envidia, se asombrarían de envidia. Había una palabra para eso: desprecio.

Tienes 125 mensajes en el ordenador: la mitad de ellos ofreciéndote vírgenes desvirgadas y abuelas preñadas; la otra mitad con ofertas de productos y estrategias para aumentar el tamaño del pene. Clint los había probado todos.

Satisface el reto de cualquier mujer... Tendrás absoluto dominio en todo momento..., mantendrá tu secreto..., descubierto por el doctor Trofim Frenkel, especialista en medicina... procurar el máximo rendimiento... de su potencial... hierbas procedentes de Polinesia... «me siento muy satisfecho de mí mismo» (P. L., Alemania)...; aromas naturales que transforman a las mujeres en..., 55 millones de consumidores satisfechos..., montaje del émbolo..., muelle de carga fijo..., mecanismo de gatillo para la aplicación..., «el mío mide ya treinta centímetros, pero aspiro a conseguir los treinta y cinco» (R. B., Estados Unidos)...

Pero... ¿por qué detenerse ahí, compañero? ¿Por qué no llegar a los setenta centímetros? ¿Por qué no hasta el metro cuarenta? Seríamos entonces como los hombres de la estación de servicio de la Esso, con sus boquillas de acero, los números subiendo sin parar, los goterones de sudor de coche...

En casa Clint tenía flexores y extensores, curiosos filtros en tarros y tubos, poleas, pastillas, ungüentos y lociones por toda la casa, en baúles y maletas, en cajas de cartón y bolsas de cincuenta litros. Ningún escarificador africano se había sometido a sí mismo a tantas y tan diversas mortificaciones como las vividas allí; allí Clint había vivido todas las metamorfosis posibles, excepto la del crecimiento. Había habido temporales, y aterradores, alargamientos. Pero nada que hubiera deseado conservar...

Existía, naturalmente, una solución radical. Y Clint, en cierta ocasión, y aprovechando un viaje profesional, hasta había llegado a tener hora en la consulta de cierto cirujano, el doctor Christer Ekland, de Estocolmo, donde había estado rellenando impresos durante diez minutos antes de salir a escape por la puerta. Para entonces ya había oído contar suficientes anécdotas horribles a propósito de la Vida después del Bisturí... De cómo la vergüenza..., de cómo la vergüenza estaba siempre dispuesta a hacer sentir aún más vergüenza. Una vergüenza que provenía de

recibir, de soportar, la otra cosa: el desprecio.

No sé, compañero, pero esto te va calando. Hablan de psiquiatras, de psicólogos, de embaucadores... Pero Clint siempre había temido someterse a una investigación así: se preguntaba qué más serían capaces de encontrar... Sin embargo, no puedes seguir así, no por ese camino. Tienes que abrirles tu mente y dejarles entrar.

—Hace un tiempo absolutamente espléndido —dijo Heaf—. Hoy Londres va a ser más caluroso que Dubai. Lo que hemos de montar aquí es un café literario. Como en el continente.

—La gran noticia desde el punto de vista del clima, según dicen, es la futura era glacial, que se aproxima. Después de haber tenido, esto..., diez mil años de tiempo decente, habrá que limpiar los iglúes, muchachos, y agacharnos dentro de ellos para sobrevivir durante noventa milenios de frío helador.

—... O sea que, después de todo, podría ser que el calentamiento global no fuera una cosa tan mala.

—Sí..., eso es lo que nos dicen, sí. Pero, si te mojas los calzoncillos al comienzo de una ventisca, no te mantendrán mucho tiempo caliente. Te noto muy animado hoy, jefe... ¿Y eso?

—Sí. Bueno, sí, es verdad. Hoy no puedo sentirme triste.

Todo el mundo se volvió hacia la pantalla. Estaban pasando la cinta de cuatro segundos de la princesa. Cada uno de los presentes la había visto un par de centenares de veces, y la habitación quedó en silencio cuando volvieron a pasarla de nuevo. *En el primer segundo*: en posición supina en la bañera blanca, la princesa se echa agua rítmicamente en el cuello con la mano izquierda. *En el segundo siguiente*: hace una pausa como para escuchar; ha cesado el chapoteo, el movimiento del agua. *En el tercer segundo*: se sienta de pronto. *En el cuarto segundo*: vuelve la cabeza hacia la derecha mientras su cuerpo rota noventa grados, haciendo que el agua resbale y se arremoline en su cadera encogida. Y después, negro.

—Para nosotros, esto es como un permiso para imprimir dinero —dijo Mackelyne—. Si se da una orden de secuestro. Pueden descargarlo ellos mismos de la red, pero no es igual. Nuestros soplapollas querrán conservar algo..., como recuerdo. Y eso es precisamente lo que les daremos.

—No te entusiasmes, Mack —dijo Heaf, que se llevó las manos a la nuca y dijo con naturalidad—. Donna Strange abrió hoy al mediodía en Belfast una clínica abortiva... Ha habido manifestaciones de protesta, claro, y la televisión local ha cubierto la inauguración. Donna estaba radiante.

—¿Y el ojo amoratado y el corte en el labio? —preguntó Supermaniam.

—Ni rastro de lo uno ni de lo otro —dijo Heaf, y añadió animosamente—: Siempre podremos decir que ha sido cosa de un excelente maquillaje.

—¿Qué? ¿Un maquillaje sobre el maquillaje? —preguntó Clint—. Ahora

comprendo por qué estás tan tranquilo, jefe. Después de todo, sólo faltan tres meses y medio para el Día de los Inocentes... Podemos decir que nos anticipamos un poco...

Heaf rió a carcajadas echando hacia atrás la cabeza. Tendió la mano a través de la mesa para alcanzar una lujosa carpeta, y dijo:

—De Tulkinghorn, Summerson y Nice, nada menos. Según parece, nos enfrentamos al problema legal de si nuestros pies de fotos constituyen una..., una «incitación a la masturbación». —Mostró un recorte, sosteniéndolo entre el índice y el pulgar—: «¿Te ha puesto calentorro Steffi? Pues, entonces, súbete la manga de la camisa, muchacho, ¡y manos a la obra!» O este otro tomado de «Las Novedades de Vídeo de Blinkie Bob», obra tuya, Clint: «Necesitaréis una caja entera de pañuelos de papel (tamaño grande, por supuesto) para ver éste. Y no estoy diciendo que os vayan a entrar ganas de llorar viéndolo.»

—Tulkinghorn, Summerson y Nice... ¿no son también los representantes del pajillero de Walthamstow? —preguntó Clint.

—Lo son. Comprende... El «material erótico» que el tipo estaba consultando en la piscina pública el fatídico día de autos no era otro que un ejemplar del *Morning Lark*. O sea que el perverso de Walthamstow...

—¡Es un soplapollas de tomo y lomo! Me estás vacilando, jefe... Te diré una cosa. ¿Puedo tomarme un mes de vacaciones, comenzando a partir de mañana?

—¡Pues claro que puedes, muchacho! Pero la realidad es que nada de todo esto importa, periódicamente hablando, porque todos dicen que nosotros no somos un periódico. Claro que todo esto está a punto de cambiar.

Heaf se quedó callado. Estaban todos expectantes.

—Se me ha hecho tarde, voy a llegar tarde —canturreó— a una cita muy importante...

—¿Dónde, jefe?

—En el número 10 de Downing Street. Por orden del rey.

—Te amordazarán. Intentarán amordazarte, jefe.

—Tal vez lo intenten, tal vez lo deseen. Esto... ¿qué tenemos preparado para mañana?

Supermaniam desplegó la maqueta. «*Ejemplar de recuerdo. La princesita, fotograma a fotograma. ¿¿¿LA FUTURA REINA DE INGLATERRA FOLLADA EN SERIE ANTE LA CÁMARA???*»

—Mmm. Espera mi llamada. Tal vez necesitemos rebajar un poco el tono.

—Si te parece demasiado fuerte, jefe —propuso Clint—, podríamos añadir más signos de interrogación...

Llegó cuando estaba de vuelta en su escritorio, hablando con la gente de la agencia de viajes Virtualmente Allí. Decía:

piso e, 49 m@tock estate, n7

kerido clint: ¡× fin! — las dud@s se van aklarando! orlando no es precisamnt un linc, pero se ha dado cuenta de ke he dejado de hacrle su t. «¿× ke ya no me hacs el t?» y yo le digo: «puedss hacrt tú mismo tu maldito t». pro él es terco como una mula; ésa es la palabra justa para él: mula, el kiere sxo tod@s ls nchs, pero tngo 1 nva stratagm: no lavarm. vrmos hsta qando rsist el hedr... s m sta abriendo 1 nvo ftro, clint. ms pnsamnts y spranzs van hcia alg1, alg1 otr ke no vva a 1000 millas de dnde tu stas, mi keridisimo amgo. ¡en ntra prmra cita, qando pda ser, tl vz el 1 s sinta un pco koibdo y el otrp no! pro eso n db llevrnos a hcr otra cosa k drmir, y × la maña ¡yo hre el t! pinso k sra muy bno para ti hcr 1 viaje a tierrs tn ljanas... para reflxionr. yo stre sprand aki... cmo 1a mja, 1ª nvicia lsta pra convrttrs n tu mj. ¡Bno, kerido... 1 bso, ke tngas buen viaje y nqentrs la lz! k8

Así, el último domingo antes de viajar en avión, Clint se encaminó en coche al mencionado número 7 de Mattock State, un viaje de reconocimiento del terreno, y tal vez para echar un vistazo. Cuando se hallaba atrapado en el tráfico de la avenida, al mirar fuera del coche, se fijó en una mujer de aspecto elegante, que le pareció atractiva, a pesar del doble cochecito de niño que empujaba. Seguía mirándola cuando la mujer avanzó un poco, se colocó delante de él con los dos pequeños al frente y se agachó para mantener con ellos un animado diálogo. ¡Vaya por Dios! Si hubiera conducido un coche normal, en lugar del Avenger, hubiera podido verle las piernas hasta por encima del borde de la falda. Clint avanzó.

—Empieza otra vez. ¿Qué dices que te hizo? —preguntó Russia Meo.

—Que me abrazó con demasiada fuerza —dijo Billie.

—Dilo de nuevo. ¿Dónde estaba Imaculada?

—En la cocina, con Baba. Yo salí al cobertizo, donde estaba papá, y vimos la raposa sobre el tejado.

—¿Que visteis una raposa a través de la claraboya? ¿A través del cristal? ¿Y después?

—Yo no podía respirar. Papá me tenía abrazada demasiado fuerte.

El hombre del asiento 2A regresó a su sitio. La mujer del 2B, Reynolds Traynor, le dijo:

—¿Por qué no deja usted de levantarse? No me parece tan asustado. Me está poniendo nerviosa.

—Es sólo por precaución.

—Relájese. Beba algo. Volar es seguro. Más seguro que caminar.

—Depende de cómo lo calcule. En términos de pasajero/kilómetro, es cierto. Pero, si lo calcula usted por viaje, el índice de siniestralidad es aproximadamente el mismo que el de viajar en moto.

—... Oiga, ¿por qué no para de caminar a tientas, con los ojos cerrados, arriba y abajo por el pasillo? ¿Por qué lo hace?

—Para poder llegar a las salidas de emergencia en caso de que no haya visibilidad. Como si hubiera humo. Sólo que, entonces, tendría que ir avanzando de rodillas. Más gasto de oxígeno. Y habría que evitar la electricidad estática. El veintidós por ciento de las muertes en accidentes de aviación están causadas por el fuego.

—¡Vaya por Dios!

—Es la segunda causa en orden de importancia, inmediatamente después del traumatismo violento.

Primer mecánico de vuelo Hal Ward: Ah, eso está mejor. Soy un hombre completamente nuevo... Si, como dicen, se puede juzgar el estado de un transporte por la edad de los auxiliares de vuelo, entonces estáis todos en muy buena forma.

Primer oficial Nick Chopko: Dicen eso porque antes de cumplir los treinta y cinco todos están muertos. Estamos hablando de la CigAir, compañero.

Ward: Pues la semana pasada volé con Air K, y las azafatas apenas podían caminar de puro gordas... Ésa que está en clase *business*, ¿quién es...? ¿Conchita...? ¡Menudo tipazo! ¡Por Dios! No me importaría pillarla por mi cuenta.

Comandante John Macmanaman: No sigas con esa clase de comentarios, ingeniero de vuelo. No me gustan en mi cabina, hijo.

Ward: Lo lamento, capi.

Macmanaman: Olvídalo. Eh, Nick... Comprueba la potencia. Y también la velocidad. ¡Oh, sí! Estamos al máximo, pero parece como si fuéramos a entrar en pérdida. ¿Nick? ¿Hal? ¿Veis lo que yo veo? Las reversas de los motores están extendidas.

Chopko: ¡Santo Dios! No puede ser cierto, ¿verdad?

Macmanaman: ¡Pues claro que es cierto! ¿O piensas que viajamos en un carromato? Si esto es una lectura errónea..., ¿cuántas lecturas erróneas más habrá?

En la bodega número 5 el cadáver de Royce Traynor recomponía su postura. Su barbilla estaba apoyada ahora en uno de los bidones de material inflamable. Iba a hacer falta una nueva y violenta turbulencia para que Royce pudiera moverse de nuevo.

Su ataúd de caoba era de madera sólida y pesada. Como el pasado, su propietario estaba muerto, inoperante. Pero Royce conservaba aún su dureza y su peso: era duro y pesado como antes.

Segunda parte

CAPÍTULO SEXTO

1. EL DECEMBRISTA

Luciendo un chándal negro tan refulgente como un lustrado perfecto de zapatos, salió a la tarde. Llevaba zapatillas deportivas blancas recién salidas de la tienda y gafas oscuras, y tenía la tez bronceada y los cabellos plateados, que llevaba peinados hacia atrás; en la farmacia, de la que ahora se ausentaba, lo llamaban el Profesor o el Inglés. Pero era, en realidad, el Decembrista: muy avanzado ya en el mes final de su año. Tenía un rostro distinguido, cuyos rasgos daban la impresión de estar conectados con algo antiguo o con el estudio de algo antiguo..., como la cerámica etrusca o la escritura cretomicénica lineal B.

Pero aquí lo teníamos ahora, en un marco moderno: un establecimiento de alquiler de vídeos, con su vitrina para licores cerrada con candado y su terminal informática. El Decembrista era un hombre de estatura mediana (y que ahora tendía a ser algo menor que la media); no destacaba en un país —los Estados Unidos de América— donde los viejos visten como muchachos. Seguid las evoluciones de un aeroplano sobre un cielo azul durante un rato suficientemente largo, y al final un glóbulo de luz acabará besándolo, cubriéndolo y goteando de él. Así ocurría también con la lustrosa apariencia del Decembrista, con sus resplandecientes tonos negros. Por encima del traje, su bello y martirizado rostro. Por debajo, las manchas blancas de sus zapatillas deportivas. Fuera del establecimiento había una serie de coches esperando, todos en línea, pero diferentes, como un ejército mercenario de máquinas.

Había una nota de precaución en su zancada, pero nada que la hiciera precaria o la detuviera, aunque así ocurrió: una furgoneta turística de varias toneladas de peso dio bruscamente marcha atrás para salir de su aparcamiento, y las manos del Decembrista salieron proyectadas de sus bolsillos mientras se apartaba dando la impresión de levitar en el aire con la facilidad de un ave. Pero el sonido que escapó de él fue más bien equino..., un relincho, de encabritamiento, a través de los dientes.

El conductor de la furgoneta le tomó la delantera; tenía un teléfono móvil apoyado en el hueco de su mano (y al asomarse brillaron a la luz sus cabellos rubios como las monedas con que iba a pagar), y dijo en respuesta a la mirada incrédula del Decembrista:

—¡Que te jodan!

Tras maniobrar en busca de la salida, la furgoneta arrancó al punto, y la escena se repitió casi de nuevo..., esta vez con el Decembrista teniendo que moverse rápidamente y las ruedas del vehículo rechinando para detenerse a apenas diez centímetros de sus rodillas. Después de unos bocinazos de exasperación, el chófer de

la furgoneta dio marcha atrás, cambió de carril y aceleró para seguir su marcha..., no sin antes acompañar sus rítmicas arrancadas y frenazos con una serie de improperios que incluían diversas variantes de la palabra *culo*.

El Decembrista hizo una pausa, durante la cual sus labios se movieron en silencio, y después siguió caminando hacia su bar alemán.

Días después se hallaba sentado en una silla de respaldo recto junto a la piscina, contemplando sus aguas y los movimientos de vaivén de éstas. La piscina se movía, siempre e inevitablemente, pero el hombre estaba del todo inmóvil, con la cabeza echada hacia atrás, como en un agotamiento agónico. A su alrededor, metros y metros cuadrados de hierba: grama, hierba aplastada, hierba artificial; y el chispear incesante de los aspersores, que susurraban como una monstruosa cigarra... En un solo movimiento se agitó y se puso en pie. Ropa de crucero ahora: camisa suelta, pantalones azules, zapatos de marinero de lona blanca. Llevaba también un cinturón vaquero de fantasía, que en aquel instante se ajustó. Los huecos de la canana estaban vacíos, pero las pistoleras habían sido modificadas para contener dos finas latas de aerosol: una para combatir los mosquitos y otros insectos voladores; la otra, con líquido antihormigas.

Primero, una hora con su contable. Después, una hora con su jardinero. Tras ello, el almuerzo, servido a la sombra del toldo. Se limpió los labios con una servilleta y se puso en pie. La avispa fue zigzagueando hacia él de la forma que suelen hacerlo, como un viejo zurdo animoso, con movimientos aparentemente olvidados, fintas y poderosas acciones de distracción. Él la espantó con la izquierda y la alcanzó de frente. Y la avispa, entonces, se *enardeció*, erizándose de dolor, de feminidad y de juventud. Iban sinuosamente hacia ti en su mediana edad, pero también ellas fueron jóvenes y tuvieron delicadeza y brillante color. No se quedó a ver sus saltos, espirales y vuelos en formación.

En vez de ello, fue a las cuadras e intercambió allí unas palabras con un joven de aspecto musculoso llamado Rodney Vee.

—Rodney. —Con el ceño fruncido, como instándolo a hacer memoria, le preguntó—: ¿Cuánto hace que...?

—Desde el lunes, señor.

—¿Y hoy qué es?

—Viernes, señor.

Asintió e hizo un gesto más con un movimiento lateral de su cabeza.

Fueron a la parte de atrás del granero importado y, bajando unos escalones, pasaron a la entrada del garaje, que ahora no se empleaba como tal. De nuevo sacudió la cabeza con impaciencia mientras Rodney abría la puerta interior.

El sonido que se escuchó pareció al principio el resuello de un gran animal, pero enseguida se transformó en el grito ahogado de una bestezuela.

—Esto es todo, Rodney —dijo el Decembrista.

Pasó al interior. En un rincón del fondo había un joven desnudo, al que habían atado a una señorial silla de comedor y le habían cubierto la cabeza con un saco de arpillera. El pecho del joven se agitaba con violentas sacudidas y sus lamentos se arremolinaban con tonos fuertemente nasales.

El Decembrista cogió un taburete. Rebuscó, gruñendo, entre los utensilios de una bandeja que había a sus pies: pinchos, escoplos.

Pasó media hora.

Se puso en pie y levantó el saco de arpillera. Tras lanzar una mirada nerviosa a su alrededor, dejó caer la cabeza y alcanzó sus latas de insecticida, una a su izquierda, otra a su derecha.

El joven había perdido sus cabellos rubios.

—¡Abre los ojos! ¡Mírame...! ¿Te creías que podías joderme? ¿A mí? —dijo Joseph Andrews.

—Llevaos de aquí a este *condenado maricón*, metedlo en una *condenada saca de correos*, e id a..., id a... —A Andrews se le cortó la respiración—. ¡Id a lanzarlo desde el *condenado borde más alto* de la vieja cantera!

—Así se hará, señor. Así se hará —dijo Rodney Vee, que había cerrado ya la puerta interior del garaje, y añadió—: ¿Lo dice usted en serio, jefe?

—Bueno... Dadle unas pocas horas para que ordene sus ideas. Aunque..., no. ¿Dónde vive?

—En Vermilion Hills, jefe.

—Bien... Decidle que vais a arrojarlo a la cantera, pero llevadlo, en realidad, a ese maldito Vermilion Hills y una vez allí lo sacáis de su jodida furgoneta. En la carretera. Y no os andéis con miramientos. Un golpe, otro golpe, otro más... y ¡zas! Subamos ahora. O sea que Ruthie telefonea a Queenie, ¿es así?

Rodney asintió. Estaban subiendo las escaleras que conducían al sol.

—Y le dice: «¿Mamá? No te va a gustar, pero voy a casarme con Ahmed.» Y Queenie se enfurece: «¿Y eso? Cásate con ese Ahmed, y no se te ocurra volver a poner los pies en esta casa.» «¡Pero es que le amo!», y todo eso. Pasan seis meses. Vuelve a sonar el teléfono. Es Ruthie: «¡Mamá! Ven y llévame contigo... ¡Si supieras lo que me está haciendo...!» «¡Vaya!», le dice Queenie. «¿O sea que por fin te pasan factura tus pecados?» «Vamos, mamá... No te burles..., encima.» «Tranquilízate, cariño... Iré ahora mismo en un taxi. ¿Dónde estás?»

»Se trataba de un edificio muy grande, que parecía una mezquita, en Bishop's Avenue. Queenie cruzó la verja y subió por el paseo para coches. Llamó al timbre y el mayordomo la condujo a través de cinco salones de recepción, con Picassos, Rembrandts, Cézannes..., hasta llegar a donde estaba Ruthie en un diván, llorando a lágrima viva. Queenie la abrazó, y exclamó, enfadada: «¿Qué ocurre, Ruthie...?»

Cuéntaselo a tu madre. Estoy segura de que tú y Ahmed podréis arreglarlo.”

»“¡Ay, mamá! ¡Si supieras lo que me ha estado haciendo! Cuando vine a vivir con él, el agujero de mi culo tenía el tamaño de una moneda de cinco peniques...” “¿Sí, cariño?” “Bien..., pues ahora lo tengo como una moneda de cincuenta peniques. Llévame a casa.” Queenie pasea la vista por la habitación, y le dice: “A ver si nos entendemos... ¿Vas a renunciar a todo esto por cuarenta y cinco peniques?”»

»Ah..., aquí llega. Ahí tenemos sus famosas tetas.

2. CORA SUSAN

Aquí llega: Cora Susan.

Tenía que cruzar un centenar de metros de césped. Vista de lejos, parecía el ideal platónico de una joven madre. Pero... ¿dónde estaban los hijos? Mirando a través de las gotas del aspersor de riego, uno esperaba descubrirlos, ver a los niños a su alrededor, retozando en la hierba a sus pies. Ésa debía de ser la razón de que avanzara tan lentamente, con aire ensimismado (pensándose bien antes de dar cada paso), para no adelantarse a los pequeños. Pero no había ningún niño allí... Llevaba, como de costumbre, un vestido de algodón blanco y un amplio sombrero de paja. De su hombro izquierdo colgaban las cintas de un bolso de rafia (¿guardaría en él las toallitas y los pañales, y la media enrollada que mojaría con saliva para limpiezas de emergencia de las bocas infantiles? No; allí no había niños). Una ligera arritmia en el taconeo de sus sandalias: un tiempo de retraso, que se acortaba a media que se aproximaba. Los cabellos de Cora Susan eran largos, lacios y finos, de un gris resplandeciente que te recordaba que el gris era un color, un color como cualquier otro. Contaba treinta y seis años y su estatura era algo inferior al metro sesenta.

—Toma una silla, querida. Paquita te traerá un vaso de vino. Tengo malas noticias.

Ella se quitó el sombrero, pero permaneció de pie en la terraza entoldada. Femenina a todas luces, pero nada maternal. Las esferas de sus ojos grises eran demasiado superficiales y carecían de los defectos y melladuras que ellos te dan..., que los niños marcan en tus ojos. Su boca mostraba una expresión falta de generosidad, algo que resueltamente rechazaba la indulgencia: no se extendía al mundo, al exterior, sino que se quedaba dentro. Y, después, sus caracteres sexuales secundarios: los pechos, sus famosos pechos. Eran, por encima de todo, binoculares: los ojos de una criatura distinta, de un diferente tipo de ser, cuyas cualidades no eran necesariamente compartidas por Cora Susan: candor, inocencia, pureza incluso. Ningún niño los ajaría. Había razones para que así fuera.

Paquita sirvió un vaso de vino a Cora, y dejó la botella dentro de un cubo con hielo en la bandeja. A Joseph Andrews le trajo una bebida isotónica de una conocida

marca, Lucozade, traída al por mayor de Inglaterra para él. Cada pocos segundos, Andrews extendía lentamente la mano para tocar a su visitante, y la dejaba apoyada levemente en su codo, en su mano, en su muñeca, con gesto casi médico.

—Se trata de tu padre, querida. ¿Qué puedo decirte? Ha muerto. Ha pasado a mejor vida... No ha sido una gran sorpresa, pero era *tu padre*, Cora. Y ahora veamos... A ti..., a ti jamás te dijeron la verdad, querida. La versión de tu abuela..., ¿cómo era?

—La que ella me transmitió —dijo Cora con su voz sin acento y perfectamente educada— fue que papá quedó imposibilitado a consecuencia de una caída en la montaña. Mamá, entonces, se convirtió y fue a Israel. Y yo me fui a Canadá con la abuela Susan. Esta parte es cierta.

—... Mick Meo lo hizo, Cora. Tu propio abuelo le atizó a tu padre.

Ella tomó aire y lo expelió audiblemente.

—Las relaciones entre los Susan y los Meo nunca han sido fáciles. Y no hablo sólo del matrimonio entre tus padres. Sé lo que le hizo Mick Meo a Damon Susan. Aquello le valió una condena de nueve años: por intento de asesinato. ¿Cuánto sabes tú de...?

—¡Oh, Jo, por favor! Cuéntamelo todo.

—Ése es el espíritu, Cora... ¡Así me gusta!... Tus padres siempre estaban peleándose, incluso antes de comprometerse. La suya era una relación muy violenta. Pero la mala suerte quiso que un buen día tu madre telefonara a Mick y le dijera que Damon se había tomado ciertas libertades con ella... Unas libertades legítimas.

—¿Y eso qué significa?

—Nada para escandalizarse, querida...: que se la tiró por la retaguardia.

Sin ningún cambio en el tono ni en la modulación, Cora dijo:

—También a mí me folló por la retaguardia..., y todo eso.

—Sé que lo hizo, querida. —De nuevo apoyó la mano en su muñeca—. Y si *Mick* lo hubiera sabido, Damon no habría tenido ninguna posibilidad de vivir. No hubiera existido la más mínima posibilidad de semejante intento de asesinato *fallido*. Eso te lo aseguro.

»No había teléfonos móviles en aquellos tiempos. Leda dejó un mensaje en el cobertizo. Mick está fuera, cortando cables de alta tensión (un trabajo peligroso, que requiere mucha experiencia), pero Mick era un excelente ladrón. Responde a la llamada: «¿Qué te ha hecho?» Pero Mick está fuera, en Stoke, y hay una maldita huelga de mineros y él... El caso es que se las arregló para presentarse allí de madrugada.

—Floral Grove. Stoke Newington.

—Llegó allí al amanecer. Tu madre y tu padre estaban completamente dormidos. En la misma cama. Así que no sé... De alguna forma debieron de haber arreglado las cosas entre ellos. Tu abuelo se enfureció y descorrió las cortinas. Ya sabes: despertar y sentirse deslumbrado por el sol. Por desgracia, Mick llevaba aún puesta su ropa de

trabajo: gruesas botas con suelas claveteadas. Y los guantes reforzados... por los cables. Ah, y su casco. Así que enseguida está a horcajadas encima de Damon, dándole cabezazos, golpeándolo y sujetándolo por los brazos con los guantes. Entonces Leda se echa sobre *Mick*: si me permites decirlo, parece que ha cambiado de sentimientos. Así que *Mick* se enfurece y la encierra en el cuarto de baño, no sin antes darle un golpecito, unos cuantos, por desgracia... ¡Pero era *su propia hija*, Cora...!

»Damon sigue allí en un charco de sangre. “¡Maldito seas...! ¡Animal!” Todo eso. *Mick* se enfurece: “¿Cómo tienes la nariz?” “¿Que cómo tengo la nariz? ¡No puedo ver nada!” Después..., ya sabes, empieza a “razonar” con él... Lo habitual: “¡Eh, *Mick*..., compañero! Sin resentimiento... Lo justo es justo. Me pasé de la raya. Y me has dado una buena lección. Eso es todo. Aquí acaba todo.” Pero *Mick* se enfurece: “Es un crimen pasional lo que tenemos aquí, muchacho...” Ni que decir tiene que lleva años queriendo hacérselas pagar a Damon. “Esto *aún no es nada*, hijo. *Aún no es nada*.”

»*Mick* arrastró a Damon al suelo y él se subió a la cama. Más adelante se rompería las piernas. Saltando. Pero entonces, cuando aún podía hacer lo que quería con ellas, tu abuelo encajó de lado las piernas de Damon y se puso a asestarle patadas en los huevos y la chorra. Con sus botas de trabajo, aquello era terrible. Damon ya no se quejaba apenas, pero Leda dio la vuelta, asomó la cabeza por la puerta de al lado y se puso a gritar. *Mick*, sin embargo, no le prestó atención.

»Cuando le hubo roto los brazos y todos los dedos, lo agarró por los cabellos y lo que le quedaba de las pelotas y, lamentablemente, lo lanzó por la ventana.

—¿Estaba abierta la ventana en aquel momento?

—Por desgracia, no.

—Estoy tratando de recordar la casa. Estaban en el segundo piso, ¿no?

—No... Era un tercer piso.

—Pero había un prado allí. Había hierba en la parte de atrás.

—Ojalá la hubiera habido. Aquello sí que fue realmente una desgracia. Justo la semana anterior, Damon había hecho sustituir la hierba por rocalla. Y fue a caer en eso. Fue lo que lo fastidió, ya que dio de cabeza contra ella. Estuvo casi un año en Cuidados Intensivos. Y, por supuesto, *Mick* ya había empezado para entonces a cumplir su condena de nueve años. Es obvio también que podía haber alegado circunstancias atenuantes. «Señoría..., lo hice porque se tiró a mi hija por el culo...» Pero no quiso lanzar semejante baldón sobre ella, así que jamás lo dijo. Luego, la abuela Susan te llevó enseguida a Vancouver. Y tú te alejaste de los Meo para siempre.

—¿Y mamá?

—No has probado el vino, querida. En cuanto a tu madre, estuvo dando algunos tumbos, y después se arregló con Tony Odgers. Luego a Tony lo enviaron a la cárcel para siete años, por extorsión con amenazas. Entre tanto, soltaron finalmente a Teddy

Ambrose, y tu madre se lió con él. Hasta que a Teddy lo hicieron picadillo en una bronca en El Mundo al Revés. Tu madre tuvo que darse el piro por un tiempo; hasta que se recuperó y se entendió con Ian Thorogood. Pero a Ian le atizaron un golpe en la cabeza con una llave inglesa mientras estaba custodiado por la policía. Las cosas iban bastante bien entre tu madre y Frank Purdom, pero en éstas soltaron a Nick Odgers durante una semana: el tiempo suficiente para que éste se cargara a Purdom, con lo que tu madre volvió a las andadas. Keith Room fue muy bueno con ella hasta que le echaron doce años, y después tu madre nos asombró a todos yéndose a vivir con Thelonus Curtly; y cuando colgaron a éste, ella se vino abajo, según pensaron muchos, y unió su suerte a la de Lon Chang You. Pero ya se había dado a la bebida y estaba muy mal por entonces. Para serte totalmente sincero, Cora, su reputación había comenzado a resentirse. Al final, todos la llamaban Culiáncha Kath... Un nombre divertido, sí. Aunque jamás supe por qué le añadieron el Kath... ¿Cómo te sientes, querida?

—Oh..., bastante bien.

—Eres una joven dura, Cora. Tenías que serlo. A veces incluso me espanta lo que veo en ti. Pero, en fin... Tu padre no era el mejor de los padres, pero era tu padre. Tu padre natural, querida. Damon hizo lo que hizo. Porque Damon era también como era. Se lió contigo, y no hay excusa para eso. Pero erais una *familia*, a pesar de todo. Y Mick Meo, con su actitud excesiva y apresurada... Pero, en fin, conozco bien a mi Cora Susan, y sé que no vas a dejarte hundir por todo esto. Sé que vas a querer vengarte de alguien. Y sólo queda vivo uno de ellos: el tío Xan.

—¡El tío Xan!

—Yo mismo me encargué de que le sacudieran una paliza el otro día... Por algo que no tiene nada que ver con los Susan.

—¿Y eso?

—Me delató. Y luego fue a los periódicos a decir que él nunca... Y se refirió a mí como un *gilipollas* loco... —Joseph Andrews sacudió la cabeza y esbozó una sonrisa de asombrada incredulidad. En la mesa que tenían delante había una carpeta verde. Alargó la mano para alcanzarla—. Mira lo que dice: «... quien me hizo esto en octubre o encargó que me lo hicieran... piensa que he estado contando cuentos ante la Justicia. Y eso es algo que yo no haría *nunca*... Ya pueden meterme hierros candentes por el culo..., a quien me hizo esto le digo, ven y...» Bueno, pues en ésas estamos —añadió con franca admiración—. No es menos de lo que debería haber dicho, por supuesto. Pero en estos tiempos que corren no es costumbre descubrir el *propio juego*. Hay mucho de Mick en él, Cora. Como está Mick en ti y en todos los demás.

—Y está el dinero.

—Y el dinero. El dinero de Hebe. El que te quitaron. ¿Volverás para el funeral, supongo...? Léete todo esto. ¿Y del otro asunto?

—Superando todas las expectativas.

—¡Joder! Voy a tener que darme un sablazo con lo que estamos sacando de esto. ¡Eso sí que es un buen golpe! —Juntó las manos uniendo las uñas—. El *doble juego*. Te digo una cosa, querida... Si todo esto sale bien, puedes contar con que me retiro. Que te lo dejo todo a ti. ¡Joder..., la *satisfacción*! ¿No es una maravilla, Cora? Se la hemos jugado buena.

La carpeta verde fue a parar al bolso de rafia, y Cora Susan besó a Joseph Andrews y se alejó por el césped. Se movía con aire ensimismado, como pensándose muy bien antes de dar cada paso.

3. CIUDADANO

A unos treinta y tantos kilómetros de allí, por el noreste, Clint Smoker se estaba instalando en su mitad de una cabaña levantada en los terrenos de una mansión de estilo moro conocida localmente como La Ponderosa. En la parte de Clint, como en todas las demás, en la pared iluminada por el ventanal había una reproducción a gran tamaño, y vivo colorido, de «La Creación» de Miguel Ángel. Clint escribía:

Jefe: Llegue sin novedad. El hotel es espléndido. Mi acompañante, Kate, está particularmente impresionada por los duendecillos borrachos que se alinean día y noche a lo largo de la avenida de entrada. Aquí se pueden conseguir buenas informaciones. Ya sé que recibiste la orden de mantener la boca cerrada, y espero que eso te haga feliz.

Sí, pensó Clint. Según Jeff Strite, Heaf fue convocado —no precisamente a Downing Street, sino a un sofocante sótano en la FPA^[20]—, junto con los demás propietarios de revistas porno, convencionales y electrónicas, de las Islas Británicas. Un hombre del Palacio con apellido compuesto se presentó y les dijo que el material acerca de la princesa era falso y estaba amañado, y que quería que tuvieran la amabilidad de callar acerca de él. Heaf regresó al *Lark* derramando lágrimas de orgullo.

Creo que vas a tener una merma en los ingresos a causa de tus recientes contactos con la realeza; pero bueno, ya me conoces: soy un cínico. A pesar de ello, aún podemos tocar temas relacionados con la pequeña Victoria, o que guarden cierto paralelismo con ella. Tengo un par de ideas al respecto. De momento, como te prometí, te envío un editorial revisado acerca del pajillero de Walthamstow:

En el pasado mes se ha desarrollado una tragedia en el corazón de Essex.

Durante dos días y dos noches un hombre inocente y herido —al que nos enorgullece calificar como un lector del *Lark*— ha estado languideciendo en un calabozo de Rotherthithe sin recibir tratamiento alguno, antes de ser puesto en libertad bajo fianza.

Hoy se enfrenta a una acusación de escándalo público.

Y todo eso... ¿por qué?

Los especialistas en sanidad hace tiempo que han convenido en que masturbarse periódicamente es importantísimo para el bienestar masculino.

Como bien sabe cualquier polla, un meneo decente reduce la tensión y te relaja para el resto del día.

Y tampoco hay nada mejor para inducir a un buen sueño nocturno.

Imagínense, pues.

En el aislado retiro de una zona desocupada de unos baños públicos, ese ciudadano sin tacha estaba tratando de aliviarse con la edición diaria del periódico que ahora tiene usted en sus manos.

Pero lo que no podía ni imaginar es que alguien irrumpiría en ese mismo instante en aquel lugar: una cuarentona cargada con cubo y fregona.

¡Enhorabuena, querida!

¡La jodiste bien!

En su confusión, lamentablemente estorbado por su propia ropa, resbaló en las baldosas mojadas del suelo y se causó graves lesiones.

¡Poco se imaginaba que su tribulación —¿o sería más exacto decir «su martirio»?— aún estaba por empezar!

A ese hombre queremos decirle que no le olvidamos.

Le decimos que estamos con él y que seguiremos siempre a su lado.

Y os invitamos a todos a meneáosla en honor del Hombre de Walthamstow.

Clint había echado un breve y admirativo vistazo a su cuarto de baño, pero aún no lo había usado. Ahora levantó el precinto de plástico que ceñía la tapa para sentarse a horcajadas en la taza del váter. Al cabo de pocos segundos notó que experimentaba una gradual despersonalización, como si estuviera a punto de percibir los sonos y colores introductorios de una enfermedad capaz de cambiar una vida. Su mirada se movió hacia la izquierda. El lavabo..., ¡qué pequeño era! Su mirada se movió a la derecha: el portarrollos de papel higiénico, las dimensiones actuales del papel de celulosa: reducidas. Y el asiento en el que se acomodaba: pequeño como un orinalito infantil. Cuando te limpiabas, parecía... Sí, el contraste te daba la sensación de haber mejorado algo. Pero te servía de poco.

Regresó, paseando, a su estudio. Ducha y cambio de ropa en un minuto: quitarse la ropa del avión (las impolutas zapatillas de deporte, el aerodinámico chándal) y

vestirse con algo elegante. Para las cinco y media estaba fijado un cóctel de inauguración... Para conocer a sus compañeros..., ¿clientes, invitados, huéspedes? ¿Cómo los llamaba el folleto: residentes? No..., *ciudadanos*. Ciudadanos de la Academia de San Sebastiano para Hombres con Aparato de Inserción corto... La reproducción de la pared que quedaba frente al ventanal... ¡Uf! ¡Qué estado el de aquel Adán...! Vamos..., habría que encajarlo en algún lugar mejor que aquél. No casaba allí con aquel *anacardo* entre sus piernas.

¿Estaría Miguel Ángel burlándose..., meándose de risa? ¿O sería Dios quien...?

4. EN EWELME

—¿Qi? ¿Q, i? No, no, no... No puedes escribir una *q* sin su *u*. Ahora, si tú no juegas, lo haré yo... ¡Juego...! Veamos dónde estamos... Q, i..., vale. ¿Qué significa eso? Bueno..., ya se ve..., todas las *q* llevan una *u* detrás. ¡Ah! ¡Ésta no! Bueno..., es una palabra muy rara. Aquí dice que es «la fuerza vital de la persona de un individuo, cuyo libre fluir en el cuerpo se piensa que asegura la salud física y espiritual». Bien..., que Dios nos ayude. ¿Y ahora qué pasa? Yo me llevo los puntos. Si no te importa. Y has hecho eso dos veces. En una palabra que cuenta el triple.

—Sesenta y nueve.

—¿Sesenta y nueve? Yo tengo trece menos. Y cambio mis letras. ¿Dónde está la bolsa?

—Lo siento, papá, pero... ¿te importa que lo dejemos ahora?

—¡Oh! No te vayas, querida. Apenas acabamos de empezar. Quédate y tómate un buen tazón de chocolate caliente, por lo menos.

Al minuto siguiente, Enrique preguntó:

—¿Qué harías tú, Bugger? Estoy tratando de animarla, pero la agoto, y me agoto a mí mismo también. Y cuando intento sacarla de...

—Escribidle, señor —dijo Brendan—. Escribid.

El rey se quedaba despierto hasta tarde, oyendo el mar de Irlanda. Ewelme se encuentra en la punta noroccidental de la península de Gales, al extremo de una carretera de un solo carril de kilómetro y medio de longitud. Su situación, junto con el tiempo, infaliblemente espantoso, espanta a los intrusos y ciertamente a todos los visitantes: ninguno que se hubiera alojado en Ewelme estaba deseoso de volver a hacerlo. Enrique, sentado en su escritorio con el abrigo puesto, sentía vibrar sus oídos cada vez que la campana de la torre daba los cuartos de hora. El viento era de esos que cometen asesinatos en la noche, inesperados raptos, terribles ahogos...

Queridísima hija:

Mi espíritu se duele por ti. De verdad. Jamás te he visto tan profundamente abatida. Incluso después del accidente de mamá, la energía de tu juventud pareció empujarte a seguir. Ahora duermes dieciséis horas diarias y apenas comes nada. (Y cuando estás despierta, te veo siempre enfrascada en el Corán o los Upanishads, o el Tárgum o Dios sabe qué.) Querría que, por lo menos, aceptaras mantener una conversación con Sir Edward.

Hija mía, no sé *exactamente* qué es lo que te preocupa. Bueno..., tengo una idea aproximada. Y, si bien en todas estas cosas tú eres quien más las sufre, esta ignorancia se le hace a tu padre insoportable. Porque, más que padecer por algo en particular, me siento atormentado por *todo*. No me atrevo a cerrar los ojos por temor a lo que pueda ver. Te suplico que me expliques qué es lo que sucedió realmente en la Casita Amarilla, querida. (¿Quién te sorprendió allí?) Y creo firmemente que tú misma te darás cuenta de que también es mejor para ti que yo lo sepa. Porque, aunque hubieras tenido algo así como un revolcón con cualquiera de esos apuestos chicos árabes..., ¿qué importaría eso?

Y todos esos buitres... Nuestra postura oficial es que los materiales son falsos. Tú y yo somos conscientes de que, al menos en parte, no son falsos. Mi confianza en eso es menor que la de Brendan. Sin embargo, no ha habido ningún desmentido, ni refutación de la falsedad, por más que esos materiales están presumiblemente en manos de nuestros enemigos. Esto ha sido una gran suerte (pues las cosas se han calmado un tanto). Brendan dice que su silencio refleja cierta incapacidad por su parte. Y hay otra posibilidad muy alentadora, que te comentaré en cuanto te decidas a hablarme.

Acabo de leer todo esto, y lo encuentro como el huevo del cura: «¡Bueno en según qué partes!»^[21]..., por más que sea asqueroso en realidad. Trato de expresar el amor incondicional y la simpatía que siento por ti, pero veo que mis palabras suenan egoístas y pomposas. ¡Lo siento, hija...! Es mi triste modo de ser...

Cariño, hija, mi tesoro..., te lo suplico: pasemos esto juntos. Estoy deseando abrazarte y sentir físicamente la presión de tus hombros. Recuérdalo. Somos nosotros dos ahora.

5. 14 FEBRERO (1.10 P. M.): 101 HEAVY

Comandante John Macmanaman: ¿Cómo está nuestro mecánico de vuelo?

Primer oficial Nick Chopko: Se ha dormido.

Macmanaman: Reconozco que ha sido capaz de arreglar el ordenador. Yo lo habría apagado, y habría pasado a control manual... ¿Has visto esas tejas que utilizan

en Inglaterra: láminas de pizarra gris?

Chopko: Afiladas como machetes.

Macmanaman: La vio venir... A Rennie le pareció que era un pájaro muerto... Pero giró hacia él. Derecha a su cabeza.

Chopko: ¡Joder!

Macmanaman:... Estaba escrito que Royce Traynor sólo volaría en CigAir cuando estuviera en el estado en que se encuentra hoy.

Chopko: Muerto.

Macmanaman: Muerto. Para él era como una misión. Rennie decía que no había nada —repito, nada— que le gustara tanto como decirle a alguien que apagara un cigarrillo. Era capaz de levantarse en mitad de la noche y llamar un taxi, si existía una buena posibilidad de poder decirle a alguien que apagara su cigarrillo. Y fíjate bien: Rennie estuvo fumando un paquete diario durante cuarenta y tres años, sin que él lo supiera. La hubiera matado. Seguro que la hubiera *matado*. Pienso que debía de ver algo en él, algo que la hacía sentirse apegada a él. ¿Por qué la gente no se suelta, Nick? ¿Por qué no abandonan a uno sin más?

Chopko: Yo tampoco lo sé.

Macmanaman: Una personalidad adictiva... No me gusta cómo están las cosas aquí. Hay demasiada claridad. No me gusta el aspecto físico de todo esto. La diferencia entre potencia máxima y entrar en pérdida es sólo de un par de nudos. Es como estar patinando sobre hielo negro. Pide permiso para subir a tres siete cero. Aguarda..., la cizalladura del viento: tengo la sensación de que se mueve detrás de nosotros. Es como... Oh, haz que se sienten todos, Nick. Y también las chicas, en cuanto hayan asegurado bien los carritos. Es la tercera vez que la siento llegar. Hay aire poco denso fuera, una turbulencia en aire claro. Esta vez la noto.

Cuatro minutos después, el vuelo 101 descendía mil metros a la velocidad de la gravedad: nueve con ocho metros por segundo cada segundo. El ataúd de Royce Traynor saltó desde el piso de la bodega 3 y golpeó su techo. Tras el golpe, se precipitó hacia abajo de nuevo. Fue a dar de canto contra uno de los bidones de material inflamable. Primero se produjo un fuerte escape de líquido denso rosado, al que siguió una salida continua y regular. Al cabo de veinticinco minutos, el ya dominante charco de líquido rosado comenzaría a despedir vapores.

6. APOLOGÍA-1

Joseph Andrews estaba arriba, en su despacho. Dos planchas inclinadas de vidrio, formando un triángulo isósceles con el piso. Podías distinguir cada manchita de su

piel, cada pelillo. Tenía en la mano un micrófono: abultado, con cable; el micrófono de un cantante melódico de antaño. El botón de *pausa* hacía un pequeño *clic* cada vez que lo soltaba o accionaba.

«[*Clic.*] Quiero contarle mi vida. De hombre a hombre. Y que me juzgue. Que sea usted quien me juzgue... [*Clic...*] ¡Joder! ¿Por dónde iba...? Sigamos, pues. Adelante. [*Clic.*]

»Yo tenía tal fama de aguantar el dolor que, cuando el dentista de la cárcel se ofreció a ponerme una inyección anestésica, me sentí en la obligación de pegarle un puñetazo.

»Así que él tuvo que ir a ver a *su* dentista. Y después, claro, los guardias me encerraron en la celda de castigo. Lo normal. Pero seguí siendo el mismo. Cuando el dentista volvió [*clic*] con su jodida mandíbula en cabestrillo... [*Clic*] Bueno..., se vengaron. Yo estaba dentro de una camisa de fuerza, con la cabeza en un cepo, y me abrieron la boca con una hoja de sierra. Oh..., aquel dentista... Tuve un absceso y me dieron permiso para volver a visitarlo. ¡Santo cielo! Estaban vigilándome a ver si me estremecía. Pero no lo hice. [*Clic.*]

»[*Clic.*] No hay forma de castigo aplicada en las prisiones de Su Majestad que yo no haya padecido. A pan y agua, privación de colchón, bloque de irreductibles... En la enfermería me han administrado medicinas para atontarme y purgarme. Te las echan en el café. Las primeras no son tan malas, sólo hacen que camines como si te fallaran las piernas... Pero los laxantes... Bueno, puedes matar a un hombre con ellos en una semana. He recibido azotes con el látigo y con la vara de fresno. Es una falacia eso de que yo silbara mientras me aplicaban el castigo. Pero al decimotercer golpe, yo solía emitir un simpático bostezo..., lo que hacía que al guardia le entraran prisas por darme los cinco golpes finales. Tratando de hacerme gritar, claro. Pero ni por éstas. La vara es lo peor. Es... atenta más contra la dignidad del hombre porque los golpes te los dan en el culo. Quiero decir que el látigo, cuando hiere, hiere la espalda de un hombre. Pero al que se le azota en el culo se le considera sólo un bebé.

»Éstos son sólo los castigos *oficiales*. Se han meado en mi té y defecado en mi rancho. Durante cinco semanas me han tenido en la celda atado a un tablón: otro atentado contra mis derechos. Pero ya te puedes quejar... Como cuando mi madre fue a verme a Durham —un viaje de dos días en aquellos tiempos— y se encontró con que una hora antes de su llegada ¡me habían trasladado a Strangeways! Así son de rastreros. Son hombres que viven para ver a otros hombres encerrados. Cuando te sueltan por algún tecnicismo, ves en ellos una risita de complicidad. Ves la mirada que descubre su rostro, y entonces sabes que volverás a verlos. Que sólo es cuestión de cuándo. Y de cuándo te atrapen, por supuesto. Es la realidad de la vida. [*Clic.*]

»[*Clic.*] Quiero contarle mi historia, de hombre a hombre. Correcta o no, júzguela usted mismo.

»Como muchas personas, yo fui, en mi juventud, un combativo boxeador. Gané cuatro de mis once primeros combates en Bermondsey Baths. Lo cual quizá no

parezca un historial demasiado brillante. ¡Pero jamás perdí ninguno! De hecho, los once acabaron en fuera de combate de mis oponentes. Comprenda..., tenía una desgraciada tendencia a hacer que me descalificaran. En lugar de quedarme con el brazo en alto como vencedor mientras el otro era retirado en camilla, yo seguía arrodillado en la lona atizándole lo que se mereciera. Eran peleas para... Bueno, canalizar mi agresividad. En el undécimo combate tumbé al árbitro y lo dejé como muerto. Y me suspendieron, claro. [Clic.] Y el señor Shackleton, el director de la Asociación de Boxeadores Juveniles, jamás supo qué le golpeó..., tan de improviso lo pillé. [Clic.] Tras esta decisión, no me quedó otra elección que seguir por la senda del crimen.

»Mi primer conflicto con la ley fue por la posesión de un arma ofensiva. No digo defensiva, no: ofensiva. El poli de turno te hace poner de cara a la pared y se produce una..., una de esas típicas conversaciones para besugos: “Veamos... ¿Qué es esto?” “¿Qué va a ser?” “¿Y por qué llevas encima una navaja?” “Siempre la llevo.” “¿Para qué?” “Siempre llevo una navaja.” “Sí, pero... ¿por qué?” “Porque la llevo siempre.” Y bla, bla, bla... Yo tenía ocho años entonces. Así que el asistente social se apresuró a enviarme al reformatorio. De donde, naturalmente, pasé a Borstal^[22]. E incluso en mis tiempos de boxeador tuve que cumplir un par de sentencias en la prisión de Pentonville, por robo con fractura..., en la que la fractura solía ser la del cristal de un escaparate. (Romperlo y meter mano: podría ser la definición de un sujetador de cristal, ¿no?) Esto era por los años treinta. Luego vino la guerra... No me interpretes mal. Fuimos unos patriotas y todo eso. En la lucha contra el espectro del nazismo, deseamos a las fuerzas armadas toda la suerte del mundo. Pero no íbamos a ponernos un uniforme sólo para complacer a las personas de orden. Ni hablar. [Clic.] Y si de noche, a oscuras, te cruzabas con un soldado, le dabas buenos motivos para lamentarlo. [Clic.] Es decir, que en los años de la guerra o estabas a la sombra o siempre alerta para evitar que te movilizaran. En 1944, cuando estaba concluyendo mis tres años de condena en la prisión de Wormwood Scrubs, internaron allí a Sir Oswald Mosley^[23], con fama de camisa negra, y a su esposa, Lady Diana. Hubo un plan para cargárselo durante el recreo, pero resultó ser un individuo de lo más razonable, y lo dejamos tranquilo.

»Las cosas empezaron muy bien después de la guerra, a pesar de la austeridad. Nos pusimos a falsificar como locos cartillas de racionamiento y otras cosas así. Entonces, en el año de tu nacimiento, tuve mi primer golpe de suerte decente... y mi primera chica en serio. Muchos cambios y rodeos, después. [Clic. Clic.] ¡Qué curiosa palabra ésta..., *bird*! Viene de *birdlime* (liga), que rima con *time* (tiempo), por lo que sugiere la idea de un tiempo de prisión o condena. La liga, en efecto, era una sustancia pegajosa que se ponía en las ramas de los árboles para cazar pájaros. Dedos pegajosos, es decir, dedos ladrones. Pero son pájaros lo que atrapan, no ramas; así que la comparación no es exacta. Por otra parte, *bird* significa también “chica”; lo mismo que un *richard*, que se refiere a Ricardo III, pero que se toma en el mismo

sentido por la semejanza entre los sonidos *bird* y *third* (tercero). [*Clic.*] Ambos, en el argot teatral, se refieren también a una sarta de tonterías. [*Clic.*] Y, sin embargo, he oído decir que la palabra *bird* proviene originariamente de *bride* (novia)... En fin...

»El golpe de suerte del que hablo fue el robo del aeropuerto. Del aeropuerto de Heath Row, en dos palabras, como se escribía en aquel entonces. También conocido como el robo del seguro de protección: un cargamento nocturno de diamantes valorado en más de ciento sesenta mil libras..., millones en moneda actual. Se suponía que los guardias iban a ser drogados con un barbital en el café. Pero cuando le di a uno un golpe [*clic*] con la maldita barra de hierro que llevaba [*clic*], los otros saltaron y se sumaron a la fiesta. ¡Era la Brigada Fantasma! Bueno..., no sé..., tal vez esperaban ser atacados por colegiales. No habían calculado que seríamos yo, Ginger, Dodger, Gimlet, Whippo, Chick y Yocker, y les hicimos una tremenda carnicería. Cuando salimos, se habían congregado los polis, y nos las hicieron pasar canutas. Yo me dije que más valía poner tierra por medio. Me había deslizado debajo de una furgoneta de policía y estaba agarrado al tubo de escape. Ya puedes imaginar: al primer semáforo en que nos detuviéramos, me largaría. Pero habían conectado las sirenas y fueron corriendo sin detenerse hasta la comisaría de Battersea, a veinticinco kilómetros de allí. Para entonces, yo tenía el pecho y los brazos soldados al tubo de escape. Tuvieron que cortarlo para librarme y meterme en chirona. Aún tengo las cicatrices. Uno de los chicos de la Brigada Fantasma estaba en estado crítico, y cargarse a un poli se castigaba entonces con la pena máxima. Hice incluso que mi madre le enviara unos racimos de uvas... ¡a un poli! Pero ésa es una... [*clic*] una... [*clic*] una de las extrañas paradojas a que te ves reducido cuando te has visto implicado y has participado en esa clase de juego.

»Pasé en chirona todas y cada una de las horas de mis catorce años. En aquellos tiempos, si te castigaban, no te aplicaban la menor remisión por las subsiguientes faltas. Así que, la primera semana que permanecen en Winston Green, me dije: “Juégasela al alcaide, y que te condenen al látigo.” Se la jugué al alcaide: le hice una zancadilla en el huerto, cayó y se dio de cara contra mi pala. Los guardias me dieron una buena tunda —a algunos les gané, con otros perdí—, pero, cuando llegó el momento de los azotes, ¡la Secretaría de Interior planteó algunas preguntas sobre mi caso en la Cámara de los Comunes! ¡Y que me aspen si aquello no les devolvió la pelota! Pasé allí horas muy negras, pero nada comparado con aquella mañana en que se presentaron y cancelaron mi castigo. ¡He tenido tantas entrevistas después, en las que siempre han intentado declararme aquejado de problemas mentales...!

»Cuando salí después de mi condena a catorce años... —me sentenciaron en 1949, así que esto debía de ser en 1963—, me encontré en una situación incómoda. Eso es lo que ocurre a menudo cuando sales: que, te guste o no, estás abocado a volver. Mi hermana Polly vivía entonces con Pongo Droy. Poco antes, Pongo había rajado a Noel Shortly... ¡que se había chivado de él! Es decir: Noel había denunciado a Pongo ante la ley. Lo que, para mí... Bueno..., Pongo no iba a aguantar eso, ¿no?

Le echaron tres meses, lo que era un poco severo, porque en aquellos tiempos podías despacharte a gusto con una navaja y salirte con sólo una multa de diez chelines. Estando Pongo fuera, su hermano Hughie se cargó a Duncan Shortly, el padre de Noel. Por lo que el sobrino de Duncan, Cecil O'Rourke, puso patas arriba a Hughie en El Mundo al Revés... El maldito Pongo salió y [clic] jodió a... Sí, lo jodió [clic], atacó a Cecil con una botella rota y después fue en busca de Noel..., quien le estaba esperando con una escopeta de cañones recortados. Pongo perdió las dos piernas de rodilla para abajo y Polly vino corriendo a verme. Yo sólo llevaba una semana fuera, y todo aquello no me interesó hasta que me contó que Noel había delatado a Pongo por lo de la navaja. Aquello me sacó de mis casillas. El resultado fue que me echaron ocho años por homicidio involuntario con agravantes.

»No salí hasta 1975, pues cumplí tres años más por mi participación en el llamado “motín del rodillo” en Winston Green. Y por ahora sigo en libertad: ya está bien de condenas. Como bien sabes tú, un hombre tiene que adaptarse y cambiar con los tiempos. Una petición de dos años más por lesiones me ofreció la ocasión de pensar. No llevaba mucho tiempo fuera cuando se me imputó un asesinato [clic] que había cometido realmente [clic], pero el caso fue sobreseído por falta de pruebas. Y Life tenía dieciocho años entonces. No, hijo, me dije a mí mismo. Es hora de pasar página. De empezar un camino distinto. Así que me fui y emigré a la Costa del Sol. Así empezó mi larga, y finalmente trágica, asociación con Keith el Serpiente. [Clic.]

»Métete esto en la cabeza. [Clic.] Usted no sabe nada de mí personalmente, pero mi nombre tal vez le sugiera algo. Dígame... ¿Le gusta leer? Yo jamás he leído mucho. Nunca encontraba el momento... Aunque no..., no era eso. Verá..., en la prisión es una forma más de fastidiarte. “¿Adónde habrá ido a parar tu libro, Jo? Deben de habérselo comido los ratones...” Y, después, una sonrisita. Con lo cual, tú te cabreas, y ellos ya te tienen pillado. Va con la vida allí. Yo nunca me acostumbré a leer en el trullo. No creo en la lectura. Se habla de tipos que han conseguido títulos por el jodido Oxford mientras estaban en chirona. Pero yo nunca soporté eso porque, en cuanto se ponían a leer, les daba por la religión y todo eso. Imagínese a tipos que se han cargado familias de seis miembros caminando con las manos cruzadas a la espalda..., rezando y todo eso. No lo aguanto. Si veo a un tío falso de éstos con una Biblia en las manos, me dan ganas de atizarle un porrazo. Sé bien lo que es verse privado de libertad, encerrado..., pero mis pensamientos son míos. Imagínese a los gemelos Kray^[24] diciendo en su libro: “Las flores son sonrisas que Dios nos dedica.”

»Pero un día pasó por delante de mí el carrito de los libros. Y, al pasar, vi el lomo de uno de ellos titulado *¡Joseph Andrews!* Mi primer pensamiento fue que alguien se había pasado y me había gastado una buena broma. Que alguien se había tomado la libertad de... de escribir la historia de mi vida sin haberme pedido permiso. Llamé a gritos al guardia, y así me enteré de que el nombre del fulano era Henry Fielding. Bien es cierto que luego me tranquilicé, al enterarme de que *Joseph Andrews* era una de las primeras novelas inglesas, publicada en fecha tan temprana como 1742. Me

puse mis gafas de ver la tele para leerla, aunque reconozco que no le encontré ni pies ni cabeza al lenguaje que, por lo visto, empleaban en aquellos tiempos. Pero se dice algo al principio acerca de un buen hombre que es más... influyente que uno malo. Y son palabras muy sabias...

»Años después di con otro libro, en tres volúmenes, titulado *Tom Jones*. “Debe de ser la biografía del cantante”, pensé, del famoso autor de *It's Not Unusual*. Pero no: era sólo un libro del mismo tipo, Henry Fielding. Yo siempre he sido un fan de Tom Jones, y todavía hoy me subiría a un avión para ir a alguno de sus conciertos. *It's Not Unusual* fue su mayor éxito, pero mi preferido es aún *The Green, Green Grass of Home*, sobre todo esta frase: “Me gustaría que pensaras en eso, si quieres: la verde, verde hierba del hogar.”» [Clic.]

Joseph Andrews llamó ahora a su amanuense, Manfred Curbishley: tirantes, una calva en forma de herradura por la parte de atrás de su cabeza, boca y ojos acuosos como ostras... Parecía que nunca hubiera salido de Londres, como si jamás hubiera abandonado el despacho de apuestas de Mile End Road. Y un rostro de bebedor, con su aspecto de acaloramiento: con sus mejillas rubicundas.

—Hay más —le dijo Joseph Andrews indicándole la grabadora con una inclinación de cabeza—, pero ya puedes empezar a traducir todo esto al inglés. Y quitar palabrotas... ¿Dónde está Rodney?

—Ha ido a acompañar a la señorita Susan al aeropuerto, jefe.

—Sí, claro, claro.

La pensativa mirada de Joseph Andrews (con cada trazo de su edad visible en el aire burbujeante) se posó en la carpeta verde, que estaba abierta sobre su mesa. Vio ahora que Cora había subrayado un nombre en uno de los recortes. Se puso las gafas: Pearl O'Daniel. Con un callado murmullo interior, se representó a su padre: Ossie O'Daniel. «Un buen hombre, un hombre de fiar, un hombre de principios: jamás aceptó nada de los guardias. Recuerdo una ocasión en que se presentó a pleno día con las vergüenzas al aire donde estábamos todos. Aquello ocurrió en Strangeways. Nos habían reunido a todos fuera para administrarnos un castigo. Nadie dijo nada acerca de Ossie y de su desnudez, ni siquiera los guardias. Aquella mañana le habían propinado veinticuatro golpes con la vara de fresno, así que era obligada cierta tolerancia; y, con mucho tacto, desviamos la vista para no verlo.»

7. NOSOTROS DOS

Brendan Urquhart-Gordon estaba en la cama con su ordenador portátil. Las imágenes que le servía la pantalla procedían de Oughtred; se trataba de duplicar,

mediante el uso de «isosuperficies y trasposición volumétrica», el material de la princesa. Afortunadamente, las falsificaciones de las primeras imágenes no se podían distinguir de las originales —al menos, no a simple vista— y el fragmento de cuatro segundos, en el que la princesa se giraba en el baño, era, en apariencia, un simulacro perfecto hasta en las ondulaciones del agua. Pero el intento de modificar la última entrega del enemigo, quitándole la luz y la magia, era un obvio fracaso. Aquí la tecnología se estrellaba contra sus límites estructurales. Brendan podía notar cómo subía su temperatura corporal: el casuista que era en su fuero interno estaba acusando la primera gran brecha en su defensa. Pensó (de nuevo): si el enemigo era capaz de indicar el momento y el lugar —el *Château*, la Casita Amarilla—, cualquier maldad quimérica podía convenirse en seguida en algo real, algo que hubiera que investigar, y los medios de comunicación...

La nueva imagen, reenviada esa misma mañana anónimamente a la Red, mostraba a la princesa en tres cuartos de perfil. Era una ampliación, y la calidad —la definición— parecía relativamente mala. Sin embargo, algo sí estaba claro: que la princesa no se hallaba sola. No se trataba de una sombra que se cerniera sobre ella: era una presencia implícita, exigida por la actitud de la princesa. Sus manos cruzadas sobre los hombros, el ángulo de su torso levemente apartado de un ser hipotético, su expresión... Esto era algo que la tecnología no podía captar: no podía captar la complejidad de la expresión de la princesa. Se la notaba sorprendida y extrañada también, pero no sobresaltada ni temerosa. Parecía intensamente preocupada, tal vez incluso levemente mareada. Pero la expresión de sus ojos y su penoso intento de mostrarse complaciente, con cortesía y *buenos modales*, no era algo que pudiera duplicarse.

Conservando puesto su pijama, y poniéndose encima todos sus jerséis, Brendan se vistió y fue a ver al rey. Lo encontró en su vestidor. Sentado delante de la chimenea apagada, con el rostro entre las manos. Sin levantar la mirada, Enrique le indicó algo que había en la mesita auxiliar. ¿Era una pelota de golf? No: una hoja de papel arrugada. A Brendan no le agradó ver cómo el rey la deshacía y alisaba, con el labio inferior tembloroso en pesarosa concentración, y se la pasaba luego con un suspiro que cerró sus ojos. Brendan le pidió y recibió permiso para encender la única resistencia eléctrica de la chimenea.

No me gusta esa coma, pensó al bajar la vista para leerla.

Querido papá,

¿Así que somos «nosotros dos» ahora, eh? A mamá le encantaría oírlo. Pero no lo oírás. Quizá podría haberle contado a mamá lo que ocurrió en la Casita Amarilla, aunque ella se hubiera sentido mucho más horrorizada que tú. Pero no puedo hacerlo... ¿o sí? Porque sólo somos «nosotros dos». Me entristece saber que lo estás pasando mal. Yo, por lo demás, estoy perfectamente. Es muy agradable que todo el mundo te mire con ojos de deseo. Yo no me atrevo a mirar

nada así, pero se lo he comentado a mis amigos, hasta que dejé de hacer también eso. El aire parece estar lleno de mí: hasta el viento parece estar diciendo mi nombre. Pero el aire y el viento están corrompidos. Cuando no estoy durmiendo o charlando contigo, o comiendo, me baño. Pero incluso bañarme me infecta de nuevo profundamente ahora. Hasta el agua limpia me parece agua fecal.

Quiero irme lejos, cada vez más lejos de eso que llaman Mundo.

¿Puedo acabar citando algunas frases de tu carta? «... por más que sea asqueroso en realidad... Es mi triste modo de ser... Cariño, pasemos esto juntos.»

¿Y esto?

«No me atrevo a cerrar los ojos por temor a lo que pueda ver.»

¡Oh, vamos, ciérralos! No es nada que no hayas visto antes.

Yo no pedí nacer. No pedí ser...

V.

—Estoy ciego como un gato recién nacido —dijo Enrique arrastrando la voz—. No veo nada. ¿Te parece posible, Bugger, hacer algo realmente espantoso en sueños y no recordarlo después?

Brendan se acercó. Esperaba poder encontrar palabras de consuelo para su señor. Enrique se había fijado en una determinada posibilidad: «Porque, aunque hubieras tenido algo así como un revolcón con cualquiera de esos apuestos chicos árabes..., ¿qué importaría eso?» Ya se presentaría mejor ocasión para decirle que el visitante de la Casita Amarilla no era, precisamente, un muchachito.

8. EMPLEE LA CABEZA

Jefe: Esta noche te enviaré por e-mail el artículo piloto para la columna. Te sugiero firmarlo como «Perro Callejero» (con la foto de un perro cruzado de aspecto gruñón). Luego, si alguien pregunta, podemos decir que es una sátira y que está inspirada en Jonathan Swift. (Emplearé siempre casos genéricos, para que nadie pueda querellarse contra nosotros.) Ya sabes, como la Modesta Propuesta de Swift, donde sugería a los irlandeses hambrientos que se comieran a sus propios retoños. Verá... Aquí, en LA, se está tramando una gran historia acerca de Vicky, que podemos desarrollar sin pasarnos ni un ápice de la raya. Se trata de un vídeo porno llamado *Princesa Lolita*. Un éxito colosal. Oportunísimo. Esta clase de publicidad es impagable. Te cuento más luego. El tiempo aquí se mantiene bajo una alta presión inamovible. Me enteré de que se *ahogaron* tres personas por las lluvias en el sureste de Inglaterra. Eso es lo que me encanta oír. Clint.

—¡Eh, borrico! ¿Cuántas son cinco por ocho?

—Cincuenta —respondió Rich.

—¿Ah, sí? ¿Y cuántas son cinco por diez?

—Cuarenta y siete.

Hubo una carcajada, a la que Clint se sumó. Asistía a una clase en la academia, junto con otros nueve ciudadanos. Rich se hallaba desnudo sobre una tarima al fondo del aula. Estaba dotado de unos atributos ridículamente enormes..., dotado más allá de cuanto podía ser útil (su cabeza y su torso parecían meros detalles de última hora en su diseño corporal: una silla de montar elefantes con su dosel precariamente sujeta al tronco), y se suponía que era un auténtico retrasado mental. En realidad, era una futura estrella del porno, que actuaba según las instrucciones recibidas. El director de la academia, John Working, había empleado en otros tiempos a auténticos deficientes psíquicos, pero era difícil encontrar el personal adecuado, y siempre estaban haciéndose daño o molestando a los ayudantes. Para las cenas nocturnas al aire libre alrededor de la piscina, Working contaba con un antiguo director de colegio de Los Ángeles Centro —un hombre al que le faltaban los dos testículos—, quien pasaba desnudo de mesa en mesa respondiendo con muy buen criterio a las preguntas que se le hacían sobre todo lo divino y lo humano; la futura estrella del porno tenía que estar presente allí también, devorando estúpidamente hamburguesa tras perrito caliente, mientras los ciudadanos de la academia daban buena cuenta de su trucha ahumada y sus ensaladas con queso de oveja.

—Eh, imbécil. Dime, en la Biblia..., ¿Adán y...?

—Uva —respondió Rich.

—¡Eh, so bobo! ¿Cuántos son los mandamientos?

—Nueve —respondió Rich tras pensárselo mucho.

Clint no quiso dejar de intervenir en el juego.

—Veamos, gilipollas... ¿Quiénes heredarán la tierra?

kerido clint: ¡vaya! ¡t han enviado a calfrnia pra cbrir el fnómno de la princs@ lolita pra el lark! acaba de llegar aquí tmbn, pro solo pue ds cnsguirlo en las sex shops y stán muy codicia2; tndré ke cnsguir que mi hermano (bueno, hermanastro) me cnsga uno: to2 hablan de él; dicn ke la actriz s parece muchísima nuestra vicky (apnas tiene 17 años) y realiza los clásco s nmeritos kchon2 con mozos de muls y dplomáticos, pra no mencionar alg1s 69 ¡con una kmarera! eso es lo que yo soy, clint, una simple kmarera..., ¿pasa algo? nunca he visitdo los estados unidos, pero he leído alg1s libros... ¿sgue habiendo rservs indi@s con sus tipis y grands posts-tótem? ¿o s todo muy spañol con pminta picante y nchilad@s? scríbeme y cuéntame todo, kerido, no puedo decirt lo feliz ke m siento sin orlando. t lo debo a ti. sta noche stoy en csa con mi pdre... ¡tan

tranquila...! dat pris@ n volvr a inglaterra. creo ke ya es hora, ¿no t prece? k8.

La mayoría de las chicas que uno conoce en las *chat-rooms* son meramente virtuales, pensó Clint mientras descansaba en su cabaña. No están allí, en realidad: son rutinarias chapuceras plagadas de afectaciones y monsergas. Pero... ¿y ésta? Un auténtico carácter, una burbujeante personalidad con un sentido del humor a prueba de bomba. Y una chica de buena familia, además, que sabía cuál era su lugar, a diferencia de otras que...

Haciendo crujir sus nudillos, Clint se acercó a la mesa en la que le esperaba el ordenador portátil. Inhaló aire ávidamente, sintiendo una inspiración insólita..., cómo era la frase..., ¿al notar el dictado del cielo?

Diario del Perro Callejero

Digamos, pues, que una monja fue atropellada por un coche robado y quedó sangrando en un paso cebra.

Ahora, antes de que pongamos nuestros calzoncillos en la secadora, consideremos el otro aspecto de la cuestión.

Los polis admitieron abiertamente que el muchacho había bebido unas cuantas copas.

De hecho, su índice de alcoholemia era cuatro veces superior al límite permitido.

Habría sido un milagro que hubiera notado que le pegaba un golpe a la monja. Tanto mejor para un ataque por sorpresa.

¿Y ella?

Treinta años de edad, «esposa de Cristo».

En otras palabras, que había decidido cerrarse de piernas para siempre y consagrarse a sus «buenas obras».

Pasa a alguien la bolsa para el mareo.

Dicen del hospital que ven mal la cosa, o sea que, como mínimo, no podrá pisar las calles en un par de años.

Pero... ¿qué hay de los otros?

Nosotros somos los que tenemos que mirarte, querida.

Nunca sentiste en ti la fuerza de un hombre, y eso se nota.

Así que, cuando vuelvas a mostrarte en público, ve a la peluquería y ponte unos polvos en tu fea cara, al menos.

Hace poco aún, un «árbitro asistente» (linier lo llamábamos en mis tiempos) fue muerto a patadas por jugadores, directivos y público tras una decisión disputada en el derby del Norte-Este, en el Stadium of Light, donde realmente se interesan por su fútbol.

Sí, se interesan.

Eso es I-N-T-E-R-É-S, ¿estamos?

Es verdad que las repeticiones en vídeo dejaron pocas dudas acerca de que la tarjeta roja fue justa y que, dado que la lesión acabó con la carrera deportiva del contrario, una tarjeta amarilla no hubiera sido suficiente.

Pero eso les tiene sin cuidado allá en Tyneside.

Clint siguió trabajando. Después, tras archivar lo escrito, se sentó en el sofá y enchufó la tele y el vídeo. Esperaba poder ver *Princesa Lolita*. Pero en la academia estaba prohibido el porno normal: tenías que ver los materiales que te proporcionaban ellos como parte del curso. El porno de la academia, ciertamente, tenía mucho en común con el normal: las actuaciones, por ejemplo, carecían por completo de convicción. Así, por ejemplo, cuando el fulano se desnudaba, te dejaba maravillado la gratitud y admiración respetuosa que reflejaba la mirada de la chica. Allí estaba una ahora, derritiéndose a la vista de otra insignificancia, de otro signo de interrogación invertido (¿de qué tamaño?, ¿medio centímetro?). Se suponía que Clint prestaría especial atención a la siguiente secuencia —un *cunnilingus* de treinta minutos de duración—, pero se encontró a sí mismo buscando el mando a distancia. Y tuvo que dejar en suspenso por completo el antiguo escepticismo cuando, al final, el hombre la penetró: por la forma como ella se retorció y temblaba y se ponía a canturrear algo de Wagner. Para ser justos, las mujeres de la academia porno se contaban entre las más pequeñas que Clint había visto nunca. No es que fueran jovencitas ni enanas, sino sólo increíblemente pequeñas. Diminutas...

«Emplee la cabeza» era el lema de la academia. Gran parte de la actividad en la clase la supervisaba una antigua estrella del porno, ya retirada, Dimity Qwest, a la sazón respetada activista y terapeuta, quien enseñaba a los alumnos a manejar la falsa vagina que les entregaban a su llegada. Con el tiempo, todos se transformaron en babeantes expertos en el arte del amor oral. Clint se sintió, a buen seguro, por los suelos cuando Dimity le dijo que considerara su pene como un dedo medio sin uña; pero luego se animó al ponderarle ella las posibilidades del placer anal, a cuyas angosturas era legítimamente previsible que tuviera mejor acceso el fulano de menor calibre. Se esperaba que los alumnos practicaran en sus cabañas. El artilugio tenía un «medidor de placer», a medio camino del hipotético ombligo, que te mostraba cuándo te estabas poniendo cachondo.

De haberle preguntado, Clint habría dicho que estaba respondiendo bien al tratamiento. Definitivamente. Después de todo, nadie es perfecto y todo es relativo. Y buen número de los reunidos alrededor de la piscina durante los pisolabis en cueros ni siquiera podían compararse con él. Más aún: varios ciudadanos, durante una sesión en grupo, se lamentaron de la vergonzosa exigüidad de sus eyaculaciones. Clint metió baza diciendo que en aquel tema él era un caso excepcional, y se puso a describir sus heroicidades al respecto con Rehab.

Se cepilló los dientes ahora en el pequeño cuarto de baño, cuyo lavabo no era

mucho mayor que un cenicero. Su sonrisa artificial se animó con un breve destello de sinceridad al pensar en las entrevistas pornográficas que había concertado en Lovetown. A la espera de ver el vídeo de *Princesa Lolita*, tampoco estaba mal echar un vistazo por una vez en su vida a algunas pollas decentes. Conocer a la gemela de nuestra Vicky. A la espera de Kate, la camarera.

9. EPITALAMIO

Para entonces la hoja de papel que le guiñaba el ojo cada vez que se ponía a la tarea mostraba una serie de arrugas de dobleces que casi la rompían. A través de ellos podía verse el otro mundo..., o así parecía. La carta tenía ahora una semana de antigüedad; y, además, había ocurrido el incidente con la raposa.

Mi querido Xan:

No sería verdad decir que anoche me violaste, pero no mentiría si dijera que intentaste hacerlo. Sé que es una pregunta que debes de estar harto de oír. Pero, aun así, debo hacértela. ¿Qué es lo que recuerdas?

Eran cerca de las dos y veinte cuando apagaste la luz. Después te me echaste encima, aplastándome, y metiste a la fuerza tu lengua en mi boca y tu mano entre mis piernas. Aparte de ser una asombrosa bomba fétida de cigarros, cerveza, curry, vómito y mierda, «apestabas a marica barato», por decirlo con una frase tuya (acababas de ayudarme a salir de un taxi..., es como si hiciera años de aquello). Te golpeé en la cabeza con los puños cerrados, ocho o nueve veces, con todas mis fuerzas. Lo lamento. Tu pobre, tu pobre cabeza... Y enseguida corrí escaleras arriba y me encerré con llave en el cuarto de Baba. Tú me seguiste y te pusiste a aporrear la puerta. Aunque parezca increíble, Baba siguió durmiendo, pero Billie saltó de la cama y fue a sentarse, llorando, junto a la puerta de Imaculada, que también se despertó. Me dijo que, de haber tenido un teléfono en su cuarto, ciertamente habría llamado a la policía.

Estuviste reclamando a voz en grito tus «derechos conyugales». Pienso — ¿acaso tú no?— que, en general, cuando uno u otro de los cónyuges invoca los «derechos» del matrimonio, éste se acerca a su fin. No sé..., puede que sólo sea verdad en relación al hecho de dormir juntos. En los últimos cinco años hemos hecho un millón de cosas el uno por el otro, que tal vez sentíamos como deberes, obligaciones o sacramentos, pero ni tú ni yo pensamos jamás que estábamos ejerciendo un derecho.

Nuestro matrimonio no está acabado. Pero, Xan, querido..., estás haciendo que me muera de miedo. ¡Y pensar que hay mujeres a las que supuestamente les gusta vivir muertas de miedo...! Ninguna mujer que valga algo se conformaría

con eso ni un instante. ¿Debo explicarte qué es lo que siento? Pues es el deseo más intenso que puedas imaginarte de estar lejos de ti. El deseo desgarrador de que algo se acabe.

Nuestro matrimonio no está acabado. No está acabado. La pasada noche fue un tremendo desastre para nosotros, y se necesitará un esfuerzo increíble para superarlo. Ya sé..., ¿quién desea hacer un esfuerzo increíble, en asuntos del corazón o en cualesquiera otros? Pero eso es lo que te espera, comenzando por horas y horas de Tilda Quant.

Creo saber lo que ha sucedido. Tu pasado es tu pasado, y tú has escapado de él o evolucionado a partir de él. Con los años has perdido tus prejuicios y desarrollado un conjunto de actitudes racionales contemporáneas: ¿recuerdas que alguna vez te he dicho que eras más feminista que yo? Te pasabas un poco de piadoso, en todo caso. Por eso, después de que te golpearon, pensé al principio que habías retrocedido una o un par de generaciones. Ahora veo que es algo más básico, más atávico que todo eso. Tus actitudes y opiniones ya no son actitudes y opiniones: son creencias, y creencias primitivas, puestos a ser sinceros. Si hoy fueras a llevarme a ver los lugares de tu pasado, como hiciste en una ocasión hace cinco años, no me llevarías a ver el club Kropotkin de Worship Street ni a los tahúres del Mother Woolf, ni ese pub llamado El Mundo al Revés: me mostrarías tu cueva... o tu copa de árbol.

Dos cosas más. Has comenzado a comportarte de manera distinta con Billie. Y no me refiero a todas las incomprensibles reglas y regímenes que tratabas de imponerle (nadie podía averiguar qué era lo que se suponía que tenía que *hacer* con la manzana que la obligabas a llevar cada día: ¿dársela a su profesora?, ¿comérsela?). No, es algo más serio que todo eso. Recuerda... Antes, cuando solía hacer sus «ejercicios», o cuando los hacía durante demasiado tiempo o demasiado a menudo, te incomodabas o irritabas y le decías: «¡Oh, para ya, Billie!», o «¡Sube a tu cuarto a hacerlos!». Pero ahora te quedas como extasiado al verlos. Prácticamente, acercas una silla y la contemplas. Se trata de un cambio cualitativo en ti. ¿Qué puedo decirte...? Pues que me da escalofríos verte. Que esa actitud tuya me pone los nervios de punta. Míralo desde mi punto de vista... Si yo empezara a *darte* escalofríos, serían escalofríos de mujer, no de hombre. He leído que las mujeres rara vez muestran interés sexual por sus hijos (y mucho menos aún tratan de violar a sus maridos). Tú eres un hombre y siempre tienes a tu disposición una cosa: la fuerza masculina.

Vuelve a ser como antes. ¡Oh, por favor, vuelve a ser el de antes! ¡Por favor, por favor! Vuelve a ser el grandullón calmoso, lento de movimientos, protector, afectuoso..., el hombre que me animaba y aprobaba como antes. Hasta que lo hagas, y eso es lo que vas a conseguir, tú y yo sólo podemos tener una clase de intimidad. Recuerda esa frase que nos hacía tanta gracia: entonar epitalamios. (Acabo de mirarla en el diccionario y se me han saltado las lágrimas...) Yo te era

fiel y tú me eras fiel. Fidelidad es lo único que hemos tenido. Quitá eso ahora, y no quedará nada. La fidelidad es el epitalamio. Nuestro epitalamio.

El último párrafo aludía a circunstancias tales como la de que Xan se había encontrado con la maleta hecha y encima de ella las llaves del apartamento bajo que tenía al otro lado de la calle y al hecho de que Imaculada le hubiera preparado la cama en él y hubiera aprovisionado ligeramente el frigorífico que tenía allí, entre otras cosas. Cuando leyó la carta por primera vez (y era ya la una y media del día siguiente), el primer impulso de Xan fue causar destrozos en la casa por valor de cincuenta mil libras. Cincuenta mil libras sería una cifra razonable. Pero la presencia, en la cocina, de Billie, Sophie e Imaculada fue suficiente para desbaratar su idea. En vez de ponerla en práctica, se limitó a preguntarle a Imaculada: «¿Cómo puede un hombre *violar* a su esposa? Porque es su *esposa*. ¡Y tú querías llamar a la policía, para que me *encerraran*! ¿Dónde está Russia? ¿Dónde, dónde, dónde?» Y se plantó allí con los puños en alto, tenso...

Más tarde hizo un esfuerzo para reconstruir la noche anterior, y consiguió montar más o menos el rompecabezas con un cargo de tarjeta de crédito de un restaurante indio próximo, un tatuaje temporal en su antebrazo (presumiblemente para permitirle entrar otra vez en algún tugurio o antro del que hubiera salido un rato), un posavasos del Cabeza de Turco y un vale para una colonia barata. En su cuadernillo de notas había escrito, además: «¡En blanco y negro! (un pajarito me lo dijo).» Aparte de una resaca que le duró cuatro días, éstas eran todas las pruebas con que contaba, y ninguna tenía sentido para él... La persona que ha sufrido un traumatismo craneoencefálico no puede recordar los momentos que lo llevaron a recibir el golpe; tal vez se trate de una estrategia de su mente, que le ahorra el dolor de revivirlo. Xan se preguntaba si la amnesia de la embriaguez no sería también un mecanismo autoprotector: si el recuerdo de lo que habías hecho la pasada noche, suficientemente fuerte y nítido, podría matarte en un instante. ¿Por qué recordar el momento en que perdiste todo cuanto tenías?

El apartamento que ocupaba ahora era una planta baja con un jardincito. Incluso en verano parecía una sepultura. Y no estaban en verano. Xan se puso en pie y entró en la cocina, donde había más luz (y hacía más frío). Por un momento creyó ver una figura humana moviéndose en los peldaños de piedra que conducían al descuidado y nada grato patio trasero. Pero no se trataba de una figura humana: era una bolsa negra de basura, en el proceso de cambiar de forma por su propio peso; una forma realmente muy baja en la escala de la existencia y que se inclinaría todavía más como un vagabundo en su chubasquero de plástico, para permanecer después silente e inmóvil en su ya incorregible hundimiento.

Xan se obligaba a sí mismo a releer la carta de Russia por lo menos un par de veces al día. Su penúltimo párrafo (¡por favor, por favor!), lo releía casi cada hora. Estaba en un terreno psicológicamente traicionero, pero se conformaba plenamente

con él. Lo entendía, se sentía íntimamente familiarizado con él: con el pensamiento de que Russia, cualquier cosa que fuera lo que estuviera haciendo, estaba siendo fiel a él. Rechazar a Russia era optar por la infidelidad..., una infidelidad que lo seducía más que nunca. Pero Xan aceptaba que lo que ella le decía era cierto. La fidelidad era la norma de su vida, y sin ella sería un hombre al agua, sin ningún punto adonde asirse.

La mujer le telefoneó al octavo día.

—¿Diga?

—¿Xan?

—¿Sí?

—Bueno..., estoy aquí —dijo una voz agradable, educada, sin ninguna clase de acento—. Y he cumplido mi promesa. Estoy tumbada en el sofá de una habitación de hotel espaciosa y cálida, y voy vestida de niña pequeña. Lo que quiere decir que todo lo que llevo puesto es sumamente pequeño. Estas braguitas, en particular, son de lo más ridículas. ¿Cuándo vendrás?

—¿Y tú quién eres?

—¿Que quién soy? Soy Karla. Idiota.

—¿Te conozco?

—¡Oh, *vamos...*! —dijo Cora Susan.

CAPÍTULO SÉPTIMO

1. NOS MOVEREMOS SILENCIOSAMENTE

Tras un par de días viviendo solo, por su cuenta, en la planta baja con jardín del otro lado de la calle, Xan Meo comenzó a darse cuenta lentamente de una cosa. Antes, había vivido en una casa llena de chicas: dos que ya eran mujeres, otras dos que serían mujeres más adelante. ¿Y ahora? Ahora vivía con un hombre: él mismo; un hombre que se sentía despojado de todo, descubierto en su abyección. Xan no conocía los versos (y en su disposición actual los habría rechazado por inhumanos), pero estaba compartiendo la agonía de Adán tras la Caída: «... cubridme, pinos, cubridme, cedros, con innumerables retoños, ocultadme...»^[25]. Había caído. Era un septembrista, no un decembrista, pero encontraba muy envejecedora para él su exclusión de la casa con sus mujeres, a pesar de hallarse ésta a menos de cien metros de distancia..., a un minuto a pie. Russia, sin embargo, lo había enviado a un viaje mucho más largo a través del tiempo.

Derecho y con un pie sobre el asiento del váter, Xan se cortaba las uñas de los dedos de los pies..., tan estropeadas y encorvadas. La uña del dedo gordo se partió con un crujido, y las de los dedos siguientes emitieron un tic desafiante cuando las cortó. Sólo la uña del dedo pequeño no hizo sonido alguno. ¡Qué tacto y qué discreción mostró! Se desprendió silenciosamente.

Al leer las instrucciones del paquete de empanada de carne que había comprado en la tienda notó que un signo & mal impreso saltaba de palabra en palabra..., como la pelotita de la tele que salta botando de una sílaba a otra en la cancioncilla infantil para ayudar a que los niños la canten.

Al pasar por delante del espejo, desnudo, le pareció ver un Rubens en el cristal azogado. Aquello le mostró e hizo más acusados los michelines que advertía en su barriga y en los aledaños, pero se dijo que, en el fondo, no se encontraba más que a un par de centenares de movimientos intestinales de retraso. Que a Xan no le pasaba nada que un año en el retrete no pudiera curar. Pero... ¿encontraría ese año? ¿Tendría ese año?

Al despertar y restregarse el rostro, notó que una arruga de la almohada se le había marcado en la mejilla como la cicatriz de un duelo. Acababa de salir de un sueño en el que su cocina era un caos: baldes, posos de café y bolsas de basura volcadas. No había necesidad de limpiar todo aquello, pensó, no después de los sueños; no hay ninguna necesidad de dejar los sueños tal como esperarías encontrarlos. Pero *aquél* era el sueño que se refería a un hombre que vivía solo. Por eso no debía permitir que *aquella* habitación acabara dominándolo: tenía que volver a

su casa. Todavía notaba el costurón marcado en su mejilla mientras abría la puerta del frigorífico y almorzaba. Se vio a sí mismo reflejado en el cristal de la puerta del jardín: la viva imagen de un Junker: un cabeza cuadrada, paranoide, sin talento.

Al levantarse de la silla de respaldo recto emitió un gruñido. Al volver a sentarse en ella emitió otro. Cualquier cosa y todo lo hacía gruñir: inclinarse, volverse, pasarse la mano por la frente. Pero los viejos..., los viejos no se pasaban el día gruñendo. Estaban acostumbrados a no hacerlo; y también él se acostumbraría. Nos iremos silenciosamente, como la uña del dedo pequeño del pie. Nos moveremos silenciosamente. No haremos ningún ruido.

Al cuarto día se le permitió ir a casa para una visita de prueba de media hora con las niñas. Russia le saludó con un abrazo de prima y después se retiró, pero sólo tácticamente: miraba al interior de la habitación al pasar, y procuraba hacer ruido al andar, al subir por las escaleras y en el piso de arriba. Lo hacía para dar ánimos a Imaculada, cuyas abatidas miradas sugerían (a Xan, por lo menos) que las desavenencias domésticas eran algo totalmente desconocido en las favelas de Sao Paulo... Billie fue la que se mostró más amable con él, pues al cabo de un rato consintió en que la levantara y la pusiera sobre sus rodillas para mirar un libro; pero entonces apareció Russia que, en voz alta, sugirió alegremente que se sentaran los dos en el sofá (el uno al lado de la otra). Por su parte, Sophie, aunque se echó a llorar en el mismo instante de verlo, se recobró sorprendentemente bien y, en adelante, sólo lloraba cuando él tosía. Porque hay que decir que últimamente Xan tosía bastante. No por un movimiento reflejo inevitable, sino a propósito y con método, tratando de despejar su garganta de los nervios que la agarrotaban.

Con Russia trató de mostrarse la viva imagen de la contrición, que era lo más que podía hacer porque, en realidad, no la sentía. Tal vez estuviera abierto a que lo persuadieran intelectualmente de haber cometido la lamentable incongruencia de violar a la propia esposa. Pero ser persuadido no es lo mismo que convencerse; y, finalmente, la persuasión se vería contrarrestada por el argumento, o la réplica sin matices, de que, al fin y al cabo, tu mujer es *tu mujer*. Además, todo el mundo sabe que debería extenderse siempre una especial indulgencia a los hombres que, sin ninguna culpa real por su parte, se encontraran excepcionalmente borrachos. Aun así, Xan estaba haciendo un esfuerzo. El esfuerzo de ser o de parecer, por lo menos, razonable: de inclinarse ante la razón como se interpretaba comúnmente. Con Russia, por ejemplo, jamás sucumbía a la omnipresente tentación de pedirle (u ordenarle) que pasara con él al dormitorio. El esfuerzo de controlar o disimular esas necesidades y agravios le producía a veces temblores, que tardaban hasta un minuto en pasársele. Durante uno de esos minutos, Russia se le quedó mirando y pensó fugazmente que estaba reprimiendo la risa.

Pero no ocurrió nada abiertamente terrible, y sus visitas a casa comenzaron a

hacerse más largas, más libres y relajadas. Las patrullas de Russia no se acercaban tanto; Imaculada lo dejaba a veces unos momentos solo con Billie, y no tardó en serle permitido ver a las niñas mientras las bañaban... Ver a las niñas era ahora parte del programa diario de Xan, igual que su hora de visita por las mañanas con Tilda Quant, y sus primeras cautelosas sesiones en el Gimnasio Parkway, pero no había nada rutinario en asistir al baño de las niñas. Ciertamente, la experiencia de observarlas era para él un tanto alucinógena, asombrosamente vívida e inestable: nunca sabía lo que ocurriría a continuación. ¿Por qué le producía un placer tan salvaje ver cómo comían? ¿Por qué tenía tanta importancia para él ver el volumen de agua que desplazaban en la bañera? ¿Y por qué tan a menudo sus movimientos le parecían pornográficos: sus lascivas contorsiones, sus tocamientos genitales, sus ruidosos sorbetones al beber, con la barbilla y las mejillas goteando leche o helado de vainilla? ¿Por qué imaginaba siempre que morían, todos los días, todas las noches?

En una ocasión Sophie se quedó dormida temprano, ya que aquella tarde no había hecho su siesta, y la llevaron así a su habitación a las seis menos cuarto. Al ir a salir, Xan le pidió a Russia que le dejara entrar a echarle una última mirada, y entró a verla. La figura arropada le pareció completamente inerte cuando se inclinó sobre ella y apoyó la palma de la mano en su espina dorsal. Transcurrió una evanescente eternidad antes de que sintiera el suave empuje de su respiración, y al momento sintió su propio y silencioso suspiro de alivio.

—Está agotada —dijo. Estaba de pie, con el abrigo puesto, en la puerta de la salita donde Russia veía las noticias—. Muerta para el mundo —añadió.

—Oh, bueno... Se despertará a las cinco.

Russia lo miraba desde su sillón. Observaba atentamente la aerodinámica de su rostro: su delgadez angulosa, a la luz de aquel instante, sugería hambre, ayuno.

—Aclárame una duda —le dijo—. ¿Por qué crees que Billie ha dejado de hacer «ejercicios» cuando tú estás en la habitación? Todavía se masturba delante de Imaculada y de mí. ¿Por qué no delante de ti?

—Quizá porque soy un hombre...

—Antes no le importaba. Tú la has hecho consciente de ello. Y luego está lo del zorro...

—Ya te conté lo del zorro. La raposa. No fue nada. Simplemente, la abracé con demasiada fuerza.

Xan estaba en el cobertizo, recogiendo la manguera del jardín, cuando Billie se reunió con él. Oyeron los arañazos en la claraboya... y allí, sobre sus cabezas, vieron el animal, por la parte del vientre, sus resistentes cuartos traseros, su pelaje erizado de cerdas y púas. Billie gritó («¡Mira!») y Xan la apretó entre sus brazos en el momento en que la raposa giraba sobre sus patas y los miraba, tensa. Xan había esperado un momento de feroz severidad..., un gruñido, una exhibición de los dientes..., pero no el ansioso gesto de súplica que surgió de las profundidades del miedo. Un miedo que ningún ser humano hubiera podido soportar ni un instante. El animal escapó,

arañando de nuevo el cristal con sus garras, y allí estaba Billie, debatiéndose y golpeándole las manos.

—Sólo la abracé con demasiada fuerza. Y yo mismo me di un golpe en la rodilla.

—Sí, ya me lo contó: «Papá», me dijo, «se hizo daño en la rodilla también.»

Xan echó el cuerpo hacia atrás unos centímetros y dijo:

—No sé..., con las niñas creo que, de ordinario, me aturullo. Como si volvieran a casa después de haber estado perdidas. Después de oscurecer. Es parte de ello. Estoy esforzándome. Estoy esforzándome.

—Esta última semana... Ha ido todo bien.

—¿De veras? Me alegra que lo pienses. Sé que me queda un largo camino por recorrer. Mis sistemas de orientación... En cualquier caso, buenas noches.

Los ojos de Russia habían parpadeado y se habían vuelto a la pantalla del televisor. Los de él la siguieron. Estaba subliminalmente preparado para ver algunas imágenes del mundo moderno: la carrocería quemada de un autobús o un camión, una figura envuelta en vendas trasladada a toda velocidad en camilla por el pasillo de un hospital, una mujer gimiendo, con subtítulos... Lo que vio, sin embargo, le pareció más simple: una falange de militares americanos —soldados de infantería, vehículos ligeros— cruzando con pasos ruidosos una pista de aterrizaje barrida por la arena, todos ellos exageradamente equipados de un modo fantástico que les daba el aspecto de hombres orquesta. La *yihad* de los marines, pensó. Dijo, en tono de sorpresa:

—*Semper fi*. Sí... *Semper fidelis*^[26].

—¿Sabes? —comenzó ella mirándolo de frente—. Te noto ahora mucho más... divertido que antes. En tu forma de hablar. Antes eras mucho más serio. Y me gustaba. —Volvió a observarlo atentamente—. Lo echo de menos. Aún, sí: *semper fidelis*. Fiel en todas las circunstancias.

—Epitalamio.

—... Epitalamio, sí.

Pero fue al encontrarse solo en el piso por la noche cuando realmente empezó su trabajo con las pequeñas. Estaba tumbado en la cama dando vueltas, encorvándose, retorciéndose, imaginándolas heridas, lastimadas, secuestradas, traspasadas sus carnes, rotos sus huesos y sus cráneos fracturados por el golpe contra el hormigón o el acero. Lo que veía cuando cerraba los ojos tenía la virtud de obligarlo a incorporarse entre las sábanas, darse media vuelta, doblarse de dolor y darse media vuelta de nuevo. Pensaba que algo iba a ocurrirles y que él no podría protegerlas, no iba a poder protegerlas. Y veía entonces sus rostros que pasaban del temor al terror y después al horror, lo que provocaba nuevas convulsiones en él y lo hacía retorcerse más con airadas sacudidas...

Había leído algo acerca de una mujer que decía haber sentido una «profunda calma» mientras su hija era asaltada y acuchillada ante sus ojos. De forma semejante, el sueño no lo vencía hasta que todo aquello había sucedido en su mente y veía ante sí sus cuerpecillos destrozados: cuando flotaba en un lago vidrioso de indiferencia,

calado por los medicamentos que actúan en esos momentos y que vienen a transportarte al otro lado. «No puedo protegerlas. Son mías, pero no puedo protegerlas... Si es así, ¿por qué no desgarrarlas? ¿Por qué no violarlas?»

Uno puede vivir como un animal. Ahora le parecía entender por qué un animal devora a sus crías: para protegerlas. Para meterlas nuevamente dentro de sí.

Esa niña que veo pasar por delante de mi ventana... ¿Es ella, o es sólo el fantasma de mi hija?

2. ¡EXTRAÑA HERMANA!^[27]

La mujer le telefoneó al octavo día.

—¿Cuándo vendrás?

—¿Y tú quién eres?

—¿Que quién soy? Soy Karla. Idiota.

—¿Te conozco?

—¡Oh, vamos...! —dijo Cora Susan—. Espera un momento. Hay alguien en la puerta. ¡Está abierta...! Póngalo aquí, por favor... Gracias. Muchas gracias... Champán. Para celebrar mi llegada. Tengo media botella en el frigorífico, pero no me gusta la marca y nunca es suficiente, ¿no crees? Ahora mira... Tenía la *impresión* de que tú y yo habíamos quedado en algo.

—Lo siento. ¿«Karla» has dicho?

—Sí, Karla. ¡Joder! Con k.

—Ah, un momento... El caso es que he tenido un accidente hace como un mes. Y que...

—¿Un accidente? ¿Qué clase de accidente?

—Un golpe en la cabeza. Mi memoria, ahora, ya no es lo que era.

—¿No te acuerdas de una mujer llamada Karla? ¡Pues menuda decepción me llevo! Me parecías perfecto para mí. Lo siento mucho..., y todo eso... pero, probablemente, ya no me sirves.

—Servirte... ¿para qué?

Ella suspiró y dijo:

—Empezaré por el principio, entonces. Soy una hermosa mujer de negocios, rica, joven, sana..., que adora el sexo sin amor. De acuerdo..., soy menuda; pero tengo un cuerpo soberbio y estoy morena y en perfecta forma. Suelo pasar por Londres dos veces al año. Se suponía que vendrías a mi hotel una tarde y que me harías todo lo que te apeteciera. Luego yo tomaría un avión y pondría ocho mil kilómetros entre nosotros. Hasta la siguiente ocasión. Pero supongo que ahora tendré que echarle el ojo a otro. Acabo de ver la nota del champán. Me encanta gastar dinero, pero esto es una locura.

—Bueno, yo... La verdad es que no creo haber estado nunca dispuesto a hacer una cosa así...

—¿No? Pues, cuando lo hablamos, me pareció que la idea te agradaba muchísimo.

—¿Cuándo fue eso?

—En verano, en casa de Pearl... Bueno..., puedes venir a saludarme, por lo menos. Y, por cierto, Xan... ¿No sería preferible que evitaras una situación muy embarazosa? Porque... ¿y si me entra un ataque de histeria y me presento en tu casa?

—¿Dónde estás?

Se lo dijo. Él objetó:

—Pienso que sería mejor que nos viéramos en un terreno neutral.

—De acuerdo. Podemos encontrarnos en el vestíbulo, si quieres. Estaré ocupada hasta el viernes: así tendrás tiempo para pensártelo.

—El viernes... Sí. Mañana voy a salir de excursión con mis hijos.

—¡Fascinante! ¿*De verdad* no te acuerdas? ¿No recuerdas lo que dijiste acerca de mis pechos...? ¿No *los* recuerdas? Eso *sí* es alarmante. ¿Sabes, Xan? Esto tal vez podría ser muy beneficioso para ti... Estoy segura de que, en el instante en que me veas, todo volverá torrencialmente a ti.

Cora llevaba mallas, falda y blusa negras, pero aún no se había puesto los zapatos negros, el top negro y el sombrero negro con su velo negro colgando. Ahora se enfrentaba a la fastidiosa tarea de peinar sus cabellos de un modo muy clásico: el pelo recogido hacia arriba y a un lado, y mantenido así mediante un arsenal de horquillas. Empezó a peinarse en el baño, pero pronto se trasladó más allá de la puerta para completar la operación en el dormitorio. Allí, la activa profusión de espejos, en diferentes ángulos y alturas, la hizo sentirse observada..., sobre todo por el espejo de su visión interior.

Estaba familiarizada con la literatura. Las víctimas de incesto crecen pensando que tienen poderes mágicos. Porque los tienen. Todos los bebés, todos los pequeños creen ejercer la magia: críos de un año, si los has disgustado especialmente, te mirarán tal vez desde sus cunas con carita de asombro viendo que has sobrevivido físicamente a sus anatemas y conjuros. Al crecer, se les pasa. Pero las víctimas de incesto, esas niñas, esas «hermanas extrañas», jamás pierden tal fe. Porque tienen ese poder: pueden pronunciar una frase y hacer que desaparezca una familia.

Las mujeres con las que Cora había coincidido antes en grupos de apoyo y programas de recuperación mantenían persistentemente otra idea: la de que eran capaces de seducir a cualquier hombre. Y era cierto en su caso, a condición de que el hombre fuera un ser violento o inadecuado; a condición de que se tratara de un violador o de un adicto, de un proxeneta o de un gorrón... También Cora se creía capaz de seducir a cualquier hombre, y hasta entonces nada la había sacado aún de su

error. Pero, en lo relativo a Xan Meo, su propósito iba más allá de la mera seducción y del evidente desengaño que ello representaría para su esposa cuando se enterara. Aún no sabía cómo. Pero seguro que algo se le ocurriría.

Cinco minutos antes de que estuviera listo su coche, tomó el teléfono, marcó un número y preguntó:

—¿Oiga? ¿Podría hablar con Pearl, por favor?... ¡Pearl! Tú no me conoces, pero soy un antiguo amor de tu ex marido... De hace ocho años. Sí, así es: de cuando aún estabais casados —Cora mantenía el auricular tan lejos de su boca como se lo permitía la longitud de su brazo—. Espera, espera. Por si te sirve de consuelo, también conmigo se portó muy mal... Por eso..., por eso he pensado que podríamos enterrar el hacha de guerra y tener una agradable conversación en torno a unos gramos de cocaína —siguió.

Minutos después, Cora estaba ya con el abrigo puesto, y lo cerró bien para que no se le abriera mientras iba en busca del tradicional ramo de flores para aquel difunto tan poco respetuoso con las normas sociales.

3. EL REY BASTARDO

—Explicádmelo otra vez —les pidió a sus hijos.

—Tu segundo nombre, más el de tu calle, es el de tu estrella de cine —dijo Michael.

—Y el nombre de tu mascota, más el de tu calle, es el de tu estrella porno —dijo David.

—Yo no tengo mascota —objetó Xan.

—¿Qué era la última mascota que tuviste?

—Un perro. Se llamaba Softy^[28].

—Bueno, pues. Softy St George, entonces.

—A Softy no le iba bien ese nombre —prosiguió Xan—. No era nada «blandito». Al contrario. Era un alsaciano blanco moteado, un animal realmente difícil. De niño pensaba que el motivo de que Softy estuviera siempre furioso era el nombre que le habían puesto.

Los tres volvieron a lo que estaban leyendo. Michael y David leían las páginas de deportes de dos de los principales representantes de la prensa amarilla. Y Xan se leía a sí mismo: *Lucozade*... Los tres se habían sentado en un establecimiento de comida rápida en Paradise Pier, entre colores de guardería. ¿Y cuáles eran los colores de la clientela? Los típicos colores de los ingleses, sus rosas y grises, serían subsumidos con el tiempo por los colores de lo ultramundano. «¡Y cuánto necesitaban ahora estos nuevos colores!», pensó Xan. En la mesa de al lado un hombre de raza blanca ofrecía un biberón lleno de Pepsi a un niño mulato; la pálida mano del hombre, con un

amorado tatuaje, parecía obtener grandes ganancias de la transacción. La sonrisa que le dirigía su negra esposa también lo distinguía enormemente.

—Le han quitado públicamente a ese impresentable putero de Ainsley Car la medalla honorífica de los Kestrel Juniors —dijo David—. Se dice que irá a parar al Charlton. Cuando salga de la cárcel.

—¿Al Charlton? Son unos gilipollas.

—Car es un gilipollas. Y también lo es el Charlton. Él es un gilipollas y ellos son unos gilipollas también.

—Bueno..., *Car* es un gilipollas. Pero los del Charlton no lo son tanto.

—Tonterías. Son menos gilipollas que él, pero, aun así, lo son.

—Chicos, chicos... Tenéis que aprender algunas palabras nuevas para vuestros tacos. Fijaos en gilipollas, por ejemplo... Si lo que queréis decir es «una mierda», vale, porque «mierda» sí significa algo. Y tiene sentido; pero, entonces, decidlo. A nadie llama a engaño. Pero... gilipollas... ¿Qué quiere decir eso? Como palabra, gilipollas es una gilipollez mayúscula.

—Ahí está la cuestión. Gilipollas es algo muy malo.

—Sí. Gilipollas va de coña.

—Yo os diré lo que es una gilipollez —dijo, y pasó las páginas del libro que tenía en la mesa—: es *esta* mierda.

—... ¿Qué quieres decir, papá?

—No te preocupes. Ya os lo explicaré cuando seáis mayores.

Habían avanzado hasta el último confín de Inglaterra. La roca, las caracolas; la paloma con irisaciones de petróleo en el cuello, las gaviotas esforzándose por alcanzar tierra firme; y el mar, al día siguiente de una galerna, confuso y alterado, como si no supiera qué lugar le correspondía. Todo en el muelle, los soportales, las cafeterías y los bares, con su escasez de cambio y sus escasas raciones, los autos de choque, el tren fantasma, la totalidad de la estructura narrativa, había sido organizada por una amplia —y, en secreto, notablemente próspera— familia suburbial. Aquello era todo cuanto quedaba de la cultura de su infancia.

El jueves por la mañana amaneció luminoso y azul. Dio a los chicos un centenar de libras a cada uno, y después fue a sentarse a solas en las rocas entre los dos muelles, el de la ópera y el del Paraíso. Los marineros hablan de un momento que tiene lugar cada día dos veces: el momento en que las olas «se lo piensan». Algo así parecía estar ocurriendo delante de él, aunque el mar se mostraba más en regla ahora; había vuelto a él la moral, el *esprit de corps*. Las olas rompían y se retiraban; se desplomaban y retrocedían en la resaca.

Xan se preguntó por las razones de la sensación de alivio que experimentaba. Sus recuerdos del lugar eran estimulantes, vívidos y, sobre todo, abundantes; y su entrega a *Lucozade* (en la que ahora iba ya por la mitad del libro) parecía prometerle la

revelación del misterio que buscaba en él, fuera lo que fuese lo que pudiera costarle. Pero no eran éstas las causas, no. Debían de ser los chicos, los chicos. ¿Era consecuencia esa sensación de alivio de su masculinidad, de lo laxo de sus conversaciones o de la amigable cutreza de la que habrán llenado inmediatamente sus habitaciones en el Crown? No. Era consecuencia de que habían aceptado lo alterado de su estado sin hacer preguntas, y del hecho de que a ellos les fuera imposible juzgarlo. Ellos también estaban viviendo el proceso de abandonar su antiguo ser para acceder a otro. Al igual que su padre, no podían recordar plenamente lo que habían sido ni podían predecir en qué se convertirían. De igual modo, aún ignoraban quiénes eran.

Michael y David lo vieron desde lo alto de la carretera que discurría sobre los acantilados. Las nubes lejanas parecían continentes: por allí iba África, por allí América. El mar estaba en condiciones (mediante todo un día de trabajo) de transformar en guijarros la roca en que se encontraba sentado. Las olas rompían y se retiraban; se desplomaban y retrocedían en la resaca. La línea de espuma parecía un rugido, luego una sonrisa, después otro rugido y una nueva sonrisa: fantasmas de la ópera, fantasmas del paraíso.

—Entonces..., ¿Vicky no ha vuelto aún al colegio? —preguntó Xan.

Estaban en un taxi, camino de la estación, y en el momento de alejarse el coche del paseo marítimo se les ofreció una vista clara de St Bathsheba en lo alto de su acantilado..., unas rocas que se desmoronaban y que no parecían estar más que a uno o dos años de hundirse en el mar.

—No —respondió Michael—. La han puesto a buen recaudo en algún lugar en el campo. ¿Y todo eso por qué? El fulano que lo hizo debió de dejarla preñada.

—Se ha ido hace cuatro meses —dijo David—. Está fuera de aquí.

—Y lo peor está por llegar —dijo el viejo taxista—. El tipo que la preñó es un tipo de color. Y le ha contagiado una enfermedad.

—Si tiene un chico... —dijo Michael—, será uno de esos bastardos pretendientes al trono.

—Bastardo I.

—El rey Bastardo.

Ya en el tren, Xan dormitó, y su corazón y su mente se relajaron en un candor informe. Lo que necesitaba, lo que quería obtener, aparte de venganza, era una reinstauración familiar con todos los honores. Se haría así. Quería que se hiciera así. Porque consideraba que se había portado muy bien con Russia, fingiendo ser el hombre que solía ser antes. Por otra parte, mientras su cabeza salía del sueño y volvía a sumirse en él de un modo que recordaba las oscilaciones de los hilos del telégrafo más allá de la ventanilla, por otra parte... Sus pensamientos volvían a la mujer que le había dicho que lo esperaba en la habitación del hotel y se proyectaban hacia delante

impulsados por los recuerdos que ese hecho le traía. Las satisfacciones de la fama: la circular ciclostilada del adolescente ansioso por conseguir autógrafos; la petición de ayudas del grupo de teatro búlgaro; y, de cuando en cuando (aunque de eso hacía ya mucho tiempo ahora), una mujer que se acercaba a él desde más allá de los límites de la realidad. Él era consciente de que estas mujeres distaban mucho de ser fuerzas favorecedoras del bien, de la estabilidad... Pero *eran* mujeres. Y era agradable sentirte querido, incluso por alguien que pudiera causar tu ruina... Por supuesto, todo dependería, fundamentalmente, de su aspecto. Él estaba decidido a ser fiel..., fiel en toda ocasión; no la tocaría. Aun así, tal vez acudiera a la cita y se quedara allí unos momentos para verla pavonearse en sus bragas. Y después se marcharía tranquilamente.

4. LA VISITA DE CORA A PEARL

—Bueno... Una cosa debo decir en favor de Xan Meo: tenía tirón. Entra, entra, sé bienvenida. Era consecuencia de la televisión. Su atractivo no paraba de subir cada minuto que estaba en la pantalla. Oh..., ponlo en cualquier parte. Tienes unas tetas preciosas, querida. Y apuesto a que son naturales, también. ¡Y ese talle! ¡Y tu culo...! ¡Joder...! Cuando te vio, debió de pensar que aquel día celebraba todos los cumpleaños de su vida, y que tú eras el regalo que le hacían por ello... Incluso tu vientre es *excepcional*... ¿Y cuándo fue eso? Tuviste que ser una maravilla a tus..., ¿qué...? ¿A tus veintinueve, a tus treinta años? No. Apuesto a que estás mejor ahora. Lamento este barullo. Deberías ver las habitaciones de los chicos. Llegan a casa de la escuela y se prueban toda la ropa que tienen. Muy amable de tu parte. Puedo imaginarme bastante bien lo que pasó.

Cora hizo un hueco en la amplia mesa de la cocina para poner allí la lujosa bolsa de compra que contenía la botella magnum de champán, de la cual sacó asimismo una cajita de rapé llena de polvo blanco.

—¡Oh...! Vamos allá, pues.

Una mirada a la sala, con la exhibición de chales y bufandas extendidos sobre los muebles y los múltiples niveles de objetos depositados por todas partes como por efecto de una inundación, le reveló a Cora que Pearl no tenía secretos. Los regalos domésticos que le había traído estaban *de más*; no es que fueran mal recibidos, es que eran perfectamente ociosos. El aspecto de Pearl era asimismo muy revelador: las mejillas y la frente lívidas, las raíces de los cabellos irregularmente teñidas de color caoba, la bisutería con que se adornaba, la chaqueta de tonos difuminados, la falda corta... Era esa falda corta la que concentraba los pensamientos de Cora. Vio enseguida que era el centro de gravedad de Pearl: los muslos arqueados, el vacío que enmarcaban. Con cierta emoción, al recordar que todos somos mortales, Cora se dijo

que el día en que Pearl decidiera finalmente dejar de llevar faldas cortas sería el peor de su vida. De camino hacia su cita, el taxi de Cora había pasado junto a una anciana que iba por la calle (Cora no estaba acostumbrada a fijarse en las ancianas con que se cruzaba en la calle) y caminaba tremendamente encorvada tratando de mantener el equilibrio. La anciana estaba esperando a cruzar en un paso cebra; el taxista frenó y se detuvo; y ella, antes de echar a andar como un cangrejo enfermo, se quedó mirándolo, por espacio de al menos veinte segundos, con una expresión de desconfiado desprecio en el rostro, como si fuera cosa sabida que los taxis de Londres tienen fama de atropellar ancianitas en los pasos cebra. «Prueba a hacer todo eso yendo con falda corta», pensó Cora.

Pearl tenía los pies en la mesa, y acababa de aspirar su séptima raya de cocaína, cuando Cora introdujo el tema de la sexualidad masculina, refiriéndose particularmente a Xan Meo.

—Es demasiado efervescente, ¿no? —dijo Pearl—. Has de removerlo con un dedo. Así... Y con eso consigues que las burbujas se disipen y puedes bebértelo antes. Bueno... Yo nunca tuve que disfrazarme... Una cosa puedo decir: Xan *no era* fetichista. Como lo son algunos. Conocí a un tipo que se agitaba espasmódicamente cada vez que oía la descarga del agua del aseo. Otro sólo podía hacerlo si llevaba puesta una máscara, y yo tenía que fingir que era una desconocida..., ya sabes, una persona diferente cada vez. «¡Venga, hombre, deja de hacer numeritos!», le dije. Y me replicó: «Es como ser gay: no puedo hacerlo de otra manera.» Xan... A Xan le gustaban las braguitas con volantes y todos esos perendengues, pero dime a quién no le chiflan. Con él, todo era un asunto de poder. Él quería dominarte. Así que, ya sabes, tenías que resistirte y fingir que él no te hacía sentir nada. Que no estabas de humor y que meramente le permitía que se saliera con la suya. Hasta que tú... Eso es lo que le gustaba. Bueno... Ya sabes lo difícil que es tratar con ellos... O se ponen en plan amo, o se encierran con llave en el baño. Para llorar o para hacerse una paja. Remuévelo con tu dedo.

Cora preguntó ahora por las presentes circunstancias de Xan, y le agradó ver que Pearl se estremecía y adoptaba una nerviosa postura altruista: era indicio de que cabía esperar de ella indiscreciones mayores aún.

—Por supuesto que todo ha acabado ahora, desde que le atizaron ese porrazo en la cabeza. —Su voz tenía un tono nasal, por el billete de diez libras enrollado como un canutillo en su nariz—. Siempre fue un calentorro, ésa es la verdad, pero ahora está jodido y no es capaz de pensar en ninguna otra cosa. Russia... Me llevo muy bien con Russia, por teléfono, al menos... Russia tuvo que echarlo de casa después que una noche volvió a las tantas y trató de follársela a la fuerza. Estuvo a punto de ponerle una denuncia. Dice que se comporta como un muchacho retrasado de catorce años. No saben cómo tratarlo. Y parece que puede haber incluso algo peor.

Cora inclinó el cuerpo hacia delante. Y Pearl prosiguió con expresión de justificado pánico:

—Russia me preguntó si... Cuando me estaba divorciando de él, le dije a mi abogado que Xan se portaba de forma impropia con los chicos. Tonterías, sin duda, pero ya se sabe que cualquier puerto vale en caso de tempestad. Pues bien... Russia me preguntó si aquello era cierto. Porque piensa que puede haber tenido algún episodio raro con Billie, es decir, con su pequeña de cuatro años que, según los chicos, es un tanto pizpireta y precoz. No es nada definido, claro, sino la forma como él la mira. En fin... Se supone que es algo que no debería contar a nadie, pero tú ya sabes cómo son estas cosas. Al final acaban saliendo a la luz.

—Oh, no saldrá de mí —dijo Cora—. Por cierto, tu jardín está precioso. ¿Me lo enseñarás antes de que me vaya?

Pearl estaba balanceándose en la puerta de la calle.

—¡Uf! Este aire fresco me está haciendo mucho bien, realmente. Y fíjate... Tú, en cambio, estás fresca como una rosa. No hemos hablado acerca de ti y del tiempo que pasaste con Xan... Sí, ¡qué tiempos!, ¿eh? ¿Te parece prudente...? ¡Oh, ya veo! Vas a hacerlo, vas a remover un poco las cosas, ¿no? Vas a enredarlo. Yo diría que se va a sentir muy contento. Durante media hora. Sus relaciones con Russia están en la cuerda floja: un resbalón y todo habrá acabado. Hazme saber cómo te las apañas. Yo telefonearé a Russia y le iré con el cuento. ¿O querrás encargarte tú también de eso?

5. NO ES INUSUAL

El viernes Xan se levantó a las siete. Desayunó con las niñas y con Imaculada, para compensar o expiar su ausencia luego... si, por alguna razón, se veía retenido en el hotel. Tuvo su hora con Tilda Quant y, después, en el gimnasio, trabajó mucho más duro y más tiempo de lo habitual, con su instructor, Dominic, que le recomendaba ásperamente esforzarse más con los ejercicios en el banco. De vuelta al piso, cuando se disponía a quitarse su apestosa camiseta, se dijo a sí mismo: No te laves. Ve tal como estás. Esto hará que parezcas sincero... Como fórmula de compromiso (lo que tampoco era en él una actitud habitual) se estuvo un cuarto de hora bajo una ducha fría. Tilda Quant habría dicho que el mecanismo puesto en juego era autoflagelatorio: un castigo por anticipado. El infierno no es necesariamente caluroso; puede ser frío también.

Sin duda, tenía la misma idea cuando cedió a la tentación de someterse a una prueba que llevaba posponiendo mucho tiempo: tratar de escribir algo. Tan sólo un par de párrafos —se dijo—: un par de centenares de palabras describiendo las

confusiones que lo acosaban desde su accidente. Dejó de escribir al cabo de cuarenta y cinco minutos, y leyó lo que había escrito. Como se temía, aquello valía mucho menos como evocación que como sombría dramatización de su estado. Era, ciertamente, otro síntoma: una *disfasia expresiva*. Se daba cuenta de que su concentración se veía dificultada, además, por el hecho de seguir pensando en el sexo: en el sexo de media tarde. Para entonces, su imaginación hacía mucho que había agotado todos los actos, acrobacias, posiciones, variaciones... Para entonces, lo único que le quedaba era una pura *nostalgie*: el mero recuerdo de una adicción. Y Xan sentía que se hundía cada vez más en aquellos melancólicos pensamientos.

Con una sonrisa de dolor, tomó *Lucozade*, para tratar de acabar su lectura... o, mejor dicho, de acabar «Lucozade», el último y más extenso de sus relatos.

Doce páginas más adelante, se puso en pie diciendo:

—¿Joseph Andrews?

En aquel instante Mal Bale se encontraba a doscientos metros de distancia e iba directamente en su busca. Bueno..., no era del todo así. Tenía algún asuntillo que resolver *en route*. Pero no le llevaría más de un minuto. Ese día, Mal tenía una doble misión. No le gustaba la primera cosa que tenía que hacer, y tampoco le hacía ninguna gracia la segunda. Pero las haría. Embutido en su viejo abrigo de cuero (cuyo ancho cinturón era como el fleje metálico de un barril), Mal se acercó a un puesto de perritos calientes en la acera oeste de Prince Albert Road.

—Adelante, pues. ¿Cuánto es? ¡Joder, tú no quieres tener clientes fijos, tío! ¿Cebollas? No. Sin cebolla.

El tipo del puesto, un rasta negro de mediana edad, al que le faltaban la mitad de los dientes y con la cara curtida y amarillenta por medio siglo de fumar grifa, dijo persuasivamente:

—Tienes que comer cebolla, hombre. Hace crecer la polla.

—Ya me crece sin ella, tú. Mira el estado de esas salchichas tuyas. A eso se le llama bioterrorismo; eso es lo que es. ¿Sabes quién soy? ¿Sabes por qué estoy aquí? —¿Por qué *estoy* aquí?, se preguntó a sí mismo. A mis años, estoy asustando a vendedores ambulantes de perritos calientes. Y éste ni siquiera es un puesto como Dios manda, sino un maldito carro de mano...—. Los primos no van a consentirlo.

—¡Pero ellos se dedican a los helados!

—Helados, perritos calientes... Todo es lo mismo.

El hombre de las salchichas se quedó inmóvil mirándolo, con el trapo en una mano y la espátula en la otra.

—Mira..., seguro que no querrás ver tu cara aplastada contra esa parrilla, ¿verdad?, o que este carrito te pase por encima y te piquen las cebollas en el pelo. Y que luego te pongan un chorrito de *ketchup* en una oreja y uno de mostaza en la otra.

—Tengo hijos, hombre.

—Sí, bueno... Todos los tenemos. Lo siento y todo eso que se dice. Pero volveré dentro de un rato y, si aún sigues aquí, ocurrirá lo que te digo.

Mal siguió adelante, dejó atrás la iglesia de St Mark y tomó por St George's Avenue.

Llamó al timbre y esperó. En el instante en que abrían la puerta oyó un grito feroz proveniente de la calle:

—¡Oooi!

Miró a su alrededor, volvió a mirar atrás, y después movió los pies, levantó las manos hasta la altura de los hombros y agachó la cabeza. Cualquiera que lo hubiera visto al pasar habría pensado que Mal se disponía a zanjar una discusión —en la esperanza de encontrar un acuerdo común— entre marido y mujer. O eso, o que intentaba separarlos.

—El castigo nunca es proporcional al delito. Eso lo tengo claro. El castigo jamás guarda proporción con el delito. ¡Ah, muy amable! —dijo Mal aceptando la taza de té que había pedido medio disculpándose. Se encontraban los dos en la cocina del apartamento de Meo, alrededor de la mesa, Mal con el abrigo todavía puesto y con un cigarrillo en la mano—. Me dijo: «Pártele la mandíbula de un buen golpe, y veremos si eso le gusta. Quiero que esté una temporada teniendo que comer a través de una paja. Veremos si sigue mencionando mi maldito nombre.» Por la mala leche que tenía, pensé que lo habías delatado..., que pretendías que lo detuvieran. Pero todo lo que habías hecho fue mencionar su nombre en... en un relato. ¿Estás ya bien, colega?

—Sí, colega...

Xan estaba de pie, apoyado en la mesa. Podía sentir todavía las hormonas de violencia que recorrían su cuerpo: voluptuosos anestésicos del dolor y de la realidad. Había visto que un extraño se acercaba a su casa, y después lo había reconocido. Y al instante siguiente subió los pocos escalones que lo separaban de la calle, dispuesto absolutamente a todo... Ahora observaba a Mal, que hablaba apretando los labios, levantando las cejas e inclinando la cabeza ora a la izquierda ora a la derecha, como si tuviera algo en cada mano. Poco a poco se iba tranquilizando y mostrándose casi amable; tenía la sensación de estar acercándose a algo.

—Ni siquiera hice eso —dijo Xan.

—No. Vamos... Aquí está escrito, negro sobre blanco. —Le tendió la revista que traía consigo—. En *Punch*. Y se menciona el libro y todo. Joseph Andrews.

Xan Meo no era un escritor de temas literarios, pero, en *Lucozade*, se había permitido recurrir a algunos adornos no habituales en él. El relato hablaba de un guardaespaldas de mediana edad que, en alguna etapa anterior de su carrera, había trasladado su negocio a los ambientes del espectáculo americanos. «Había pasado un año en Las Vegas trabajando para Joseph Andrews», se decía. Y en *Lucozade* se añadía más adelante que Joseph Andrews vivía retirado en Los Ángeles. Eso era todo.

—En realidad, no me refería a Joseph Andrews —dijo Xan, intentando explicarse—. Hablaba de Tom Jones.

—¿Tom Jones?

—Sí, ya sabes..., el cantante. El de *It's Not Unusual*. Aludía a Tom Jones.

—Bueno..., ¡eso sí que es de lo más inusual! ¿Por qué no pusiste Tom Jones?

—Es que es..., bueno..., una especie de chiste. *Tom Jones* y *Joseph Andrews* son dos novelas, escritas ambas por Henry Fielding... Yo no podía poner Tom Jones, así que...

—Bueno... ¡Tampoco podías poner Joseph Andrews! ¡Santo Dios! —Mal, evidentemente horrorizado por tamaña frivolidad, necesitó unos momentos para recobrase de la impresión. Luego frunció el ceño y murmuró—: «No es inusual que alguien te quiera.» —Después, su frente se ensombreció más y añadió—: «Cada día toco la hierba, la verde hierba del hogar...» Recuerdo que vi esa película, *Tom Jones*, cuando tenía catorce años. Fue la primera que vi para mayores. Ahora ya puedo, pensé. Orgías y tacos a tutiplén... Pero todo consistía en un montón de pubs, y en chicas con las... con las domingas al aire.

Xan esperó. Desde el principio había quedado claro que había cosas que Mal podía decirle, y cosas que debía callar.

—Ahora no se llama así, Joseph Andrews. Y es muy puntilloso en este aspecto. Como debe ser. —Mal miró ahora a su alrededor—. Tú lo has pagado ya, colega... Lo has pagado con creces. Y el castigo jamás guarda correspondencia con el delito. Te diré una cosa. ¿Qué te parecería esto: cargarte a Snort?

—¿Cargarme a Snort?

—Sí, cargarte a Snort. El tipo que te sacudió ese golpe en la nuca. Yo me encargaré.

Aguarda, pensó Xan. Tengo que saber bien en qué me meto. Se suponía que uno no debía hacer preguntas, pero objetó:

—¿Por qué tengo la sensación de que el tal Andrews no ha acabado conmigo?

—¿Una sensación? Bueno, espero que estés equivocado. Pero lo has sacado de sus casillas, colega. Es un hombre muy desagradable el tal Joseph Andrews. Mi padre trabajó para él durante treinta años hasta que sus enemigos, los hermanos Plutarco, lo dejaron impedido. Daba pena ver a mi padre cuando fue a ver a Jo. Arrastraba una pierna, con el brazo retorcido sobre sí mismo y el cuello inclinado hacia un lado. Y Jo va y le dice: «De acuerdo, los Plutarco se tomaron algunas libertades contigo. Se lo haremos pagar.» Y le dio sesenta libras..., y una patada en el culo mientras salía cojeando de la habitación. —Mal volvió a balancear la cabeza y a enarcar las cejas—. La verdad es que no me extrañaría nada que todo esto tuviera que ver con sus antiguas relaciones con *Mick Meo*. Tengo entendido que nunca se llevaron bien. Y tú, ¿cómo estás de salud?

—Físicamente, bien. Pero no como antes.

—¿Y... en casa?

—Estoy a prueba.

—Bueno..., aférrate a ella. Porque es lo más importante de todo. No hace falta que te lo diga. A tu edad, muchacho, uno es un desastre si no tiene esposa. Ni chicos y todo eso.

Xan se levantó y dijo de pronto:

—Tengo que ir a ver a una chica a un hotel.

—Ah. Entiendo.

Y, mientras se ponía de pie, mirándolo y con aire estrictamente práctico, Mal añadió:

—Supongo que ya sabes cuáles pueden ser las consecuencias.

6. TALLA CERO-1

Ven a verme a mi carísimo hotel, le había dicho entre otras cosas. Y Xan estaba sintiendo ahora la atracción de un planeta realmente pesado. Las lúnulas de cristal, los espejos, las distancias que parecían derrochar espacio, la cúpula dorada por encima de la escalera circular: una *brochure vivante* para Atlantes. Y abajo, en las calles pavimentadas de mármol, peluquería, masajistas, manicura y pedicura, perfumería, joyas y *haute couture*. Nada de aquello iba dirigido al *espíritu*, ¿o sí? Pero lo sentías..., sentías una fuerte presión para vivir deliciosamente. Y antes incluso de probar la comida y el vino, las suaves toallas, las blancas sábanas que olían a limpias.

Preguntó en el mostrador de recepción y lo encaminaron a una hilera de teléfonos..., que bien hubieran podido ser utilizados por los cortesanos de Luis XIV.

—¿Karla? —dijo—. Soy yo.

—Tengo una *suite* con bar —le dijo ella—. Sube.

—No..., tal como quedamos. Baja tú, si quieres.

—¿Cómo, así, con la ropa que *no* llevo puesta...? Tranquilo, estoy bromeando. Bajo en un minuto.

Tardó algo más que eso. Mientras tomaba posiciones junto al surtidor, a cierta distancia de las puertas de bronce de los ascensores, y sobrevivía a cada nueva hornada de mujeres recién maquilladas, Xan tuvo tiempo para imaginársela arriba, en su habitación, quitándose una prenda para enfundarse en otra. Ni que decir tiene que no tenía grandes esperanzas de que resultara una mujer atractiva. Pero, por el momento, no podía estar seguro de si su aspecto, y mucho menos aún la forma como fuera vestida, supondría alguna diferencia. Tilda Quant no era atractiva (debía de haber estado distraída cuando se repartían todas las cualidades físicas), pero a Xan lo atraía, ciertamente. Y esa misma mañana, horas antes, se había sorprendido a sí mismo extasiándose ante el rostro obstinadamente azteca de la medio dormida

Imaculada...

Se abrió otro camarín del ascensor (Xan estaba observando los destellos rojos de las flechas de los diagramas) y salió de él una nueva cuadrilla que enseguida perdió su formación en la atmósfera de apresuramiento que tenía que ver con la hora del día y la proximidad de la tarde. Ella no participó de aquellas prisas. Los demás pasajeros se dispersaron mientras Cora avanzaba lentamente a través de las líneas de fuga de los otros. Caminaba como impedida por la presencia de niños pequeños: pero ya podías buscar a esos niños más allá de ella, debajo de ella, porque no los había... Xan hizo lo que le había visto hacer a Billie: inclinarse un poquito hacia atrás para poder mantenerse un instante sobre la mínima elevación de las puntas de sus dedos. Pero ella no sólo no compartía las prisas, sino tampoco las exquisiteces del hotel. Calzaba sandalias, llevaba un sencillo vestido blanco y un bolso de rafia. Todo lo cual obligaba a fijarse bien en su talle, que él, de entrada, viendo cómo marcaba el istmo de su cintura, atribuyó a la acción del más apretado corsé, por más que su cuerpo se movía con un cimbreo regular que evidenciaba la ausencia de sujeciones. Cuando todavía estaba a unos metros de él, se fijó en que no llevaba maquillaje, y esto le hizo sentir una intimidad contra la cual no podía hacer nada. No conseguía situarla. Pero el hecho era que su cuerpo reconocía haberla visto antes. Xan inclinó la cabeza. Ella se puso de puntillas y lo besó en un ángulo de la boca.

Xan había ensayado dificultosamente su frase, y ahora la pronunció también con dificultad:

—Es mi primera cita a ciegas desde hace treinta años.

—¿A ciegas? Bueno..., a tuertas más bien. Yo te conozco. ¿Tú no me conoces?

—Yo... Bueno, no sé... Tengo la sensación de que ya... te había visto.

—En la parte de atrás —dijo ella— tienen un bar sorprendentemente bueno. ¿Vamos? —propuso, al tiempo que lo agarraba del brazo.

Xan se encontró de nuevo «esperando» que el bar estuviera bien iluminado y con un número razonable de clientes: sería lo mejor porque así le pondría más difícil a la mujer hacer algo que pudiera no gustarle. El caso es que se sumergió en el Salón Rosa como quien viene directamente de una playa ecuatorial, y que le costó un minuto entero darse cuenta de que eran los únicos clientes allí. Una cita a ciegas, pues, y una cita sorda también, porque la algodonosa oscuridad reinante parecía oprimirle los tímpanos con sus patas mientras iba tras ella como en pos de un pequeño y blanco fantasma hasta un reservado distante: un opulento burdel de terciopelo rojo. Enseguida se presentó un camarero sin rostro, que encendió las velas de la mesa y desapareció de nuevo tras un estudiado gesto de cortesía. Ahora sus caras estaban inestablemente iluminadas, pero nada más lo estaba. Se dijo que en aquel ambiente no parecería particularmente atrevida una fornicación lánguida y metódica. Pero una cita a ciegas es eso: una cita a ciegas. Fue ella quien rompió el silencio.

—Veamos... ¿*Déjà vu* en sentido propio o en el vulgar? Porque en el sentido

vulgar significa, simplemente, «algo ya visto». Contemplamos con una clara sensación de *déjà vu* que un equipo de fútbol gana un trofeo por segundo año consecutivo. En cambio, en sentido propio significa que tú no me habías visto antes: que sólo tienes la sensación de haberlo hecho. ¿En cuál lo dices tú?

—En el último, creo. Como te he dicho, hay cosas que no andan bien en mi memoria.

—Por supuesto que podría tratarse de «algo ya visto» en sentido *realmente* vulgar. Supervulgar, de hecho. Pero ya volveremos a eso. ¡Ah...!

A los ojos de Xan, que todavía no habían conseguido adaptarse a la oscuridad, la cara del camarero sin rostro resultó ser ahora inverosímilmente joven: le pareció a punto de recomendarles un vaso de leche.

—Tomaré lo que tú —dijo ella.

Razón de más, pues, para poner orden en aquel océano de azuladas ruinas. A decir verdad, él habría dado cualquier cosa por un trago de alcohol. Habría dado cualquier cosa..., pero no todas las cosas. Por el momento, podía ver como una línea trazada en la arena: a un lado de ella, todo lo que tenía; al otro, todo cuanto podría perder. Leche, sí, o agua, agua pura y cristalina, el líquido desprovisto de cualquier vida. Preguntó si tenían zumo de naranja, y el camarero le dijo que sí.

—¿Zumo de naranja? —dijo ella—. No, yo no tomaré eso. Un Martini doble con ginebra para mí, por favor, con una rodajita de limón. Oh, no tomes zumo de naranja. Pide un café *espresso*, por lo menos.

—De acuerdo..., tomaré un *espresso*.

—Que sea doble... He leído tu libro. Es...

Aquello le agradó..., pero las palabras se le agolparon en la mente y no encontró otra manera mejor de expresarlo:

—¿Y no se te ha atravesado en el culo? Lo siento. Ya sé que suena terriblemente mal, pero seguro que entiendes lo que quiero decir.

—¿Te refieres a que te parece adular al lector? Bueno, sí, produce cierta sensación de querer congraciarse con todos. Una especie de deseo de no ofender a nadie. Y das la impresión de sostener un montón de falsas ideas preconcebidas a propósito de los hombres y de las mujeres. Es lo que yo pienso. Como si se hubiera acabado entre nosotros toda suerte de enemistad y estuviéramos bebiendo la leche de la concordia. Y hay algo más aún. ¿Cuál es ese relato que lleva por título un nombre de mujer? «Evie». Sí, ése es. Bueno..., tras treinta páginas de persecución, el narrador consigue finalmente llevarse a Evie a la cama, y entonces, a mi entender, más bien se congratula por no describir el momento. «No, no voy a contar la cosa con pelos y señales», y chorradas así. ¿Qué es eso? ¿Una actitud galante? ¿Evolucionada? ¿Crees que es eso precisamente lo que debería hacer el escritor..., rehuir su tarea para inspirar una actitud? Ya me doy cuenta de que me estoy mostrando injusta, porque no es un problema sólo tuyo. El buen sexo es algo inalcanzable para la narración. Quizá lo único a lo que no llega. Aunque quedan los sueños, claro. Pero, dime, ¿por qué ha

de ser así? Hmm. Dispénsame mientras saboreo esta deliciosa bebida.

—Dicen... —alegó Xan—, dicen que el escritor rehúye hablar en nombre de cualquiera que no sea él. Que las peculiaridades aparecen por sí solas. Pero ya no tienen nada que ver con lo universal.

—¿No pueden ser universales las peculiaridades? ¿No existen cosas que nos gustan a *todos*?

—Tiene gracia... Yo no suelo narrar historias de sexo, pero es la primera pregunta que me hago a propósito de mis personajes: la de cómo son en la cama.

—¿De veras? Perdona... ¿Te preguntas «cómo son» o «qué les gusta»?

—Supongo que ambas cosas. ¿O acaso es lo mismo?

—O sea que, si fueras a convertirme en uno de tus personajes, cosa que no te recomiendo, ¿cómo empezarías?

—¿Por qué dices que no me lo recomiendas?

—Porque nadie cree en las mujeres que son como yo. O ninguna mujer lo hace. A menos que ella sea una víctima también. Las víctimas sí creen.

—Las víctimas... ¿de qué?

—Aguarda... Veo que has evadido mi pregunta. En todo caso, el buen sexo, como cualquier otra cosa, ha de tener cabida en alguna parte. Por eso hay otra forma, otra industria, que se dedica exclusivamente a él.

—La pornografía.

—Pornografía... *Porno* es una palabreja desagradable, ¿verdad? El aspecto más desagradable de todo el fenómeno. Pero la realidad no es tan mala. En mi mundo, hablamos de la industria del *porno*. Así la llamas cuando trabajas en ella. Yo estoy en ella... Te dije antes que tal vez me hubieras conocido ya, en el sentido más vulgar de la palabra. Fue hace tiempo, y entonces tenía mis razones..., pero, bueno..., lo cierto es que protagonicé más de un centenar de películas. Películas obscenas, como Karla White. Durante tres años, el único sexo que viví fue el que tuve delante de una cámara. Pero las gentes del porno no son como las que no trabajan en él. Cuando vemos un espectáculo porno, enseguida prescindimos del sexo para concentrarnos en la actuación. Pero eso es una verdadera perversidad.

—¿Y cuáles fueron esas razones tuyas?

—Ya te conté. ¿De veras no lo recuerdas?

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—Fue en la fiesta de verano de Pearl; el treinta y uno de agosto. Bastante caótica, como suele ocurrir. Y sin que apareciera para nada Russia. ¿Recuerdas? Estuvimos charlando un par de horas, y después pasamos al jardín e hicimos lo que hicimos.

—¿Qué hicimos?

—Ya llegaremos a eso. Fue entonces cuando te expliqué mis razones. Antes era un cliché, y ahora es una falacia, pero... ¿por qué hacen películas obscenas las chicas? Porque fueron violadas por sus padres. Desde los seis hasta los doce años, inclusive, mi padre me violó a diario... Pero noto algo extraño. Muy extraño... Noto

que lo recuerdas.

—¿Por qué lo dices?

—Pues porque, cuando te lo conté la primera vez, te mostraste indignado por mi causa. En cambio..., mírate ahora. Te has limitado a parpadear una vez. Lentamente.

—No es que recuerde que me lo contaras. Es que...

—¿Que ya no te parece tan horrible? Muchacho..., realmente te han dado un golpe en la cabeza, ¿eh? Bueno..., está bien. Considerémoslo: ¿es realmente tan horrible? Algunos padres, y no hablo de salvajes criminales en serie, sino de corredores de bolsa y políticos..., algunos padres están convencidos realmente de que el incesto es algo «natural». Me debes el ser, así que puedo tocarte; tu primer hijo debería ser de tu padre..., todas esas cosas. Es un atavismo. Porque librarse del incesto, del creciente incesto, formó parte del avance de la evolución, al igual que lo fue para la mujer librarse del estro.

—¿El qué?

—El estro. El celo en la mujer. Jamás ha existido una sociedad humana que no observe tabúes con relación al incesto. Pero el que prohíbe las relaciones entre padres e hijas ha sido siempre el más débil. En la Biblia hay prohibiciones de todo tipo: «No descubrirás la desnudez de la hermana de tu padre; es una perversidad, porque es tía tuya.» Pero no se encuentra nada concreto a propósito de los padres y sus hijas.

—Régimen patriarcal.

—Bueno, sí... Pero no: es masculinidad. El incesto entre madre e hijo apenas existe. Se cuentan apenas veinte casos en toda la literatura. Y todas las prohibiciones bíblicas van dirigidas a los hombres. Los hombres hacen eso, y lo mismo ocurre con los animales superiores. Es cuestión de tamaño. De corpulencia masculina. Los hombres lo hacen porque son grandes... Si estás pensando en buscar una justificación, no mires al pasado.

Se inclinó para beber un sorbo y después se separó con las manos sus brillantes cabellos grises. Xan estaba oyendo palabras realmente muy extrañas... ¿Por qué no se lo parecían?

—Mira al futuro. Nosotras, como víctimas, no nos sentimos tan asustadas por cómo es el mundo hoy, ni nos repele tanto el fin de la normalidad. Siempre hemos sabido que no existía ningún orden moral. Así que acuéstate con Billie e introdúcela en el vacío.

—Eso es precisamente lo que es. Es un vacío.

—Es simplificar mucho —respondió ella sonriendo y mostrando unos dientes brillantes, menudos y felinos; luego dijo—: Donde yo vivo tenemos centros de tratamiento para toda clase de vicios, deficiencias y adicciones. A los padres incestuosos les enseñan a sublimar sus tendencias. Visten a sus pobres esposas como si fueran niñas pequeñas.

Xan pensó en Billie, en Sophie...

—¿Quieres decir uniformes escolares, peleles y pañales?

—No lo tomes tan al pie de la letra. Pero es algo que les gusta a muchos hombres, créeme. Todo lo que tienes que hacer es llevar prendas de una talla bastante inferior a la tuya. Cuando te telefoneé y te dije que iba vestida como una niña, lo hice porque es una forma de desparticularizar... No sé..., de quitar todo énfasis. Piensa en cuando se dice de alguien que tiene una «cara de muñeca». No es una mera sublimación: es introducir una nota de comicidad. ¿Cómo puedes ser seria si tu vestido apenas te llega hasta la cintura?

—¿Tú crees? ¡Uf, Karla! Déjame que me concentre un momento, y... Sí, te he visto antes. Y no ha sido en el cine.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo no veo películas pornográficas.

—Supongo que lo que quieres decir es que no vas a ver películas pornográficas... ¡Oh! Entonces es que no eres la buena y moderna persona que escribió *Lucozade*... No es justo. Perteneces a la generación anterior..., la que aún está obligada a rechazar la pornografía. Pasará algún tiempo aún, pero la pornografía está en auge. La industria, ahora, no hace más que insistir en lo respetable que es. Cada vez que un actor o una actriz porno abre un supermercado, la industria se hace lenguas de lo respetable que es. Pero, para eso, hay que decir que la masturbación se ha convertido en algo respetable. Y eso es lo que afirman. «Masturbarse está de moda», leí el otro día. «Hay pajas brillantes.»

—Hacerse una paja es una cochinada. Pero, espera...

Ahora sí miraba pornografía, en el *status quo* posterior al golpe. Anteriormente le gustaba cuando la veía, pero a la vez la reprobaba; ahora, en cambio, le gustaba mucho, y la aprobaba, y merecía sus bendiciones. Sin embargo, en la presente alteración de su estado, no le servía de ninguna ayuda. Porque incluso la pornografía necesita tu memoria..., y en la suya fallaban demasiadas cosas. Es lo mismo que ocurre con las corrientes de aire o de agua, con diferentes presiones y temperaturas: si no fluyen como solían hacerlo, si la memoria no puede dominarlas... Aunque se daba la correspondiente reacción fisiológica, eso no suponía relajación ni sosiego. Era como si su pasado erótico se hubiera perdido y sus deseos, sin dilución ni contrapeso alguno, se trasladaran al presente y lo real.

—¡Oh! ¡No seas demasiado duro con las masturbaciones! —Su interlocutora extendió los brazos a la altura de los hombros sobre el fondo oscuro del terciopelo—. No es nada halagador verte olvidada. Te hace sentir merecedora de olvido.

—No es así como funcionan las cosas. Tres semanas antes de que me dieran los golpes en la cabeza, Billie cumplía cuatro años. —Se detuvo un instante, y después continuó apresuradamente—: Cuando fui a recogerla a la hora del almuerzo, lo que no suelo hacer, estaba muy feliz y excitada. Le dijo a su maestra: «Aquí llega mi papaíto a buscarme para ir a casa.» Ya sabes..., como si fuera la guinda del pastel. Siempre me había dicho que jamás olvidaría su cumpleaños, jamás en la vida, pero habían tenido que recordármelo. Lo mismo que el cumpleaños de mi hija pequeña, el

de Sophie. Lo había olvidado. Lo he olvidado por completo. Diría que eres inolvidable. Pero, a pesar de todo, te olvidé.

—Entonces, tendré que recordártelo adecuadamente. ¿Me excusas un momento? Cuando vuelva, me encontrarás de un humor muy diferente... Todo lo que haces es... ponerte cosas que son de una talla muy inferior a la tuya, demasiadas tallas más pequeñas. Talla cero. No me sigas con la mirada. Me siento incómoda si me miras cuando me alejo.

Ella, pues, se alejó y él la siguió con la mirada y permaneció luego sentado allí con el rostro entre las manos.

7. TALLA CERO-2

Con el cuerpo inclinado sobre el mármol en el tocador de señoras, y observada por los espejos, Cora Susan se aplicó unos toques de maquillaje.

Recientemente, en los medios cinematográficos, había habido un actor, Randy Rivers, que falsificó su prueba negativa de anticuerpos de sida —en el argot de la industria del cine: su «permiso de trabajo»—, y había contagiado a cinco actrices. Cuando esto se descubrió, algunos tipos violentos fueron en busca de Randy. Todos lo encontraron y todos lo dejaron en paz. La explicación que había oído era que el estado y las circunstancias de Randy no podían ser empeorados de ninguna manera: que ya no había forma de joderlo.

Cora no incluía precisamente a Xan en esa categoría, pero había pensado en Randy Rivers a propósito de Pearl. A propósito de Pearl: era un buen título para ella. Pearl le habría revelado todo sin necesidad de un buen licor, sin necesidad de la cocaína de primera. De forma semejante, Xan parecía un pobre candidato para los polvos de cuerno de rinoceronte y la mosca española: Xan, el desgachado exhibicionista chismoso, con una sucia gabardina, tal como lo describía Pearl. Pero no se estaba mostrando de esa forma. Ella era una experta en la materia, y la resistencia que encontraba en él era inesperadamente obstinada; confusa y errática, pero obstinada. Seducirlo, por consiguiente, le resultaba ahora una cuestión en la que estaba comprometido su respeto a sí misma, e incluso su propia confianza en sí misma; algo vital para su cultura privada, para sus soles y lunas íntimos. Más tarde, si debía llegar, habría tiempo para el otro y más terrible castigo.

Se acercó a él por la espalda y apoyó las manos en sus hombros, mientras le decía:

—Voy a tomar otra copa de lo mismo..., y te odiaré un poco si tú pides lo mismo también.

—Entonces..., pediré lo que tú estás bebiendo... Te has puesto maquillaje.

—¿Notas alguna diferencia?

—Pareces un poco más joven. No, mayor. No, mejor dicho, más artificial. Como este lugar. Y menos familiar. Ahora sí que ya no te recuerdo en absoluto.

—Así está bien. ¿Sabes...? Dos cócteles es mi límite. Me divierte ver lo estrictos que son los hombres con las mujeres bebidas..., salvo en el dormitorio. No les gusta que se pongan sentimentales..., salvo en el dormitorio también. A los hombres les encanta hacer el amor con una mujer borracha como una cuba. Supongo que piensan que eso disminuye su responsabilidad. Pero tienes que controlar bien el tiempo.

Les trajeron las bebidas, y ella empezó a tocarlo. Una mano en el brazo, una mano sobre la otra; ambas manos se tocaban.

—Eres un poco duro con la industria, ¿no? Cuando empecé, me parecía que estaba *hecha a propósito* para trabajar en ella. A medida.

—¿Porque tú y tu padre...?

—Bueno, sí..., pero quiero decir en sentido físico. —Le tomó la mano y, acercándosela, comenzó a contarle los dedos—: Uno. De acuerdo: mi padre. Dos. Puedo ser sincera contigo, ¿verdad? Dos. Mi..., esto..., mi vello púbico es, por naturaleza, minimalista..., como lo llevan todas ahora. Como *lo son* ahora todas. ¿Tendrá algo que ver con la evolución? ¿Como el que los hombres hayan dejado de tener barba? Tres. No nací con un tatuaje en forma de beso en la rabadilla, pero tengo una marca de nacimiento en la cadera que recuerda un corazón. Todo lo que me hace falta para completar la imagen es encajarme en el ombligo un *pedrusco* realmente grueso. O en mi lengua. Cuatro. Mis pechos. Parecen falsos. Pero lo parecen porque les falta simetría. No se mueven como los de silicona, pero inspiran esa sensación. Sensación.

Hasta entonces, las miradas de Xan no se habían fijado en sus pechos. Eran éstos, más bien, los que habían estado todo el rato apuntándole a él. Pero ahora los miró y ellos sostuvieron su mirada. «Sensación»... ¿Qué podía decir él...? ¿Que habría preferido no tocarlos? En lugar de hacer eso, para ganar un par de segundos, replicó:

—No sé qué sensación causan los pechos falsos.

—Sí lo sabes. Has tocado los míos.

—¿Lo he hecho? Pero los tuyos no son de silicona.

—Pero lo parecen. Tócalos.

Los tocó. Ella retuvo la mano en su lugar con la muñeca, e inspiró profundamente.

—Es como si sacaras la palma de la mano, ahuecándola, por la ventanilla de un coche y midieras la velocidad del aire al pasar... Algunos pechos te ponen a cuarenta y cinco por hora. Algunos a ochenta. Yo diría que los míos alcanzan los ciento veinte; la velocidad límite para los pechos —dijo, y aflojó la presa con que retenía la mano de Xan—. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Cinco. Soy menuda.

—¿Cómo?

—Es bastante evidente, ¿no? Mido metro cincuenta y dos y una tarjeta de crédito. Peso algo más de cincuenta kilos en remojo. Magnifico al hombre. Soy una pequeña

ninfómana... Ahora bien..., esto último guarda relación con lo que ocurrió en casa de Pearl. Te lo voy a describir, y así tal vez sabremos todos dónde estamos. Pero piensa que voy a pedir un tercer Martini. Vas a tener que ayudarme a subir a mi *suite*.

En la pantalla, los actores parpadean sólo cuando quieren hacerlo; y cuando Xan decidió que quería ser actor, había pasado un montón de tiempo practicando el «no parpadeo». «¡Deja de mirarme fijamente!», solía decirle su madre. «No te estoy mirando. ¡Estoy aprendiendo a no parpadear!» Y ahora, en el lujoso hotel, Xan intentaba no parpadear. Porque, cada vez que lo hacía, le parecía ver a dos mujeres desnudas en el túnel de lavado de su cama... Sí, el mundo estaba escapando, escurriéndose por algún desagüe. Podía oír los ruidos de su cierre, semejantes al último suspiro de un ordenador: un débil rebote, un lejano *miau*...

—Era como la una de la madrugada. Quedaba todavía un grupo de resistentes en la sala, pero se estaban yendo poco a poco, hasta que se hubieron ido todos a casa... Salvo tú, curiosamente. Tú no estabas bebiendo, pero había otra cosa circulando por la sala, y tal vez hubieras dado un par de caladas; no lo sé. Quedamos en encontrarnos en el jardín. ¿Recuerdas que, en el extremo más apartado, pasado el arco de enredadera, había una cabaña, la casita de Wendy, que de hecho no pertenecía a la finca, pero en la que podías introducirte a través de un hueco en el seto?

—La llamábamos la Casita de los Monos —asintió él confusamente—. Era de las pequeñas que vivían en la casa de al lado. Pero ya se habían hecho mayores.

—Bueno..., el caso es que nos metimos a escondidas dentro. Era una niñería, y al principio lo tomamos a risa. Ya sabes: jugar a los médicos en el cobertizo de la leña. Y entonces ocurrió. Oh, no fue nada demasiado serio. Una mano que baja, otra que sube, y enseguida estabas acariciando todo mi cuerpo. Fíjate..., al poco rato, yo ya me sentía cansada de estar de puntillas y te dije que aquello no era justo, porque tú eras mucho más alto que yo. Y tú, entonces, me levantaste con una mano para colocarme a tu altura. Con una mano me tranquilizabas; con la otra me sostenías.

—¿Cómo podía hacerlo?

—¿Cómo? Tenías la mano entre mis piernas.

«Había demasiados monos saltando en la camita. Uno se cayó y se rompió la cabecita. Lo llevaron al médico, que dijo enseguidita: *Que los monos no salten, que duerme la niñita...*» Xan se empalmó. Aún la sentía allí, como un pedazo de cartílago duro.

—Tal vez podría darse una reconstrucción, una repetición de aquel momento, arriba, en mi *suite* —estaba diciendo ella—. Me parece que quizá te he alarmado un poco con toda esa charla mía acerca de incesto y pornografía... Son temas resbaladizos, ajenos. Pero, como puedes ver, tengo una salud perfecta, tanto física como mental. Y sigo siendo *menuda*. Sé que después de un accidente las personas se sienten muy frágiles. Pero no te haré daño. Además..., ¿cómo podría dañar esto a nadie? —dijo encogiéndose de hombros—. Y tú te lo mereces, Xan. Has pasado una época muy dura, y te lo *mereces*. No tienes que tocar si no quieres. Puedes limitarte a

mirar un rato mientras me muevo en ropa interior..., talla cero. Y, después, irte sigilosamente.

Sus recuerdos lo habían conducido a aquello, y ahora tal vez lo librarían. El primer instante, en el vestíbulo, había sido para Xan un *coup de foudre* sexual; pero aún creía que sería capaz de encontrar alguna forma de contrarrestarlo: que podría evitar la ocasión del pecado. Después había empezado a extenderse lentamente por su cuerpo algo así como un pesado reptil que se centraba en un único propósito y sentido. Él era el perezoso cocodrilo que había estado aguardando al acecho, que llevaba mucho tiempo aguardando y acechando. Y, simultáneamente, por espacio de unos minutos al fin, se había sentido como un cuerpo celeste en el espacio, atraído por otro cuerpo celeste de una fuerza de gravedad mucho mayor: había sentido la atracción celestial. Los demás, las demás cosas, el mundo: todo lo contenido en el universo estaba a punto de desaparecer... Y entonces se produjo un recuerdo. Llegó un recuerdo, como una llamarada, que trajo consigo toda una serie de deducciones forzosas.

Recordó que la tarde de su accidente, cuando se disponía a salir de la casa, de camino hacia el Hollywood..., y al hospital..., le había dicho a su mujer: «No tengo secretos para ti.» Y recordó lo que había querido decirle: recordó el sentido auténtico de su propia veracidad. Porque todo hombre tiene secretos para su esposa: esas cartas, esas fotografías, esos rostros y experimentos mentales que se presentan como invitados fantasmales en el dormitorio conyugal. Pero Karla, con el vestido subido hasta la cintura...: eso sí era un *secreto*. Xan tenía ahora la esperanza de que ella hubiera dicho la verdad: de que realmente la hubiera levantado hacia sí. Porque era algo que realmente valía la pena hacer... y, si lo habías hecho ya una vez..., ¿qué sentido tenía evitar repetirlo?

—Y, después, por la mañana, tomaré un avión que me llevará a ocho mil kilómetros de distancia.

Xan respondió con brusquedad:

—Y, si no eres una amiga, ¿qué eres? ¿Te suena el nombre de Joseph Andrews?

Dio la impresión de que ella lo tomaba como el golpe mínimo de un mínimo enemigo. Pero su respuesta sonó con voz firme y fría:

—Sí. Está en tu libro. Di por supuesto que era sólo un chiste acerca de Henry Fielding. Como lo del título: *Lucozade*..., «lo mejor de la vida».

—Gracias. Así lo pensé. ¿Y de verdad *no eres* mi enemiga?

—¡Oh, vamos...! Sí, soy tu enemiga, de acuerdo. ¿Qué piensas? ¿Que tengo aquí una cámara sensible a nuestros movimientos, y que mañana por la mañana un mensajero uniformado le llevará a tu mujer una casete de lo que hayamos hecho? Tendría que empezar en el ascensor, así que necesitaríamos emplear una casete vacía... Mira este lugar. Siéntelo encima de ti, toneladas y toneladas: todo él diciéndote que el cuerpo debería disfrutarlo. Te estoy ofreciendo una tentación moderna, sin consecuencias. Vamos arriba. No es más que lo que te mereces.

La tentación, pensó Xan, era tan inconcebiblemente extrema, que sería ridículo no sucumbir a ella. Karla estaba en lo cierto: el lujoso hotel quería que ocurriera. Frente a él, en la mesa, los dos vasos de cóctel eran un par de muslos femeninos, y los dos dedos de licor sin consumir, con la ginebra disipándose en ellos, eran como sus medias... Contra este lujo, él sólo podía oponer el lujo de la fidelidad conyugal..., un lujo meramente mental. Y Russia estaba lejos, muy lejos, tal vez irremediabilmente distante; mientras que Karla estaba cerca.

Xan sacudió la cabeza, y enseguida ella pidió la nota.

—En el diccionario —dijo sin ningún énfasis, al tiempo que sacaba del bolso la llave de su *suite*—, la tercera acepción de *tentar* es arriesgarse a provocar a una divinidad o fuerza abstracta. Eso es lo que *acabas* de hacer. En cuanto tentación sexual, no fue nada. Y ahora vas a tener que ver cómo me voy.

—Espera. ¿Cómo puedo...?

—Haz lo que hice yo y llama a tu agente. Ahora vas a tener que ver cómo me voy. Y ya es demasiado tarde para hacerte cambiar de idea..., esta vez. Voy a dejarte con una paradoja visual. Mi madre era muy femenina, pero también lo era mi padre. Y yo soy femenina por partida doble. ¿Qué cómo funciona eso? Caderas que se tocan una a otra, pechos que se tocan el uno al otro, cada uno tocando al otro. Sígueme con la mirada mientras me alejo en mi doble ser. Y vas a pensar: es mi polla que se marcha.

Estaba de pie delante de él: con aquel singular vestido blanco que marcaba sus salientes y entrantes. Ahora giró sobre sus talones, con la cinta del bolso de rafia apoyada en el hombro. Dejó escapar una risa armónica, y dijo:

—¡Es tan lindo...! Los padres tenéis la ridícula idea de que...

Lo miró por encima del hombro. Xan esperaba encontrar una expresión de disgusto en ella, pero su rostro parecía a punto de desmoronarse y venirse abajo, como pudiera descomponerse el de Billie.

—¿Sabes...? Si querías dar una naturaleza sexual a la relación con tu hija..., ella habría aceptado. ¿Qué otra cosa podía hacer? No tenía otra alternativa. Cuando se trata de papá, las niñas no tienen más que certezas. Los padres tienen la idea de que si hicieran ademán de acercarse a sus hijas, éstas retrocederían y les darían un bofetón en la cara. Pero te digo una cosa: yo no soy de esa clase de niñas. ¿Por quién me tomas?

Y, dicho esto, se marchó.

Es lo que habría hecho un buen hombre de las cavernas, ¿no? Cuando oye el chasquido de un tallo que se rompe, o la respiración de un animal o un enemigo, desaparece..., aunque la hembra en celo se le esté ofreciendo con los brazos abiertos. El deseo de reproducirse tiene su contrapartida, que es el deseo de seguir vivo.

Pero había otra cosa que lo constreñía: algo muy antiguo, pero a la vez mucho

menos primitivo. Ella le resultaba familiar, íntimamente familiar; y, en efecto, la había visto ya en los dos sentidos de la palabra. Xan lo ignoraba, por supuesto, pero el rostro que veía detrás de su rostro era el de su *madre*. Y el de su hermana, y el de él mismo. La había conocido en el pasado, sí: cuando él tenía veinte años y ella tenía diez; cuando él tenía dieciséis años y ella sólo seis; cuando él tenía diez y ella no era más que un bebé.

No descubrirás la desnudez de la hija de tu hermana; es un pecado, porque ella es tu sobrina.

8. DE NUEVO SIN SABER

—¿Me das algo para beber?

—Sí, claro. ¿Qué te apetece?

—Chocolate Mix.

—¡Marchando!

—Leí este libro, pero me dormí antes de llegar al final. Ahora lo he empezado por el principio, pero no lo sé otra vez.

A menudo decía «no lo sé otra vez» en lugar de «no lo recuerdo». Pero él entendía lo que quería decir.

—Bueno..., sentémonos y te lo leo bien.

Estaba solo con Billie en la cocina. Imaculada había sacado a pasear a Sophie por Primrose Hill. Y Russia era tan sólo una presencia en algún lugar del piso de arriba. Billie, ahora, ya no lo trataba como a un padre, sino más bien como a un tío del que se podía fiar, razonablemente... Xan estaba haciendo lo que su padre había hecho muchas veces: se estaba mostrando simpático, incluso empalagoso, con una niña, a la vez que alimentaba pensamientos criminales con respecto a otro hombre.

—¿Te morirás antes que yo?

—Me temo que sí, cariño.

—¿Morirá mami antes que yo?

—Me temo que sí.

—¿Se morirá Sophie antes que yo?

—Espero que no.

—¿Me moriré yo antes que ella?

—No lo sé, cariño. Y ahora leamos el libro.

Xan había pasado la mañana tras la pista de su enemigo. La búsqueda —tan irreal como prosaica— empezó en la sección de Personajes Reales del Crimen, en la librería de High Street. Había un número sorprendentemente elevado de estudios sobre personajes del hampa y las biografías (supuestamente escritas por diversos matones y guardaespaldas) concluían con un índice onomástico; en muchos de ellos

aparecía repetidamente mencionado el nombre de «Andrews, Joseph»: el Golpe del Aeropuerto, sus dos largas condenas, las sospechas de asesinato y, algún tiempo después, y un cuantioso fraude fiscal. A Xan lo desconcertó, también lo decepcionó, enterarse de que Andrews era, como mínimo, media generación anterior a la de su padre, por lo que ahora debía de contar más de ochenta años. Cuando volvió al apartamento, tecleó el nombre prohibido en un programa de búsqueda, y al cabo de un momento tenía delante de sí una imprecisa e irritante biografía del personaje, e incluso una fotografía suya de prensa, en la que aparecía sentado en un sillón de plástico junto a una piscina, con aspecto de director de colegio, los mojados cabellos grises peinados hacia atrás y sosteniendo, desafiante, una copa de champán en la mano; tenía sentada en su regazo una adolescente criolla, vestida con la parte inferior de un bikini y una camiseta mojada. Estaba fechada en Brasil, veinte años atrás, y no había ningún dato más posterior.

—¿Jugamos a los caballos?

—Vale, sube aquí. Así es como montan los niños... Al paso..., al paso..., al paso... Y así es como lo hacen las chicas; al trote, al trote, al trote, al trote. Y ésta es la forma como...

—Tengo que hacer caca.

—¿Ahora? Vamos, pues.

—De prisa. Se me escapa.

Sin pensarlo al principio, siguió el antiguo protocolo. La ayudó a desabrocharse los botones metálicos de sus tejanos y la colocó en el asiento del váter; luego se retiró y aguardó a que lo llamara cuando estuviera lista para limpiarla. En los primeros tiempos a Xan esta rutina no se puede decir que lo entusiasmara; tras cuatro décadas y media de hacérselo a sí mismo, la acción de limpiarse el propio trasero había perdido gran parte de su magia, y limpiarle el trasero a Billie parecía sólo más de lo mismo. Pero ahora tuvo que admitir íntimamente que prefería ocuparse de ello a no hacerlo. Una admisión que lo condujo a otro pensamiento: creyó comprender por qué algunos animales lamían a sus crías para limpiarlas.

—¿Papá? —la oyó decir—: Cuando las personas se trasladan, no trasladan sus casas. Trasladan todo lo demás. Se llevan sus *alfombras...*, sus *camas...*, sus *mesas...*, sus *juguetes...*, sus *mantas...*

Se hallaba de pie en el pasillo, junto a la escalera, frente al espejo de marco dorado que colgaba de la pared levemente inclinado. Y a este espejo dirigió, con indolencia, lo que quedaba de su torturada vanidad: los abultamientos que se le formaban bajo los ojos, las amenazadoras entradas de sus cabellos (el champú las estaba ampliando más cada año, cada mes). Sí..., pensaba, era una lástima, una tragedia, que Joseph Andrews contara ahora ochenta y cinco años. Le quedaba tan poco susceptible de ser arruinado en la vida. Aunque, por otra parte, cuánto más fácil, cuánto más sonoramente cabía quebrársela...

—... sus *lápices...*, su *nevera...*, sus *libros...*, su *televisor...* ¡Ya estoy lista, papá!

Entró en el cuarto de baño. El olor le hizo sentir una oleada de placer..., el olor de una defecación infantil... No fue mareo, sino una sensación general de inseguridad física lo que lo entretuvo cuando se inclinó sobre la niña, la limpió y activó la descarga del agua.

—Me duele el chochito.

—No me extraña. Es culpa de los meneos que le das. Quédate ahí.

La sentó en la repisa del lavabo. En los últimos meses, Billie había ido ganando peso de manera uniforme, como capa a capa. Ahora podía ver a través de su camisa las formas preliminares de sus pechos, y su estómago aún infantilmente abultado; y más abajo la vulva, como una uve doble de largos brazos, pero ahora inflamados y enrojecidos..., como marcados en colores rosa y rojo. Xan casi sintió el impulso de llorar, pero no era un impulso sincero, porque tenía que ver, en parte, con sus fútiles tocamientos y retorcimientos de la noche anterior, y en parte le parecía algo tan burdo y falto de ternura, como sonarse la nariz con una felicitación navideña.

—Hará falta que te ponga más crema ahí —dijo.

Salió al pasillo y llamó a Russia. Luego subió hasta mitad del tramo de escaleras y la llamó por segunda vez:

—¡Russia! ¡Ven, te necesitamos!

Oyó entonces el pesado golpeteo de la ducha un piso y medio por encima de él; Russia estaría debajo del potente chorro, desnuda tras la mampara de vidrio.

—No voy a hacerte daño —dijo.

Se lavó y secó las manos... Sintió cómo los ojos de la niña se posaban sutilmente suplicantes en él, se abrían y a continuación se serenaban y alegraban en lo que interpretó como una muestra de confianza. Sólo entonces el dedo envuelto en crema buscó las partes íntimas de la pequeña.

Billie dejó escapar un suspiro de alivio; era ya cosa del pasado. Pero ahora estaba mirando más allá de él, y Xan, al volverse, vio que Russia, con los cabellos recogidos en una especie de turbante y enfundada en su albornoz, lo observaba inmóvil desde la escalera.

9. A OTHERVILLE

Rory McShane había disfrutado mucho en el pasado en sus tratos con Xan Meo. Lo había recibido en su casa varias veces, primero con Pearl y, más tarde, con Russia. Pero ahora que la carrera de Xan había sufrido obviamente un rudo golpe, Rory lo había transferido a otra parte de su mente, junto con aquellos a los que era mejor seguirles la corriente. Presumiblemente ya no tendría buenas noticias que darle; nunca más.

—¿Cómo está Russia?

Xan dejó de mirar con el ceño fruncido y dijo, como para sí mismo:

—Me acerco por allí y llama a..., a las autoridades. ¿Puedes creerlo? Vas a tu propia casa y tu propia mujer telefona a la maldita bofia. ¿Puedes creerlo? —Y se puso a fruncir el entrecejo de nuevo.

Rory se preguntaba si Xan estaría bebido: advertía en él una especie de creciente hostilidad, junto con la promesa de estar desarrollando un cambio nada recomendable en su personalidad. Pero decidió que estas emanaciones, más la mirada fija y la lengua amargada y torpe, eran probablemente consecuencias de haber recibido un fuerte golpe en la cabeza. Aun así, Rory se estaba mostrando especialmente cuidadoso en no provocarlo.

—Hay algún dinero en camino —decía Rory—. He estado haciendo números y todavía tienes que recibir algún dinerillo.

—Tengo dinero. Ése no es el problema. Tengo algún dinerillo, muchacho.

—Ya. De acuerdo. Si no te importa que te lo pregunte (y envíame a paseo, si quieres), ¿de dónde te ha venido ese dinero?

Xan dejó de fruncir el entrecejo y respondió:

—De mamá. De mi madre Hebe. Murió en la habitación que ocupaba en una casa adosada en el E4 de Effley Road. Era de esas ancianas que emplean cinco veces una misma bolsita de té. Sabíamos que tenía una buena suma en el banco. Cuando murió —y aquí volvió a arrugársele la frente, al recordar la tercera auditoría solicitada por Pearl—, resultó que no sólo era dueña de la casa en que vivía, sino de toda la calle. Diecinueve casas adosadas, ocupadas por mil novecientos *patels*, que es como los llama la policía. Bengalíes de Bangladesh. Una casera de inmigrantes sin recursos. Pero, cuando pusimos todo en orden... y después de tirar un pastón en... reparaciones y todo eso, aún nos quedó una buena tajada. Era un monstruo mi madre, pero yo la adoraba. —Cerró los ojos y añadió—: Una fabulosa mujer de negocios. Así que no es por el dinero, compañero. Es por el trabajo. No puedo escribir y no estoy en condiciones de... salir a escena, de actuar. Estoy acabado. Pero la escena me hará revivir, seguro. Búscame un trabajo.

Y frunció el ceño nuevamente.

—Te noto envejecido...

—Hago gimnasia. Arriba, abajo; arriba, abajo; dentro, fuera. Vamos allá, pues: Karla White.

—Oh, sí... Karla White. Dudaba en hablarte de eso. Pero, sí. Karla White.

—Cuéntame.

—Has tenido una..., digamos, una oferta... de Fucktown..., Lovetown o Sextown^[29], como quieras llamarlo.

—¿No es allí donde tienen un francotirador?

—Todavía sí. La Asesina de Sextown. Y aún sigue en libertad.

—¿«La» asesina? —Apenas lo había dicho cuando Xan recordó que ésa era una de las clásicas ocurrencias de Rory. Porque Rory (cincuentón, cabellos largos y

muchos divorcios a cuestras) fingía pensar que todos los malhechores eran mujeres. Alguien le decía: «Anoche robaron en mi casa.» Y él preguntaba: «¿Cómo entró la ladrona?» Y si alguno se quejaba: «Me han asaltado cuando venía hacia aquí», su siguiente pregunta era: «¿Iba armada?»

—Tampoco podrán atraparla, además. No pueden. ¿Sabes algo de Lovetown? La gente del porno... Cuando los creyentes de Washington comenzaron a tomar medidas en contra de ellos, la gente del porno encontró una escapatoria legal y trasladaron a toda su banda al valle de San Sebastiano, el Pequeño Hollywood, en el sur de California. Es un estado dentro de un estado. De manera que su Departamento de Policía, que consiste en un único hombre, no puede contar con la ayuda federal. ¿Y a quién le importa, si allí todos los que reciben un balazo son gente del porno? ¿Quién se va a preocupar porque, pongamos, a Coño Casey lo han herido en un brazo? Son los designios de Dios.

—Todo porno.

—Todo porno. Pornotown. Othertown, En cuanto a esa supuesta oferta para ti... Han sido anglófilos durante algún tiempo..., mucho antes del asunto de la princesa. Muchas chicas son inglesas: English Rose, Brit Isles. Greta Britain, Unity Kingdom... Y los hombres se dan a sí mismos nombres que tienen que ver con la escena británica. Y títulos: Sir Phallic Guinness, Sir Polla Tiesa Hopkins, Sir Dork Bogarde, por ejemplo. Lo que les gusta ahora es contratar a destacados actores para que interpreten papeles de «característicos», como los llaman. Algunos de mis clientes más jóvenes lo han hecho.

Y le citó unos cuantos actores que a Xan le resultaban más o menos conocidos.

—Pagan una miseria. Como a una estrella de segunda fila del rock. Pero, para una estrella del rock, tener una amiga porno está considerado como un grandísimo éxito.

—¿En qué consistiría el trabajo?

—Bueno..., no tendrías que follar en la pantalla, y tampoco que actuar. Supongo que lo tuyo sería un papelito de mirón. Ya sabes: te aprendes tu, llamémoslo, papel en el taxi que te llevará a una villa mora cuyas dependencias serán antros de vicio. Habrán pergeñado una especie de guión en el que tú estarás presente mientras, por ejemplo, Brit y Polla Tiesa follan. —Rory se inclinó sobre la pantalla de su ordenador—. Mmm. Normalmente es como una parodia de una oferta de Hollywood: Prestigio, Ahorro, Presupuesto para cama, Salario de tres cifras. Pero esta oferta parece muy razonable. Más que razonable por un solo día de trabajo. Bueno..., así es Karla White. Es la que hizo *Princesa Lolita*... La nueva película se llamará *Corona de azúcar*, y tú harías el papel de Ramsés el Grande. ¿Sabes qué pienso que deberías hacer? —propuso Rory diligentemente—: Participa en algunos talleres. Da algunas clases. Tómatelo con tranquilidad. Y vuelve a ser el de antes.

Al igual que los otros vestidos de oscuro, los que eran atraídos a la ciudad por la

mañana y liberados cada día a las siete de la tarde, volvió a su apartamento con una bolsa de plástico que contenía sus compras: provisiones para una persona. Calentó y comió unos cuantos bocados sabrosos, pero sin saber bien de qué eran, y bebió el vino tinto..., aunque no todo. Por espacio de casi una semana, sus mediodías y sus tardes habían sido viajes a la inconsciencia: despertaba en un apartamento donde, en apariencia, la noche anterior habían estado de juerga trece o catorce personas. Pero entonces, una mañana, mientras se exasperaba en el banco de gimnasia bajo los efectos de sus propios gases y ácidos, pensó que estar borracho era una forma de decir que, en tu opinión, el universo no tenía sentido. No, más aún: de decir que pensabas que el universo era una mierda. Y él dudaba de que ésa fuera su idea. Esa noche, pues, permaneció sobrio y se sentó mirando la pared. Estaba sobrio cuando se metió en el dormitorio y miró por la ventana la casa al otro lado de la calle: aquél era su *status quo ante*; era donde había estado hasta entonces.

—¿Hola?

—¿Xan? Mal Bale al aparato. ¿Cómo estás, muchacho?

—Oh, ya sabes. No debo flaquear.

—Bueno, escucha... Con respecto a atizarle a Snort... Ahora no podemos hacerlo. Lo han retirado de la circulación para doce años.

—Lamento oír eso. Pero así aprenderé. ¿Qué ha sido?

—Condenado por causar lesiones intencionadamente. Aunque, por lo que he oído, Snort recibió tanto como dio. Podemos actuar contra él dentro de la cárcel, pero ¿qué satisfacción obtendríamos?

—Ninguna. O sea que aún le debo una.

—Aún le debes una, en efecto.

—He estado dándole vueltas a algo que dijiste acerca de... nuestro amigo. Dijiste que yo lo situé. Exactamente, que lo había «ubicado». Ubicado... ¿dónde? ¿En la página de mi libro, o en Los Ángeles?

—Sin comentarios.

—¿Está en Los Ángeles?

—Hmm, sin comentarios. Y, si comprendes lo que quiero decir... Porque... me imagino lo que te propones, ¿no, amigo?

—Bueno..., que no está a mi alcance, ¿no es eso? Pero, si no hago algo, me sentiré una mierda para el resto de mi vida. Dime... ¿quién es Karla White?

—¿Karla White...? No, muchacho... ¿Sigues a prueba, entonces? Sobreviviste a eso, ¿no? ¿A la visita a la chica en el hotel?

—Bueno..., sí y no.

Esa noche se acabó la botella de vino. La necesitaba para superarla; es decir, necesitaba una botella de vino para poder pasar la noche con una sola botella de vino para pasarla.

En la callada discusión con Russia que estaba manteniendo continuamente en su cabeza, y en sus mucho más alborotados encuentros con su subrogada, Tilda Quant,

Xan alegaba que había actuado como lo hubiera hecho cualquier padre..., pero era consciente de que su corazón no había actuado del todo bien allí, en el baño, con Billie. «Si querías dar una naturaleza sexual a la relación con tu hija..., ella habría aceptado. ¿Qué otra cosa podía hacer?» Esto había demostrado ser una terrible enseñanza: un desengaño. Deseaba poder olvidarlo; deseaba, por decirlo a la manera de Billie, «no haberlo sabido otra vez». El poder de la niña, sus derechos (¿basados en qué?, ¿en la civilización?) parecían perdidos; mientras que los suyos habían retoñado corrosivamente. Estar solo con alguien que *no tenía otra elección*: era ese extremo desvalimiento de la pequeña lo que hacía que se le saltaran las lágrimas. Porque todo ello formaba parte de su temor a ser herida, cortada, atravesada, dividida, clavada. Pero, sobre todo y por encima de todo, y por debajo y por debajo de todo, estaba la sensación que él tenía de sus propios títulos y merecimientos, sus privilegios, garantías y creencias, todos aparentemente innegociables: su sensación de lo que le correspondía.

También había dentro de él, en alguna parte de su ser, una criatura completamente desvalida; cada día se preocupaba de ella, y la mantenía y la alimentaba, y cada noche la acostaba en la cama. Pero las cosas estaban más claras ahora, cuando se avergonzaba y retorció. Todas las señales apuntaban a lo mismo.

Había estado en el hospital. Ahora iría a Hollywood.

CAPÍTULO OCTAVO

1. 14 FEBRERO (1.15 P. M.): 101 HEAVY

—Damas y caballeros —dijo Nick Chopko—, lo que acabamos de experimentar es un fenómeno conocido como CAT, o Clear Air Turbulence: una turbulencia en aire claro. Ha sido una buena caída, pero, bueno..., me complace decirles que estamos en perfecta forma, gracias a la... habilidad y previsión de nuestro comandante, que hoy realiza su último vuelo, ahora que sus cuatro hijas han pasado ya por la universidad. Una de ellas, me enorgullece decirlo, Amy Macmanaman, es mi prometida. Feliciten al comandante... Hemos dado con un viento muy fuerte, cuyo efecto ha sido provocar un diferencial de presión negativa en las alas, conocido también como «pérdida». Parece que todo el mundo tenía el cinturón de seguridad abrochado..., salvo la auxiliar de vuelo Conchita Martínez en clase business, que se mantuvo agarrada a su carrito, pero ha sufrido un golpe en un hombro. Creemos que se restablecerá. Por fortuna, aguantaron las cerraduras de todos los compartimentos de equipaje de mano, salvo las de tres. Y éstos no contenían las mancuernas y bolas de bowling que a algunos de ustedes les encanta meter allí: tan sólo había dentro almohadas y mantas, y un montón de cartones de cigarrillos. El CAT es una emergencia potencial muy infrecuente. Es la primera vez que me ocurre. Y seguro que es también la primera vez para ustedes. Pero no para el comandante. Esperamos que no haya más problemas, pero, por precaución, les rogamos que mantengan los cinturones de sus asientos bien abrochados. Muchas gracias.

—¿Sabe usted —preguntó el hombre del 2A— cuál es, por término medio, el porcentaje de pasajeros que sobreviven a un accidente de avión?

—Ni idea —dijo Reynolds—. ¿Un tres por ciento?

—En realidad, se acerca más al cuarenta. Puede haber un único sobreviviente, y puede haber una sola víctima. Y cualquier cosa entre una y otra.

—Tiene que ser así, obviamente.

—Ni siquiera sé qué estoy haciendo aquí.

—¿Cómo dice?

—Yo ni siquiera fumo. Me refiero a este asiento. A esta parte de la cabina. ¡Justo en la zona donde más sufre el fuselaje! Siempre me siento en la parte de atrás, entre los lavabos. Así el resto del aparato hace de parachoques. Tenía reserva en IA, pero en Frankfurt me bonificaron las millas que llevaba recorridas y me ofrecieron cambiar mi pasaje a primera clase. Es una locura. Yo ni siquiera fumo. Y los efectos de inhalar pasivamente el humo me están matando.

—Recuerde el espléndido desayuno que le han servido aquí y piense en las

zapatillas con que le han obsequiado. Concéntrese en ello.

Fue entonces cuando, sin ser desmesuradamente violento, ni ruidoso en exceso, ni demasiado claro y nítido, ocurrió todo: la explosión, el desgarrón del motor de estribor; junto con el espeluznante fenómeno de ver catapultados los álabes y radios del rotor como una ruidosa metralla que perforaba el metal.

Mecánico de vuelo Hal Ward: ¡Dios bendito! ¡Mierda!

Primer oficial Nick Chopko: ¿Qué es lo que ocurre?

Ward: ¿Qué demonios han hecho esos operarios en el motor?

Chopko: Corta la potencia.

Comandante John Macmanaman: Vamos allá. Hagámonos con el aparato. Adelante. Hagámoslo volar.

El CigAir 101 comenzó a cabecear, y después, como para honrar a Royce Traynor, empezó a dar bandazos.

2. LA CARA TIENE AGUJEROS

La versión un poco más larga y (por todos conceptos) muchísimo más obscena de *Princesa Lolita* llegó a Ewelme por mensajero. Brendan Urquhart-Gordon estaba cometiendo un delito al aceptar la entrega de la cinta, pero Oughtred le había dicho que el Reino Unido estaba ya inundado de copias del original americano, junto con toda clase de falsificaciones piratas (y que, por otra parte, mediante una complicada y costosa visita a Internet, era posible conseguir una edición abreviada y expurgada de todas las imágenes que no tuvieran un carácter explícitamente sexual). En todo caso, la conciencia de transgresión que tenía Brendan difícilmente habría podido hacerse más patente que en las prisas con que firmó el recibo del paquete y corrió a esconderlo en su cuarto. Aquella noche se retiraron a las diez. Y la impaciencia con que aguardaba Brendan aquella sesión de madrugada satisfizo rápidamente el deseo de su insomnio. Despertó a las tres menos cuarto. Ya había hablado con el capitán Mate y, por extraño que parezca, las tres puertas que tuvo que abrir hasta llegar a la biblioteca estaban equipadas con cerraduras y llaves en perfecto estado de funcionamiento... En Ewelme, el rudimentario sistema de calefacción se apagaba mucho antes de medianoche. Así que, embutido en su pijama, bata, abrigo, calcetines y botas de montaña, Brendan activó la estufa de parafina, deslizó la casete en la ranura de la máquina y se sentó a mirar entre el vaho de su propia respiración. Apagó la luz. Encendió la luz. Volvió a apagarla. Alargó el brazo para tomar el mando a distancia.

Ningún hombre en la tierra —a juicio del propio Brendan— vería *Princesa Lolita*

con más curiosidad que él. Porque, por ejemplo, ¿quién más podía alegar un amor sano por la princesa Victoria, la princesa real, como él lo sentía? En otro orden de cosas, más general, la experiencia le proporcionaría una información esencial. O, como se lo planteaba él mismo, un tanto melodramáticamente, ¿sería él un «josé», uno de esos seres neutros de la naturaleza que bajan humildemente la cabeza mientras Dios les pone los cuernos? ¡Ay, pobre José! ¡Cuán difícil era caminar con la cabeza alta, y pasar por un hombre sabio y sincero! Y, sí...: más difícil aún con la barba... Brendan evocó el gastado recuerdo del beso que le había dado la princesa..., y cómo se había agolpado la sangre dentro de él...

Princesa Lolita empezaba con una foto fija de la partida de nacimiento de Tori Fate, seguida por el golpe de una claqueta fechada, que ofrecía imágenes del primer día de rodaje. Brendan hizo unos cálculos: la actriz tenía apenas una semana más de los diecisiete años cuando la filmación empezó. Una imagen de referencia con la torre de un castillo; y, enseguida, Tori Fate bajo una sábana, en una cama de cuatro postes. Sí, se parecía, se parecía mucho, muchísimo. Y sin artificios, como si se hubiera metamorfoseado la mismísima actriz. Pero incluso el parecido superficial demostró ser engañoso, o meramente cosmético, en el instante en que abrió la boca para dirigirse a su doncella y preguntarle (no con acento de Brooklyn o de Mississippi, sino en un inglés doblado, recortado y añadido, con perfecta dicción; la voz, aseguraría Brendan, de una mujer de la edad del rey) por las artes del amor... La doncella de Lolita —una reluciente amazona con tatuajes ocultos en sus musculosos pechos— empezó a hacerle una demostración. Brendan no tardó en decidir que el disfrute de semejante espectáculo era un test de heterosexualidad masculina que él no superaría. La parte exterior de la lengua contra la interior, la superior contra... Y, de pronto, una sacudida. Cuando el falo postizo apareció en escena como por obra de una conspiración, y le fue tendido a Tori Fate, quien se lo ciñó inmediatamente y lo mantuvo en posición sujetándolo por la base con la mano, Brendan notó una sacudida abyecta, un temblor enfermizo entre sus piernas.

Se movió en su asiento e hizo un ruido destinado a tapar cualquier otro que pudiera salir al exterior... ¡Joder...! La pornografía ponía el mundo patas arriba. Te hacía perder la cabeza y ya no importaba lo que pensara tu mente; ahora eran las partes animales de uno las que ocupaban el asiento del conductor y tomaban las riendas. Cuando Lolita acometió a su amazona por detrás, Brendan aguardó el suplicio de su excitación. Uno preferiría que esto no ocurriera cuando estás viendo en la pantalla imágenes de un sepulturero obseso sexual, de un granjero coprófago, de una mujer asesina de mujeres..., se dijo.

Al llegar a este punto, Brendan se hacía ya a la idea de pasar agitándose y retorciéndose en su asiento los siguientes noventa minutos. Pero sólo le aguardaba una revelación más, insidiosa y acumulativa, como puede serlo la sensación de oír unos pasos a tus espaldas, de noche, en un camino solitario. Muy pronto, las explicaciones para la educación sentimental de Lolita le hicieron recordar aquella

única vez que asistió a una corrida de toros en Barcelona: después del tercer toro, la fascinación y el desasosiego que le producía el espectáculo seguían presentes en él, pero a estos sentimientos se había sumado solapadamente el aburrimiento. Mientras la heroína se dedicaba aplicadamente a coquetear... —ora con un grande de España deslumbrante en sus pantalones de montar, ora con un tosco y joven mozo de cuadra, ora con el diplomático lleno de condecoraciones o con el rudo marginado recogido en la calle...—, le parecía a Brendan que los intérpretes, con más prisas que deseo carnal, hacían su trabajo según una lista en la que estaban programados sus cometidos: un poco de esto, un poco de lo otro; y después, esto y aquello, incluyendo algo de tal cosa, pero sin olvidar algo de tal otra; y, después, si acaso, algo de la de más allá..., para acabar con esto *al final*. Siempre el mismo final: que la princesa Lolita, sonriente, con una sonrisa agradecida, y de rodillas, aguardaba su unción.

Cuando todo hubo acabado, la pasó de nuevo, empleando el mando a distancia. Contemplando pornografía, viendo practicar el sexo a otros (esto lo tenía muy claro), te estabas diciendo a ti mismo constantemente: No, no hagas esto..., haz esto otro, para, no pares, sigue, desiste... El espectador estaba inerte ante las dimensiones espaciales, pero el control remoto le daba poder sobre el tiempo. Haciendo uso de ese poder, Brendan se concentró en congelar los primeros planos del rostro de la actriz. Desde determinados ángulos, sí, se parecía mucho, tenía un gran parecido. Pero era mayor. No sólo un año mayor... Si *Princesa Lolita* tenía figura o forma, el poder era su *leitmotiv*. El ejercicio de ese poder era simbólico y demasiado complejo para ser percibido fácilmente: era el marginado que sujetaba a la princesa con un par de esposas de papel; o el noble español que la seguía a cuatro patas, conducido por una correa de gasa. Hasta que llegaba aquel momento final, cuando se rompía el equilibrio. El rostro sonriente, con semen de hombre goteando de él, colgando de él. A Brendan no le gustaba este espectáculo. Pero a su sangre, sí.

Con una dramática sensación de haber caído muy bajo, apretó finalmente la tecla de expulsión de la cinta. Por un instante alentó la absurda certeza de que la máquina retendría la casete (atrapando su contenido para posterior deleite... de Enrique, de Victoria), y él se vería obligado a arrancársela con uñas y dientes. Pero allí estaba, escupida a disgusto en el embaldosado suelo... De camino hacia su habitación, al doblar una esquina casi se dio de bruces con ella: con la princesa. Extendió ambos brazos en dirección a ella, para sostenerla o levantarla, y, al hacerlo, soltó lo que llevaba sujeto bajo el brazo. En clara contravención de todas las leyes de la vida (que exigen que todo objeto caído aterrice en el suelo con la cara más inconveniente hacia arriba), la casete de *Princesa Lolita* fue a descansar con la carátula boca abajo y casi sin hacer ruido sobre la gruesa piel que servía de alfombra. Aun así le dio tiempo a pensar que su abrigo y batín se abrirían ahora para revelar no ya el complemento obligado de su pijama, sino un par de calzoncillos largos, diligentemente acortados con las tijeras, y con las perneras aseguradas por cintas elásticas, que acaban justo encima de las rodillas.

—Lo siento mucho, señora. Perdonadme.

Victoria apretó contra sí su salto de cama. Era obvio que se dirigía al cavernoso baño que los tres compartían (junto con las conejeras y los arcos deportivos). Brendan esperó, mientras se recuperaba de su desconcierto, y la vio poéticamente pálida, tan pálida como la indecisa alborada que casi había amanecido ya sobre ellos. Pero lucía un rubor desigual y un tono rosado extendido por su labio superior y el tabique nasal que evidenciaba que no se había sentido bien —por supuesto no se había sentido bien— aquellas navidades y aquel largo mes de enero...

—Oh, no tiene importancia —dijo, y dio un paso para dar un rodeo. Pero, ya en la esquina, se volvió diciéndole—: ¿Sabes, Brendan...? Sólo hay una cosa que él pueda hacer.

—No comprendo, señora...

Victoria le hizo un gesto burlón con la mano, y desapareció.

Una hora después, Brendan seguía aún musitando a su almohada... ¿Cómo era la cosa? Oh, sí: trabajo. Es lo que estáis haciendo todos. Plantar cara a la situación, ¿no es eso? Y esforzándoos en salir del forzoso letargo de Ewelme... Trabajar es lo que hacen, y lo que los hace parecer tan viejos: lo que explica el cansancio de sus ojos. ¿Qué es la pornografía? ¿Sólo prostitución filmada? ¿O hay algo en ella más afín a los gladiadores? Los preservativos para protegerse..., al final no los conservan. Y la cara tiene agujeros... Gladiadores... Eran esclavos. Pero podían conquistar su libertad. ¿Qué te ha ocurrido exactamente?, se preguntaba a sí mismo. Me has matado, esclavo. Quédate con mi bolsa, villano. Y, si alguna vez prosperas, entierra mi cuerpo... Tori Fate cumplió diecisiete años el 3 de enero. El rodaje de *Princesa Lolita* se inició el 12 de enero, y comenzó a distribuirse el 19 de enero, el día después de que la historia de Victoria se reprodujo como por metástasis. Dificultad tras dificultad..., una sobre otra. Y eso explica el fenómeno. En el fondo de la mente, por razones nobles o viciadas, había una princesa virgen. Una muchacha de quince años... en todo su esplendor.

3. APOLOGÍA-2: KEITH EL SERPIENTE

—¿Lo hiciste, querida? ¿Lo hiciste? ¿Te aseguraste de que mis flores estuvieran bien colocadas? Ah... ¿De verdad? ¿De verdad, querida? ¿Y dices que él va a venir aquí? ¡Espléndido, querida! Que Dios te bendiga.

Joseph Andrews dejó un instrumento y levantó otro. *Clic*.

«Recordando cuanto he hecho hasta este momento, pienso que tal vez haya podido dar una impresión errónea acerca de mí. Pensará usted que soy un tipo testarudo y todo eso..., y un poco testarudo sí soy a veces, ¡por mi propio bien! Y quizá no esté usted muy equivocado. El *último* día de mis dieciocho meses por [*clic*]

Jesús... Oh, sí [*clic*], por alteración del orden público..., viene a verme un tipo y me dice: “¿Echamos una carrera hasta el muro, amigo?” Habían puesto en el patio una mesa del comedor, y debía de medir como unos cinco metros de lado a lado, calculamos. Así que respondí que estaría encantado. Tanto más cuanto que ya me habían dado ropa de paisano. En una funda de almohada. Levantar la mesa junto al muro, subirse a ella y largarse. De hecho, la fuga duró sólo media hora, Y, por supuesto, una vez conseguían enchironarte de nuevo, te cargaban con una nueva condena. ¡Maldita sea...! ¿Adónde va a ir el oso, si no al bosque? Me echaron encima los dieciocho meses, de nuevo, más otros seis por el quebrantamiento de condena, más un año por lo que les hicimos a la pareja a la que le robamos su coche. Pero yo hubiera dicho entonces que echar una carrera hasta el muro era una buena idea, y lo haría otra vez. Has de mantenerte en forma, si quieres jugársela. Tienes que seguir pateando, como decimos allí. Pero entonces llega un día en que... la prisión es como el mar. Ya puedes ser el mejor nadador que haya existido nunca, y seguir pateando, pateando y pateando con todas tus fuerzas hasta tu último suspiro... Pero el mar es el mar. Permanecerá donde está y jamás se cansará. [*Clic... Clic.*]

»Así que, cuando salí después de cumplir ocho años, me asocié con Tony Eist y Keith el Serpiente. Negocios de importación-exportación en la Costa del Sol. Tony y yo habíamos recorrido un buen trecho juntos a través de Wormwood Scrubs, Borstal, en Centro de Detención y el Reformatorio. Pero el tal Keith el Serpiente era un desconocido para mí. ¿Y sabe una cosa? No me pregunte la razón, pero había algo en Keith el Serpiente que no acababa de... Llámelo un sexto sentido, si quiere. Yo no sabría definirlo, pero había algo en Keith el Serpiente que no era convincente. Un tipo muy elegante, Keith el Serpiente..., nada ostentoso. Listo. Siempre perfectamente atildado.

»Lo que hacíamos era... Bien, ahora bebería gustosamente a su salud, pero personalmente jamás he soportado las drogas. Ofrézcame una aspirina y la arrojaré de su mano. En cuanto a las drogas..., son un peligro para los jóvenes. Pero también en esto tienes que adaptarte e ir de acuerdo con los tiempos, como muy bien sabe; no puedes permanecer pegado al pasado. Teníamos dieciocho lanchas que movían a través de Puerto Banús dos toneladas de heroína al mes. Lo que hacíamos era viajes cortos a Argel —a veces incluso dos en una noche—, adonde llegaba la carga procedente de los pakistaníes y los afganos. Luego teníamos que subir siguiendo la costa y distribuirla a Europa a través de Marsella. Era un negocio muy lucrativo..., pero estaba siempre el elemento humano...

»Ninguno de nosotros éramos ciudadanos modelo, pero Tony Eist..., bueno, él no era normal. En los viejos tiempos habría sido capaz de alegar como coartada que estaba cometiendo delitos diferentes del que se le imputaba. Por ejemplo: “Yo jamás estuve en la guarida de Brink-Mats. Estaba ocupado zurrándole la badana a ese maldito animal de Argie.” O bien: “¿Cómo podría haber participado yo en ese asunto de la joyería de Waterloo? Estaba en el otro extremo de la ciudad, exigiendo dinero

con amenazas.” Un hombre muy deshonesto Tony Eist... Así que un día Keith el Serpiente vino a verme a mi villa. Me dijo que había estado haciendo números..., y que Tony llevaba tiempo ¡apartando millones para sí! Bueno..., yo no iba a aceptar eso de buenas a primeras, ¿eh?

»Fui allí y pusimos las cosas en claro. Y me lo cargué. Y después, por si eso fuera poco, quedó destrozado por su propia cortadora de césped. Diesel. De dos plazas. Y su mujer no tuvo la sensatez de decir que ella lo había atropellado accidentalmente, sino que fue ¡y me denunció a los españoles! [*Clic.*] Sigo, pues. [*Clic.*] Mire, surgieron factores que lo complicaron todo. Yo no soy partidario de ponerme a echar las culpas a otro, o al impulso, o a como quiera llamarlo. Para mí hay demasiado de eso ya. Pero estamos hablando de hombre a hombre y..., bueno..., yo había estado acostándome con Angie, la mujer de Tony. Porque, si he tenido desde siempre alguna costumbre de la que deba lamentarme, ha sido ésta: la de tirarme a las esposas de mis compañeros. [*Clic.*] Y a sus hijas y todo, en su momento. La pequeña Debbie... ¡Y ella fue y se lo contó a Angie! [*Clic.*] Por malicia, diría yo. Oh, sí, fue por resentimiento. Los polis españoles andaban de culo husmeándolo todo, por supuesto; pero ¿qué podían hacer con aquel gran pantano que se extendía delante del césped de Tony y sin rastro de él? Así que yo y Keith el Serpiente arramblamos con todo lo que pudimos y nos largamos a Alicante, vendimos el barco y subimos a bordo de un petrolero rumbo a Belfast.

»[*Clic.*] Sigamos. Él no es diferente. ¿Él...? ¡Vamos...! [*Clic.*] Con respecto a eso de... tirarte a las mujeres de sus camaradas. Ahora, en estos tiempos, está mal considerado. Algo que no se hace. Mire..., sólo puedes hacerlo si tú..., si no le tienes miedo a nadie. Porque, de acuerdo, está mal... pero ¿qué va a hacerte el tipo en cuestión? ¿Presentarse y echártelo en cara? No. Le dan a su mujer un puñetazo o lo que sea y ahí se acaba todo. Fin de la historia. Porque, por otra parte, ellas se lo tienen bien merecido. Es el punto flaco de la mujer, eso es. Falta de fuerza. Falta de energía... Yo no me he casado, pero he estado prometido en dos ocasiones. Por una desgraciada coincidencia, las dos me dejaron y se quitaron la vida por razones que sólo ellas supieron.

»Durante el tiempo que pasamos en la..., en la “Isla Esmeralda”, Keith el Serpiente y yo viajamos a Londres en una ocasión. Yo tenía una cuenta que ajustar con un individuo que se había tomado algunas libertades conmigo años atrás, en Strangeways. Un sujeto llamado Mick. Debería haberme limitado a matarlo, ¿no? [*Clic.*] Debería haber hecho picadillo al muy jodido... [*Clic.*] Pero no. En vez de ello, pensé en una pelea limpia. Fui a verlo al patio de su casa [*clic.*] con mis solapas llenas de cuchillas [*clic.*] y llamé para que saliera. Le solté un par de verdades desagradables y demás. ¡Qué agarrada fue aquélla! No sé quién salió peor librado. Aunque yo he seguido activo desde el momento en que dejé la cama del hospital. Y luego vino el único delito que he cometido en suelo británico y por el que nunca pagué mi deuda con la sociedad. Me refiero al asunto del mercado del oro y el IVA. Yo y Keith el

Serpiente estábamos convencidos de haber hallado una auténtica laguna legal, porque no había IVA para las monedas que fundíamos y revendíamos a la Casa de la Moneda. Pero Hacienda empezó a manifestar discrepancias. En todo caso, serían unos diecisiete millones en moneda actual. Pero a eso volveré luego.

»En resumen, que Keith el Serpiente y yo trasladamos nuestro negocio a Dublín, y arrancamos de nuevo. Yo me establecí sin encontrar ninguna clase de dificultades. Con respecto a los irlandeses del sur, yo no sé qué piensan ni en qué tienen la cabeza la mitad del tiempo. Demasiado *Danny Boy*, diría yo^[30]. No podían dar crédito a las medidas que Keith el Serpiente y yo estábamos dispuestos a tomar. Comoquiera que sea, pasamos siete años muy felices en Irlanda. Vino luego el negocio con el IRA y la desgraciadísima circunstancia que separó los caminos de Keith el Serpiente y mío.

»Yo jamás he querido publicidad. Hay gente muy notable en el mundo del hampa que siente una terrible debilidad por ella. Pero yo he visto caso tras caso los efectos de la publicidad. Ya sabe... Consigues el poder, quieres que eso se sepa. Todos deseamos ser el perro principal de la casa, el gran hombre, el rey bastardo... Pero las cosas no pueden funcionar de esa manera aquí abajo, donde todo se mueve en sentido contrario... Lo cierto es que yo iba conduciendo mi Mercedes y me distraje un instante. Lo siguiente que supe fue que me había salido de la calzada y había atropellado a una joven —embarazada, además—, que, desgraciadamente, murió enseguida. Bueno..., no fue un final con cánticos y danzas al efecto..., aunque no se te puede culpar por darle un golpe a alguien si vas sobrio, y mi abogado dejó muy claro que hubo algo sospechoso en mi prueba de alcoholemia. Pero entonces salió a relucir lo que era y lo que tenía. Y el IRA se dijo: Ojito con éste.

»Aún estoy en libertad bajo fianza cuando me entero de que hay planeado un secuestro. Lo cual tiene su gracia. Como prisionero de categoría A, he repartido mi pan con todos sus jefes, y no existe la más mínima posibilidad de que se les haya ocurrido secuestrarme. Pero para entonces ya estaba Scotland Yard metiendo las narices en el asunto, así que pensé que era hora de irnos de allí. Se lo dije a Keith el Serpiente: “Keith, muchacho. Es hora de largarnos.” Y él me suelta: “Yo no me he llevado por delante a ninguna embarazada. Lárgate tú.” Justo, sin duda. “Por mí está bien, amigo. Sigue tu camino, y yo tomaré el mío.” [*Clic*.] Y ésa, ¡ésa es su idea de la lealtad...! [*Clic*] Y me puse a hacer mis preparativos para emigrar al otro lado del océano.

»Vayamos a la triste conclusión de mi amistad con Keith el Serpiente. Todo arrancó de una locura, en realidad; como tantas otras cosas, supongo. Había bebido, fui a verlo, y le di una paliza. Después fui a verlo y le dije: “Keith, amigo... Te pido disculpas, sinceramente. Lamento mucho lo que ha ocurrido, y espero que puedas perdonarme de corazón.” Luego nos estrechamos la mano y todo eso. Sé que va a costar tiempo arreglar esta diferencia... Apenas había salido del hospital cuando fui a verlo de nuevo y tuvimos otra agarrada. Le hice trizas todos sus trajes y demás. Tejidos espléndidos. De lo mejorcito... Eran mi debilidad en aquel entonces. El

alcohol me soltó la lengua y empezamos a discutir. Él insistía en irritarme los nervios. La misma charla estúpida. Le digo: “¿Por qué andas siempre con putas? ¿Por qué no te buscas una mujer como Dios manda?” “¿Para qué? ¿Para que puedas tirártela tú? ¿Por qué te tiras a las mujeres de tus camaradas?” “Bueno..., lo hago siempre.” “Sí, pero... ¿por qué?” “Siempre me tiro a las mujeres de mis amigos.” “Ya, pero ¿por qué motivo?” “Porque lo hago siempre.” [Clic.] “Vamos a ver, Jo... ¿Quieres tirarte a mi mujer para hacerte pasar por mí?” “¡Hey!” “Dime, Jo... ¿No estarás queriendo tirarte a mi mujer para hacerte pasar por *ella*...?”... Bueno, y ahí acabó todo. [Clic] Una de esas clásicas discusiones en círculo. Mucho bla, bla, bla.

»O sea, que volví a atizarle. Y esto es lo que ocurrió: Yo había dejado que me atara a la cerca del prado (esto ocurría en la granja que tengo cerca de Balbriggan). Y lo primero que se le ocurrió fue decirme que no había sido Tony Eist quien me la había jugado en España. ¡Que había sido él, Keith el Serpiente! Así que le dije: “Eres un traidor. Hazme lo que quieras, compañero. Pero sin navaja, ¿vale?” Y Keith el Serpiente dijo: “Vale.” ¿Y qué crees que fue lo que hizo? Me atacó con la jodida guadaña. Allí, en paños menores, gritando como un poseso. Y me dejó revolcándose en mi propia sangre. Sólo en el pecho tuvieron que darme más de doscientos puntos. Un corte va desde la oreja, cruzando la mejilla, por debajo de la nariz, pasa por encima de la boca, atraviesa la mandíbula y llega hasta el cuello. [Clic.] Me rajó también mis partes, incluso. Hasta tan abajo llegó. ¡Ah, Keith, muchacho...! ¿Qué te sucedió? [Clic.] Jamás entenderé por qué no remató el trabajo, cuando nada se lo impedía. ¿Se volvió loco, o qué?

»Después de una corta estancia en Paraguay, Argentina y Brasil, por fin me he instalado en el sur de California. Y si mi nombre apareció alguna vez en los periódicos, fue por la foto de un vejete sentado junto a una piscina en Río, con una copa de champán en la mano y una fulana mulata en las rodillas. Pero ése es mi hermano Fred, y ningún sujeto lo ha tenido más fácil en la vida que él, con la pensión que le paso. Mi historial aquí, en el sur de California, está absolutamente limpio... y..., bueno, he hecho otra fortuna en la industria del vídeo doméstico. Por completo legítima. [Clic.] Así que, si desea ver a una reina de la belleza metiendo la cabeza por el culo de una jirafa, o al revés, estaría encantado de mostrársela. [Clic.] He dedicado cuantiosos fondos a obras de caridad, y desempeño el cargo de tesorero de la asociación local de ciudadanos.

»Ya ve... No soy un mal tipo, en realidad, una vez sabido y dicho todo. Yo diría incluso que soy el hombre más encantador de la tierra... Ya sabe, a la hora de entrar en el coche, siempre “Después de ti, querida”. En las tiendas, “Buenos días a todos” y “Que Dios los bendiga”. He vivido según mis propias reglas... y, sí, ¡pobre de quien las quebrante! Soy el que soy. Jo es Jo. Éste es el camino que he seguido. El juego al que he jugado. Sí..., justamente el juego al que he jugado.

»Y ahora, hablemos de negocios.»

Un grueso tábano se materializó de pronto entre los moteados nudillos de su

mano derecha. Bajó despacio la izquierda hacia la funda con los aerosoles.

—Esto no te va a gustar, no te gustará, amigo...

Inclinó el cuerpo hacia delante para respirar de lleno la fragancia del propelente. Como ocurre con un ambientador barato, trataba de ocultar la esencia negativa de todos los olores. Se le humedecieron los ojos: aquello lo tiraba de espaldas.

Fue como la asfixiante dulzura de una celda nueva a la que acaban de arrojarte. Olor a detergente perfumado, librando una batalla perdida contra los fluidos de otro hombre, el miedo de otro hombre.

4. LENGUA AMARILLA

Clint Smoker se había sentado, de momento, en un bar-granja del Ignacio Boulevard. Escribió: «Algunas sedicentes quinceañeras se ponen a dar gritos de que han sido violadas después de haber pasado un buen rato retozando en una cuneta con un chico algo mayor que ellas.» Borró lo escrito: tenía que apresurarse... Esperaban su visita, hora y media más tarde, en Producciones Karla White, en Inocencio Drive... No, tenía que reconocerlo: él, Clint Smoker, estaba viviendo la oportunidad de su carrera periodística. Aquella mañana había entrevistado a un macarra llamado DeRoger Monroe en la estación de los autobuses Greyhound de Lovetown, y escribió una admirativa semblanza. Mientras vertía en su Coca-Cola una bolsita de azúcar tras otra, DeRoger le había contado cómo funcionaba la cosa: les decías a todas que iban a ser superestrellas, y, entre tanto, te dedicabas a consumir drogas duras con otros macarras. Luego, cuando las chicas habían perdido hasta el último diente, las “llevaban a Florida”: les daban una paliza final y las arrojaban de un puntapié a la calle... Dentro de un rato, Clint mantendría su entrevista con Karla White. Y, más tarde, tenía la apetecible perspectiva de una hora con Dork Bogarde. Para hacerse la boca agua a cualquiera.

Pero no se trataba sólo del reportaje de Clint. Habría que mencionar las editoriales que escribiría a su vuelta, los artículos de pensamiento, de «culto virtual», del Perro Callejero, como lo había descrito Strite. Ahora escribió:

- Y por eso alguna espabilada reina del hielo busca compensación al «acoso sexual» tras dejar su trabajo después de un rato de inocentes bromas alrededor del refrigerador de agua.

Ha sacado ya unas pocas libras por su ropa hecha trizas y sus pagos al dentista.

Y ahora pretende llevar a los tribunales a esos nueve muchachos por «daños emocionales».

Bueno..., no va a reconocerlo, ¿o sí?

No va a decir: «¡Me gustó a rabiarse!»

El Perro Callejero ha consultado a todas las chicas a propósito de si las chifla recibir una palmada en el trasero.

Y no me digan que hay una sola de ellas que, estando a solas en el ascensor, le haría ascos a un sano pellizco en los pezones.

Anda, aquí llega la vieja Marge, gruñendo y suspirando con su fregona y sus cubos.

Se ha arrodillado sobre sus lustrosas y enrojecidas rodillas, quejándose y gruñendo, con su enorme culo al aire.

Miradla, chicos, y animaos. ¿Dónde está la aguijada para espolear a las vacas?

Clint hizo una pausa y se quedó pensando. Karla White: las mejores tetas de Lovetown. Era cosa sabida. ¿Gafas oscuras? Correcto. Cerró los ojos, hizo otra pausa y siguió escribiendo:

- Y así un par de muchachos sacudieron a una anciana de Hammersmith, al tiempo que le quitaban el dinero de su pensión.

Está bien, muchachos, pero no volváis a hacerlo.

Y dejad en paz su instrumento, ¿vale?

Respetad las viejas fotos de la anciana de los ojos negros que retienen el tiempo.

Tiene sólo 77 años —una niña para los tiempos que corren— y es capaz de aprovechar las oportunidades como la que más.

Además, lleva ya mucho tiempo apestando el lugar, ¿no?

Cuando se ponen así, más les valdría estar muertas. Así que póngase pronto bien, Abuela..., si puede ser. Pero deje ya de quejarse. ¿Vale?

Una lucecita le indicó a Clint que acababa de recibir un e-mail; lo abrió enseguida:

kerido: todo fue maravillosamnt, maravillosamnt, con papá, yo siempre fui su favorit@, ya sabs qando era niñ@, él adrba por donde yo pisaba: y para él brillaba el sol d mi*... estuvo tan puntual cmo siempre y muy galnt con el ramo d flors y los toffes, siempre un prfecto caballro pra mí, llno de divertid@s histori@s acerca de sus amigas. yo le prparé su cmida favrit@ (callos & ssos), con vino a la luz d las vlas, pro luego la bomba, la catástrofe; a mi pdre le han diagsticdo cáncr. stoy absolutamnt dstrozada. k8.

¡Pobre *pequeña!*, pensó Clint. Aun así, esto puede resultarle ventajoso a un hombre. Hace que des gracias de no estar muerto.

Por una vez en la vida.

—Fucktown —comenzó Karla White—, en su fase actual, que podría estar llegando a su fin ahora con el fenómeno de *Princesa Lolita*, pudiera muy bien llamarse Hatefucktown. Porque ésta es la forma hoy dominante: el Jodiar^[31]. Pero retrocedamos un poco.

—Permítame ver si este trasto... —dijo Clint, que dedicó a su grabadora una malevolente mirada.

—... La pornografía se controló a sí misma hasta la segunda parte de la anterior administración, cuando, como usted ya sabe, nos encontramos todos de pronto con que teníamos un presidente porno. Bajo esta porno-presidencia, la pornografía dejó de regularse a sí misma y entró en su etapa de Salò.

—Perdone, Karla. ¿Salò...?

Karla estudió a su interlocutor preguntándose si tendría algún objeto hablarle de Mussolini y de la República títere de Salò. Era lo bastante americana para conceder entrevistas más o menos automáticamente, pero había leído un sumario informe acerca de Clint; estaba al tanto de su reciente estancia en el centro de John Working en el valle de San Sebastiano; conocía las cifras de tirada del *Morning Lark* y tenía alguna idea de la naturaleza de su contenido.

—Un compendio de guarrerías —dijo—. Inmediatamente se puso un énfasis abrumador en la sodomía hombre-mujer. Su santo y seña era: «Los coños son mierda.» Se identificaban así por teléfono: «¡Los coños son mierda!» Un director afirmó: «Con el sexo anal, se manifiesta la personalidad de la actriz.» Oh, sí, claro: ¡su personalidad! Se pasaban horas hablando de la virilidad femenina, de la testosterona de la mujer. Lo que resulta extraño considerando la siguiente fase: el sexo por detrás es sucio.

Clint se colocó bien sus gafas oscuras y reanudó su intento de contemplar los pechos de Karla, los cuales le devolvieron la mirada, sin pestañear, irreprochablemente inocentes, y despertaron una sensación de humildad en él. Pensó en lo generoso que era de su parte no ocultarlos, permitir que estuvieran luciendo su cálida presencia. También se le ocurrió que en cualquier momento podrían iniciar una cuenta atrás desde tres, y que él haría exactamente lo que le dijeran.

—Lo esencial del autocontrol tiene que ver con dos áreas: la violencia hombre-mujer y la pedofilia. La violencia hombre-mujer se llamó Ojo a la Funerala y empezó con la conocida serie «Abajo el Hombre». Les decían a las chicas: no os las deis de orgullosas y gritad mientras os hacemos esto. Básicamente, les atizaban, les atizaban de veras. La tendencia pedófila se denominaba, extraoficialmente, Cortos de Vista: las chicas vestían ropa infantil y hablaban con voces infantiles y jugaban con muñecas mientras los abuelos se corrían en sus bocas. Y cosas peores aún. Hablo en serio. Las niñitas no eran tales, por supuesto. Junto con tu prueba negativa del sida, tu

partida de nacimiento es tu permiso de trabajo. Has de enseñarlo incluso en un gerontoporno o establecimiento para viejos. Incluso las personas de ochenta y cinco años tienen que probar siempre que son mayores de diecisiete. Así es el porno.

Viejo verde-cipote, pensó Clint. Riman, más o menos.

—Todo esto terminó cuando la nueva administración inició su guerra santa contra el porno. Las líneas Ojo a la Funerala y Cortos de Vista desaparecieron de inmediato. La de Los Coños son Mierda se mantuvo algo más, porque la sodomía hombre-mujer no es ilegal en todos los estados. Pero luego resultó que algunos metomentodos (aguafiestas o metiches, Clint) compraban una cinta de sodomía en Arkansas, donde no es ilegal, y la introducían en Alabama, donde sí lo es, con lo que podían ser encausados en su capital, en Montgomery. Y así en otros casos. Pero los trabajadores del porno son creyentes también. Les fastidian los formalismos. Y no renunciaron. Docenas de productoras fueron borradas del mapa y algunos muchachos de primerísima fila fueron enviados a la cárcel, donde, tratándose de las prisiones de Alabama, puedo asegurarle que no hizo ninguna falta decirles que los coños son una mierda. Después vinieron las lagunas jurídicas que hicieron posible la fundación de Lovetown. Y el género dominante hoy es, sin lugar a dudas, «Jodiar».

Siguieron hablando... del Jodiar, del Manguerazo, del Café con Leche, de la Cara Roja, del Pijama Party... Tras una hora de charla con Karla, Clint comenzó a sentirse vagamente consciente de su entorno; cristal, espejos, mobiliario tubular... Podía haberse tratado de cualquier empresa antigua, salvo por los pósters: de chicas porno, en colores porno, con mohines porno... *Caguemos juntos, Carne real, Popa y circunstancia, Ana de las mil folladas, María, Reina de las Putas, Verga tiesa, El rey Culo y Princesa Lolita 2, Princesa Lolita 3, Princesa Lolita 4...*

Sintiéndolo un poco distraído, Karla siguió la mirada de Clint, y le dijo:

—Van juntos el porno y los juegos de palabras, ¿verdad? No podría ser de otra manera. Porque la falta de humor es el alma de la pornografía. Una sonrisa auténtica, y desaparecería todo.

—Sin embargo, todo esto está acabado, ¿no?: el vídeo, quiero decir. Ahora está Internet.

—El alquiler de vídeos está de capa caída. A pesar de *Princesa Lolita*. Fíjese en las chicas: tienen cara de bragas acampanadas. Aspecto de colmena. El futuro es interactivo. Lo que llaman «hecho a medida». Y será el espectador quien mande.

Clint se quitó las gafas de sol y sonrió, decidiendo ejercitar su nueva confianza: la confianza de que gozaba ahora como alumno distinguido de la Academia de San Sebastiano para Hombres con Aparato de Inserción Corto.

—¿Lo echa usted de menos? La actuación, quiero decir.

—No —contestó Karla, que había respondido a esa pregunta, y a todas las demás, muchas veces antes.

—Usted fue objeto de abusos en la infancia, ¿no es verdad? ¿Lo han sido todas las actrices?

—Algo de eso hay... Es el mito de la creación del porno. Pero el porno es una industria ahora. Los tiempos cambian, Clint. Conozco a una chica que acude *con sus padres* a la gala de entrega de los premios al vídeo para adultos. Su padre salió mostrando con orgullo la estatuilla concedida a la hija por el Mejor Sexo Anal.

—¿Hay algo que usted no haría nunca? Como actriz, quiero decir. ¿Fisting, lluvia dorada y esas cosas?

—Yo me retiré antes de que comenzara esa moda. Antes de la etapa de Los Coños son Mierda.

—¿La apetecerá una copa después?

—¿Con vistas a...?

—Dígalo usted. Es la profesional. Otro día, otra polla. Usted dirá.

Notó que ella lo estaba mirando con incontrolada fascinación..., con una fascinación en absoluto disimulada. Clint comenzaba ya a sentirse veintisiete mil dólares más pobre..., y eso que Karla aún no había dicho lo que dijo a continuación.

—De acuerdo. Y los hombres a los que estaba yo acostumbrada —dijo de pronto, al tiempo que tomaba el vaso de agua que tenía encima de su mesa— son como esto.

Clint siguió instrucciones: confrontado al incumplimiento, construyó una realidad diferente:

—Bueno... No habría funcionado, en cualquier caso. Tengo que volar a Hawai dentro de un par de horas.

—Pensaba que iba usted a ver a Dork Bogarde.

—Ah, sí... Pero es que está fuera de la ciudad.

—No, no lo está —dijo Karla poniéndose en pie—. Lo espero en Dolorosa Drive mañana por la mañana. Tiene que rodar una escena con Charisma Trixxx. Mañana es el primer día de rodaje de *Corona de azúcar*.

—Espere... Debo de haberme confundido de día —dijo Clint, y añadió arrepentido—: Kate siempre me está riñendo por eso. Así que tal vez sí pueda..., esto..., lo miraré. Estaré allí.

Con un estremecimiento de difícil interpretación, Karla dijo:

—Encontrará este plató *cerrado* a cal y canto.

Aquella tarde, después de tres horas de Ojo a la Funerala y Manguerazo en su hotel, Clint alcanzó una sensación de pertenencia: la sensación de ser parte de Lovetown.

Sir Dork Bogarde vivía en una casita porno con un camarada del oficio, Semental Johnsonson, en la zona de Fulgencio Falls, en Lovetown. Cuando Clint llegó y se hicieron las presentaciones, estaban los dos fuera, en el patio porno... Había un jardincillo en el que los porno sujetos con cadena a sus perchas gritaban tacos y se cagaban alrededor de la piscina porno. Dork descansaba con los pies apoyados en un puff porno y con la cabeza recostaba en cojines porno adicionales; Semental sirvió el

vino porno. Parecía, sin embargo, que Dork tan sólo deseaba hablar de una cosa: del dinero porno que cobraría.

—Lo que digo es que estoy la mar de bien aquí —dijo con una indignación no exenta de garbo—, desnudo como vine al mundo. Y que allí, sudando a mares por todos mis poros, por follar a..., a una palurda que acaba de llegar del pueblo..., ¿me van a dar trescientos dólares? Dispénsame. Perdone... ¿Mientras que el tipo que observa la escena desde una butaca..., un gilipollas de la Vieja Inglaterra..., cobra diez de los grandes? ¿Cómo puede proponerme esa «indinidad»? No, no creo. Yo diría que no.

Extrañado sinceramente, y divertido y genuinamente admirado también (había incurrido en otras incorrecciones, aparte de «indinidad»..., pero había que descubrirse ante aquel tipo, con sus pectorales porno, su coleta porno y su monstruosa verga porno, con los que estaban familiarizados todos sus fans), Clint observó:

—Sí, pero usted será el único que se correrá, ¿eh, compañero?

Sir Dork le suplicó a Clint que tuviera en cuenta una cosa: la presión que implicaba el porno.

—¿Se la has dado ya? —le preguntó a su amigo Semental. Se refería, como le había dicho antes a Clint, a «la cinta de la prueba de Charisma Trixxx follando». Mañana se la iban a presentar, en el plató de *Corona de azúcar*—. Dígame, Clint. ¿Podría usted actuar con tres descansos para tomar un café y otro para el almuerzo? ¿Y los focos? ¿Y la gente?

—Sí, pero ahora existe una alternativa, ¿no? —Clint pensó con rencor en Karla White y en lo que le había dicho a propósito del porno y el Potentium—: Todos lo emplean y todos dicen que no lo hacen.

—Yo no lo uso nunca —dijo Dork.

Clint recordaba las palabras de Karla. El Potentium —le había dicho— había resultado ser la maldición del rey Midas para el porno masculino. En los tiempos anteriores al Potentium, un gatillazo equivalía a un día y cierta suma de dinero perdidos. En el post-Potentium venía a significar que el hombre estaría listo quince minutos después, con las mejillas encendidas (de ahí lo de Cara Roja) y un dolor de cabeza porno. Pero había menos suicidios y eran menos los que se venían abajo, así que todos empezaron a usarlo. «El cambio provocó controversia», como escribiría Clint más tarde: y debemos recordar, como hace Dork Bogarde, que «esto ocurría por la época de Los Coños son Mierda...». Algunos dijeron que el Potentium era mierda también; era una afrenta para las fuerzas del mercado porque interfería con la realidad de la excitación sexual. Quienes argüían de esta forma resultaron ser puristas..., porque al consumidor no le importaba. «Ser capaz de follar, o de fingir hacerlo, en público», decía Karla, «fue en tiempos una habilidad comercializable. Pero ahora puede hacerlo cualquiera. Los hombres, sus gruñidos, sus erecciones, jamás fueron una atracción. Y ahora no son más que sistemas de mantenimiento vital para una tableta de Potentium.» Karla decía que eso la sorprendía. Decía que siempre había

pensado que el consumidor era un tipo con profundas tendencias homosexuales...

Dork le planteó ahora a Clint una paradoja porno:

—Verá, Clint —le dijo—: lo que nos estresa de veras es lo contrario: el Manguerazo. ¿Cómo va a poder un hombre realizar su fantasía cuando tiene pendiente sobre él el espectro del Manguerazo?

Al cabo de un rato, Dork volvió al tema del dinero y de los porcentajes del porno, hasta que Semental confirmó la llegada de la cinta de la prueba de «follaje» de Charisma Trixxx.

—Mire eso —dijo Dork, haciéndole señas acerca de lo que aparecía en la pantalla—. Un culo suave. El monte bien poblado y auténtico. Y no me refiero precisamente a la cresta. Estoy hablando de la presentación..., de todo el chumino.

—Sus gemidos suenan bien —reconoció Semental.

—Se la ve trabajar bien el cuello en la toma desde detrás.

—Y me gusta ese lametón en el canalillo.

Quince minutos después, Semental dijo:

—Ya estamos. Una amable preparación para el facial.

—... ¡Uau! —exclamó Dork—. ¿Ven eso? ¡Directo en el ojo! —Se volvió hacia Semental (ya se había comentado antes que éste había destacado en el porno gay)—. ¿Hace daño eso? Quiero decir..., ¿no quema o algo por el estilo?

—¿Que si quema? Es un jodido fuego. ¡Y ella ni siquiera ha rechistado!

—No quisiera tener ningún problema mañana. ¿Rechistar? ¡Si ni siquiera ha *parpadeado*! ¿Había visto usted algo semejante, Clint...?

—Sí, bueno..., muchachos, muchas gracias —dijo Clint—. Por cierto, Dork..., resulta que conozco a una de sus conquistas. —Y pronunció su nombre con evidente placer—: Donna Strange...

—¿Perdone?

—Donna Strange...

—¿Cómo dice?

—Una..., una morenaza inglesa. Con una mecha plateada en los cabellos y boca deliciosamente fruncida... Se la chupó a usted a la sombra de una pirámide y más tarde usted la folló por detrás en un globo de helio. Finalmente, aterrizó con ella sobre el Everest y eyaculó en sus tetas.

—... ¿Que me corrí en sus pechos? Así fue. Ocurrió. Tenía usted razón para pensar que lo recordaría.

De camino de regreso al hotel, Clint entró en otra videoteca. Y allí estaba todo de nuevo, ordenado por géneros, como mostrando gráficamente las palabras de Karla White. No el «Jodiar», porque todo era Jodiar, aunque rotulado de otra manera. Pero sí el Manguerazo, el Falso Manguerazo, el Cara Roja, el Café con Leche y el Lengua Amarilla. (El Lengua Amarilla, le había explicado Karla, es para los que añoran la habitación del motel, la cámara de vídeo manual, la iluminación morbosa y la mirada sin tapujos sobre las drogas), más una categoría llamada específicamente Princesa

Lolita.

Trabajó hasta la madrugada en su semblanza estelar de Dork Bogarde. Luego, para rebajar la tensión, estuvo repasando algunas cosas para el Perro Callejero. Hacia mediodía, hora de Londres, recibió el siguiente mensaje:

kerido: t agrdzco tanto tu consolador mnsaje... no s nada a1, pro las cosas están +s clars ahora, siento como si m hubieran quitdo un gran pso de encma. a1que mi pdre tenga que kedar hospitalzado en st andrews gravmnt enfermo... ¿sabs ke pienso? ¡pienso ke m stoy enamorando de ti, clint! sí, d ti y d 0 más. clint. d ti, d ti, d ti. ¿stas familrzado con la poesía d ezra pound? mntras t scrbía sto, pnsaba en sus versos («y ahora l digo al niño k entre, d rodillas, y nvío esto a 1.000 km pensando») stoy lca por ti, clint. ven a vrm a tu regrso. solo qando tu y yo estms sgurs y n paz. tiernamnt, k8.

ps: adoro al prro calljro. le pongo velitas al prro calljro. el prro calljro s 1 dios pra mi.

El Perro Callejero se enjugó las lágrimas y se arrellanó en la butaca para ver un par de horas de Lengua Amarilla.

5. MOMENTO DE DUDA

El tercer mensaje (el último) de su topo, el enemigo de su enemigo, consistió en una comunicación, sin una sola huella dactilar, dirigida al ordenador portátil de Brendan. Aquel mismo día, horas antes, un proveedor de servicios igualmente anónimo difundió seis nuevas instantáneas de la princesa, una de las cuales mostraba —como sensacional particularidad— su asustado rostro oscurecido a medias por la sombra del intruso... El mensaje recibido por Brendan decía: «El 10 de febrero se presentará un ultimátum. Aconsejamos obedecerlo de inmediato. Insistan de nuevo en que todos los materiales acerca de la princesa son puro juego de luces y trucos. Sólo luces y trucos.» Con un nudo en el estómago, pero también con la cabeza maravillosamente clara, Brendan redactó un despectivo comunicado de prensa desde Ewelme. Luego tuvo la peor charla de su vida con el rey.

—Tenemos una sorpresa, señor —empezó—. El capitán Mate ha dimitido. Con efecto inmediato.

—Me alegra mucho oírlo, Bugger.

—Pero es un poco extraño, señor. Podríamos...

—Llevo años intentando despedirlo.

—¿Señor?

—Sí, Bugger. Por su aspecto físico. Pero jamás he podido con él. En fin,

despreocúpate de él ahora, y vamos a lo nuestro. Tienes ese resplandor especial en los ojos, Bugger... Sí, lo tienes. Yo diría que me estás preparando para algo horrible...

Enrique miró por la ventanilla del tren real pero no había nada que ver. Dirigirse al *norte*, al norte de Ewelme, con sus nieblas y espumas parduzcas, y en la peor época del año... El momento de duda, pensó. Tendré que volver a él, que revivirlo. El momento de duda...

—Está bien, Amor. —Enrique aguardó unos momentos, y luego dijo, dirigiéndose a Victoria—: ¿Tú crees en la vida después de la muerte?

—Tratas de cambiar de tema, padre.

—No estoy cambiando de tema. Es prácticamente el único tema que hay. Contigo. Estos días, querida.

—Bueno, sí... Sí creo. ¿Y tú?

—... No.

—¿Ves? Lo que tú tienes no es fe. Es mera costumbre.

—Fe... La fe es una fuerza. Se debilita a medida que envejeces. Como todas las fuerzas.

—Sí has *cambiado* de tema. Porque el *tema* es precisamente éste: distraer la atención de mi..., de mi embrollo en la Casita Amarilla...

—Fuera lo que fuese lo ocurrido allí.

—Sí, fuera lo que fuese. Y, para distraer la atención y ganarte las simpatías de los medios de comunicación y de millones de personas —dijo—, vamos a Escocia a matar a mamá.

—No... digas... tonterías, querida.

Al cabo de un rato, siguió:

—Bugger... Brendan, mejor dicho, me contó que le habías dicho que había algo que yo podía hacer. Interpretó que querías decir que había alguna cosa que yo podía hacer para arreglar las cosas.

—Puedo decirte una que no haría. Asesinar a mamá. Y no puedo ayudarte. Tendrás que arreglártelas tú por tu cuenta.

Se acercaba el crepúsculo. Corrían a su encuentro. Enrique se retrepó en su asiento y trató de consolarse pensando en El Zizhen.

En su dormitorio en Tongue las corrientes de aire lo habían despertado a las cinco y media. Obligó a Amor a saltar de su catre militar dándole una patada y después bebió té con unos buenos chorros de brandy hasta que los dientes dejaron de castañetearle. Un baño con agua simplemente tibia; un afeitado con agua fría... Se puso su traje negro y su abrigo más recio, heredado de su padre, Ricardo IV, y conservado aún como sobrio tributo al poder protector del cachemir y la seda. Y

después se adentró en el crepúsculo matinal y el canto del gallo.

A diferencia de su predecesor numérico, que habitualmente agotaba a una docena de corceles en el espacio de una tarde, Enrique IX aborrecía todo cuanto tuviera que ver con caballos (con la única excepción del Royal Ascot); pero Pamela, por supuesto, había sido una excelente amazona durante toda su vida. Eran incontables las veces que Enrique había sacudido la cabeza y se había levantado de su asiento para verla trotar desde la habitación situada a unos nueve metros del suelo... Aquel septiembre, en Tongue, la reina tardaba en volver de su segundo paseo de la tarde. Volvió su yegua, Godiva, pero Pamela no regresaba. El rey tomó una bicicleta del patio y tras muchas indecisiones y rodeos...

A pie ahora, enfundado en su abrigo, Enrique dejó la gravilla y pasó al prado, donde comenzó a seguir nuevamente aquellos pasos.

Recordaba la forma como había cambiado el color del día. Al principio estaba simplemente muy espantado, sobre todo por sí mismo (por la bici), y también bastante irritado (podía imaginar ya los exasperantes plácemes por la normalidad recuperada). Pedaleó por el camino de ceniza hasta pasar al otro lado de la colina y, al volverse, vio a Godiva, sin su jinete, en el patio de las cuadras. Y a partir de ese instante cambió el color del día.

Fue él quien la encontró... Pamela le había hablado del lugar en que se amortiguaba el ruido de los cascos de los caballos en las proximidades de la cantera de yeso, y fue hacia allí..., hasta que, con un horrible frenazo, tuvo que detenerse y hacer un alto para contemplar el asqueroso reptil que se hallaba en mitad del camino; una serpiente gruesa, ya muerta, ya pudriéndose: resbaladiza, húmeda, amarilla. Como el forúnculo reventado de un troll o un genio^[32] tutelares... Sí, pensó, se podía perdonar a Godiva que hubiera retrocedido ante semejante espectáculo. Y allí, en la ladera llena de zarzas, yacía Pamela, con sus botas, sus pantalones de montar, su chaqueta de tweed, su casco recubierto de terciopelo, arqueada hacia atrás sobre un peñasco, con los ojos abiertos de par en par. La bicicleta cayó con un breve ronroneo de los radios de las ruedas, Enrique comenzó a bajar por aquel paisaje nevado, un paisaje lunar, del yeso invernal.

—¡Oh, no, Pemmy! —exclamó, acentuando la segunda y la cuarta sílabas, como lo había hecho muchas veces antes cuando le recordaba algún deber social recurrente, le censuraba que se pusiera un pañuelo chillón en la cabeza, o conseguía una mano decisiva en el ludo o el backgammon.

Y entonces, rítmicamente, como acopiando aire para ese momento, su momento de duda, Enrique dijo:

—Por lo menos, por lo menos, por lo menos... se han acabado ya las condenadas... —Fue entonces cuando empezaron a temblarle los hombros—... ¡Por lo menos, se han acabado ya las condenadas citas a las tres de la tarde!

Y las palabras lo envolvieron como un irreconocible pedo cuando añadió:

—Sí, oh, sí... Ésta eres tú, ésta eres tú.

A bordo ya del helicóptero le descubrieron un levísimo pulso en la ingle, y una hora más tarde estaba ya en la máquina en el Royal Inverness.

Esto había ocurrido hacía dos años. Enfundado en su traje negro, en su abrigo negro, Enrique se hallaba ahora de pie en la tierra blanca del campo de yeso. Era ya hora de despertar a la princesa.

La paciente semejaba una enorme y vieja mujer india, con las pinturas de guerra de la muerte marcadas en su rostro, pero respirando regiamente.

Enrique pasó la mano por abajo a través del aire.

—Mamá está... —dijo Victoria.

Victoria señaló las líneas paralelas que aparecían en la pantalla.

—Pero respira.

Y respiraba ávidamente, codiciosamente. ¿Podría alargarse la mano y asirlo, y retenerlo y arrastrarlo allí dentro? Y entonces Enrique volvió a oler su propio rastro, el olor humeante del secreto que lo consumía, como un fuego apagado en ríos de sudor.

—Sólo es la máquina —dijo Victoria—. Sólo es la máquina la que respira.

—Desconéctenla —gritó Enrique—. Apáguenla. ¡Desconéctenla!

6. 14 FEBRERO (1.25 P. M.): 101 HEAVY

Sistema de Mantenimiento de Aeronaves en Vuelo: Uno cero uno heavy, repita, por favor.

Comandante John Macmanaman: Confirmando fallo por explosión en el motor número dos. Perdida la caja de accesorios número dos. Los restos han dañado el estabilizador horizontal y la línea número uno y la línea número tres. Esos sistemas hidráulicos están *inutilizados*. ¿Entendido?

SAM: Entendido, uno cero uno heavy. Han perdido ustedes la número dos.

Macmanaman: No. Hemos perdido las tres.

SAM: Uno cero uno heavy. ¿Han perdido la número tres?

Macmanaman: Hemos perdido todas.

SAM: Uno cero uno heavy. Conservan aún la número uno, ¿es correcto?

Macmanaman: Se han perdido las tres. Repito. Hemos perdido las tres.

SAM: Uno cero uno heavy. Entendido, entendido. Disponen ustedes de un sistema hidráulico de emergencia.

Macmanaman: Afirmativo. Pero el maldito automático no se suelta. El ordenador de a bordo asume que una sobre tres es una situación ficticia. Inclinación lateral extrema. Cabeceo extremo también.

Mecánico de vuelo Hal Ward: Probad ahora.

Primer oficial Nick Chopko: Sí, pero...

Ward: Intentadlo.

Chopko: ¡... Automático suelto!

Macmanaman: Lo noto. Lo noto. ¡Automático suelto! Recuperamos la presión hidráulica. Volamos ahora manualmente. El morro se levanta. Estabilizándose. Estabilizándose. Se inclina aún, pero no hay cabeceo. Aunque no tendremos flaps.

SAM: Uno cero uno heavy. Despejo la frecuencia y los paso a Detroit.

Chopko: El sistema hidráulico de reserva... ¿Sabe alguien dónde está?

Ward: Donde solía estar en los viejos tiempos. Bajo el suelo de la cabina.

Macmanaman: ¡Entre!

Auxiliar de vuelo Robynne Davis: ¿Está arreglado? ¿Va todo bien?

Macmanaman: Estamos superando el apuro, Robynne. ¿Cómo van las cosas ahí atrás?

Davis: Es como un vomitorio de la antigua Roma. Soportan que el avión se incline, pero aborrecen el cabeceo.

Chopko: Hemos arreglado la inclinación, pero aún nos queda solucionar el cabeceo. ¿Y ahora qué?

Auxiliar de vuelo Conchita Martínez: Lucy dice que el suelo está muy caliente. Que los pasajeros se quejan de que el suelo de la cabina está quemando. Por el lado izquierdo, entre las alas.

Chopko: ¡Joder! ¿Sale humo?

Martínez: ¿Quién podría decirlo?

Macmanaman: ¿Sabéis lo que necesitamos? Lo que nos hace falta es un aeropuerto.

No, no era fácil decir si había humo. Una buena hoguera de hojas húmedas hubiera supuesto escasa diferencia en cuanto a la humareda. En clase turista, 314 personas tenían cigarrillos en sus bocas (no iban a dejar el tabaco precisamente *ahora*), incluidos los ocupantes de las filas veinticinco a treinta, asientos H, I y J, que, además, habían levantado los pies del suelo y los tenían bajo sus posaderas.

Había humo en la bodega, también, bajo el ala de babor. Pero era un humo de diferente naturaleza. Esta clase de humo (caliente, denso, negro) uno no lo respiraba: lo comía. Y él te comía... Apenas discernible en el palet que daba a la compuerta de carga, Royce Traynor, envuelto en caoba, se hallaba en posición vertical, afirmándose lentamente en su base como si reuniera sus fuerzas. Cuando el avión se ladeaba a estribor, volvía a hundirse y permanecía a la espera apoyado en una columna de maletas apiladas una encima de otra. Pero luego el ala de babor iniciaba su brusco descenso, y Royce, tras erguirse un instante como una ola antes de romper, se hundía hacia delante y golpeaba la manija diagonal del portón de carga. Un portón que no se

abría hacia dentro, sino hacia fuera, para aumentar así el espacio de carga y la rentabilidad del transporte, y cuyo sistema de cierre actuaba por la presión del aire. Al inclinarse el aparato hacia la derecha, el féretro vuelve a quedar derecho, apoyado hacia atrás en actitud de aburrida pero determinada contemplación. En estas circunstancias, el tambaleante montón de equipajes pierde su verticalidad y descansa con todo su peso sobre la manija del portón. ¿Y cuál era el peso de eso? ¿Cuál el peso del pasado?

Se comprende por qué Royce tenía que hacer lo que hizo. Cuando los extintores entraron en acción, pudo verse que Royce tenía que hacerlo. No podía abandonarse al fuego. Y todo su empeño fue escapar por la garganta de la aeronave. La descompresión, una descompresión explosiva, era lo que necesitaba para ello, y el colapso, la catastrófica estrangulación, del suelo de la cabina, con todas sus tuberías y venas y arterias. Más inmediatamente, la voladura del portón significaría su propia liberación (sería el primero en salir), su martirio después de la muerte.

Y así, ya sin sangre en sus venas, sino tan sólo cera y formol, Royce se balancea. Tal vez esté mostrando los dientes, la dentadura de un bronceado golfista profesional sureño. Royce se tambalea, pero no por efecto de una borrachera. Descansa, conteniendo la respiración, preparándose implacablemente para el próximo asalto.

Tercera parte

CAPÍTULO NOVENO

1. LOS OROPELES DEL FIRMAMENTO

Xan Meo recaló en Fucktown a las cuatro de la tarde del 2 de febrero, cuando la lanzadera de Fucktown aterrizó en el Helipuerto Internacional Feliciano de Fucktown... Todos los rótulos decían, naturalmente, Lovetown, como el que proclamaba BIENVENIDOS A LOVETOWN, pero la gente, a menudo sin proponérselo, llamaba Fucktown a Lovetown. Lo cual, obviamente, era algo a lo que Lovetown había tenido que acostumbrarse.

De entrada, en el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles (LAX) había sido requerido a recoger su equipaje y pasar con él a través de Inmigración. La espera en el carrusel de equipajes fue, como tuvo ocasión de comprobar, un forzoso interludio de enojosa espera. No era como estar aguardando en una parada de autobús sin nada que leer: el autobús, al llegar, se anunciaría a sí mismo, y había otras cosas que mirar. Pero aquí no; aquí tenías que seguir aguardando, mirando; tenías que desarrollar humildes tareas mentales que implicaban diferenciar formas; tenías que imaginar toda clase de molestas complicaciones, de fastidiosos retrasos. Un inglés larguirucho no paraba de expresar sus temores a través de un teléfono móvil: «Va a dar la vuelta... va a dar la vuelta... No, no está ahí... Se ha parado al ir a dar la vuelta... Ahora lo hace. No está ahí... No está ahí... Va a dar la vuelta... No está ahí... No está ahí...» Pero, para Xan, este poema al aburrimiento fue como una ducha de descubrimiento de sí. No era capaz de recordar cuándo fue la última vez que se había aburrido, ni a qué se parecía ese sentimiento. Fue como volverse civilizado. Porque... ¿verdad que nunca te aburres cuando estás siempre deseando joder o pelear?

Un coche de cortesía lo trasladó al segundo aeropuerto. Allí, la pequeña terminal, casi en miniatura, contenía una multitud bulliciosa, retozona y nerviosa de chicas multicolores, que se apiñaban anhelantes a la espera de un largo vuelo al sur. Xan se sintió todavía más despersonalizado por el abierto empleo que se hacía allí, con absoluta seriedad, del apodo de Fucktown: como en el rótulo «LA-San Diego con parada en Fucktown», o las preguntas con que fue recibido «¿Qué lo trae a Fucktown?» y «¿Es Fucktown su destino final?» (esta última hecha por un individuo de uniforme). Por un instante, mientras se hallaba parado debajo del ruidoso y bien visible cuadro de información, vio, o pensó haber visto, la indicación 14.05: FUCKTOWN ÚLTIMA LLAMADA. Pero los datos parpadeantes enseguida se corrigieron por sí mismos, con un rápido aleteo. El otro nombre de Lovetown parecía emplearse tan sólo como una indicación para los francotiradores de la ciudad del sexo...

Ya en el avión, su conciencia de la anomalía, de la lamentable innovación, persistió y se ramificó. Tardó varios minutos en advertir una importante ausencia: la de niños. En todos los aviones hay siempre niños. Pero no en la lanzadera de Lovetown: ni bebés, ni cochecitos, ni bultos debajo del brazo. Bueno..., Lovetown era un lugar sin niños, supuso. Y él era un adulto. Había pasajeros adolescentes a bordo, chicos y chicas, que no parecía que tuvieran un empleo erótico; pero sin duda Lovetown necesitaría chicas de guardarropa, ayudantes de camarero y lavaplatos, como cualquier otro lugar del mundo. Y algunos de los adultos conservaban una pátina infantil: un tebeo, un libro ilustrado. Al volver del aseo notó que algunos hombres y mujeres rejuvenecían, o envejecían, a medida que se acercaba uno a ellos: como cinco años, aproximadamente, por hilera de asientos.

Estaba rodeado de latas de refrescos y batidos, por jóvenes rellenitas embutidas en camisetas de punto sin mangas, con narices demasiado pequeñas, pelambreras excesivas o bocas demasiado anchas, demasiado gruesas, entregadas a risas incesantes, como si los pasajeros compusieran entre todos el auditorio de algún ingenioso vodevil... Con sus vestidos azules, las azafatas parecían más normales, menos afectadas en su semblante y en sus gestos que las intransigentes jóvenes risueñas a las que atendían. El capitán los bajó en Lovetown, y el tubo de sexo enlatado se vació en entregas de tetas, coños y granos.

De nuevo fueron recogidos por un coche de cortesía que los llevó al Hotel U, más allá de los jardines suburbanos de hierba seca y cactus despistados. Xan leyó, en el *Lovetown Journal* de obsequio, que había sacado de la bolsa trasera del asiento delantero, que el Hotel U pertenecía a una cadena cuyo propietario había ganado setenta y ocho mil millones de dólares al advertir que la *w* era la única letra no monosílaba del alfabeto inglés. Recortando la supuesta abreviatura, que obligaba a los seres humanos a farfullar nueve sílabas, y remplazándolas por otras tres sílabas elegidas al azar (o incluso utilizando la frase completa «world wide web») el hombre había conseguido ahorrar al mundo de los negocios el equivalente de una década al día...

Al bajar del coche, un goterón de agua de lluvia cayó sobre su calva. Aquello era Lovetown: una tierra de terremotos, de incendios y deslizamientos de barro, de locales de striptease, autopistas y retenciones de tráfico, de Jodiar, Manguerazo y Café con Leche, de Ojo a la Funerale, Número del Abuelete o Lengua Amarilla.

—*El Jodiar se desarrolló, en cierta manera, de una forma muy natural*—decía la voz de Karla White— *porque no había habido nunca el más mínimo amor entre los actores y las actrices. Las chicas ganan cinco o seis veces más que los hombres, y la diferencia sigue aumentando. Como puede imaginar, los guiones para el Jodiar son sumamente monótonos. «Así que éste es el gran tipo, ¿eh?» «Y que lo digas, perra.» «¿Te has tomado hoy tu píldora como un buen chico?» Y así todo. Después, ella le*

preguntará por el modelo de coche que conduce, si lo tiene, y se pasará directamente a las tomas del tipo cagando en Fulgencio Falls. Luego vino el Manguerazo.

—El Manguerazo —dijo una voz de hombre.

—El Manguerazo —asintió Karla White.

Xan salió al balcón y fumó un cigarrillo. Abajo, en Recepción, le habían hablado del periodista inglés que fue arrestado y encarcelado recientemente por fumar un cigarrillo en su habitación. Le habían entregado también el paquete de Karla: el guión de *Corona de azúcar*, la cinta de audio («sonido de fondo») y su resguardo para el coche de empresa que a la mañana siguiente lo llevaría a Dolorosa Drive...

*—El Manguerazo es un subgénero, o un antigénero, dentro del Jodiar. Muy apreciado por su rareza. Se da cuando el hombre consigue realmente excitar a la mujer..., hasta el extremo de que ella deja de calificarlo de pedazo de mierda y comienza a darle ánimos e incluso a elogiarlo. El vídeo que dio origen al Manguerazo, *Despelleja mi culo, amor*, fue un éxito incontrolable. Ni de lejos como *Princesa Lolita*, pero sí un excelente negocio.*

»Muy pronto se puso de moda entre los hombres del porno alardear de haberle hecho un Manguerazo a su pareja. «Me hizo un manguerazo» era la queja preferida de la mujer porno. Pero su propia rareza creaba presión, y así se originó otro subgénero, el Falso Manguerazo o Manguerazo de Mierda. El Manguerazo de Mierda se da cuando una mujer porno (usualmente de tercera fila) finge que, después de haberse resistido tenazmente, ha sido objeto de un Manguerazo. Fue entonces cuando un montón de películas porno de hacía diez años comenzaron a ser recicladas porque, en efecto, la existencia del Manguerazo de Mierda sugería lo que había sido siempre el porno: un Falso Manguerazo.

Xan advirtió de pronto que, abajo, en la mitad de los treinta o cuarenta jardincillos que podía ver desde el balcón, la pornografía se estaba practicando ampliamente: cuerpecillos morenos retozando alrededor de azules piscinas.

—Ciertamente el Manguerazo pareció un salvavidas para el porno masculino..., al principio, al menos. Cada mañana, cuando el hombre se dirigía al trabajo haciendo autoestop, alimentaba el sueño de ser recogido por una actriz de primera plana y hacerle un Manguerazo. Y enseguida los pobres diablos comenzaron a cotizarse unos a otros por sus Manguerazos. Ya sabe: estadísticas y promedios..., como en el béisbol. Incluso surgió un actor llamado Manguerazo, Kirk Manguerazo. Por supuesto, no duró mucho... Porque el Manguerazo era otro cáliz envenenado para el porno masculino. Al cabo de algún tiempo, ninguna chica consideraba siquiera la posibilidad de trabajar con un tipo que le había hecho un Manguerazo..., o que se lo había hecho a alguna de sus amigas. Los hombres del porno que tenían algún repertorio de Manguerazo dejaron de recibir llamadas telefónicas. Y después comenzaron a temer el Manguerazo. Una ulterior humillación venía ya en camino en la forma del Desquite.

»Desquite.

»Desquite.

El sol comenzaba a ocultarse ya tras los hombros del edificio. Hojeó las doce páginas del guión de *Corona de azúcar*. En su única escena, se suponía que Xan intercambiaba algunas palabras con Charisma Trixxx, y después observaba su actuación con Sir Dirk Bogarde (con el siguiente programa: «Mamada. Por delante. Por detrás. Corrida en la cara»). Sus frases no eran ni difíciles ni numerosas, pero aun así le sorprendió la facilidad con que pudo aprendérselas de memoria. Hizo una pausa. «Algo me está ocurriendo», pensó. Hizo otra pausa, escuchó; notaba dentro de sí una gran esperanza a la que no se atrevía a acceder: con ella, o en lugar de ella, podrían sobrevenirle un dolor y una pena igualmente grandes. El firmamento luminoso aparecía desgarrado por estelas de vapor en diferentes estados de disolución: algunas altas, semejantes a escobillas de sólido aspecto para limpiar pipas; otras, como medias blancas, desechadas, flotando en el aire, o como el sueño leve de las primeras horas; otras, finalmente, como rompientes de una playa inconcebiblemente lejana. Volvió a estudiar sus frases, repitiéndolas mentalmente. Las tenía allí.

—*Lo cual nos lleva al meollo del asunto. Es sólo mi opinión, por supuesto, pero la mantengo por razones menos obvias que las que podrían decirse. El Desquite. El nombre es incorrecto, creo yo. Y encierra un serio fallo estructural... El Desquite Clásico es, simplemente, una eyaculación prematura provocada por la mujer. Cuanto más prematura, mejor. Ciertamente es muy humillante para el hombre, porque lo obliga a comenzar de nuevo, y ya con sus fuerzas muy disminuidas. Así que se siguen la ducha, la pastilla, la espera, el dolor de cabeza..., el Jodiar. Pero cualquier cosa que se grabe en tales condiciones precederá a la anterior eyaculación. A diferencia del Manguerazo, el Desquite no deja ninguna evidencia filmada de su consumación. Y está luego la cuestión del Facial.*

»El Facial.

»El Facial, sí. Hasta el Jodiar más riguroso exige el Facial. La tendencia principal del mercado exige el Facial. Y el Desquite ni siquiera ha tratado jamás de presentarse sin él. Así que... ¿qué clase de victoria es ésta? ¿Despedir a la pareja despectivamente y con pullas, una vez que él se ha corrido y te ha llenado de semen hasta la barbilla? El Facial está ahí, siempre, porque el cliente quiere que esté. ¿Y qué quieren los hombres? Quieren el Facial. Es el único acto sexual que apenas existe fuera del porno. Una prostituta tal vez lo practique, pero ¿se imagina a una mujer libre de rodillas? Ésta es otra buena razón para denominar también al Facial como también lo llaman: la Escena por Dinero.

»Comprenda... A veces lo llaman también la Escena de Papá. Jamás la Escena de Mamá. Porque, por un motivo u otro, uno siente esta convicción: es como le habría gustado a papá. La Bella y la Bestia, la inocencia y su opuesto. Y la mujer arrodillada, alzando el rostro para contemplar a alguien mucho más poderoso que cualquier amante...»

Bebió media botella de vino, fuera, en el balcón, acompañando su temprana cena. Notaba cansada su ecuanimidad ahora, y flaqueaba, y las nubes de la tarde le parecían cabellos postizos: bisonés, pelucas, los caducos oropeles del firmamento. Pero entonces salió Venus, con un halo blanco, como un juego de pestañas de plata que bajarán ante él. Y apareció la luna en su cuarto creciente, dispuesta en un ángulo poco familiar para él, como si llegara de algún lugar de detrás, como un seno platónicamente perfecto.

A las nueve llamaron a la puerta.

—¿Quién es?

Era el canoso botones, que le ofreció un ramo de las flores más horrendas que hubiera visto en su vida: cara roja y lengua amarilla.

—¿Quién las envía?

—Joseph Andrews.

Xan lo comprobó: sí, era lo que estaba necesitando.

2. BAJA POR ENFERMEDAD EN DOLOROSA DRIVE

Durante treinta meses de actividad, el Francotirador de Sextown pareció haber desarrollado un conjunto de reglas o restricciones: nada de emplear balas de alta velocidad, nada de tiros a la cabeza o al corazón, ninguna actuación en autopistas que pudiera provocar más atascos de tráfico, ninguna incursión a Tuxedo Terrace o Dolorosa Drive, donde hubiera podido socavar valiosos títulos de propiedad, nada de notitas sarcásticas que comenzaran «Fastídate, ciego gusano» o «Soy Dios» dirigidas al alcalde y a las autoridades del Departamento de Policía, ningún disparo a personas de origen mexicano o centroamericano, ningún disparo contra quienes acudían a prestar ayuda del tipo que fuera, ningún blanco a personas muy jóvenes o muy ancianas. Pero si un director de fotografía con barbita en forma de perilla resultaba herido en un tobillo, si un auxiliar o una maquilladora perdían un par de dedos, si Charity Divine quedaba con el pelo chamuscado o Schlong Gielguld recibía un balazo en el trasero..., ¿a quién le importaba? A la gente del porno tal vez, pero a nadie le importaba la gente del porno ni lo que a ésta la importara.

Frente al Hotel U, a las diez y cuarto de la mañana siguiente, la mira del arma del francotirador se movía, apuntando, de una cara a otra; ésta, aquella. El marco circular contenía un simulacro redondo, como una miniatura conservada en un relicario: rostros de personas amadas y perdidas. Por las finas cruces del visor pasaron el rostro de un portero, el de una estrella del porno recién llegada, el rostro de Xan Meo, el del mensajero que traía una planta con su maceta al hombro.

—Señor..., tengo que haceros una súplica.

—Di de qué se trata, muñeca.

Pero lo primero que necesitaba era que lo llevaran a Dolorosa Drive, y necesitaba saltar del coche de empresa y entrar en la mansión (donde se encontraría con un nuevo equipo de rodaje porno, distinto del de la vez anterior, por venir de otra parte), y saludar con un beso a Karla White..., cosa esta última que, llegado el momento, le resultaría difícil porque la encontraría conversando por teléfono y con el micrófono del aparato rodeándole el cuello como un protector de barbilla... Vestía un traje negro de dos piezas, que centelleaba como si tuviera en el tejido partículas de polvo de carbón, y calzaba zapatos negros de tacón.

—Estás muy bien —le dijo con su voz cálida, profunda y sin acento—. No has cambiado nada. Estás muy bien. Confiaba en que almorzaríamos juntos mañana en mi casa de la playa. Enviaré un coche a buscarte.

—O sea que no tengo que llevar corona o algo así...

—Eres Ramsés el Grande —replicó ella—, pero has llegado a LA en un viaje de vacaciones a través del tiempo, desde el Antiguo Egipto..., con parte de tu corte, claro. Te veo con muy buen aspecto... Pero, ahora, vayamos. Charisma Trixxx lleva un rato esperándonos.

—Todos los demás *tienen* —decía un hombre vestido con un albornoz blanco—. El noventa y nueve coma nueve por ciento de los demás tienen alguna. ¿Cómo es que yo no digo ni una sola *frase*?

—Te presento a Dork Bogarde, Xan. Y tú, Dork, no tienes ninguna frase porque haces el papel de mudo.

—Ah. Entonces, ¿por qué...?

Luego Karla siguió, dirigiéndose a Xan:

—En términos narrativos es lo que se conoce como un polvo colateral. Para darle un respiro al muchacho de diecisiete años. —En determinado momento, Karla sacudió ligeramente la cabeza mientras se llevaba el oído el teléfono móvil, diciendo —: ¿Charisma? Charisma..., ¿me oyes? ¿Qué ocurre ahora?

Xan se alejó y se puso a pasear por la habitación. La escena no le resultaba del todo desconocida: la media docena de técnicos, operarios y diversas personas ocupadas en hacer toda clase de ruidos, la chica con la tablilla sujetapapeles, la cafetera, el cuenco de galletas... En un sofá blanco bajo una de las ventanas aguardaba un joven de raza negra de aspecto impresionante, e inclusive heroico: la representación viva del heroísmo. Se puso en pie y se presentó a sí mismo como Burl Rhody: el guardaespaldas de Karla.

—Charisma no se va a presentar —dijo ésta ahora.

—¿Una incomparecencia de primeriza? —preguntó Dork—. ¿Qué será lo siguiente? ¿Dejarán de acudir a sus jodidos *castings*?

—Las chicas hablan de una baja por herpes —dijo Karla—, pero la verdad es que va a haber tres días de huelga.

—¡Charisma! ¿Me oyes? —dijo Dork en voz alta, hablando al aire—. ¡Hay más gente que tú en el planeta, Charisma! ¡Oye! ¡Oye!

—¿A quién podemos recurrir? —preguntó la chica del tablero con sujetapapeles.

—No importa —dijo Karla—. Lo haré yo.

Por un momento, la cara de Dork pareció un anuncio de dentista. Luego adoptó una expresión solemne, casi litúrgica, y se puso en pie diciendo:

—En tantísimos años como llevo trabajando en la industria, jamás me habían conferido un honor como éste. ¡Una leyenda como Karla White...! Le aseguro, querida señora, que la someteré con... con auténtica sinceridad y respeto.

Dork se quitó su albornoz y se quedó plantado allí... La suya no era exactamente la postura del culturista. Pero tenía el rostro ahora noblemente vuelto de medio lado; la rodilla derecha flexionada hacia dentro, y el pulgar y el índice de cada mano juntos para formar apretados círculos.

Práctica, y desabrochándose ya su chaqueta, Karla dijo:

—Lo siento Dork. Tendrás tus doscientos cincuenta o lo que sea, y encontrarás un coche fuera. —Luego se giró sobre sus talones y dijo—: Burl... ¿Te importaría darte una ducha rápida?

—Señor, tengo que haceros una súplica.

—Di de qué se trata, muñeca. Pero has de saber que podría haberte cegado por dirigirte a mí con los ojos abiertos, muchacha, porque yo soy el Sol.

—Cierto, mi rey... Este joven que está de pie delante de vos no es como los otros hombres. No puede hablar, y aunque, como veis, sus atributos masculinos son perfectos y bellos, no puede emplearlos. ¿Me explico, señor?

—Perfectamente, esclava.

—Tiene que ir, pues, con los eunucos. Se le ha negado la leche de la propagación.

—Que vaya, pues, con los eunucos, sierva. A él no le aguarda ninguna dinastía, necia.

—Puesto que soy la más espabilada de todas las esclavas del harén, como la más instruida en todas las nauseabundas artes, tal vez yo pueda sacarlo de su contumacia.

—Hazlo, inútil.

—Pero aún tengo una súplica más que haceros, gran señor.

—Habla, boba.

—Que como sirva a este joven, así quisiera servirlos a vos.

—Empieza, muñeca.

Karla, que llevaba un vestido de malla hecho de monedas, se dejó caer, pero no sobre sus rodillas, sino sobre sus caderas.

3. EL PRINCIPIO DE LAS NANAS

A la mañana siguiente la noticia aparecía ampliamente en el *Journal*, desplazada sólo de la primera página por un nuevo ataque del Francotirador de Sextown (un actor porno de mediana edad llamado Semental Johnsonson, que había sido herido en el pie mientras se hallaba tumbado junto a la piscina de su casa en Fulgencio Falls): RUMORES DE UN GRAN MANGUERAZO EN DOLOROSA DRIVE.

Xan se sentó en el restaurante del hotel con el *Journal* en su tazón de café. Dos mesas más allá, una pareja joven, con la piel húmeda y reluciente bajo una capa de bronceador, daba cuenta porfiadamente de una comida por todo lo alto (con dos clases de vino), observada por una cámara y un foco. Xan siguió leyendo:

Se creyó inicialmente que el Manguerazo por sorpresa había sido obra de Sir Dork Bogarde, que ha presumido de haber dado varios Manguerazos en tiempos recientes, y que lo había recibido Charisma Trixxx, una actriz primeriza y, por ello, teóricamente vulnerable a un Manguerazo.

Pero fuentes bien informadas han revelado que la atractiva recién llegada no se encontraba presente ayer en Dolorosa Drive. «Creo que ayer se me cruzaron los cables», explica Trixxx. «Yo estaba esperando el momento de ir al trabajo, pero mi agente me dijo que el rodaje se había pospuesto.» Trixxx niega todo conocimiento de un llamamiento a causar baja por herpes, convocado por la controladora Dimity Qwest de la LUWA (ver página 2). Fue imposible localizar a Dork Bogarde para conocer su versión.

Parece ser, con todo, que los artistas implicados fueron Burl Rhody, un temporero de la industria que dejó la empresa hace algunos años, y la legendaria Karla White, hoy de Producciones Karla White. «Juro por mi madre», ha declarado un miembro del equipo que prefiere que no se cite su nombre, «que fue el clásico Manguerazo. Más allá de un simple calentón. Él le soltó un Manguerazo en toda regla.»

página 5: Dolorosa Drive: Una comunidad acepta el Manguerazo
Editorial: Sospecha de falsedad en el Manguerazo de Karla White

Había hecho que el chófer lo dejara a una corta distancia de la casa. Mientras tomaba por la avenida de entrada, vio que Burl Rhody (si casualmente o no ya lo decidiría Xan más tarde) bajaba por ella al volante de un descapotable azul. Burl se acercó hasta él.

—Me ha dado el día libre. Y la noche.

Lo dijo con una naturalidad nada forzada en apariencia. Xan vio en el asiento del

acompañante un ejemplar del *Lovetown Journal*.

—Fue un falso Manguerazo —explicó Burl, y se hundió en su asiento un instante.

Xan no era capaz de determinar si Burl se sentía ahora más feliz que de costumbre, pero vio que le sonreía con una adormilada indolencia y añadía:

—¿Sabes lo que estaba pensando yo hacia el final? Pues pensaba: ¡Joder!, ya estoy viejo. El porno no es para gente holgazana. Dork Bogarde es un notorio imbécil, pero, en general, no son mala gente. Salen en defensa los unos de los otros. Karla —añadió—, la propia Karla se pasa la mitad de la vida velando por los derechos de las chicas y el tema de su salud. Así está de jodida.

Xan preguntó:

—Él no está aquí, ¿verdad? Andrews, Joseph Andrews...

Burl no respondió, pero, por la forma como frunció el ceño, Xan dedujo que no: no, no estaba allí, aún no, todavía no. Burl puso lentamente la primera, como si le resultara agotadora la acción de meter una marcha, y dijo:

—Llevo viviendo cinco años en el apartamento de encima del garaje de Karla White. Y la de ayer fue, para los dos, la primera vez. No digo nuestro primer intento, pero sí la primera vez. ¿Sabes qué hace cuando se excita? Lloro.

—¿Que llora?

—Lágrimas ardientes. Entonces se para todo. Ella lo para. Y tú paras también.

Llevaba puesto su habitual vestido blanco y calzaba sus habituales sandalias planas. El problema era que él pensaba que la quería.

En el balcón del piso alto le sirvió otro vaso de aquel vino tan frío que helaba el cráneo, y preguntó:

—¿No crees que nos estamos comportando con una frialdad increíble con respecto al cometa?

—¿Frialdad?

—Las mujeres odian el espacio. Yo odio el espacio. Pero supongo que a ti sí te interesa el cometa...

Él se encogió de hombros para expresar un sí. A los pies de ambos yacía la gran bestia del océano Pacífico.

—Entonces..., la primera cosa que habrás aprendido es que los cometas no son como los asteroides, por lo que no puedes fijar su posición. Porque están sometidos a fuerzas no gravitatorias, como explosiones y sublimaciones. Dicen que no va a darnos.

—O que pasará rozándonos.

—O rozándonos, sí. Tiene el tamaño de la ciudad de Los Ángeles y se mueve a una velocidad cinco veces mayor que la de una bala. La última noticia es que no nos dará por tan sólo noventa kilómetros. Noventa kilómetros.

—No nos dará. No habrían dicho nada al respecto si creyeran que iba a darnos.

Han hecho estudios. Anunciarnos el impacto no serviría más que para agravar el costo social. No nos dará.

—Si lo hiciera, el cielo entraría en ignición y después se tornaría completamente negro.

—... Y eso os gustaría.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, dolida.

—Perdona...

—Oh, ya... Te refieres a que será el vacío, que no importará nada y estará todo permitido. Yo no creo que sea cierto eso de que no haya nada que importe.

¿Lo pensaba él? ¿Importaba el cometa? Viendo moverse la figura de Karla y pasar de habitación en habitación, pensó que aquello había sucedido ya: el final de todo cuanto llamamos mundo. Cada pocos segundos le pasaba por la imaginación la idea de correr a su encuentro, pero sus brazos, sus manos, se mostraban reticentes y frías.

—Nadie se preocupa por el cometa porque no es culpa nuestra —dijo Karla de pronto, y añadió—: ¡Ojalá no me hubiera mostrado tan desagradable con ese bobo de Dork Bogarde! ¿Quieres comer algo? Yo no tengo hambre. Pero dime si te apetece.

El problema era que él pensaba que la quería. Y el amor no lo había guiado bien en las últimas semanas y meses..., con su mujer, con su hija. ¿Qué clase de amor era? Parecía ocupar en su vida un lugar entre lo que sentía por Russia y lo que sentía por Billie. Lo que caracterizaba más su amor por Karla era la persistencia con que le ofrecía emociones catárticas, como la compasión y el terror. En su presencia, él tenía miedo y se sentía apenado. Deseaba protegerla de todas las cosas, incluido él mismo. Y sus sentidos le dolían... A oleadas. Como las olas que ahora llegaban regularmente, y rompían de pronto cada una de ellas con un asalto oportuno e implacable, para hundirse después por su propio peso, rechinando y llenándolo todo de espuma y envolviéndote con sus dientes. ¡Y qué encarnizamiento era el suyo cuando llegaban hirvientes a los peñascos!: se producía entonces un impacto orgásmico, a partir del cual iban abriéndose camino de oquedad en oquedad encharcadas, provocando ondas que tenían que aquietarse después tras nuevos forcejeos y retrocesos.

Algo estaba ocurriendo dentro de él. Sentía como un flujo en su cerebro: reagrupaciones de corrientes y temperaturas... De pronto el cielo asumió un color oliváceo y el mar se volvió blanco.

—Tormenta —dijo Karla.

—Necesito echarme. Lo siento. No me encuentro bien. Me recuperaré enseguida si me tumbo un rato.

Ella lo acompañó a su dormitorio y lo dejó solo para quitarse algo de ropa. Estaba medio dormido cuando ella volvió.

—Te echaré esto por encima. El principio de las nanas... no se basa en la canción. No es la canción lo que te sosiega y adormece. La cuestión capital es que te da la certeza de que quien canta sigue allí. Yo no sé cantar, pero seguiré dando palmaditas

en este chal para que sepas que aún estoy aquí.

Mientras dormía y daba vueltas en la cama, seguía recordando los minutos finales del acto sexual que había presenciado en Dolorosa Drive.

Karla estaba de rodillas. Se hallaba a punto de completar una actividad humana presumiblemente antiquísima. Pero no parecía antigua. Daba la sensación de haber sido inventada horas antes, ese mismo día, o incluso de hallarse, en realidad, en trance de ser inventada. Para el impulso final, tenía enlazados los brazos a la cintura de Burl Rhody, cuyo falo, idealmente negro, parecía constituir un obstáculo: ella no iba a poder rodearlo. No: tenía que pasar a través de él, como si su auténtica meta estuviera en algún lugar dentro de las entrañas del hombre. En el retroceso, las manos de Karla se apoyaban con las palmas en las caderas de él, para conseguir mayor tracción, y cada movimiento concluía con un tremendo chasquido de los labios antes de que el falo de Rhody se viera ruidosamente sepultado otra vez. Luego todo ocurrió apresuradamente, y a los pocos instantes se encontró a sí mismo pensando en un niño tocando un silbato de juguete. Y después allí estaban Billie, e incluso Sophie, con las caras cubiertas de yogur o helado de vainilla.

La conciencia volvió a él. Antes de abrir los ojos, escuchó el sonido de una respiración. Más que eso: oyó el sueño, las parsimoniosas cabezadas que componían el sonido del sueño... Notó que él se hallaba de alguna manera muy metido en la cama, bajo el chal y la sábana, y notó que lo que tenía entre las piernas estaba duro como un pedazo de cartílago. Se volvió; allí estaba Karla, un cuerpo aparentemente sin cabeza y con la insomne e incorruptible interrogación de sus pechos. Se movió hacia ellos.

Pronto oyó su adormilado suspiro de aprobación y notó que las manos de la mujer acariciaban su cuello y su pelo cuando él los apretaba y besaba. Pasó el tiempo.

—Te *amo*, te *amo* —repetía ella.

Y cuando ella comenzó a sollozar, él hizo una pausa esperando que ella parara (él hubiera *parado* también entonces). Pero Karla no paró. Igual que Billie cuando lloraba (levemente incrédula, con elocuente ingenuidad), pensó. Tenía separados los muslos y la mano de Xan comenzó a subir por ellos. Pero, entonces, alcanzó su rostro y se dio cuenta de que tenía las mejillas secas. Se encontraron sus ojos. Todo lo demás le fue sustraído, y él se volvió de lado.

Tras unos cuantos latidos de su corazón, Xan dijo:

—¿Ves? Al amor no le gusta el temor. Talla cero.

—Oh, supongo que lo que quieres decir es que debería permanecer muy bien arropada mientras tú corres para salvar la vida abajo en la playa... Esto es lo que no está escrito en los libros ni en ninguna otra parte. Con una niña tú eres grande, aun cuando seas pequeño. Deberías seguir adelante con Billie. Podemos superar eso.

—No, tú no puedes.

—No, no podemos —zanjó ella—. Obviamente no.
Y dando un tirón a la sábana, se fue.

Cuando se despertó de nuevo, esta vez por culpa de la tormenta, saltó de la cama y alargó la mano en busca de su ropa, como si fuera las piezas de una armadura. Los truenos aumentaban con un ritmo creciente: descarga de fusilería, cañoneo, artillería pesada, la impresionante catarata del ataque táctico nuclear. Abrió la puerta del dormitorio. En el balcón había una figura fumando.

—Dios está de mudanza hoy. Se romperán cosas —dijo Karla—. No, nosotros no. Nosotros no pasaremos por eso. Obviamente, en la cama ignoramos nuestros derechos.

Obviamente, pensó él. Porque eso es lo que haces cuando haces eso, papá, cuando juegas a ese juego, cuando tomas por ese camino. Los colocas en otra dimensión donde ellos están siempre un paso detrás, un paso más allá.

—¿Quieres ver a Jo ahora? —le preguntó—. ¿Aún deseas eso?

Xan respondió que sí, pero con una repugnancia y una tristeza que le pareció a él mismo falta de valor.

—¿Eres mi enemiga?

—Lo era —respondió ella. Y le contó quién era.

—... ¡Dios Santo, Cora!

En la lejanía, artríticos zigzagueos de relámpagos se proyectaban hacia fuera, a los lados, hacia arriba, formando costas con múltiples fiordos. Era como un efecto repetido de iluminación a saltos, con cambiantes retazos de paisaje nocturno.

Cora Susan aguardaba con las llaves.

4. LA IRA DEL JUSTO

—Entre usted, querido. No se moje, Xan... Le están esperando, querido. Venga por aquí. Paquita le dará lo que necesite. No le dé apuro.

Joseph Andrews empujó una puerta batiente de cuero rojo, que tenía un ojo de buey en su parte superior. Dentro había una mesa de juego, a cuyo alrededor estaban un individuo grueso y rubicundo con un aparato ortopédico, un hombrecillo muy peripuesto enfundado en un traje oscuro de rayitas y tocado con un borsalino, y una mujer de rasgos chinos con las gafas oscuras prendidas en sus cabellos por encima de la frente, más unos hombros imposibles de reconocer. Cora entró también y la puerta se cerró de golpe a su espalda.

—Se ha tomado usted muchas molestias para llegar aquí, ¿no es así, amigo? ¿Está usted loco o qué? Por aquí: sígame. Sígame.

Xan fue introducido en una habitación larga y baja: su recreación de un típico pub inglés no era totalmente literal, pero había posavasos para la cerveza y relucientes ceniceros de plástico en todas las mesas, redondas, por supuesto, así como una diana para dardos, arneses con hebillas de latón dorado, crines y reproducciones de escenas de carreras de caballos. Un fuego de leña ardía ruidosamente en el hogar, como un enfisema con chisporroteos y salpicaduras adicionales.

—Vayamos al pasado, primero —dijo Joseph Andrews, y exhaló una gran bocanada de aire—. Le diré esto a favor de Mick Meo: tendría usted que haber luchado con Mick Meo. Mire lo que le digo: sabías lo que era una riña cuando reñías con Mick Meo. Y tenías que darle fuerte, porque era una pared, un fajador. Nos las tuvimos en una ocasión en aquellos tiempos, antes de que a él lo encerraran. Y vino después una pequeña jugada que le hice. Seis meses más tarde, cuando se restableció y estuvo en condiciones de caminar, vino a verme y me dijo que no me guardaba rencor. Y él y yo nos tomamos unas copas. En varias ocasiones me invitó a su casa. Insistiendo. Y yo tuve a la pequeña Leda en mis rodillas. Todo esto fue antes de que tú nacieras, hijo.

»Llegó entonces la libertad. Estuvimos los dos en la prisión de Strangeways; él con una condena de tres años por hurto de mayor cuantía, mientras que yo cumplía seis por..., por causar deliberadamente lesiones graves a un tipo. Ahora bien... Nuestro camarada, Tony Odgers, perdió sus derechos a la libertad condicional por haber dado una paliza a dos guardias que habían quemado una carta de su mujer ante su mismísima cara. Y yo le dije a Mick: “Esto es inaguantable. Sacudiré al alcaide.” Y Mick va y dice: “No, le sacudiré yo.” Y yo: “Que no, que es cosa mía.” Pero Mick volvió a la carga: “No lo consentiré. Seré yo quien me encargue de darle una paliza...” En fin, un *impasse*.

Pronunció esta palabra alargando las eses finales como si fuera un chisporroteo, que se sumó a los chisporroteos del tronco en la chimenea.

—Así que fuimos a dirimir el asunto con el capellán. Y se arregló la cosa. El hombre era un buen árbitro en los problemas de la prisión, siempre con sus manos enguantadas. Era así a veces en aquellos tiempos. Lo elegías con..., con el permiso del alcaide. Y el alcaide no sabía de qué se trataba, naturalmente...

—¿De qué se trataba? —preguntó Xan.

—¡Toma! Pues de quién tenía que sacudir al alcaide.

—Ya, pero... ¿quién tendría que hacerlo? ¿El ganador o el perdedor?

—¿Estás bien de la cabeza, muchacho? Bueno..., lo cierto es que al final tuvieron que venir a retirarnos en camilla a los dos. Nos tuvieron en la misma sala del hospital, pero yo llevé la peor parte porque aproveché la oportunidad para atizarle a uno de los guardias que había intentado separarnos a golpes de porra. A Mick le dieron el alta por la mañana, pero regresó al hospital aquella misma tarde. En un estado horrible. Sólo con verlo pude darme cuenta de lo que había hecho: ¡le había dado una paliza al alcaide! Pero bueno..., yo no iba a consentir eso. Así que en mitad de la noche, me

dejé caer de mi cama y me arrastré por el suelo con las manos y las rodillas para llegar a donde estaba él y comenzar a zurrarlo. A raíz de eso me enviaron a Gartree. Y después ocurrió algo curioso: Mick y yo jamás volvimos a estar libres al mismo tiempo. Y nunca, tampoco, en la misma prisión. De manera que, durante veinte años, la libertad enconó el resentimiento entre los dos.

»Más adelante viajé a Londres desde Dublín; por un asunto de negocios. Había oído que estaba en casa y fui a su patio y lo llamé para que saliera. “¿A qué viene todo esto?”, me preguntó. “¿Que a qué viene? Le atizaste al alcaide, animal.” Entonces recordó que, en efecto, había hecho aquello, y más cosas: “¿Y cuando yo estaba en la cama del hospital y viniste de noche a abrirme con tus manazas los jodidos puntos?” Total, que le digo: “Está bien. Querías libertad. Pues bien, ya la tienes. ¿No estás casado con un jodido elefante?”

Andrews hizo una pausa. El fuego de leña escupía, carraspeaba y vomitaba fuego. Aquello era también como Inglaterra: marquesinas en las paradas de autobuses, salas de espera de las estaciones, lavabos de un pub un viernes por la noche...

—¿Cuándo es tu cumpleaños, chaval?

Xan se lo dijo.

—No, no lo es. El caso es que le digo: “Dices que tu mujer no es una jodida elefanta..., ¿y necesita trece meses para tener un jodido bebé?” Y entonces saco un pedazo de papel del bolsillo —siguió Andrews, recorriendo una cremallera y sacando un papel del bolsillo de su chándal negro—: “Partida de nacimiento.” Y se lo refroté por la cara. “Veamos..., ¿dónde estabas tú hace nueve meses? Te tenían encerrado en el maldito Winston Green. Ahí es donde estabas en esa fecha. Yo vine aquí y me follé a tu mujer y la dejé para el arrastre y todo eso... Tu chico no es hijo tuyo. Es un jodido hijo mío.”

»Reconozco que aquello fue un error... Forcé mi mano, como suele decirse en el póquer... Porque se enfadó mortalmente conmigo; eso es lo que ocurrió, y ya nada..., nada... De manera que se puso a atizarme con las tablas del cobertizo. Y, mientras me hacía ver las estrellas, yo pensaba: “Bueno..., hoy no tienes el día, amigo. Deberías haberte quedado en la cama.” Porque, entiéndeme, lo que es justo es justo. Follar a las mujeres de otros maleantes es algo que se da por descontado. Como el derecho de pernada del señor, podría decirse... Le dicta a uno. “Hazlo.” Y, si se enfada, que se enfade. Y Mick debía de tener ya algún barrunto de la cosa, porque cinco días más tarde dejó tullido a Damon Susan y se fue a cumplir su condena de nueve años, lejos de mi alcance.

»Total..., que aquí me tienes, tomando mis medicinas, como has de tomarlas también tú. Y resulta que hete aquí que apareces tú en escena, tú, so bobo, metiendo las narices en mi vida. Ahora sé que Mick me castiga. Pero es *mi* castigo, no el *tuyo*. *Y no pienso tolerar eso*. ¡Mi propio hijo! La sangre y todo eso... Delataste a tu propio padre... Te veo muy tranquilo aquí.

—Sí, es cierto.

—Oh... ¿Puedo preguntar el motivo?

No había sido falta de valor: había sido desinterés..., o falta de inclinación. Xan se lo explicó:

—¿Por qué? Pues porque estoy tratando de no estropear la escena, compañero. Eres un viejo bufón, eso es lo que eres, camarada. Mírate: un jodido viejo bufón.

—... La última vez que tu madre fue a verlo a la cárcel, estaba de ocho meses. Se puso una faja tan apretada, que se rompió cuatro costillas. «Lo he tenido», le dijo. Y él le preguntó: «¿Dónde está?» «Le están curando la ictericia en el Princess Beatrice.» Diez semanas después te llevó a la prisión de Green, y Mick comentó que le parecías un poco canijo pero, por supuesto, les echó la culpa a los médicos... Una mujer terrible, tu madre... Como tu hermana. Le encantaba que me cagara en su cara. ¿Estás ahí aún?

Joseph Andrews se puso de pie... y las terribles manchas blancas de sus zapatillas deportivas, blancas como la luz de la luna, comenzaron a danzar su danza, rozando apenas las losas del suelo.

—Todavía me pirro por una buena pelea. No te preocupes, muchacho. El hospital de aquí es bonito y limpio.

—No veo por qué tú...

—Bueno... *Me estoy volviendo desagradable en la vejez...* Mírate a ti mismo. Lo he aprendido de ti.

—¿Cuántos años tienes, Jo? Sí, y mira en qué estado estás. ¡Joder...! Y a eso lo llamas tú libertad, ¿eh? Es un buen puntapié en el culo lo que te han dado los años al pasar. Y no hay venganza posible para eso. ¿Por qué no lo aceptas? Pero no... Te hundes más y esperas más de lo mismo.

Joseph Andrews fue a situarse junto a la puerta. Parecía estar sopesando algo en las manos cuando canturreó:

—El hombre lucha con su culo. La fuerza le llega en forma de ira, que le sube por el culo —sentenció respirando profundamente—. Es la ira justificada del *justo*. Llega, entra por el culo y sube hasta las entrañas del hombre. Vamos..., ¿dónde la tienes? Veámosla. Suéltala.

Xan observó que Andrews era uno de esos hombres que, cuando se preparan para luchar, no muestran la parte superior de la dentadura, sino la inferior. Se puso en pie y se acercó hacia él, diciendo:

—No voy a luchar. No voy a *tocarte*. Tienes... Se te cae la baba por la barbilla. Estás fuera de la circulación, viejo payaso. Tú, viejo maricón.

Pensó que la cosa iba a acabar así, hasta que sintió un dolor lacerante en la frente, que pareció parar el tiempo. Pero, aun cuando el golpe le había dado de lleno en la cabeza, no podía haber ninguna duda acerca de la dinámica del futuro inmediato: de las reglas que rigen los movimientos de los cuerpos bajo la acción de las fuerzas. Golpeó a un lado y a otro, repetidamente, y Joseph Andrews se derrumbó a sus pies. Se oyó el crujido de su coxis al dar contra el suelo, y después un débil quejido que no

parecía humano, ni siquiera orgánico, como el chirrido del metal forzado. Los troncos y sus gusanos expectoraron y regurgitaron, una vez prendidas las llamas en ellos.

—¡La cadera! —exclamó valorando los daños—. Se me ha salido la prótesis y tengo que volver a ponerla en su sitio. ¡Ah...! Ya está —dijo, y dejó escapar un ruido sordo, como el hombre que llega del frío y siente por fin el calor del fuego...—. No, Simon, Rodney..., dejadlo pasar. Dejad que se vaya. *Pero la cosa no ha acabado, muchacho. No ha acabado aún.*

Media hora más tarde, Xan se estaba inspeccionando a sí mismo en el espejo de aumento de su cuarto de baño, dotado de una luz interior. Tenía dos lesiones curvas, como dos hematomas en forma de paréntesis, a unos cuatro centímetros al noroeste de sus ojos.

5. EL FRANCOOTIRADOR DE SEXTOWN

—¿Te parece prudente, Cora? ¿No estaremos desafiando al Francotirador de Sextown?

—El Francotirador de Sextown no actúa nunca de noche. Y jamás dispara a la cabeza. No entiendo por qué hay gente que anda por ahí con casco metálico... No ha herido nunca a un amigo mío... Aunque ha estado a un paso. ¿Recuerdas a Semental Johnsonson, el tipo que perdió unos dedos del pie? Comparte un cuchitril con Dork Bogarde. Pondré la capota ahora para tomar la autopista. Mira, deberíamos haber ido por carreteras asfaltadas.

Hacia el frente, el lento río de color carmesí. Y a su izquierda, el lento río de aguas amarillas fluyendo hacia Lovetown.

—¿Hasta qué punto es homosexual Dork? ¿Hasta qué punto te parece homosexual Jo? ¿Hasta qué punto es homosexual el porno, según tú?

—Bueno..., el *porno* es completamente homosexual. Pero estamos hablando de algo oculto, ¿no? No es abiertamente homosexual. Digamos que es criptohomosexual. Por ejemplo..., tendrías que ser un poco gay para hacer un doble anal, ¿no te parece? ¿Dos hombres con una chica? Seamos serios. Y un triple anal. En todo caso, muchos de ellos practican el porno homosexual. Ganan más dinero, porque en el porno gay los muchachos son chicas. Aunque no: en el porno gay todos son chicas. Lo llaman «*gay for pay*». Y en América, ya sabes, en cuanto algo rima o se transforma por aliteración, se convierte en una norma social. En cuanto a Jo...

—Quiere poseerlos, y los posee. Y posee también a sus mujeres.

—Hmm. De ahí su afición al dolor. Se castiga a sí mismo por eso. Realmente ha sufrido mucho dolor esta mañana. Su prótesis. Habrán tenido que encajarle de nuevo la cadera. Ahora estará rabiando de dolor, pero no tocará la morfina. En fin. Bueno..., veamos tu frente.

—Ha tratado de dejarme ciego. ¡A su propio hijo!

—¿Así que no te ha afectado esa revelación?

—No veo qué diferencia puede haber. En el periódico describí a Jo como «otro gilipollas loco». Otro..., como Mick Meo. No veo qué diferencia puede haber en cuál de los dos sea mi verdadero padre.

—La hay para mí. Digamos que, más o menos, anula el motivo que yo tenía para ir directamente contra ti.

—Es cierto. Y también anula el incesto..., si lo cometimos. Aunque todavía tenemos en común a Hebe Meo. ¡Joder..., mi madre! Pero, bueno... Tenemos que dejarlo estar. No irás a llegar a tu lecho de muerte obsesionada..., obsesionada aún por tu cuna de niña. Claro que para mí es fácil decirlo. Espero que estés bien ahora..., ¿lo estás?

—Sí. ¿Sabes...? Has echado por tierra la visión mágica que tenía de mí misma... La seductora universal... ya no volverá a surcar los aires. Tal vez sea un alivio. Estoy por dejar todo este negocio de la venganza. Y pensando también en abandonar la industria del porno. Ahora que me he hecho rica con ella. ¿Sabes qué es lo que realmente no funciona con el porno? Envejecer una pareja juntos, sexualmente, es tal vez lo más difícil de todo. Pero quizá sea también lo más maravilloso de todo. Y el porno es el enemigo jurado de eso.

—Cora... ¿Crees que Jo me dejará en paz?

—Bueno..., es uno de esos tipos, ¿no? De los que vuelven una y otra vez. A menos que estén muertos, vuelven por ti.

—Anoche... lo llamé maricón.

—¿Hiciste eso? Entonces, seguro que vuelve por ti. Escucha... Hablaré con él. Está en deuda conmigo.

—No vayas. ¿Sabes...? Yo quería a tu madre. Era una mujer tremenda, pero fue una buena hermana para mí. Me llevé un gran disgusto cuando murió. Y a ti también te quiero. En el buen sentido.

—Gracias. Y yo también te quiero. Por cierto... Hay una cosa que debes saber con respecto al Francotirador de Sextown... No se ha hecho público porque es muy delicado políticamente. Todas las jovencitas montarían una huelga... El Francotirador de Sextown es una mujer.

—¿Cómo pueden saberlo?

—Oh, es sólo por las cosas que deja en sus escondrijos. Perfiladores de ojos..., recetas de cocina..., patrones para hacer media... ¿Y por qué, si no, querría alguien ir por ahí matando gente?

Y así fue como dejó Lovetown, el hogar de la amable, de la dulce, de la entrañable Francotiradora de Sextown. El vuelo lanzadera sobrevoló Fucktown, que quedó allá abajo como el diagrama de un circuito, y se dirigió hacia Los Ángeles, engalanada como la capa para salir a escena de un viejo cantante de las dimensiones de un cometa.

6. HOMBRES PODEROSOS

Cuando sobrevolaban Groenlandia, escribió:

Querida Russia:

Dudaba en escribirte porque temo mucho la recaída: tengo mucho miedo de la desgracia de una recaída. Pero me siento como el hombre que examina con pesadumbre una vieja y dolorosa herida y de pronto encuentra que ya no la tiene.

En los últimos días creo haber descubierto cuáles fueron las consecuencias de mi accidente. Yo ya sospechaba que había desarraigado de mí algunos valores..., más o menos, los valores de la civilización. Bueno..., eso fue lo que hizo. Pero hizo también algo más: estragó mi talento para el amor. Lo arruinó. El amor siguió presente en mí, pero como un amor de naturaleza equivocada. Un amor terriblemente agitado e impotente. Y ahora esa agitación parece haberse retirado, desaparecido, levantado como una niebla.

Las generalizaciones no son mi fuerte, pero aquí tengo una. Los hombres detentan el poder desde hace cinco millones de años. Ahora (donde vivimos) lo comparten con las mujeres. El pasado pesa mucho, aunque nos comportamos como si no pesara sobre nosotros. Nos comportamos como si la transición se hubiera operado a la perfección. *Por supuesto* no cabe marcha atrás. Pero yo fui hacia atrás. Me hundí en el pasado como a través de una trampilla, y ambos compartimos ese desastre. Lo cierto es que deberíamos reconocer el peso que tiene ese pasado. Inconscientemente, aunque no por mucho tiempo, los hombres añoran a las mujeres tratables, y las mujeres echan de menos a los hombres resueltos, pero no podemos reconocerlo. Lo que estoy sugiriendo es que tal vez se dé una falta de candor (y eso es lo que no cuadra con lo que escribo o he escrito). Sería sorprendente que las mujeres no se sintieran demasiado entusiasmadas por el poder que han conquistado, y los hombres no se sintieran un tanto aturridos por sus pérdidas. Discutiremos esto, espero, y tú ganarás y a mí no me importará. No, borra eso. Tú ganarás, y a mí me importará, pero probablemente fingiré que no es así. Lo que quiero decir es que se necesitará un siglo para borrar esos cinco millones de años y consolidar el cambio. Fingimos que ya está, pero el cambio no se ha producido del todo y no es aún algo irreversible.

Mi memoria se está llenando de nuevo de recuerdos: ahora puedo recordar a Billie diciendo: «Aquí viene mi querido papá para llevarme a casa» (se puso de puntillas para decirlo). Y es la clase de padre que volveré a ser si me das la oportunidad de demostrártelo. Yo no estaba bien, ni de cabeza ni de corazón. No estaba bien, no estaba bien. La memoria... La única brecha importante ahora me

parece el nacimiento de Sophie; todavía no lo recuerdo, pero espero que cualquier día me vendrá de nuevo. No sé por qué esta ausencia me oprime tanto. Por supuesto puedo recordar con toda claridad haber declinado asistir a la cesárea de Billie. Pero he olvidado el nacimiento de Sophie..., y no quiero ser un hombre que nunca presencié cómo nacía una mujer. Naturalmente desearía poder olvidar la criatura que fui, pero no puedo y no lo olvidaré.

Quizá te haya hecho demasiado daño. Quizá te he asustado y disgustado demasiado profunda y duraderamente. Y hay otra cosa que vas a tener que perdonarme: un extraño embrollo de familia. Considerarías prematuro (y alarmante) que te escribiera palabras de amor. Por eso sólo te diré que mi más profunda esperanza tiene que ver con tu generosidad. Eres demasiado generosa para no intentar perdonarme.

Han ocurrido muchas cosas. Te lo contaré todo. No puedo entender por qué quiero ahora contarte todo eso, pero así es. En el pasado, cuando pensaba en mi padre, solía fantasear que a él se le permitía tener ocasionales atisbos de mi vida. Es cierto que murió cuando yo estaba aún casado con Pearl. Pero solía decirme: él lo averiguará, sumará dos y dos y verá que estoy casado contigo ahora, que hemos tenido dos hijas, Billie y Sophie. No *creo* que pueda hacerlo. Pero sería estupendo y muy justo que se le concediera verlas de vez en cuando..., y que este privilegio expirara después de un par de generaciones, de manera que la historia se borrara discretamente de su memoria cuando las niñas lleguen a los sesenta y cinco años, más o menos. Y que cuando estemos muertos, a mí se me permita velar por los chicos y a los dos, a ti y a mí, velar por las chicas.

Epitalamio.

CAPÍTULO DÉCIMO

1. 14 FEBRERO (2.19 P. M.): 101 HEAVY

Con furiosa precisión, el enloquecido cadáver de Royce Traynor asestó su último y contundente golpe y se fue, lejos, girando sobre sí mismo una y otra vez a través de las nubes que azotaban el aparato...

El aire presurizado del 101 Heavy escapó también, convertido en un turbión de polvo y arenilla. La sección media del piso de la cabina se hundió casi instantáneamente, con lo que se cortaron casi todas las conducciones hidráulicas que aún funcionaban.

Reynolds notó el estampido, que retumbó como una carcajada, el viento punzante, la ronca vibración. En un terrible unísono, las máscaras de oxígeno cayeron del techo y quedaron colgando. A los pocos segundos todo el humo de los cigarrillos se vio remplazado por una fina neblina blanca.

Comandante John Macmanaman:... Mira a ver si lo notas, Nick.

Primer oficial Nick Chopko: No...

Macmanaman: No hay ningún impulso..., nada.

Mecánico de vuelo Hal Ward: No es posible hablar de «sensaciones» en un trasto así. Es sólo el ordenador. Se ha ido al carajo.

Macmanaman: Estamos volando sin piloto automático.

Chopko: ¿Y si lo conectamos de nuevo?

Macmanaman: Conseguiremos, a lo sumo, una sensación ficticia. Caballeros..., no tenemos ningún control hidráulico sobre esta aeronave. Está inclinando el morro. Se cae. Reduce, Nick. Si puedes... Ah..., se endereza. Se está enderezando... Estamos dando vueltas aquí arriba. No tenemos flaps, ni alerones. Si podemos hacerlo bajar, vamos a tener que aterrizar a trescientos nudos, sin frenos y sin posibilidad de invertir el impulso. No necesitamos un aeropuerto. Nos hace falta una autopista interestatal. Cinco kilómetros de buen firme. Y que corra en nuestra actual dirección, Nick. Llama al SAM. Hal... Ponte en contacto con toda clase de sistema de rescate y de emergencia que podamos solicitar. Está bajando el morro de nuevo. Anda... ¡Vuelve!

Sistema de Mantenimiento de Aeronaves en Vuelo: Indique su situación, uno cero uno Heavy.

Macmanaman: Estamos volando en grandes círculos en el sentido de las agujas del reloj aquí arriba.

SAM: No querría aumentar sus problemas, señor. Pero tendríamos que empezar a pensar en la trayectoria de entrada del NEO.

Macmanaman: Entendido. Anda, sé obediente... Vuelve... Vuelve a mí.

2. LOS PREPARATIVOS DE CLINT

«Y una chica que dice tener catorce años», escribió, «ha estado quejándose a voces de haber sido violada, tras haber pasado un rato retozando en la cuneta con un muchacho mayor que ella.»

¿Habéis visto a esta chica? (*ver foto*)

Parece tener dieciséis años como poco.

¿Y cómo cuenta él la cosa?

El tipo admite que tenía unos cuantos años más que ella.

Que se pasó un poco porque su vista ya no es lo que era y dicen que en aquella parte del bosque apenas hay luz...

Clint hizo una pausa. Se dijo que tenía que ser cuidadoso con la medicación. ¿Qué ocurre si te pasas con la dosis de Narcopam? Que enseguida te ves en la recepción del hotel con la chica colgada de tu hombro.

¿Y quién piensa el juez que quiere engañarle?

Él ha tenido la jeta de decir que no hubo «provocación» por su parte.

Siendo así que la chica llevaba *uniforme escolar*.

¿Por quién nos toma, coño?

Aún faltaban sesenta y seis horas para su cita con Kate; el día de San Valentín (un lindo detalle), y ya podía verse a sí mismo aparcando el Avenger y cruzando la carretera fingiendo despreocupación..., con las manos en los bolsillos. Aunque con la mirada fija en su puerta. En fin..., era como los buenos *boy scouts*: siempre preparado. El Potentium, Su Voluminosidad (suplementado por un reforzante llamado Control de Volumen), el Valium, el Hellcat (Prohibido legalmente su empleo sin permiso de la Otra Persona), el Narcopam (ya dicho) y el diploma de la Academia. En fin, que el hombre rebosaba confianza en sí mismo por todos los poros.

3. DESPERTAR EN EL FRÍO

Joseph Andrews se hallaba sentado ante la grabadora. Parecía que acabara de salir de la piscina, pero tenía la ropa seca.

—Vamos, jefe. Tómese medio Nurofen.

Con la voz forzada y temblorosa, Jo lo rechazó:

—Llévate eso de aquí.

—Ya le han dado anestesia local.

—Contra mi voluntad. ¿Estás listo? Y tú, Manfred, transcribe esto ahora, ¿entendido?

«[Clic.] ¿Es un crimen desear morir en mi propio país? [Clic] Aparte de algún asuntillo familiar y cuatro o cinco tipos que ya sabemos muy bien lo que son [clic], no supongo ninguna amenaza para la sociedad. Y el hecho es que lo tengo a usted entre la espada y la pared, amigo.

»Eh, quita lo de “amigo” y pon..., esto...»

Quería añadir una evocación de su amor por Inglaterra. Pero la esencia de lo que realmente echaba de menos era despertar en un clima frío y con la sensación de tener oxidados los huesos de sus caderas, todos llenos de cables y dispuestos para responder a una imprecisa necesidad de defecar.

—¿Dónde está Simon? Necesito a mi *Simon*.

4. CUERO SOBRE MIMBRE

Brendan estaba leyéndolo en voz alta, y había llegado a la última página.

«Y el hecho es que os tengo entre la espada y la pared, Majestad. Soy un buen monárquico, y por supuesto todos nosotros venerábamos a vuestra madre y a vuestro padre. Y me partiría el corazón verme obligado a hacer público el material que os incluyo. Soy sólo un viejo que quiere que sus huesos sean enterrados en la patria de sus padres. Oír las campanadas del Big Ben, quiero oír el sonido del cuero sobre el mimbre en el prado de la aldea, quiero caminar por Worship Street y cruzar las puertas de El Mundo al Revés. Llegaré a Heathrow el 13 de febrero por la tarde, bajo mi auténtico nombre, y desde allí iré a mi granja en el Essex. Y eso será lo último que sabréis de mí. Pero si soy detenido en mi camino, ya conoceréis cuáles serán las consecuencias. Respetuosamente, Joseph Andrews, Caballero. PS. Si no os importa que os lo diga, tuvisteis bastante cara al decir que era todo una falsificación, ¿no creéis? Estuve en un tris de hacerlo todo público, allí y aquí, para hacerme respetar un poco. Pero prevalecieron voces más prudentes. Ahora podéis manteneros en vuestras trece, y espero que todo pase rápidamente para la princesa. Incluido lo de su madre. PSS. Veo que su prima se presentó en Cold Blow por lo del pobre Jimmy O’Nione. Yo conocí a Jimmy en Knavesmire, donde nos cargamos juntos a un inspector. Jimmy O’Nione era uno de los mejores.»

Brendan dejó caer las manos en su regazo.

Enrique cruzó y volvió a cruzar las piernas.

—¿Y qué es eso que envía, Bugger, si se me permite preguntarlo? —dijo.

—Un DVD, señor... Un videodisco digital.

—Bueno, supongo que deberíamos...

Los dos hombres se encontraban en las habitaciones de Brendan en el palacio de St James... No hubiera sido posible visionar aquellas imágenes en ninguno de los palacios de invierno, en los desolados castillos... Brendan observó:

—Me pregunto si es preciso pasar por este trance, señor. Podría explicaros todo lo que necesitéis saber.

—Deja de tratarme como a un niño, Bugger. Llama a Amor y cierra luego la puerta con llave.

5. 14 FEBRERO (3.44 P. M.): 101 HEAVY

Comandante John Macmanaman: Dámelo. Dámelo. No, no, no, *no*. Espera. Ahora... Tengo que seguir al frente, tengo que seguir al frente. Tengo que pilotarlo. No puedo quedarme atrás.

Servicio de Mantenimiento de Aeronaves en Vuelo: Capitán, dígame cuántas personas lleva a bordo y qué combustible les queda.

Primer oficial Nick Chopko: Tres nueve nueve. Treinta y seis siete, y derramándolo.

SAM: Sólo energía diferencial. Están maniobrando ustedes con los reguladores... ¿Tienen fuera los flaps?

Macmanaman: ¿Flaps? No tenemos flaps. Si conseguimos llegar abajo manteniendo la horizontalidad, tendremos que hacer un aterrizaje forzoso. Estamos descendiendo. Ah, ahora sube el morro. Con cuidado, con cuidado.

Control de Aproximación de Columbia (Carolina del Sur): Informe de su posición, uno cero uno Heavy. La pista tiene tres mil metros de longitud.

Macmanaman: No nos sirve, y no vamos a ir a Columbia. Búscame un lugar donde aterrizar en esta posición. Nick, baja el tren de aterrizaje.

Chopko: ¿Qué?

Macmanaman: Que hagas que baje.

Reynolds se volvió al hombre del 2A y gritó:

—¿Qué es eso? —dijo—. ¿Qué?... No le oigo. Quíteselo.

—Una máscara antihumo. Me costó dos treinta.

—Damas y caballeros —dijo la voz nerviosa de Robynne Davis—. Como en

todos los aterrizajes de emergencia, procederemos a evacuar el avión tan pronto como esté completamente parado. Los pasajeros próximos a las puertas de salida, los que ocupan los asientos...

Un hombre uniformado salió de la cabina. Se agachó sobre la ocupante del 2B y le susurró algo.

—Señora —dijo Hal Ward tras pasar a la cocina—, tenga la bondad de ir al baño y al volver siéntese tranquilamente en el 22D. En clase preferente, órdenes del comandante.

Las cortinas de separación de la cabina estaban descorridas, y el hombre del 2A pudo ver que el nuevo asiento de la señora Traynor era diferente del suyo: un poco más estrecho y de cara al otro lado.

Chopko: Vigila nuestra velocidad.

Mecánico de vuelo Hal Ward: Este tipo de aviones no están diseñados para esta maniobra. Corremos el peligro de partirnos aquí arriba.

SAM: Capitán, en su posición van a poder verlo llegar por la derecha, debajo de ustedes.

Macmanaman: ¿Qué dice esta gente? ¿Treinta y tres, treinta y cuatro?

SAM: El último y mejor dato de la altitud del NEO es de 21.400 pies. Repito, para las 17.43. Si aún no están en tierra, lo notarán. Calor y explosión.

Macmanaman: Y otra cosa. Vigila el morro, Nick. No, no, no... Atrás, atrás, atrás.

6. ¿QUÉ QUIEREN LAS PRINCESAS?

En la pantalla, el baño de la Casita Amarilla; el pasillo, la concavidad circular de la bañera, los espejos, las toallas en sus colgadores. Brendan pestañeó al ver que un subtítulo indicaba la fecha y el lugar. Se volvió. En el sofá, el rey miraba la pantalla sin inmutarse.

Entra la princesa con su equipo blanco de tenis. Se acerca sonriendo, divertida o satisfecha, y después desaparece por la derecha. Se oye un suspiro, el chorrillo penetrante de la micción, la suave percusión del papel higiénico al tirar para romperlo. Reaparece con la blusa levantada a medias y la falda bajada también a medias, cojeando como si se quitara de golpe sus zapatillas. Va a los grifos. Hace una pausa de medio minuto, examinando una magulladura en su antebrazo. Luego se desnuda despreocupadamente y se mete en la bañera.

No había temblado el ojo que la vigilaba, estúpido e imperturbable como un monitor de seguridad. Pero al momento siguiente uno se daba cuenta de que había

iniciado un zoom gradual y penoso.

Y aquí viene un cambio de expresión de la princesa: cara de prestar atención. El sonido de una puerta que se abre y se cierra, y el rumor audible de unos pasos que se aproximan. Después, la figura blanca, medio tapada por la sombra.

La calidad del sonido, en conjunto, había obligado a aguzar penosamente el oído. Ahora, sin embargo, siguió la súbita presencia de una voz humana.

Vengo del lecho de tu padre. Me envía para que te ayude a bañarte. Era El..., era El... El se quitó su túnica y extendió una mano de manera que la princesa tuvo que levantarse para recibirla. Luego se metió también en la bañera... Le besó el cuello y la garganta, le pasó la esponja por los pechos. Dos cuerpos: uno moreno y grave, el otro pálido y leve... Y dos rostros: uno con su joven asombro y horror, el otro con su antigua crueldad.

Brendan se volvió de nuevo. Enrique tenía los brazos apoyados en el respaldo del sofá y la cabeza ladeada. En torno a sus ojos cerrados había tenido tiempo de formarse ya un pequeño remanso de humedad.

A los pocos minutos, Brendan dijo:

—¿Señor? Pienso que tendríais que...

Enrique se incorporó y miró la pantalla de nuevo. Una escena distinta, ahora melancólica, lujosa: El Zihen, a medio vestir, acariciaba su propio cuerpo desnudo, que daba una impresión de completo desvalimiento, como el de un bebé a la espera de que le cambien los pañales.

—Si os sirve de consuelo, señor, pienso que puedo deciros una cosa a favor de la señorita Zizhen. Ella era el topo de nuestro enemigo.

—Pues, aunque te sorprenda, Bugger, sí es bastante consuelo. Ahora ha acabado todo. Oughtred por un lado y el primer ministro por otro. Lo que nos queda a nosotros ahora, o me queda a mí, es adivinar qué quiere la princesa. Dime..., ¿qué quieren las princesas?

7. SIMON FINGER

Su muleta era de las que suben rectas hasta las axilas. Joseph Andrews estaba apoyado de lado en su mesa y, después de unos penosos tanteos, se dejó caer en su sillón giratorio.

—Sime... —dijo, cuando estuvo en condiciones de hablar.

Se dirigía a un hombre bajito de mediana edad, que vestía traje oscuro de raya fina y con unos ojos desagradablemente pálidos alrededor de una pupila azul de póster: Simon Finger.

—Simon, amigo. Todo esto me está jodiendo: el que me amenacen. Yo soy monárquico, hombre. Lo he sido siempre. Pero lo que sé podría hacer que la familia real desapareciera. Y yo no podría vivir con ese peso sobre mi conciencia. Sabiéndolo, no podría descansar en mi tumba. Mañana me enchironan, así que me llevaré mi secreto conmigo. Aunque Cora siempre lo ha sabido, por si se descubría.

Arrastrando las sílabas —con mayor elegancia aún que el rey—, Simon Finger dijo:

—No podría estar más de acuerdo contigo, Jo. Es una gran institución.

—¿Dónde estamos? Sí... Tendremos que estarles muy agradecidos a Tony Tobin, Yocker Fitzmaurice, Kev Had y Nolberto Drago. Puedes hacer lo que quieras con el resto de escoria, pero a mí déjame a Nobby Drago.

Durante un rato, Joseph Andrews estuvo hurgando asistemáticamente entre los papeles de su mesa. Luego tomó un recorte y lo sostuvo en alto.

—Me llama viejo huevón. En letras de molde. Menciona mi nombre. Me sitúa. Y, por lo que dijo aquí la otra noche, no me tiene ningún respeto. ¡Y se habría marchado tranquilamente si se lo hubiera permitido...! Pero no hubiera podido conmigo. No hubiera podido... ¡Llamarme *a mí*...! ¡Mi propio hijo! Bueno, eso no lo toleraré. Ella...

—¿Ella? ¿De quién hablas...?

—Mira... Cora me hizo prometer que no le haría daño. Por eso quiero hacérselo a ella, Simon. A su esposa. Porque no se marchó como le dije. Y ahora estoy obligado. Quiero que le marques la cara, Simon. Quiero que le hagas un buen corte en la cara.

—No. Eso estaría... fuera de lugar. Me parece que sería, sin duda, *un peu trop*.

—No te comprendo, Simon Finger. Tienes un culo que cuidar. Si viniera contra ti un toro furioso, aguantarías firme. O te echarías de cabeza en una jodida mezcladora de cemento si pensaras que era lo que debías hacer. Acabo de pedirte que liquides a cuatro fulanos, y ni siquiera has pestañeado. Y ahora, en cambio, no quieres... Ah, está bien. Está bien. Pero pégale un buen puñetazo, por lo menos. ¿Querrás hacer eso, por lo menos?

—¿De qué estamos hablando, Jo? ¿De hacerla echar sangre por la nariz y ponerle un ojo morado...? ¿De arrancarle unos cuantos mechones de pelo y partirle un par de dientes?

Joseph Andrews se inclinó hacia delante y extendió las manos como dándolo todo por zanjado:

—Exactamente. Lo que le haría cualquier marido normal.

Después, Simon Finger ayudó a Joseph Andrews a bajar las escaleras para reunirse con sus amigos en la fiestecilla de despedida: Manfred, Rodney y Dominic, Cora Susan y Burl Rhody, Tori Fate, el capitán Mate... y El Zizhen.

8. LA SOMBRA DE LA VESTAL

Estaban todos en la reunión de mediodía: Clint, Supermaniam, Strite, Mackelyne, Woyno, Donna Strange... Clint acababa de tener una conversación con Donna Strange acerca de Dork Bogarde. Fue muy semejante a la que había tenido con éste a propósito de Donna Strange: ella tampoco recordaba a Dork. «No había habido buena química», pensó Clint. Sin embargo, tomó aquel sofisticado intercambio como un buen presagio para su cita con Kate, para la que faltaban sólo unas horas. Ya se estaba viendo a sí mismo aparcando el Avenger y cruzando la carretera. Cruzando tranquilamente la carretera...

—Ainsley Car piensa que el de Durham es el mejor centro de desintoxicación en que ha estado nunca —dijo Supermaniam—. Por supuesto lo han tratado como a un dios allí. Y Ainsley y Beryl van a casarse por tercera vez en la capilla de la prisión. Se podría escribir un buen reportaje con eso.

Desmond Heaf arrugó la nariz y dijo:

—Como veis, algunas cosas se están arreglando.

—Sí... Ya sabéis —dijo Clint—: la deslucida y desgraciada leyenda del fútbol, que deja escapar una sonrisa irónica y añade sus sollozos al cubo de mierda que han colocado fuera de su celda. Porque ha llegado el día de su boda.

—Bueno..., yo imaginaba algo en tono más blando. Aunque tomo nota: el fútbol es la religión de nuestro... tiempo —dijo Heaf, al tiempo que consultaba su reloj—. No ocurre a menudo, ni mucho menos, pero de vez en cuando, en la vida de un editor, te encuentras con el trabajo de un periodista que, sencillamente, te deja sin respiración... Precisamente ayer por la mañana le decía a Clint: «¿Sabes, Clint? He recibido una comunicación personal de Palacio, a través de la FPA.» —Heaf agitó en el aire unos instantes una hoja de papel parecida a una octavilla—. Dice que el embargo tácito acerca de las informaciones sobre la princesa se ha levantado oficialmente, pero que nos ruegan que mantengamos cierto tacto y distanciamiento respecto a esta etapa tan dolorosa a que ha conducido el fallecimiento de la reina Pamela. Y, tras explicarle esto, pregunté: «Clint... ¿Cómo tienes ese trabajadlo acerca de Vicky? Algo para la página de opinión editorial. ¡No para Perro Callejero, recuerda! Que se parezca más a tu anterior estilo ligero. Ahora que ha pasado el escándalo, y con su decimosexto cumpleaños ya cerca... Que incluya esta nueva y linda foto suya. Es agradable verla reír de nuevo, ¿no...? Una vuelta de página..., el comienzo de un nuevo capítulo.» Y esta mañana he tenido la ocurrencia de abrir mi ejemplar del *Lark* en la mesa, cuando me disponía a desayunar en compañía de mi mujer y mis seis hijas... ¿Tenéis la bondad de mirar todos la página treinta y tres: «Las domingos de Vicky»?

«“¡Adiós, *hombres!*” —leyó en voz alta Heaf—. “Con estas palabras y un beso se despidió de su pandilla la princesa Vicky, que se va a hacer monja, según informaciones recibidas por el *Lark*. ¡Condenada suerte! Estaba lindando con el ridículo. En los tiempos que corren, las jóvenes británicas están teniendo su primera relación sexual a los doce o los trece años de edad. A estas alturas de su vida, pues, Vicky ya se había (¿qué coño esperaban ustedes?) ya se había subido al alegre tiovivo de quienes han perdido el virgo. Tuvimos ya en este país una Reina Virgen, Isabel I. Así que aflójense ahora los cinturones para la Princesa Cachonda.

»”¿Y quién es, pues, el afortunado muchacho que se la metió? Preñar a la Provocativa Heredera es un delito capital, así que esto tiene que provenir de las alturas. ¿Actuó ella de Virgen María y consintió en que el Señor Dios actuara? ¿O fue un trabajo desde dentro en, como mínimo, dos sentidos? Todos sabíamos que el primer enamoramiento de Vicky sería con alguien encumbrado. Y es bien sabido que su papá llevaba ya más de dos años sin chingar... O sea que a lo mejor fue a verlo y le dijo: ‘Papá... Necesito un noble. Pero que quede en la familia (real).’ Y él respondió: ‘¿En qué dormitorio?’

»”Así que sacad las joyas de la Corona, muchachos, y comenzad a soñar... Ahora que un individuo ha conseguido follarla, la vestal seguirá muy probablemente con ello. Después de todos esos años de vivir bajo la reina Pamela y lo que ya todos los conductores conocen como la salida de Buckingham (RIP), he aquí de nuevo una persona de la realeza que nos la pone tiesa. Mirad la foto de esta página, chicos, y tomad vuestros fusiles. Preparados, apuntad... ¡Y que Britannia babe sobre las olas!”^[33].

»Mira, Clint... Jamás pensé que llegaría a decirte esto..., pero... Estás despedido.

Mattock Estate, NW2. Sintecho John y And New se hallaban sentados en la acera. —No es mal lugar éste —decía Sintecho John—. Puedes ayudar a la gente con sus coches. Por ejemplo: «Eh, amigo... Aquí tienes un ticket. Intenté detenerla, pero la boba esa de ahí me dio uno para ti.»

—¿Y eso de qué sirve? —preguntó And.

—Bueno..., los prepara. Los previene. ¿De dónde sales tú?

—De una plataforma petrolífera. En el jodido Mar del Norte.

—Oh. Un buen pastón allí.

—Si trabajas como perforador, sí. Pero no si te ocupas de fregar los platos sucios de la gente.

Apareció el Avenger negro, con la cabeza de Clint sobresaliendo del asiento del conductor como la joroba de un dromedario.

Sin levantarse, Sintecho John le hizo a Clint una serie de gestos indescifrables para pedirle que bajara el cristal de la ventanilla.

—Aquí no, compañero. Está reservado a los residentes hasta las diez y media.

Retrocede un poco y es ya zona de parquímetro. A partir de la línea amarilla. Más allá de esa línea amarilla.

Clint dio marcha atrás y bajó luego del coche con dos botellas de champán en la mano izquierda, sujetándolas por los golletes, y llevando en la derecha la cesta.

—Hola, muchachos —saludó.

—Hola —dijo Sintecho John—. Estoy lejos de casa esta vez.

Y Clint comenzó a cruzar la calle. Era agradable regresar temprano: hacer el amor a primera hora de la tarde. Caminar por la calle sin rumbo, tranquila, despreocupadamente. Un poco a lo loco, sin agobios. ¿Agobios? No, ninguno; no con Kate. Además, iba preparado para cualquier contingencia: cuando los sacudía, sus bolsillos sonaban como un par de maracas. ¿Conversación? Sí: aireando, por así decir, los últimos cotilleos acerca de la familia real. (Bueno..., mejor que no. Ya se encargarían de eso otros imbéciles.) O divirtiéndola con el relato de las dos noches que había pasado en la cárcel de Lovetown por fumar en su habitación del hotel. Cuando se dispararon todos los extintores de incendios del hotel...

Ciertamente, Kate tenía sus pequeñas manías. Como las relativas a querer ahorrar pulsaciones con el teclado. Algunas de sus abreviaturas le ahorraban, como mucho, una pulsación; o ninguna, si se contaba también la del tabulador. Y con frecuencia su forma de puntuar era, más bien, una simple broma visual. Y algunos manierismos le hacían pensar que quizá era originaria de la condenada Nueva Zelanda... Es verdad también que, inconscientemente, Clint estaba sufriendo una proliferación de dudas en nuevos aspectos: incertidumbres que lo cambiaban todo. Por ejemplo, tenía la sensación de que estaba pasando algo por alto, y no precisamente un detalle. Le había asaltado ya muchas veces la sospecha, más o menos consciente, de que Kate tal vez no estuviera muy bien de la cabeza.

Apretó el botón marcado *k8*. Apuesto a que se lleva una sorpresa cuando me vea, pensó insensatamente. La puerta de la casa se abrió con una suave risa y un olor a verduras hervidas, y volvió a cerrarse.

9. 14 FEBRERO (4.37 P. M.): 101 HEAVY

Comandante John Macmanaman: Me parece que lo noto algo más aquí. No sé. Tal vez sea que el tren de aterrizaje esté haciendo un poco de timón, o quizá sea el aire..., que es más denso cuanto más abajo.

Mecánico de vuelo Hal Ward: Pues aprovéchalo, si lo tienes.

Macmanaman: ¿Cómo va por ahí, Nick?

Primer oficial Nick Chopko:... Los instrumentos dicen que está bajando el morro.

Reynolds sabía por qué quería el comandante que ocupara un asiento de cara a la cola. Enseguida podías ver que tenías como protección a la espalda una gran sección de elementos de cabina fijos, en lugar del delgado cinturón de seguridad de que gozaba, por ejemplo, el pasajero del 2A. Por otra parte, le resultaba un tanto extraño ocupar aquel asiento. Cuando el avión encontraba alguna resistencia al atravesar las nubes, ella notaba como una especie de aceleración en su espina dorsal. Y, al contrario, cuando el morro se iba para abajo y comenzaban a descender, la maniobra la hacía sentir una especie de empuje hacia atrás.

Pero el aparato no tenía empuje motor alguno, ni hacia delante ni hacia atrás.

Las cuatrocientas personas tragaron saliva cuando el avión se inclinó bruscamente a la izquierda. De repente, con violencia. El movimiento le trajo el recuerdo del papel higiénico que había lanzado al retrete de acero una hora o más antes, absorbido hacia abajo por el vacío con la fuerza de un sonoro estornudo. Y con igual violencia.

La gente no se quejaba ya, ni siquiera con los más bruscos baches o bandazos. Salvo algunas parejas, ya ni tan sólo se tocaban, sino que tenían las cabezas inmóviles y miraban fijamente al frente. Habían dejado de pronunciar aquella interjección que casi todos ellos repetían: «¡Joder!» Los que viajaban solos ya no intentaban comunicarse con sus seres queridos por los teléfonos móviles pegados a sus cabezas para decirles adiós. Ahora se estaban diciendo adiós a sí mismos.

ÚLTIMO CAPÍTULO

1. AMOR CORTÉS

En la mañana del día de San Valentín, Brendan había desayunado temprano con la princesa y mantenido una breve conversación.

—¿Qué es lo que deseáis, señora?

—Deseo formar parte de la *umma*.

—¿De la *umma*, señora?

—Sí, de la comunidad de los creyentes del islam. Por eso rezan cinco veces al día. *Shoruq*, al alba; *zhur*, al mediodía; *asr*, a media tarde; *maghreb*, a la puesta del sol; e *iska*, por la noche. Para comprometerse de nuevo con el cuerpo del islam. Mediante el acto de la postración; primero las rodillas, y después las manos. La frente, la nariz, las dos manos, ambas rodillas y la parte inferior de los dedos deben tocar el suelo, y los dedos de las manos y pies han de apuntar hacia La Meca. La conformidad de estas actitudes es una expresión de la unicidad del islam. La *umma*.

—Si me disculpáis, señora...

—Vas a ir de excursión... A papá no le gustan las excursiones. Ni siquiera las caminatas.

A Brendan le pareció que su tono era más suave de lo habitual. Más cariñoso... o, como mínimo, menos señorial.

—Papá da paseos. No, mejor dicho: papá da *vueltas*.

—Sí, señora —dijo él tomando sus guantes—. Confío en poder llegar hasta Gelding's Mere.

Brendan tomó hacia el norte al salir de la Greater House. En cierto modo estaba sorprendido por su propio sincero laicismo. Porque temía que su amor no pudiera sobrevivir a aquello: a una princesa piadosa de verdad. Podía imaginar su propia respuesta, cada vez más formal y distante. Podía verse a sí mismo desenamorándose. El amor no es ciego, pues, pensaba. O, por lo menos, el mío no lo es. ¿Y qué vendrá, cuando el amor se haya ido...? Trató de calmarse considerando el asunto desde una perspectiva práctica. No le importaba a qué fe pudiera convertirse la princesa; pero su tarea inmediata, por motivos políticos, sería encaminarla hacia... hacia el budismo, por ejemplo.

Las nubes formaban un manto espeso, gris y bajo, como un fieltro. Y él se sentía así, como protegido bajo aquel fieltro.

Hal 9..., Enrique IX... averiguó por fin qué era lo que quería la princesa. Estaban

dando un paseo, agarrados del brazo, por la orilla del arroyo de las truchas (Enrique estaba íntimamente convencido del poder sanador del agua corriente). En cualquier caso, Victoria había mejorado mucho después del abyecto comportamiento que había tenido con El Zizhen.

—Si averiguara lo que tú quieres, y te lo diera, ¿de qué forma cambiaría esto las cosas?

—Bueno..., para empezar, dejaría todas estas ideas religiosas.

Parecía dispuesta a ello, pero no porque le resultara atrayente el posible resultado, sino porque su voz, francamente calculadora, era la que él conocía de siempre.

—Entonces..., voy a tener que averiguarlo.

—No lo conseguirás. Y, aunque lo averiguaras, conociéndote, sé que no lo consentirías.

—Oh..., si lo averiguo, ciertamente lo consentiré. Porque, entonces, tú tendrás que volver a mí.

En la pausa de antes del almuerzo, se sentaron los dos junto a una mesita de la biblioteca a jugar un par de partidas de *vanishing whist*.

—Hay otra cosa a la que tendrás que renunciar —dijo Enrique—: nada de cerdo para los desayunos... ¡Uf! Tres. No, cuatro. Por lo menos.

Y mostró las cartas de la corte, los reyes y las reinas.

—Ninguna por mi parte —dijo la princesa.

Enrique cerró de pronto su mano; se dejó caer de su asiento para ponerse de rodillas y se acercó a ella en esa postura, diciéndole:

—Sí, claro. Por supuesto, por supuesto, querida.

Cuando Brendan volvió, a las siete, oyó voces en el comedor. Llamó a la puerta y entró. Tuvo la impresión, entonces, de que eran extraordinariamente lentos en advertir su presencia: bueno..., estaban a punto de empezar una partida, u otra partida más, de Scrabble. En la mesa había entre los dos una botella vacía de champán, así como una coctelera sospechosamente próxima al vaso del rey, lleno hasta el borde.

—¡Ah...! ¡La X! —estaba diciendo la princesa—. ¡Justo la que quería!

—Y a mí me ha salido una Y. ¡Vaya...! Ni siquiera me toca empezar. Te va a gustar esto, Bugger. Quiero decir, Brendan.

—¡Oh, llámalo Bugger, por el amor de Dios!

—Bueno... Esto te va a encantar, Bugger.

—¿Señor...?

—Ya te veo feliz... Prepárame el documento de abdicación, hazme el favor. Aunque..., ¡no! Prepara dos documentos de éstos: uno para ella y otro para mí. Sí, Bugger..., nos largamos. Tal vez te parezca una debilidad, pero es lo que hay. He enviado una nota al Centro de Prensa y otra al 10 de Downing Street. La decisión está tomada ya. Lo que la princesa desea es dejar de ser una princesa.

—No hace falta que lo hagas, papá... Es demasiado horrible para ti.

—No, no... Todo o nada. Todo por amor y que se vaya el mundo al cuerno. Mira... ¡Fíjate...! Se ha sonrojado... Bueno, no..., si te paras a pensarlo un minuto, ¿no dirías que ya iba siendo hora de que todos nos hiciéramos adultos? La gente tendrá que crecer... Yo lo he hecho ya. Y, si yo puedo convertirme en adulto, ellos podrán hacerlo también. Y Vicky puede hacerse adulta igualmente... Y se habrá acabado el aburrimiento, se habrá acabado la pesadilla... ¿Sabes qué es lo más insoportable de la monarquía, Bugger? Que es tan... Oye, querida..., ve a buscar a Amor y pídele otro cóctel de éstos... Lo más insoportable de todo es... — Interrumpió la frase y guardó silencio hasta que su hija estuvo ya tal vez a un kilómetro de distancia, y añadió luego en un apagado susurro—: es que se trata de...

—¿De qué, señor?

—De un condenado...

—No entiendo, señor...

—De un maldito...

—¿De un maldito *guiño*, señor? —dijo Brendan desesperadamente.

—No, Bugger..., no... ¡De un maldito *eructo*!

Se escuchó, entonces, en el umbral de la puerta la risa musical de Victoria, y Enrique se volvió hacia un lado tosiendo.

—¿Pudiste llegar por fin a Gelding's Mere, Brendan? —preguntó la princesa.

—No, Victoria. Tenía ese propósito, pero...

Brendan miró a Victoria de Inglaterra y en un instante trazó un plan para el resto de su vida. Ella iba a necesitarlo cada vez más ahora..., y Enrique lo necesitaría cada vez menos. La amaría, y ella no llegaría a saberlo jamás. Y así siempre, veinte o treinta inviernos sin un beso, una caricia, una mirada de consideración. Pero este amor suyo sería cien, no..., mil veces más de lo que él merecía.

2. K8

—bueno, clint, ¿cmo stas? —preguntó k8— s tan agrdble vrt n prsona... ahora pnt cmdo, rlájat y siéntt cmo n tu propia csa...

—Te he traído un regalito —dijo Clint tranquilamente—. Para abrir boca, por así decir.

—¡ké consdrado ers, clint! ¡y sa csta llna d exkisitcs! dscrcha eso y l hremos ls honors...

El primer pensamiento de Clint fue: Shelley. El Shelley de la foto: los apretados rizos del pelo, los impertérritos globos oculares, los tensos labios... Vestía una camiseta negra ceñida y una minifalda con los colores de la bandera británica; bien es cierto que ella ya lo había prevenido jovialmente acerca de la circunferencia de sus

muslos...

—¿Cómo está tu padre, cariño?

—10mado. Tdo el intstino, dsd el ciego al rcto.

—Ya se sabe..., nunca llueve a gusto de todos. Pero el tiempo de las lluvias es excelente para los patos.

—¡Lvnta l culo! ¡Brindemos!

Fue entonces cuando Clint comenzó a sentirse de verdad trágicamente enfermo. Cuando iban del fregadero a los sillones, y ella se alisaba la falda con sus manazas, otro presentimiento gangrenoso pasó lentamente por él.

—1º, la prgnta del millón, Clint. No ncesitss preocuprt × eso. Srá un alivio pra ti sber esto: nunk he tnido la..., Clint.

—¿Una qué?... ¿Una regla?

—Nunk he tenido la... eso..., Clint. × eso m srprendió tnto ke inciar la discusión acrk de los hijs, como si yo kisiera tner un chico.

—Y realmente me he sentido aliviado, ¿no?

—×k tu no tnes deseo de tnerlos, ¿verdad, Clint?

—¿Por qué lo dices?

—¿×k? *In scribendo veritas*, Prro Calljro. Todo está + claro k el agua. Me he smtido al bisturí, pero no pra destruir..., ¡sino pra crear! Me hiciern las ttas y me agrndaron el pne, Clint. Agrndan ahra cualquier cosa.

—¿Qué me estás queriendo decir?

—K me opraron, Clint... Clint..., ¿k stás *pensando*? —preguntó Kate—. ¿Me lo corto ahra? ¿Me lo corto?

Cuando salió a la calle (no la había tocado; pasó por su lado tapándose con los brazos), encontró una mugrienta furgoneta blanca aparcada en doble fila delante del Avenger. ¿QUÉ TAL SOY COMO CONDUCTOR?, se leía en una pegatina que llevaba adherida al parabrisas. «Un gilipollas», había escrito alguien en el polvo. Tras un rato de dar bocinazos, gritar y tratar de moverse, Clint se subió al bordillo, se llevó por delante el poste de una farola por la izquierda y un trozo de valla por la derecha, y se abrió paso hasta la calle por entre un montón de bolsas de basura negras. Con la pierna totalmente extendida y apoyada en el pedal del acelerador, haciendo rechinar estrepitosamente las ruedas, cruzó a toda velocidad Mattock Estate y fue a dar, derrapando, a Britannia Junction, donde se unió al atasco de tráfico de quince kilómetros que, al cabo, lo llevaría a los Bends y a la carretera despejada por la que estaba suspirando ardientemente. Siguió intentando coger desvíos, metiéndose por callejones sin salida como un avispon en un tarro de mermelada... o como una partícula en un ciclotrón, yendo y viniendo de parachoques a parachoques, perdido, empujado de un lado para otro, llevado a saltos de camino en camino. Fueron pasando por la ventanilla multitud de conversaciones de putillas de pálidos labios...

el ojo maligno, el puño entusiasta; en determinado momento, en un parón desesperante, dio la impresión de que retrocedía, incluso, y se vio adelantado brevemente por una joven pareja montada en una vieja *scooter* que, por supuesto, lo dejó atrás con toda facilidad: el hombre se volvió incluso para dedicarle la señal de la victoria con la mano enguantada. Llorando casi, retorciéndose, tocando el claxon brutalmente, giró hacia el lateral y cruzó Thamesmead, Hornchurch, Noak Hill...

Hasta que finalmente se encontró en un tramo de carretera despejado. Para entonces, Clint Smoker pesaba cuatro toneladas y media. Tenía una velocidad punta de doscientos cincuenta kilómetros hora. El gran estruendo de su voz (audible en varios kilómetros a la redonda), el gran resplandor de sus faros, que perforaban la creciente oscuridad del atardecer... Hasta los forúnculos de su culo parecían ocupar ahora en él un cuadrado de veinte centímetros.

3. EL BORDE DE LA TIERRA

Se había formado un pequeño comité de recepción en su honor y, por supuesto, Joseph Andrews no había viajado solo. Su gente estaba descargando el Range Rover que Manfred había alquilado, y había otros dos coches bloqueando ahora la carretera, fuera de la villa en el Essex rural, cerca de Gravesend, justo en el desvío de los Bends.

—¡Jodida bienvenida ésta! —dijo—. Un buen recibimiento al volver al hogar.

Joseph Andrews estaba de pie junto a la verja, medio inclinado en su andador. Tenía los ojos cerrados con fuerza y la boca abierta mostrando la parte inferior de su dentadura, después del largo viaje.

—Vuelvo a mi país —prosiguió, sin dirigirse a ninguno en particular— después de veinticinco años de ausencia... ¿Y qué es lo primero que veo en mi *Evening Standard*? Nada menos que planes para la supresión de la monarquía. Supongo que lo hacen para mostrarme su desprecio. Estoy pensando en...

Por sus ojos cerrados pasó la imagen de una piscina: un movimiento de sierra de sangre carmesí.

—Eso no está a su altura, jefe —dijo una fugaz figura—. Han sido las presiones sobre la princesa.

—Te has ganado un puñetazo por eso, Manfred Curbihley. Y, cuando menos te lo esperes, lo tendrás. Esta noche te quedas sin whisky. Tienes la cara como un jodido pollo asado al *tandoor*... ¿Dónde está Simon? ¡Simon! ¿No sería mejor que te pusieras en movimiento de una maldita vez, hijo...? ¡Joder! ¿Y ahora quién está intentando sacarme de mis casillas?

Al principio pensó que se trataba de un insecto, e incluso alargó débilmente el brazo para echar mano de sus aerosoles, que, por supuesto, no iba a necesitar en

Inglaterra y en el mes de febrero: pero, en efecto, se escuchaba una especie de quejido zumbante, que incluía una nota de histeria. Joseph Andrews irguió su temblorosa cabeza, sin abrir los ojos.

—Que alguien..., que alguien vaya y vea qué es eso...

Unos pasos bruscos resonaron a su lado. Oyó que el coche cambiaba de velocidad, de tercera a segunda y, después, rechinando, de segunda a primera. Se escuchó luego una voz de «¡Alto!», a la que siguieron un tremendo empujón y una atroz sacudida. Pero lo que hizo que Joseph Andrews abriera los ojos fue el débil maullido que se escuchó en el aire: un sonido que había oído ya hacía mucho tiempo, en Strangeways, cuando un guardián de la prisión se lanzó desnudo desde la torre al patio. Y, finalmente, una explosión, seguida de algo que notó como una ráfaga de lluvia.

Apartó a un lado el andador y dio un paso adelante. Y tuvo la sensación de que jamás había visto a nadie avanzar hacia él a semejante velocidad..., dirigiéndose hacia el límite de la tierra e intentando alcanzarlo.

Mal Bale estaba dentro (llevaba medio día allí, encendiendo y apagando la calefacción) y acababa de despertar de una siestecilla en la butaca del vestíbulo. Lo oyó. Miró al interior de la cocina y les dijo a Manfred y a Rodney que se quedaran dentro.

Desde allí no podía ver nada del sendero de acceso: sólo las luces de los coches y el farol del garaje. Mal siguió avanzando. Y oyó entonces otros sonidos: un chapoteo, un sollozo, un chapoteo, un sollozo.

Había una niebla roja, y su propio coche, el viejo BM, estaba generosamente salpicado de plasma y fragmentos de carne; sobre el capó había un zapato marrón con un tobillo dentro.

Por la izquierda, de donde provenían los ruidos, le cegaban a uno los faros del todoterreno negro. Mal se agachó para evitar el haz de luz y se dirigió hacia la puerta del garaje.

Joseph Andrews yacía muerto en la carretera. Por encima de él, su atacante, ahora con penoso cansancio, seguía propinándole sus últimos golpes con su herramienta..., una llave inglesa o algo por el estilo. Luego la lanzó a un lado y dio la impresión de que intentaba llorar. Pero no podía llorar; y Mal comprendió enseguida el motivo.

—Vamos, chico... Ya has acabado con él. Todo ha concluido. Tranquilo, tranquilo... ¡Joder! *Clint*, amigo... Levántate, levántate. Vamos a ayudarte ahora. Vamos a ayudarte, a ayudarte.

Mal Bale reflexionó: Así que ésta ha sido la última acción de Joe en la tierra. Con su hábil mano derecha: cegar a Clint Smoker.

4. 14 FEBRERO (6.27 P. M.): 101 HEAVY

Comandante John Macmanaman: Vuelve. ¡Vuelve...! Vuelve a mí. Niveladlo al girar. No, no, no. ¡Enderezad, enderezad...!

Servicio de Mantenimiento de Aeronaves en Vuelo: Bien, John, aquí estoy con mi regla de cálculo.

Macmanaman: Sácame de ésta, Betty.

SAM: El NEO estará a treinta y cuatro coma veintidós kilómetros de ti cuando se precipite en la tierra. Habrá fuegos artificiales y bastante calor, y lo notaréis de inmediato. No creemos que eso sea importante, pero os llegará por sotavento, John.

Mecánico de Vuelo Hal Ward: Bueno, mejor así.

SAM: Lo siento. Lo cierto es que el calor os alcanzará a la velocidad de la luz. Y el viento lo hará a la velocidad del sonido. Así que, cuando notéis el resplandor, tendréis un minuto... nueve segundos. Buena suerte. Aquí estamos todos pendientes de vosotros. Pendientes de vosotros, de veras.

Macmanaman: Gracias, querida.

Primer oficial Nick Chopko: Y ahí abajo está nuestra pista de aterrizaje, caballeros. Si es que cabe llamarla así. ¿La veis?

Macmanaman: ¿Hal?

—Tres minutos —dijo la voz de Hal Ward sin añadir ni una palabra más.

Reynolds sabía que John Macmanaman había vivido ya un accidente de aviación..., cuando niño, como pasajero. Se lo había contado un par de veces. Le decía que era como ver una película muda: en blanco y negro, y sin ningún sonido en absoluto. Que hasta las llamaradas se producían en silencio y en blanco y negro. Y que los muertos, tanto los que morían sin sentirlo como los que estaban quemándose vivos, tenían la misma expresión: cara de asombro.

Se pasó la mano por el cuello para relajarlo, en un intento de librarse de aquellos pensamientos... John decía que de repente se había transformado en un centenar de sujetos diferentes. Se hallaba rodeado de esposas, maridos, hermanos, hermanas, madres, padres, niños... Y después, por último, se planteó la cuestión de la supervivencia. Era, le contaba, como el premio de una mísera lotería... Yo lo sacaré, se prometió a sí misma. Después de casi medio siglo con él, Royce se muere, y tres días más tarde muero yo... Moraleja: no te cases a los diecisiete años.

Los pasajeros que viajaban de cara a la parte delantera del avión estaban ya en la postura de seguridad, con el cuerpo doblado hacia delante y las manos entrelazadas por encima de las cabezas. Reynolds, que miraba hacia atrás, estaba sentada normalmente, limitándose a rodear su cuello con los brazos, a abrazarse el cuello, según las órdenes del comandante.

Y ella sabía, sabía con toda certeza, que, si salían vivos de aquel trance, se

casarían los dos.

Se produjo entonces un destello amarillo y sintió que en su labio superior se formaba una gota de sudor.

Ward: ¿Cuánto queda?

Macmanaman: Dieciséis segundos. ¡Santo Dios, justamente ahora, está tan quieto!

SAM: No es mi terreno, pero, si el viento va hacia abajo, tiene que volver a subir, ¿no? Si podéis manteneros ahí arriba...

Macmanaman: Aquí llega. ¡Entra en él! ¡Que nos lleve en volandas!

Ward: ¡Joder! ¡Maldita sea, vamos a capotar!

Macmanaman: ¡Espera!

Ward: ¡Volamos con las alas para abajo!

Chopko: ¡Te quiero, Amy!

Había equipos de rescate y emergencia, a cierta distancia unos de otros, a lo largo de los diez kilómetros que habían sido despejados en la interestatal 95, exactamente al sur de la población de Florence, condado de Florence, Carolina del Sur.

Y esto fue lo que la gente vio y oyó.

Vieron la crucecita del Vuelo 101 que se asomaba en el cielo de las primeras horas de la tarde por encima de la meseta roja. Al principio en perfecto silencio..., hasta que hirió después sus oídos el luctuoso gañido de la máquina averiada. Vieron luego sus resbalones de beodo y sus cambios de dirección, y por último su recorrido final en círculo, boca abajo, con las alas extendidas como brazos colgantes, en sentido contrario al de las agujas del reloj. Mientras se estaba estabilizando, como si fuera a desplomarse, se produjo un gran resplandor por encima de él, y en cuestión de un segundo la cola del cometa fue un río de plata extendido de extremo a extremo del horizonte.

El avión se encontraba tal vez a unos ciento cincuenta pies del suelo cuando la corriente del viento lo alcanzó y lo arrastró en su impulso. Pareció que arrancaba de él un rugido de dolor y de rabia al mecerlo y llevarlo hacia abajo. El ala izquierda rozó el suelo y produjo un torrente de chispas que se extendieron por el fuselaje. Pero entonces dio de lleno en él la corriente de aire ascendente, y el Vuelo 101 se niveló violentamente. Un tremendo rebote del tren de aterrizaje en la autopista, un desgarrón abierto en la parte de la cola por el que salían volando paneles y tiras metálicas, y, por fin, el aterrizaje, con la recuperación de la rigidez del aparato, dejando detrás el rastro ardiente de su estela.

Mientras tanto la alborotada cabellera de trenzas de plata continuaba su curso por encima de sus cabezas siguiendo al cometa hacia Júpiter.

5. PERRO CALLEJERO

Eran las seis en Londres, y Xan se hallaba solo en la casa con su hija pequeña, Sophie.

Horas antes, cuando estaba almorzando de pie junto al frigorífico en el apartamento del otro lado de la calle, Russia le había telefoneado para decirle que, ya que luego iba a cenar en la casa:

—¿Podrías venir un rato antes y cuidar de Sophie durante una hora hasta que llegue yo?

—Me encantaría hacerlo. Pero... ¿me dejará cuidarla?

—Pienso que sí. Probémoslo a ver.

—A Baba la noto ahora muy contenta. Y ya no se acuerda... ¿Qué ha ocurrido? Cuenta, cuéntame.

Russia le contó que Billie iba a dormir a casa de unos amigos, que Imaculada tenía la noche libre. Y después le dijo:

—El martes, después de clase, se me acercó un individuo bajito, con un acento como del Foreign Office, y me dijo que tenía algo acerca de los muchachos de Gaddafi, y se ofreció a traérmelo. He quedado con él en el Close a las seis y media. Tiene un nombre desagradable: Semen No Sé Qué. Y unos ojos que te repelen: de un azul casi blanco. Estaré en casa hacia las siete o siete y cuarto. Y gracias por ocuparte de la pequeña.

Eran las cinco en punto cuando fue a la casa. Sophie lo miró con aire indulgente. Hacia las seis se sirvió un vaso de cerveza, se recordó a sí mismo que tenía que contemplar el cometa y después se puso a leerle algunos de sus libros: de esos que dedican una página entera a cada palabra.

Sus relaciones con las niñas habían vuelto a normalizarse. Ahora Sophie se mostraba en ocasiones vergonzosa o tímida. Y él aún no se sentía enteramente libre para tomarla en brazos o tenerla en ellos: la pequeña trataba de escaparse o sonreía como una bobita, y no colaboraba. Pero con Billie había recuperado del todo su posición. En cierta ocasión, para dramatizar un tema sugerido por el libro que le leía a la hora de acostarla, le había puesto una cara que supuestamente debía atemorizarla, pero Billie, tras un breve tartamudeo, le había dicho:

—Tú no puedes asustarme. Eres el tontorrón de mi papá.

Y él mismo había dado buenas pruebas de cambio otro día, cuando Billie, empleando el brazo del sillón, se había embarcado en lo que hasta entonces llamaban sus «ejercicios», ante lo cual él había expresado un suave reproche: «¡Oh, Billie!», y apartado su mirada de ella. (¿Sería que lo mortificaba su propia frustración de sentir disminuida su energía?) Pero entonces sus ojos se cruzaron con los de Russia y vio en ellos una expresión de preocupada esperanza.

Xan estaba esperanzado también. Creía incluso que ese día, la fiesta de San Valentín, pasaría la noche con Russia. Con su aerodinámica estructura ósea, Russia tenía la costumbre de llevar hacia un lado la lengua y succionar ligeramente cuando quería recibir un beso..., con lo cual, no sólo atraía la atención hacia su mejilla, sino que incluso la *acercaba* también físicamente. Pues bien: ella había empezado a repetir ese gesto desde hacía unas veinticuatro horas ya. Así que, si le pedía que se quedara en la casa, y que se acostara en su cama, no tendría que insistir demasiado. Y lo que estaba pensando él ahora, mientras repetía palabras como «coche», «cerdo» o «tenedor», era en las veladas en que tu mujer se sienta junto a ti por la noche, después de cenar, mientras tú lees, inmóvil como un artefacto, como un viejo maestro, sin entender lo que lees, porque lo único que tienes en la mente es la textura del dibujo.

Observaba a su hija, caminando a gatas y a menudo poniéndose en pie para ir de barrote a barrote de la cuna... En alguna medida, Xan era consciente de que alentaba expectativas ridículas a propósito de Sophie Meo. Era su cuarto vástago y la segunda chica. A veces se sorprendía a sí mismo pensando: Yo ya me he hecho a la idea... ¿Por qué ella no? ¿De verdad va a toser y a llorar y a ensuciarse en todas partes, como hicieron los otros tres, y a caerse a cada paso, y a estarse todo un año diciendo *tú*, cuando lo que pretende en realidad es decir *yo*, y media década preguntando *por qué, por qué, por qué?* Bueno..., esta vez estaba listo, más o menos, para sus *¿por qué?* Sólo que, en vez de responderle simplemente «porque», emplearía la fórmula «tal vez porque». Y ya, de paso, deseaba que las leyes del movimiento pudieran ser reescritas con mayor indulgencia, pensando en los niños, para que el darse de bruces con el suelo, al fallar los brazos, fuera un fenómeno más suave y más silencioso, y el llanto consiguiente más suave y más silencioso también, pero sobre todo más breve, y el eventual chichón, menos abultado y de un rojo menos estridente. Sophie, entre tanto, iba de barrote en barrote.

Y Xan seguía preguntándose cuánto le iba a decir a Russia acerca de Cora Susan. En su carta le había prometido una especie de confesión, así que no podría evitarla del todo. Pero una cosa sí sabía ya: que se lo contaría *después*. Y no inmediatamente después, sino bastante después. Pero esa confianza, esa intimidad... ¿sería, en realidad, lo que se esperaba de él? Se sentía con cierto derecho a difuminar un poco las cosas. Porque... ¿podía explicar por las buenas: «He besado los pechos de mi sobrina»? ¿No tendría que guardar cierta reserva sobre lo que, en definitiva, era esencialmente una vergüenza para la familia? Claro que quizá Russia podría enterarse de ello a través de Pearl... Y él, entonces, podría decirle: Tienes derecho a vengarte, pero proporcionalmente. ¿Acudirías tú a tu tío Mordecai para...?

A los ojos de Russia Cora estaba marcada con el estigma de la pornografía, lo cual era bastante natural; el propio Xan no escapaba de él, a pesar de su cuidadosa versión de lo ocurrido en Dolorosa Drive. Las objeciones de Russia eran principalmente estéticas..., aunque no por ello superficiales. Dejaba para el final sus objeciones morales: «Esa mujer es, a la vez, una alcahueta y una prostituta.» «Es

cierto», respondía él, «pero existen razones que la justifican. Piénsalo.» «De acuerdo, pero cuando me pongo a pensar en la pornografía», replicaba ella, «la imagen que me viene a la mente es la de un tipo con un control remoto en una mano y su polla en la otra.» Bueno..., sí. Y era cierta también la obscenificación de la vida diaria que iba poco a poco asumiéndose. Así lo veía Xan cuando consideraba el asunto. Pero podría ser que a las mujeres no les importara la pornografía si la reproducción se hacía por otros medios: estornudando, digamos, o por telepatía. Nadie se molestaba en poner objeciones a la finalidad alegre de la cosa, supuestamente por la ausencia del otro, del explotado. Pero quizá no fuera eso. Quizá fuera que las mujeres no podían soportar ver travestido el acto de amor que poblaba el mundo.

Trató de telefonar a Cora..., aunque quizá debería esperar un poco, pensó, antes de transmitirle el paternal consejo que tenía en la mente. Un consejo que no era particularmente de buen gusto, pero que se sentía autorizado a darle porque el parentesco entre ambos lo había hecho casto. Ahora sus pensamientos eróticos acerca de Cora apenas eran un mero recuerdo. Lo que venía a demostrar que el tabú era fuerte, era eficaz, funcionaba. Le diría: «Te va a parecer simple y trillado, pero... ten un hijo. Cuando te miro, busco siempre a tus hijos. Eso es también lo que buscan tus pechos: están esperando unos hijos. Así que consigue que Burl Rhody te deje preñada, y después gasta todo tu dinero en ayudarles.» O algo por el estilo. Ahora Xan se preguntaba también con recelo si Russia no quería tener otro hijo. Él podía permitirse otro hijo, pensó, y no se negaría si ella insistía. Pero... ¿podría soportar otro embarazo de su mujer? Pearl y Russia no habían sido muy diferentes en esto: una etapa maravillosa la primera vez; y luego, la segunda, los aires de superioridad del luchador de *sumo*, con sus malditas siestas a mediodía con las cortinas corridas, sus pesados andares y los suspiros surgidos de las profundidades en que se convertía su respiración a cada momento. Y ufana de su propio poder, además.

Se daba cuenta de que sus esperanzas, sus ambiciones, estaban ganando fuerza y complacencia, e incluso... Sí, había vuelto..., había regresado a su vida. ¿Y cómo la veía ahora a través de sus propios ojos, ahora tan cambiados? Buena. Aunque había vuelto también a aquello que llamaban mundo. Dos días antes, había ido a recoger a Billie a la salida de la escuela. El patio escolar, al acercarse a él, resonaba con la algarabía de todos los patios escolares: la característica de un pánico generalizado pero nada importante. Y él, entonces, pensó: ¿Y si ese pánico fuera, en realidad, serio? ¡Cuán precioso es todo y, a la vez, cuán frágil! Las ramas desnudas que los árboles alzaban por encima de su cabeza estaban cubiertas de nieve: sus garras se habían trocado en suaves pezuñas. Pero la nieve no tardaría en fundirse.

Voy al Hollywood, pero tú tienes que ir a...

Sophie se le acercó. Se mantuvo de pie apoyando una mano en su rodilla. Los hoyuelos que se formaban en la base de cada uno de sus dedos parecían pros y contras: los pros y contras de los bebés. Pronto caminaría: se advertía ya en sus involuntarias carreritas de apenas tres metros, con los brazos en alto, como si

estuviera poniendo a punto las conexiones aún imperfectas de sus miembros y sus tentativas.

Hizo una llamada por el teléfono de la casa y consiguió comunicar con Pearl, que lo trató con amabilidad (tal vez persistiendo aún en algún oscuro ciclo de arrepentimiento) y le permitió hablar luego con uno de los chicos. Cuando éste colgó, oyó sonar dentro de su chaqueta su teléfono móvil.

—¿Diga?

—¿Xan? Mal Bale al aparato. Ha muerto.

—¿Quién?

—Joseph Andrews.

—¿Cómo ha sido?

—Un accidente de circulación. Y otro viejo bastardo la ha diñado también: Simon Finger. Ha quedado hecho fosfatina. Encima de mi BM. Supuse que te gustaría saberlo. ¿Estás bien?

—Sí, amigo...

Colgó y se sentó un momento con los ojos cerrados, muy quieto.

Cerró los ojos y vio el perro callejero.

Xan había entrado en el patio y oyó un sonido que parecía hecho ex profeso para intranquilizarlo. Un sonido que tenía ritmo, como un acto amoroso criminal: un gruñido primero, después un impacto apagado como de dos cuerpos que chocan y, finalmente, un gemido como respuesta. Y ante todo y sobre todo, el llanto repetitivo del perro callejero. Avanzó y dejó atrás el poste al que se hallaba encadenado el animal.

El patio —con sus tablonces amontonados, sus fregaderos y tazas de inodoros, con su negro laberinto de neumáticos viejos— era el lugar donde se había ido formando hasta entonces cuanto sabía sobre los sentimientos. Hasta allí había seguido a su hermana Leda cuando llevaba a sus novios en las noches de verano, y la había espiado cuando se arrodillaba detrás de la vieja mezcladora de cemento, o se apoyaba de pie contra la furgoneta sin ruedas con la falda subida hasta la cintura. Allí estaban también las fotografías de mujeres desnudas, a veces con los labios fruncidos y otras veces con caras de enfado, o las típicas chicas de calendario, clavadas con chinchetas o pegadas en la pared del taller; estaban los perros (otros perros de tiempos pasados) en pleno apareamiento estoico o aguardando la llegada del cubo con comida; y, remontándose aún más, la gallina frenética que se acercaba aleteando al gallo cuyo canto hería el espacio...

Empujó la puerta del cobertizo y, al abrirla, vio a su padre sentado a horcajadas en el pecho de otro hombre, presionándole los hombros con sus rodillas: Mick Meo encima de Joseph Andrews. Vio cómo Mick levantaba su puño ensangrentado y lo dejaba caer luego acompañando el gesto con una exclamación: vio el golpe aplicado

al rostro ya sanguinolento y notó la arcada con que reaccionaba su contrincante. ¡Y cuán tedioso era, cuán repugnante y reiterativo! Esto por esto. Esto por esto otro.

—¡Eh, papá! —había dicho él mientras se le acercaba para poner fin a aquello. Y recordó cómo se había encendido y distorsionado la cara del padre con una nueva ira cuando se levantó para estrechar al chico en sus brazos.

Mientras eso ocurría (aunque él no se acordaba demasiado de ello, porque en un instante se vio levantado en el aire y preocupado intensamente por la naturaleza y la textura de su punto de aterrizaje), podía oír los ladridos del perro callejero. Que gemía, lloraba y meneaba la cabeza como para calmar su cuello dolorido, pasándose la mano por los hombros en un intento de librarlos de aquella cosa que pesaba sobre su espalda.

6. CUANDO ERAN PEQUEÑOS

Casi inmediatamente después de las siete, abrió la puerta del jardín y siguió el paso del cometa con su hijita en brazos.

—¡Mira! —dijo, indicándoselo, señalándolo como hacen los niños, con la bisectriz entre el pulgar y el índice apuntando en la dirección deseada. El cometa cruzó el cielo hacia el este como una luz blanca: como un fútil empeño, como podría ser el de un hombre terriblemente viejo ocupado en una tarea terriblemente antigua. No debes parar, no debes parar. Y entregado por completo, entregado suicidamente, a la tarea de llegar a Júpiter y ser engullido por su gravedad. Imaginó por un instante que podía oírlo: un débil susurro de maldición. Pero entonces oyó el bocinazo airado de un coche en la calle, y otro con visos de ser una airada respuesta; y al volver la cabeza sonriendo, retornó a las pequeñas preocupaciones locales.

Había ido a buscar agua para Sophie cuando vio a su mujer que pasaba por delante de la casa. Caminaba ligeramente inclinada, con aire de consciente reproche..., como si, habiendo estado fuera demasiado tiempo, ahora volviera subrepticamente, aunque confiando en ser disculpada y readmitida sin problemas. La oyó subir los escalones de la entrada, la oyó dejar sus llaves en la mesita del recibidor y soltar el bufido de indignación que dejaba escapar cuando alguien, o alguna cosa del mundo exterior, la había fallado.

—Bajo en un minuto —le dijo, y la oyó correr escaleras arriba. Instantes después escuchó el golpeteo del agua de la ducha en el suelo de la bañera.

Se volvió. Ahora había alguien más en la habitación: una persona diferente. Sophie se encontraba de pie junto a un montón de juguetes, no propiamente caminando, pero sí de pie, sin apoyarse..., desconectada de todo salvo del suelo que pisaban sus pies. Estaba encantada, pero encantada por alguna otra cosa —el trozo de papel que tenía en la mano—, porque aún no se había dado cuenta de su gran cambio.

Xan fue hacia ella, y le dijo:

—¡Baba! ¡Estás...!

Se le ocurrió de pronto. Estaba de pie... ¿Cómo se las arreglaría ahora para bajar? Extendió los brazos hacia el cielo, dobló las piernas por las rodillas... y cayó de espaldas en el montón de los bloques de construcción y los Sticklebricks... Cuando él alargó la mano para levantarla, la pequeña se le agarró al brazo con los dos suyos, y él, entonces, al incorporarla, notó en la oreja el calor de su resoplido..., pero no era serio, no era nada serio, no era serio en absoluto.

Y, con todo, cuando la sentó a su lado en el sofá para consolarla, miró las pestañas de sus ojos, su zigzag reavivado por las lágrimas, y eso le hizo recordar su nacimiento y el zigzagueo del electrocardiógrafo cuando Sophie se esforzaba por salir. Él ya estaba llorando cuando nació (como lo había hecho cuando nacieron los chicos): no por lo que les aguardaba en la vida, sino por lo que ya habían sufrido, solos y tan pequeños. Y minutos después, cuando la enfermera le mostró a su hijita, él contempló por primera vez en la vida una vulva humana, con una lucidez absolutamente falta de puntos débiles... Ahora la niña se separó de él y comenzó a caminar por la habitación, de asidero en asidero. Y a él le vino a la mente, en una muda tautología, aquel proyecto suyo de protegerlos, de proteger a aquellos seres tan penosamente desvalidos, desde su propia pequeñez, desde su insignificancia, desde su diminuto, su mínimo, su minúsculo ser.

Ésta es una obra de pura ficción, pero varios de los temas que aborda me han obligado a realizar alguna somera investigación. Los siguientes libros han sido para mí de especial ayuda, y me gustaría dar las gracias a sus autores (y/o editores).

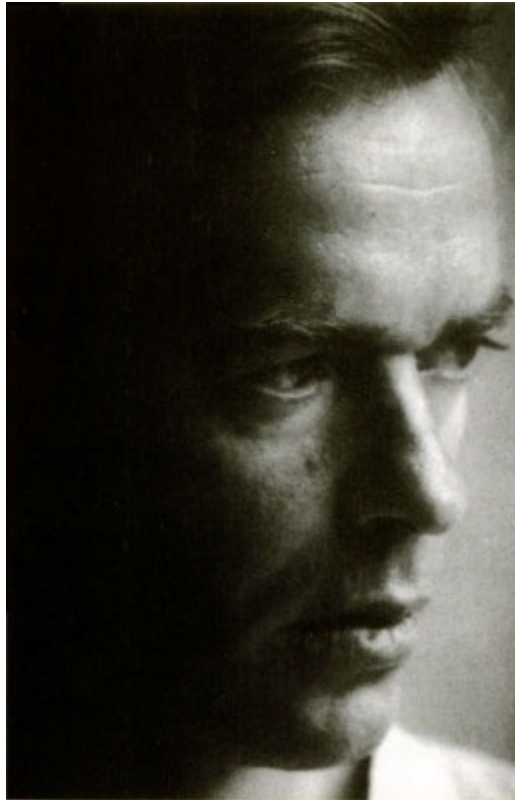
Royal, de Robert Lacey (Little, Brown) y *Henry VIII. King and Court* (Jonathan Cape).

Life After Life, de Tony Parker (Seeker & Warburg) y la trilogía de «Mad Frank», de Frankie Fraser (como le fue narrada a James Morton): *Mad Frank* (Little, Brown), *Mad Frank and Friends* (Little, Brown) y *Mad Frank's Diary* (Virgin).

The Tombstone Imperative: The Truth About Air Safety, de Andrew Weir (Simon & Schuster) y *The Black Box*, editado por Malcolm MacPherson (HarperCollins).

Father-Daughter Incest, de Judith Lewis Herman (Harvard University Press) y *Head Injury: The Facts*, de Dorothy Gronwall, Philip Wrightson y Peter Waddel (Oxford University Press).

El traductor, por su parte, desea agradecer aquí la ayuda recibida de Juan Carlos Lozano, de la Vocalía Técnica y de Seguridad de Vuelo, del Sindicato Español de Pilotos de Líneas Aéreas (SEPLA), a la hora de revisar la terminología aeronáutica. (N. del T.)



MARTIN AMIS (1949) estudió en Oxford y colabora en revistas literarias y de carácter general. Debutó brillantemente como novelista con *El libro de Rachel*, galardonada en 1973 con el premio Somerset Maugham y publicada en España, al igual que *Niños muertos*, *Dinero*, *Campos de Londres*, *La flecha del tiempo*, *La información*, *Tren nocturno* y *Perro callejero*, los relatos de *Mar gruesa*, los ensayos de *Visitando a Mrs. Nabokov* y *La guerra contra el cliché* y los libros de carácter autobiográfico *Koba el Temible* y *Experiencia*, que le consagraron como uno de los escritores más aclamados, nacional e internacionalmente, de su generación. Así, mientras se afirmó que *Dinero* era «uno de los libros clave de la década» (Ian Hamilton), «comparable con *Lolita*» (Emma Tennant), después, «aunque parezca imposible, Amis se ha superado a sí mismo: *Campos de Londres* es una impecable crónica de la decadencia, una obra maestra» (*Time Out*). De libro en libro, sin abandonar sus aportaciones más originales, «los lectores de Amis nunca se sientan traicionados y se ven siempre sorprendidos» (J. A. Masoliver Ródenas).

Notas

[1] *Blowjob* significa «felación» o «cunnilingus»; *boobjob*, «paja entre tetas»; *fcuk* recuerda la palabra *fuck*, «follar», y *tunc*, *cunt*, «coño»; *shithead* significa «cabrón», y *dickhead*, «mamón». (N. del T.) <<

[2] El autor da a este personaje el nombre de He Zizhen. Pero, al propio tiempo, juega repetidas veces con el equívoco de llamarla He —es decir, Él— y con la ambigüedad resultante. Para conservarla, me tomo la libertad de transformar levemente su nombre en El Zizhen. (*N. del T.*) <<

[3] Kensington Palace. (*N. del T.*) <<

[4] La Gozada Matutina. (*N. del T.*) <<

[5] «Suciedad», «porquería». (*N. del T.*) <<

[6] Piezas de construcción infantil, como los conocidos Lego o «clicks». (N. del T.) <<

[7] *Petticoat government*: literalmente, «gobierno de enaguas», o régimen sobre el que influyen poderosamente las artes femeninas, de manera más o menos directa, sometiendo a los hombres. Fue un tema de debate epistolar en la prensa británica cuando salieron a relucir las prácticas de ciertas esposas dominantes que hacían vestir ropas de mujer a sus maridos y los obligaban a servir así el té cuando recibían visitas. (N. del T.) <<

[8] El Old Tom es el famoso campanario del Christ Church College de Oxford, que data de la época de Enrique VIII, y también el nombre de un famosísimo pub. (*N. del T.*) <<

[9] En Dunsinane, en la Escocia central, se encuentran las ruinas de un castillo al que la tradición designa como el «castillo de Macbeth». A la derrota allí del personaje de Shakespeare alude el adjetivo «malhadada» que el autor aplica a la discoteca. (*N. del T.*) <<

[10] Literalmente, «salen de la Laguna Negra». Se alude a una popular película de ciencia ficción, de hacia 1950, cuyo protagonista era un ser monstruoso, surgido de las profundidades de la citada laguna. (*N del T.*) <<

[11] Vulgarismo por pene, cipote. (*N. del T.*) <<

[12] Recuérdese que *bugger* significa «sodomita». (N. del T.) <<

[13] Son los nombres de dos conocidos establecimientos penitenciarios británicos. (*N. del T.*) <<

[14] Un 2 y una l sería la abreviatura en código SMS de *two*, que sonaría «tu», y la *l*, con lo que tendríamos fonéticamente la palabra *tool*, es decir, «herramienta». En cuanto al nombre de su corresponsal, digamos que firma siempre k8. Lo dejaremos así, entendiendo que significa Kate. (*N. del T.*) <<

[15] Acción militar de la Primera Guerra Mundial, conocida también como la batalla de Ypres. Se libró entre los alemanes y las tropas aliadas entre julio y noviembre de 1917, y fue singularmente sangrienta por el tremendo fuego de artillería, el barro y el empleo de gas mostaza. (N. del T.) <<

[16] Llorando la muerte de John Keats (1821), Percy Bysshe Shelley (1792-1822) escribió el poema «Adonais». En su texto se inspiran los versos citados aquí. (N. del T.) <<

[17] Popular marca de bebida refrescante. (*N. del T.*) <<

[18] La *K* de Kashmir, su nombre en inglés. (*N. del T.*) <<

[19] Hay aquí un juego de palabras: Krapistán deriva de la palabra inglesa *crap*, «porquería», «cagarruta». (N. del T.) <<

[20] FPA: Foreign Press Association, Asociación de la Prensa Extranjera. (*N. del T.*)

<<

[21] Se alude a un viejo y conocido chiste, publicado en *Punch* en 1895: Un joven cura ha sido invitado a desayunar por su obispo en casa de éste. En determinado momento, el anfitrión observa: «Me temo que el huevo que se ha servido usted está malo...» A lo que el joven invitado replica; «Oh, no, ilustrísima... Algunas partes de él son excelentes.» (*N. del T.*) <<

[22] Reformatorio para muchachos, en Kent. Dio nombre a una serie de programas de reinserción para menores delincuentes, en los que la disciplina más estricta y el castigo corporal tuvieron siempre un papel destacado. (*N. del T.*) <<

[23] Sir Oswald Ernald Mosley (1896-1980), político británico, fundador de la Unión Británica de Fascistas. (*N. del T.*) <<

[24] Ronald Kray (1933-1995) y Reginald Kray (1933-2000) eran hermanos gemelos y constituyeron el principal grupo de delincuentes organizados en el Londres de los años sesenta. Ron era el dominante, y tenía rasgos de psicópata. (N. del T.) <<

[25] Es una cita de *El paraíso perdido*, de John Milton (1608-1674). A continuación se juega con el doble sentido de la palabra *fall*: la caída en el pecado, la caída de las hojas de los árboles, que define el otoño (*fall*). Consiguientemente, como se trata de septiembre, no es un decembrista, como el protagonista de un capítulo anterior, sino un septembrista. (N. del T.) <<

[26] *Semper fidelis* (Siempre fiel), es el lema del Cuerpo de Infantería de Marina de los Estados Unidos. (N. del T.) <<

[27] En la mitología anglosajona, las Tres Hermanas Misteriosas o Extrañas eran divinidades que controlaban las fuerzas ocultas y, en particular, el destino de los mortales. Esta alusión está presente aquí. (*N. del T.*) <<

[28] «Blandito.» (*N. del T.*) <<

[29] *Fucktown*, «la ciudad de la jodienda», *Lovetown*, «la ciudad del amor», *Sextown*, «la ciudad del sexo». (N. del T.) <<

[30] Típica y popular balada irlandesa, escrita hacia 1910 por Fred E. Weatherly. (*N. del T.*) <<

[31] Puesto que el autor recurre aquí a una serie de neologismos ingleses, el traductor se siente autorizado a imitarlo inventando este neologismo español, que funde las palabras «joder» y «odiar», y da así el sentido de *Hatefuck*: «joder por odio», o bien «follar odiando». (N. del T.) <<

[32] Concretamente, un *Friar Rush*, espíritu enviado de los infiernos a los conventos, en forma de animal, para mantener y fomentar los vicios de los monjes. (N. del T.) <<

[33] Transformación humorística del famoso verso del himno nacional británico, *Rule, Britannia!* (¡Gobierna, Britannia!), por *drool*, que suena muy parecido a *rule*, pero que significa «caérsele a uno la baba». (N. del T.) <<